memoria literatura y discurso

8

De la idealización estética al paisaje crítico:

la representación de la naturaleza en la literatura latinoamericana

Ernesto Ortiz-Díaz

BONILLA ARTIGAS EDITORES

memoria literatura y discurso

8

De la idealización estética al paisaje crítico:

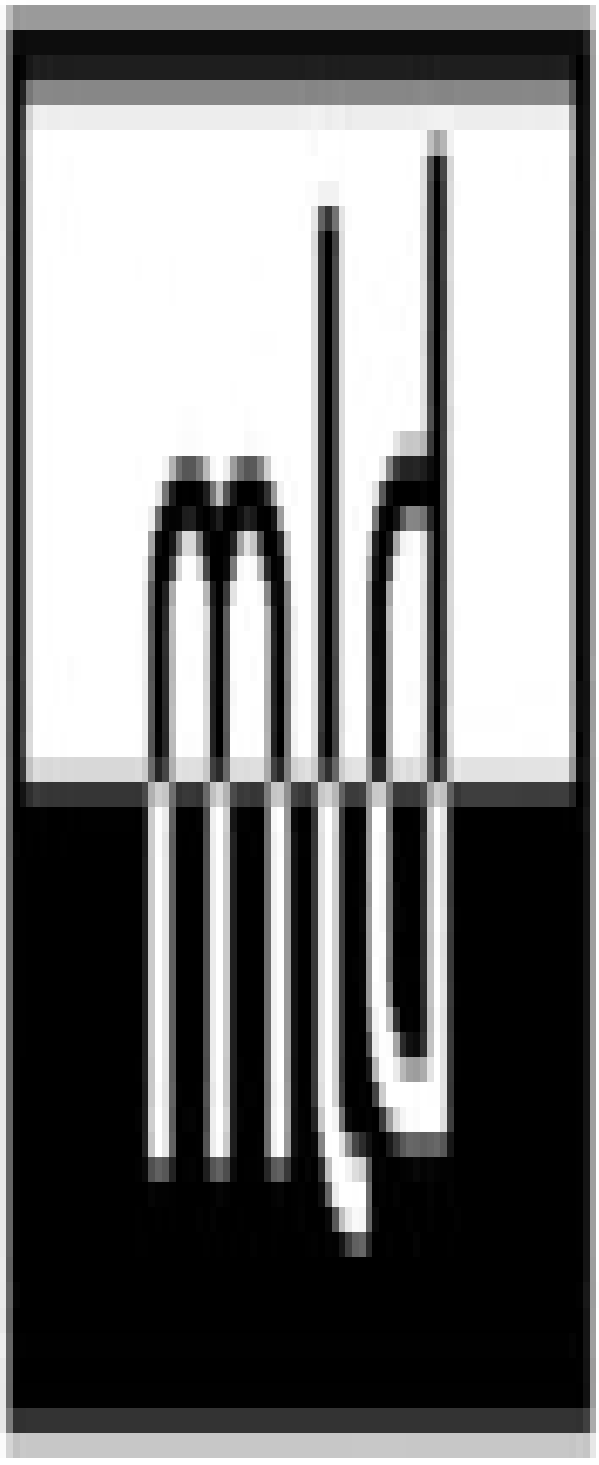
la representación de la naturaleza en la literatura latinoamericana

Ernesto Ortiz-Díaz

BONILLA ARTIGAS EDITORES

De la idealización estética al paisaje crítico: la representación de la naturaleza en la literatura latinoamericana

memoria literatura y discurso 8



memoria literatura y discurso

La presente colección se enmarca en el trabajo desarrollado en la cátedra de investigación “Memoria, Literatura y Discurso”, la cual está alineada con los objetivos de la Maestría y el Doctorado en Estudios Humanísticos del Tecnológico de Monterrey. Ya sea a partir de textos antiguos o contemporáneos, el análisis del discurso y el análisis filológico para la interpretación son algunas de las herramientas que nuestros investigadores utilizan en sus estudios y les permiten la realización de propuestas en distintas líneas, una de las cuales es Discurso e identidad.

Asimismo, el acceso al acervo documental y bibliográfico de la Biblioteca Cervantina del Tecnológico de Monterrey, la cual resguarda una parte importante de la memoria cultural de nuestro país, posibilita la realización de investigaciones en áreas de la Literatura, a partir del siglo

xvi

. Es por ello que desde la Cátedra “Memoria, Literatura y Discurso” se han podido hacer valiosas aportaciones a las áreas de Literatura novohispana e Historia del libro, así como de la lectura, de lo cual se dará una muestra en las obras que forman esta colección.

Otros libros de esta colección

1. Memoria y resistencia: representaciones de la subjetividad en la novela latinoamericana de fin de siglo

Raúl Verduzco

2. La escritura y el camino. Discurso de viajeros en el Nuevo Mundo

Blanca López

3. Memoria y escritura del cuerpo: un estudio sobre sexualidad, maternidad y dolor

María de Alva

4. Libros y lectores en la Gazeta de literatura de México (1788-1795) de José Antonio Alzate

Dalia Valdez

5. La construcción del imaginario femenino en el acto de enunciación del Semanario de las Señoritas mexicanas

María Teresa Mijares

6. La obra literaria abierta: del soporte digital al impreso

Susana Patricia Ruiz Espinosa

7. Exploratrices europeas. Relatos de viaje a México en el siglo XIX

Nora Marisa León-Real y Blanca López de Mariscal

Ernesto Ortiz-Díaz

De la idealización estética al paisaje crítico: la representación de la naturaleza en la literatura latinoamericana

BONILLA ARTIGAS EDITORES

Ortiz-Díaz, Ernesto

De la idealización estética al paisaje crítico : la representación de la naturaleza en la literatura latinoamericana / Ernesto Ortiz-Díaz.

Ciudad de México : Bonilla Artigas Editores ; Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 2018

208 pp. ; 15 x 23 cm.
(Colección Memoria, literatura y discurso ; 8)

ISBN 978-607-8636-54-9 (Bonilla Artigas Editores)

1. Literatura latinoamericana - historia y crítica. I. t.

LC: PQ7081.43
DEWEY: 863.8

Los derechos exclusivos de la edición quedan reservados para todos los países de habla hispana.

Prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio conocido o por conocerse, sin el consentimiento por escrito de los legítimos titulares de los derechos.

Primera edición en papel, noviembre de 2018

Edición ePub: septiembre 2020

De la presente edición:

D.R. © Ernesto Ortiz-Díaz

© 2018 Bonilla Artigas Editores, S. A. de C. V.

Hermenegildo Galeana 111

Barrio del Niño Jesús, C. P. 14080

Tlalpan, Ciudad de México

editorial@libreriabonilla.com.mx

www.libreriabonilla.com.mx

© 2018 Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey

Av. Eugenio Garza Sada Sur No. 2501,

Col. Tecnológico de Monterrey, C. P. 64849

Monterrey, Nuevo León

ISBN: 978-607-8636-54-9 (Bonilla Artigas Editores)

ISBN ePub: 978-607-8781-68-3

Responsable de la colección: Nicolás Mutchinick Babinsky

Cuidado de la edición: Bonilla Artigas Editores

Diseño editorial y de portada: Mariana Guerrero del Cueto

Realización epub: javiere

Hecho en México

Con mucho amor para mis padres

por enseñarme el camino y cómo andar por él:

María Guadalupe Díaz Cerujo y Miguel Ángel Ortiz Valdez.

¡Que sus nombres y su recuerdo perduren por siempre…!

Agradecimientos

in freta dum fluuii current, dum montibus umbrae

lustrabunt conuexa, polus dum sidera pascet,

semper honos nomenque tuum laudesque manebunt,

quae me cumque uocant terrae.

Virgilio, La Eneida

Deseo expresar mi profunda gratitud tanto hacia quienes han contribuido a la escritura de este libro, así como también reconocer a todos aquellos que han allanado el camino que me ha permitido poder componer sus páginas.

Quiero agradecer a mi mentor, el profesor Leopoldo Bernucci por su guía, su erudición y su amistad a lo largo de este proyecto.

A Manuel, cómplice y compañero, por toda su paciencia, constancia, compañía y por su amor que nunca me desampararon durante el trayecto de la documentación y escritura de cada una de las partes que conforman este trabajo.

A mi madre, a mi padre y a mi hermana Gaby por su amor incondicional en la distancia que ha sido tanto motivación como fundamento. Me siento sumamente afortunado y agradecido por el hogar hermoso y entrañable que me han regalado, remanso y oasis al cual siempre que vuelvo me encuentro rodeado por su amor y su confianza.

Contenido

Agradecimientos

Contenido

Introducción

Naturaleza, independencia y nación: la huella ubicua de Humboldt

El llamado de la tierra:

la paradoja de Euclides da Cunha y Alberto Rangel

El regreso a la tierra:

la trayectoria narrativa de Horacio Quiroga

La tierra como é[sté]tica continental:

Güiraldes, Rivera, Gallegos y Andrade

Conclusiones

Bibliografía

Sobre el autor

Introducción

It is clear that inherited landscape myths and memories share two common characteristics: their surprising endurance through the centuries and their power to shape institutions that we still live with. National identity,

to take just the most obvious, would lose much of its ferocious

enchantment without the mystique of a landscape tradition:

its topography mapped, elaborated, and enriched as a homeland.

Landscape and Memory.

Simon Schama

La crítica literaria sitúa los orígenes de la literatura latinoamericana en lengua española y portuguesa en los textos producidos durante los primeros años de la exploración europea de América. Al interior de esa amplia variedad de textos que, respondiendo a muy diversos propósitos, referían los pormenores de aquel contacto, encontramos, ya desde temprano, la descripción del espacio físico o de la naturaleza del continente. Aquellas representaciones del medio natural americano habrían de ser las primeras intervenciones en una larga historia de anotaciones, codas y comentarios que se han sucedido a lo largo de la historia literaria de la región. De hecho, podría decirse que la descripción de la

naturaleza y su imaginario ocupan un lugar central en el devenir de la configuración identitaria de las letras latinoamericanas:

La fuerza de la metáfora de la naturaleza ha sido tan determinante en la literatura y crítica latinoamericanas que es difícil encontrar una obra importante que no haga alusión a ella, desde principios del romanticismo a “Piedra de sol” –la naturaleza y, en especial, el sistema metafórico que conforma el concepto, ha sido la superficie en la cual la literatura latinoamericana ha inscrito el mito de su legitimidad.[1]

Si bien la observación de Roberto González Echevarría hace referencia únicamente al caso hispanoamericano, me propuse en este trabajo extrapolar y, por ende, cuestionar la validez de dicha hipótesis en el ámbito de la literatura brasileña, campo que tradicionalmente ha sido poco explorado por los estudiosos de Hispanoamérica: “es como si el Brasil, para los lectores hispanoamericanos, sólo fuese motivo de interés en tanto nota al margen en obras de referencia [...] queda allí el deseo de que no tengamos que esperar hasta el siglo

XXI

para que nuestros vecinos lleguen con sus carabelas a nuestras bibliotecas”.[2]

Este velo de desconocimiento y distancia entre los estudiosos de las literaturas de Brasil e Hispanoamérica es, en parte, producto de determinantes históricas que tuvieron lugar lejos en el tiempo e, incluso, más lejos aún de las coordenadas geográficas latinoamericanas. En el siglo

XII

, en la península ibérica, dos pueblos de tradiciones lingüísticas e históricas bastante próximas –Portugal y España– comenzaron un tenaz proceso de construcción identitaria y, por ende, de diferenciación mutua. Siglos más tarde, esto –sancionado formalmente en el Tratado de Tordesillas– habría de constituir la herencia que tanto Portugal como España legaron al Brasil e Hispanoamérica, respectivamente, en los ámbitos cultural y político y que determinó la dinámica de la exclusión que por mucho tiempo ha pervivido entre ambas esferas

continentales.

Así, a despecho de las diversas particularidades lingüísticas, políticas e históricas esgrimidas desde las dos partes, serían las análogas condiciones económicas las que, desde finales del siglo

XX

, han terminado por acercar al Brasil a sus vecinos hispanoamericanos en el contexto de la globalización económica. La resultante de ello ha sido la constitución del Brasil, hoy en día, como portavoz del subcontinente:

[Desde tiempos del emperador don Pedro II] el Brasil se ve repitiendo, dentro del continente americano, la condición de singularidad lingüística y sociológica que, en Europa y en la misma península ibérica, identifica a Portugal, que se define en la medida que se diferencia. Y de la misma forma como ser portugués en Europa significa esencialmente no sentirse un apéndice de España, ser brasileño en América quiso decir no ser hispanoamericano: hasta el momento en que el concepto supranacional del Tercer Mundo estrechó en un nuevo lazo las aspiraciones y devolvió (aunque no en su totalidad) a los pueblos de Latinoamérica la conciencia de su función.[3]

Atendiendo, pues, la recomendación de Jorge Schwartz de derribar las barreras de desinterés en el plano literario entre Hispanoamérica y el Brasil –lastre del Tratado de Tordesillas y la historia ibérica– y considerando el decisivo perfil del Brasil como vocero de América Latina en el nuevo escenario mundial, mi análisis vincula ambas tradiciones literarias en torno al tema que me ocupa.

La presencia de la descripción de la naturaleza es abundante en los acervos literarios brasileño e hispanoamericano. Se encuentra en textos que al compararse entre sí presentan propósitos tan variados como lo son la profundidad y el plano que ésta adquiere en cada uno de ellos. Sin embargo, dicha descripción no es siempre explícita u obvia. En algunos textos la presencia de la naturaleza es oblicua y, en algunos otros, analizar su ausencia –lejos de perjudicar el alcance y la relevancia de este estudio– aporta nuevas significaciones y abre el camino a otros acercamientos en la comprensión de

determinadas obras.

Por descripción de la naturaleza se entiende los diversos modos en que el mundo natural es corporizado en un texto. El espectro de estas representaciones es muy amplio. Las hay que son de naturaleza mimética en cuanto se abocan a la descripción paisajística de determinados parajes. Otras implican una diégesis o narración de la naturaleza y en otras la descripción deviene una yuxtaposición donde historia natural, botánica y etnografía se encuentran con la narración de la historia. A este respecto, es importante subrayar la centralidad que tienen los sistemas descriptivos en la representación de la realidad. Por ello, al estudiar la descripción sobre la naturaleza ha sido necesario dilucidar la lógica que opera en la interacción de dichos sistemas y las figuraciones de la naturaleza que ellos posibilitan: “cada sistema de representación manifiesta una verdad intrínseca que le es propia”.[4] Así pues, esta verdad intrínseca, que manifiesta cada una de las distintas entonaciones de la descripción de la naturaleza en la tradición literaria latinoamericana, responde a la poética de la cultura en que cada representación fue gestada:

Cualquier tipo de representación no sólo es un reflejo o resultado de las relaciones sociales, sino que ella misma es también una relación social, vinculada a los conocimientos y visiones del grupo, jerarquías de estatus, resistencias y conflictos que existen en otras esferas de la cultura en la que circula. Esto significa que las representaciones no sólo son productos de todo lo anterior, sino que también son factores capaces de alterar decisivamente las fuerzas que las crearon.[5]

Para estudiar cómo los “los paisajes pueden ser diseñados conscientemente para expresar las virtudes de una cierta comunidad política o social”,[6] ha sido necesario efectuar una operación doble frente a la descripción de la naturaleza en las tradiciones literarias brasileña e hispanoamericana. Por un lado, he restituido las modulaciones de dicha representación al contexto sociohistórico en que se produjeron y, por el otro, se ha historizado su recepción en el marco de las historias literarias de ambas esferas: “No sólo el poeta sino también el crítico existe en la historia [...] y los textos de cada uno son inscripciones de la historia [...] Nuestra comprensión, representación, interpretación de los textos del pasado

siempre proviene de una mezcla de alejamiento y apropiación”.[7]

Este objetivo es, a la vez, un punto donde convergen –en términos de Louis A. Montrose– los ejes de poética y política cultural. Lo anterior aporta una perspectiva doble que facilita un entendimiento más exacto de la descripción de la naturaleza, que constituye uno de los elementos unificadores de la literatura del subcontinente que Martha L. Canfield identifica: “Existen en la literatura iberoamericana, a través de su historia y de una nación a otra, elementos unificadores que van creando una continuidad y van dando cohesión a las varias literaturas nacionales, más allá de los elementos de diversidad y de especificidad” (1360).

Así, alrededor de las siguientes preguntas de investigación he encaminado mi análisis: ¿cuán trascendente es la descripción de la naturaleza en la configuración identitaria de las literaturas brasileña e hispanoamericana? ¿Cuál es el peso que ha tenido esa descripción ya no sólo en el nacimiento, sino en el devenir de ambas tradiciones literarias? ¿De qué manera el forjamiento de las identidades nacionales y sus sucesivas actualizaciones han determinado el ir y venir de la descripción de la naturaleza en el horizonte literario latinoamericano? En torno a estas cuestiones he situado las discusiones que tendrán lugar en cada uno de los cuatro capítulos que constituyen el presente trabajo. Es importante señalar que, a pesar de haberme constreñido mayormente a la narrativa, mi análisis alude también a obras de los otros géneros tales como poemas, ensayos y otros textos con el fin extender el radio de mi análisis y conferir, así, mayor validez a mis disquisiciones sobre el tema.

He dividido esta investigación en cuatro partes que constituyen un capítulo cada una de ellas. Esta división obedece a los matices que he identificado en la progresión de la descripción de la naturaleza en la literatura latinoamericana desde inicios del siglo

XIX

hasta la segunda década del siglo

XX

. En cada capítulo me he acercado al tema haciendo dialogar a la tradición hispanoamericana con la brasileña evitando, sin embargo, reducir la complejidad de ambas tradiciones en una única visión de conjunto.

Antes de esbozar el trabajo que realizo en cada capítulo, es necesario establecer un breve marco preparatorio al corpus analizado que, como se decía arriba, inicia en los primeros años del siglo

XIX

. En los primeros textos de la era colonial, la descripción del mundo natural americano se enmarcó en una poética del "espejo y el espejismo" pues como dice Tzvetan Todorov con respecto al acto de escritura de Colón: "[él] sabe de antemano lo que encontrará; la experiencia concreta está ahí para ilustrar una verdad ya poseída, no para ser interrogada de acuerdo con las reglas preestablecidas para buscar la verdad".[8] Las descripciones de la naturaleza americana y su representación eran una proyección de las naturalezas referencial y libresca de Europa:

la reproducción, en un nuevo espacio, de los nombres, de las particularidades arquitectónicas de un primer espacio hacen de aquélla la imagen especular de éste. Ahora, al contemplar un objeto y su imagen especular, vemos que ambos están en una relación de bipolaridad en la que el espejo ocupa el lugar y desempeña el papel de un eje de simetría.[9]

El siglo

XV

marcó los albores del renacimiento y el inicio de la era de las grandes exploraciones marítimas y, por ende, atestiguó también la entrada de Latinoamérica en la historia de Occidente. La asincronía de portugueses y españoles con respecto al devenir en la esfera del pensamiento que tenía lugar en los grandes centros de la época (Italia y los Países Bajos), determinó en gran medida la que habría de ser la circunstancia cultural del subcontinente: la paradoja. Así, desembarcaron y se arraigaron concepciones medievales, a las que se sumaron los influjos humanistas del renacimiento. La Carta a El-rei Dom Manuel (1500) de Pedro Vaz de Caminha; los Diarios (1492) de Cristóbal Colón; las Cartas (1492) de Hernán Cortés; y la Relazione del Primo Viaggio Intorno Al Mondo (1524) de Antonio Pigaffeta dan cuenta de este enfrentamiento de

épistèmes al momento de narrar América para Europa y desde Europa (discursivamente hablando). La importancia de estos textos radica en que en ellos –tras haber sido apropiados primeramente por el historiador– se ha depositado la paternidad de la literatura latinoamericana y, por ende, se los ha querido entender como prefiguraciones de las señas de identidad que –más tarde– reivindicarían para sí las letras del subcontinente. En algunos otros textos de la época como História da província de Santa Cruz (Pero de Magalhães de Gândavo, 1576), Notícia da província do Brasil (Gabriel Soares de Sousa, 1587), Historia natural y moral de las Indias (José de Acosta, 1590), História do Brasil (Frei Vicente do Salvador, 1627), Historia general y natural de las Indias (Gonzalo Fernández de Oviedo, 1535) la naturaleza adquiere aún más importancia al dedicarse extensos apartados a la descripción de sus particularidades. En estas obras se encuentran presentes tópicos pertinentes para nuestro análisis, tales como la abundancia y fertilidad superlativas de la tierra, la inconmensurabilidad de la naturaleza y el carácter maravilloso de la flora, la fauna y el paisaje. Estos tópicos y algunos de

los textos de los cuales emanaron habrían de ser retomados y revalorados en posteriores manifestaciones literarias; principalmente, por el Romanticismo que se estudia en el primer capítulo.

Con el despertar de la conciencia criolla hubo un giro en la representación de la naturaleza americana:

Mientras más encarnizados son los desprecios y las diatribas del europeo para el Nuevo Mundo, más fuerte se hace el amor nacional en el criollo. Amor no sólo por los paisajes vírgenes y las riquezas desconocidas del terruño, sino también por los pueblos aborígenes, por sus costumbres y por su tierna mansedumbre (López Cámara 356).

La descripción de la misma se convierte en una proyección orgullosa de la superioridad y la diferencia frente a Europa (Comentarios reales de los incas del Inca Garcilaso de la Vega –publicados en 1609–; História da América Portuguesa de Sebastião da Rocha Pitta –publicada hasta 1840–; y À ilha de Maré –1705– de Manuel Botelho de Oliveira). La naturaleza llega a ser un

medio para vehiculizar lo que se perfila y habría de ser leído desde la literatura latinoamericana (desde el Romanticismo) como visos de una agenda política disidente frente a las metrópolis ibéricas. Si bien las circunstancias en las que estos textos se produjeron no eran las mismas en el Brasil y en las colonias españolas, es importante destacar en ellos una cierta sincronía en lo que se refiere a los procedimientos retóricos de inclusión con respecto a Latinoamérica como presencia. Textos barrocos tan disímiles entre sí y, a la vez, tan cercanos como lo son Prosopopeia (Bento Teixeira 1601) y La Araucana (Alonso de Ercilla 1569, 1578, 1589), a pesar de circunscribirse temática y genéricamente al modelo renacentista (y, por ende, desfasado para cuando estos textos fueron escritos en América) de la épica nacional, extienden las grandes cuestiones nacionales (la reconquista, la cruzada contra los infieles) a la marginalia americana, colocando a ésta en primer plano. Así, en Prosopopeia el hijo brasileño del donatario de Nova Lusitânia –curtido en el combate contra los indígenas– estará en la decisiva batalla de Alcazarquivir al lado de don Sebastián. En La Araucana será un personaje indígena –el mago Fitón– quien profetizará las victorias navales españolas de Lepanto y San Quintín.

La representación del paisaje y la naturaleza en algunos textos barrocos, así como en los producidos en el marco de la estética neoclásica siguen las convenciones poéticas en boga: la imitación de modelos italianos inspirados, a su vez, en los clásicos latinos. Es decir, difícilmente encontraremos en ellos una voluntad realista de representación de la especificidad local. En su lugar, se repite una y otra vez el tópico del locus amoenus como marco de la vida pastoril que es la norma en estas obras. Ejemplo de lo anterior son la obra poética de Cláudio Manuel da Costa o Tomás Antônio Gonzaga con Marília de Dirceu (1762) en Brasil; Bernardo de Balbuena con Siglo de oro en las selvas de Erífile (1607) en México; o el rioplatense Manuel José de Lavardén con “Al Paraná” (1801). Sin embargo, al lado de dicha peculiaridad, la reflexión sobre la naturaleza en el neoclasicismo se extiende, sobre todo, hacia un tópico que le es casi inherente: los indígenas. El arcadismo en Brasil habría de entregarnos dos textos

fundamentales en este respecto: O Uraguai (1769) de José Basílio da Gama y O Caramuru (1781) de José de Santa Rita Durão. Ambos poemas épicos, además de situarse y versar sobre hechos acaecidos en tierras brasileñas, destacan por la manera en que los indígenas son representados. Nace para Brasil el indianismo literario inspirado por el arquetipo del noble salvaje. En la América española, visos de lo que posteriormente sería conocido como indianismo podríamos

situarlos muy tempranamente en La Araucana de Alonso de Ercilla. Mención aparte merece A Muhuraida (1785) de Henrique João Wilkens, verdadero encomio del expansionismo portugués en la Amazonía.

El presente trabajo inicia estudiando los primeros pasos en la configuración de la independencia cultural de las nuevas naciones desde el plano de la literatura. Tomo los ensayos de Humboldt sobre México y Cuba como punto de partida para la edificación de la identidad nacional que utilizó como cimiento a la descripción de la naturaleza. Analizo la impronta que dejaron no sólo los textos de Humboldt sino también los de sus lectores (Von Martius, por ejemplo, en el Brasil) en el posterior imaginario literario tanto hispanoamericano como brasileño en lo referente a la representación del mundo natural. Esta tradición lectora se extendería por todo el siglo

XIX

hasta llegar al siglo

XX

. Así, discuto, por ejemplo, cómo los ensayos de Humboldt prefiguran un texto tan fundamental como lo fue Facundo en su lectura e interpretación de la naturaleza americana y la acuñación de su centro neurálgico que es la dicotomía civilización y barbarie, cuya fortuna literaria está unida a la descripción de la naturaleza.

En el segundo capítulo analizo la escritura de Euclides da Cunha y Alberto Rangel cuyos textos sobre el sertão y la selva además de inspirarse en la tradición de Humboldt en lo que respecta a la representación de la naturaleza, problematizan el maniqueísmo sarmentino a través de su proyecto del consórcio da ciência e da arte. Mientras Euclides como Rangel intentan resarcir a través de su pluma la ausencia de una escritura de Humboldt que interpretase la realidad brasileña, crean textos en los cuales la representación de la naturaleza manifiesta un paradójico posicionamiento frente a la dicotomía civilización y barbarie.

El tercer capítulo se enfoca en la prosa de Horacio Quiroga que al reflexionar sobre la naturaleza se distancia de los modelos literarios que se habían fundado sobre las obras de José de Alencar y Domingo Faustino Sarmiento (ambos de inspiración europea), y favorece una representación de ésta como un ente autónomo y amenazante para el hombre. La naturaleza deja de ser, en sus

cuentos, un jardín botánico de exoticidades o el locus de lo atávico y es reivindicada en su wilderness [condición salvaje e indómita]. Lejos de entrañar algún tipo de factibilidad la idea de progreso en medio del espacio agreste –como en el caso de Euclides y Rangel–, Quiroga desmantela la dicotomía civilización y barbarie e invierte la jerarquía de sus términos.

Finalmente, en el cuarto capítulo estudio la descripción de la naturaleza en el marco de una revirada de la ficción estatal y su viabilidad a principios del siglo

XX

en un momento histórico donde Latinoamérica transitaba hacia regímenes caracterizados por una agenda política profundamente nacionalista. Entre los textos que analizo están Raucho, La vorágine y Doña Bárbara. Estos textos contestan la estética urbana de la apatía [ennui] ante los espacios naturales a través de unas obras donde el carácter salvaje del medio natural americano habrá de ser retomado para identificar a la naturaleza como fuente para la creación de una ética continental que contrarrestase el avance del esteticismo modernista o parnasiano. En el Brasil, por su parte, los escritores brasileños se dieron a la tarea de reconciliar la revalorización de lo telúrico y las tendencias en boga en Europa –como lo enfatizo en el análisis de Macunaíma– para gestar el concepto de antropofagia cultural en el que se cimentó no sólo el modernismo, sino que se convirtió en el leitmotiv de la nacionalidad.

Notas de la introducción

---

[1] ["The vigor of the nature metaphor has been so great in Latin American literature and criticism that it is difficult to find an important work that does not invoke it, from the beginnings of romanticism to "Piedra de sol" –nature and, more specifically, the metaphoric system that makes up the concept, have been the surface on which Latin American literature has inscribed the myth of its legitimacy"] (González Echevarría 41). Todas las traducciones de las citas al español son del autor.

[2] ["É como se o Brasil, para os leitores hispano-americanos, só interessasse

enquanto verbete em obras de referência […] fica o desejo de que não tenhamos de esperar até o século XXI para nossos vizinhos chegarem com as caravelas às nossas bibliotecas”] (Schwartz 198).

[3] [“Desde tiempos del emperador don Pedro II] o Brasil se vê repetindo, dentro do continente americano, a condição de singularidade lingüística e sociológica que, na Europa e na própria península Ibérica, distingue Portugal, o qual se define na medida em que se diferencia. E da mesma forma como ser português na Europa significa essencialmente não sentir-se um apêndice da Espanha, ser brasileiro na América quis por muito tempo dizer não ser hispano-americano: até o momento em que o conceito supranacional de Terceiro Mundo estreitou num novo laço as aspirações e devolveu (embora não totalmente) às gentes latino-americanas a consciência de sua função”] (Stegagno-Picchio 20).

[4] [“chaque système de représentation exprime exclusivement une vérité intrinsèque qui lui est prope”] (Schiavo 67).

[5] [“Any given representation is not only the reflection or product of social relations but that it is itself a social relation, linked to the group understandings, status hierarchies, resistances, and conflicts that exist in other spheres of the culture in which it circulates. This means that representations are not only products but producers, capable of decisively altering the very forces that brought them into being”] (Greenblatt 6).

[6] [“landscapes can be self-consciously designed to express the virtues of a particular political or social community”] (Schama 15).

[7] [“Not only the poet but also the critic exists in history […] and the texts of each are inscriptions of history […] Our comprehension, representation, interpretation of the texts of the past always proceeds by a mixture of estrangement and appropriation”] (Montrose 24).

[8] [“{he} knows in advance what he will find; the concrete experience is there to illustrate a truth already possessed, not to be interrogated according to preestablished rules in order to seek the truth”] (17).

[9] [“La reproduction, dans un espace nouveau, des noms, des particularités architecturales de l’espace premier fait de celui-là l’image spéculaire de celui-ci. Or, s’il on considère un objet et son image spéculaire, on constate qu’ils sont, tous le deux, dans un rapport de bipolarité dans lequel le miroir occupe la place,

et joue le rôle, d’un axe de symétrie”] (Saad 52).

Naturaleza, independencia y nación: la huella ubicua de Humboldt

Il nous faut des topographes qui nous fissent

narration particulière des endroits où ils ont esté.

Michel Montaigne

Puissent ces faibles travaux avoir contribué

en quelque chose à dissiper les ténèbres qui

couvrent depuis des siècles la géographie

d'une des plus belles régions de la terre!

Alexander von Humboldt

En La invención de América, Edmundo O'Gorman, partiendo de un postulado de Heidegger –sólo lo que se idea es lo que se ve; pero lo que se idea es lo que se

inventa–, desentraña el complejo proceso ideológico a través del cual pudo descubrirse América. De acuerdo con el historiador mexicano, América debió gestarse primero como idea para que, luego, fuese posible su descubrimiento. Según O'Gorman, el nacimiento de América tuvo lugar como consecuencia de la redefinición de la manera en que se concebía el mundo en el horizonte cultural europeo de la época. Las evidencias que proveyeron las navegaciones acabarían por sepultar las anquilosadas nociones del aristotelismo cristiano que habían determinado la mente y los ojos de Europa durante la edad media. Así, puede decirse que Europa no descubrió América, sino que la inventó:

La vieja imagen medieval ha tenido que ceder ante las exigencias de los datos empíricos e incapaz, ya, de admitirlos con una explicación satisfactoria, surge la necesidad de concederle un sentido propio a esa entidad que allí está reclamando su reconocimiento y un ser específico que la individualice. […] Cuando esto acontezca, América habrá sido inventada (O'Gorman 36).

Durante los años que median entre la publicación del mapa Waldseemüller (1507), donde América aparece –por primera vez– singularizada como "cuarta parte" del mundo, y los albores del siglo

XIX

,[1] el imaginario y, en sí, gran parte de lo que atañía a la representación del nuevo continente, bebían de las fuentes de un horizonte cultural de tardía raigambre medieval[2] y, más tarde, imantado por la antigüedad clásica grecorromana.[3] Lo hiperbólico, lo maravilloso, lo excéntrico con respecto al modelo discursivo europeo definían a América y lo americano. Al momento de inventar a América, Europa decidió interpretarla como todo cuanto se alejaba de su moderación, templanza y mesura. El gran ejercicio de imaginación que supuso la invención de América se basó en una operación de metonimia como la aludida por Stephen Greenblatt. Por tanto, es posible afirmar que la aprehensión europea del Nuevo Mundo descansaba sobre una reducción del mismo y no sobre su conocimiento profundo:

El descubridor sólo ve un fragmento y entonces imagina el resto en un acto de apropiación. El complemento que la imaginación provee a la visión expande el campo perceptivo, abarcando las lejanas colinas y valles o toda una isla o un continente entero y, entonces, lo poco que de verdad se ha visto se convierte por medio de metonimia en una representación completa.[4]

La expedición que, en 1799, emprendió Alexander von Humboldt por las principales posesiones de la Corona española en el nuevo continente marcó el inicio, tanto para la América española como para la portuguesa, de un proceso que pondría fin a la inercia de la metonimia en la comprensión del Nuevo Mundo por parte de Europa.[5] La redefinición de lo que era América se producía ante el empuje de una nueva épistème[6] que forjaba en Europa Occidental la conjunción de

la ilustración con la revolución industrial.[7] Ahora bien, ¿cuál fue la contribución del viaje de Humboldt en el forjamiento de esa nueva mirada hacia América en el plano literario? ¿Qué hizo al mismo Simón Bolívar definir a Humboldt, años más tarde, como alguien que "ha hecho más bien a América que todos los conquistadores" (Bolívar 820-821) o referirlo como el "descubridor del nuevo mundo" (822)?[8] Ésas son algunas de las cuestiones que me propongo resolver en este capítulo.[9]

El erudito prusiano zarpó hacia la América española desde A Coruña en una corbeta cuyo nombre –Pizarro– habría de probar ser bastante significativo tanto para los propósitos que animaban el viaje como por la valoración y la simpatía de las que, con el tiempo, gozó la labor científica de Humboldt entre los letrados del Nuevo Mundo,[10] de quienes debe decirse delineó trazos a través de su trabajo. La declaración del motivo de su expedición, según se asienta en el pasaporte que expidió con autorización real Mariano Luis Urquijo[11] –el entonces secretario de estado de Carlos IV– es característico del espíritu ilustrado y, sin embargo, entraña, al mismo tiempo, una extrañeza. Por un lado, se aduce el progreso de las ciencias naturales como fin último de las investigaciones de Humboldt en los dominios españoles:

[Se autoriza a Alexander von Humboldt] para que acompañado de su ayudante o

secretario don Alexandro Bonpland, pase a las Américas, y demás posesiones ultramarinas de sus dominios a fin de continuar el estudio de las minas, y hacer colecciones, observaciones, y descubrimientos útiles para el progreso de las ciencias naturales (Humboldt 1956, 220).

No obstante, por el otro, se destaca ostensiblemente el estudio de las minas al lado de una vaga generalización de procedimientos propios de lo que, entonces, se entendía como quehacer científico. Hay dos perspectivas del todo complementarias para leer lo anterior. Primeramente, podemos entenderlo como una aclaración que intentaba alejar cualquier tipo de desasosiego entre los súbditos americanos dada la inusual condescendencia que la Corona mostraba hacia Humboldt en lo referente a las minas, un área en la que tradicionalmente se manifestó intransigente con los extranjeros. Asimismo, podríamos concebirlo como una condición que –motivada por el estado desastroso de la economía– estableció la monarquía en la espera, tal vez, de algún tipo de propuesta o evaluación que optimizase su ya de por sí sobreexplotada industria minera en América.[12] De hecho, es fundamental recordar que ya desde el principio del pasaporte se puntualiza que la profesión del prusiano es la de “Consejero Superior de Minas de

S.M

. el Rey de Prusia”.

Al lado de las afinidades personales y de formación entre Humboldt y el ministro de Carlos IV o el espíritu iluminista de la época, la consideración de la inminente ruina económica de la Corona contribuye a dilucidar mejor las razones que explican la extrañeza referida en el pasaporte. Todo ello en su conjunto llevó al gobierno español a expedirle un pasaporte a Humboldt y, a la vez, explicaría su consiguiente relajamiento y el énfasis con que en el documento se detalla el permiso para estudiar la explotación minera en el nuevo continente. Así, pues, albergue o no sinceridad alguna la declaración visionaria del Estado español de su apoyo al “progreso de las ciencias naturales” al autorizar el viaje de Humboldt, lo cierto es que en ella se reconoce tácitamente la necesidad de una importación de saber –en tanto capital intelectual–, la cual, sin embargo, no redundó en muchos beneficios para la metrópoli y sí, como veremos más adelante, derivó en no pocos perjuicios.[13]

La importación de dicho saber tenía lugar en un escenario donde era evidente el rezago de España con respecto al avance del discurso cientificista y la tecnología en el norte de Europa. De allí que el memorial[14] que escribe Humboldt para presentarse ante la Corona se construya tomando como punto de partida un postulado que hacía atractiva la importación de su saber: el científico que ponía su conocimiento al servicio del progreso y fortalecimiento del estado. A mi parecer, es a la ejecución de ese breve relato autobiográfico al que Humboldt debe el beneplácito de la monarquía española con respecto a su expedición a América. En él, el barón se figura como un funcionario en potencia del Rey español al presentar como antecedentes su brillante carrera como ingeniero y experto en minas en su país, al tiempo que destaca su labor como funcionario del reino de Prusia en favor del mejoramiento de los procesos de la explotación minera: "el inmerecido éxito que tuvo mi primera obra sobre las montañas basálticas del Rhin, motivó que el jefe de nuestras minas, el barón de Hernitz, deseara que me destinaran a su departamento" (217). Una y otra vez, a lo largo del texto, Humboldt apunta cómo sus observaciones –que, por lo general, acaban por publicarse en forma de libros– le acarrean el reconocimiento de su gobierno, pero sobre todo, contribuyen al progreso de su país:

Aprendí la práctica de las minas en Freiberg y en el Harz. Habiendo hecho algunos experimentos útiles para ahorrar combustible en la cocción de la sal y habiendo publicado una pequeña obra, relativa a este tema (traducida al francés por Coquebert), el rey me envió a Polonia y al mediodía de Alemania para estudiar las minas de sal gema de Vieliecza, Hallein, Berchtusgaden. Los planos que levanté sirvieron para los nuevos establecimientos de las salinas de Magdeburgo.[15]

No es de extrañar, pues, que haya una referencia ininterrumpida a lo largo del memorial de la constancia de Humboldt en la búsqueda de métodos para mejorar la extracción de los minerales o, bien, facilitar la labor de los mineros. No obstante, es importante destacar que todo ello descansa sobre una concepción utilitaria de los recursos de la naturaleza que, a su vez, redunda en el enriquecimiento de las arcas reales:

Pese a haber servido en ese momento sólo ocho meses, habiendo reunido Su Majestad a la Corona a los Margraves de Franconia, me nombró director de las minas de esas provincias, donde la explotación se había descuidado desde hacía siglos. Permanecí entregado a la práctica de las minas durante tres años, y el azar favoreció de tal manera mis empresas, que las minas de alumbre, de cobalto y hasta las de oro de Golderonach, comenzaron rápidamente a engrosar las cajas del rey. Contentos por este progreso, se me envió por segunda vez a Polonia, para dar informaciones sobre el partido que se podría sacar de las montañas de esa nueva provincia que a partir de ese momento se llamó Prusia Meridional. Al mismo tiempo levanté planos para el mejoramiento de las fuentes saladas situadas a orillas del Báltico. Durante esta continua estadía en las minas hice una serie de experimentos bastante peligrosos respecto a los medios de que los aires mefíticos subterráneos fueran menos perjudiciales y que pudieran salvarse las personas asfixiadas. Conseguí construir una nueva lámpara antimefítica, que no se apaga en ningún gas, y la máscara de respiración, instrumento que sirve al mismo tiempo al minero militar cuando el contra-minero impide sus trabajos por camuflajes. Este aparato contó con la aprobación del Consejo de Guerra y por su simplicidad gozó inmediatamente de gran acogida en el extranjero.[16]

La descripción que hace Humboldt de sus servicios al rey prusiano desde las minas sugiere la existencia en Prusia de una alianza entre el imperio y la ciencia, cuyo peso en la España de Carlos IV, según los historiadores,[17] no era siquiera comparable.[18] En momentos, el despliegue que hace Humboldt de su saber en beneficio del engrandecimiento nacional de Prusia parece apuntar a la plausibilidad de una relación similar con la Corona de España. De hecho, hacia el final del memorial, el barón señala que se encuentra alejado de sus funciones públicas en Prusia. Sin embargo, al mismo tiempo, externa su propósito de utilizar parte de su fortuna en el estudio –exclusivo, subraya– de la naturaleza:

[L]levado por un ardiente deseo de ver la otra parte del mundo bajo el aspecto de la física general, de estudiar no solamente las especies y sus caracteres (estudios a los cuales dedico excesiva exclusividad hasta el momento), sino también la influencia de la atmósfera y su composición química sobre los cuerpos organizados, la construcción del globo, la identidad de las capas [geológicas] en los países más alejados unos de los otros, y, en fin, las grandes armonías de la

naturaleza, hice el propósito de dejar por algunos años el servicio del Rey y sacrificar una parte de mi pequeña fortuna al progreso de las ciencias.[19]

Al final, el texto del pasaporte habría de ignorar esa excesiva exclusividad que Humboldt pensaba dedicar al estudio de las ciencias naturales en América y, en su lugar, se le adjudica como primera ocupación y propósito del viaje la continuidad de su estudio sobre las minas.[20] Así, pues, funcionario encubierto, o no, de la Corona española, Humboldt, a diferencia del conquistador extremeño del Perú –cuyo nombre identificaba la goleta que lo llevaría a Sudamérica– que había llegado a América hacía casi tres siglos en busca de fama y minas de oro, navegaba hacia allá con el propósito de estudiarlas. La España que, tres siglos atrás, comenzara a importar metales preciosos a través de soldados y mercenarios, ahora autorizaba la importación de saber para optimizar la explotación mineral.[21] Siguiendo los postulados de O'Gorman, los hombres del tiempo de Pizarro habían llegado a América con ideas a priori, a despecho de lo afirmado por Daniel J. Boorstin: "[C]uanto más lejos se aventuró el hombre en altamar, hubo menos oportunidad y tentación para dejarse seducir por las fuentes literarias".[22] Humboldt, por el contrario, traerá sus instrumentos, ante cuya descripción y utilidad no escatima espacio en su referido memorial:

[R]euní una escogida colección de instrumentos de astronomía y de física para poder determinar la posición astronómica de los lugares, la fuerza magnética, la declinación y la inclinación de la aguja imantada, la composición química del aire, su elasticidad, humedad y temperatura, su carga eléctrica, su transparencia, el color del cielo, la temperatura del mar a una gran profundidad […] y encontré, durante mi permanencia en Salzburgo, un nuevo método para analizar el aire atmosférico, método sobre el cual he publicado una memoria con Vauquelin. Terminé al mismo tiempo la construcción de mi nuevo barómetro y de un instrumento que he llamado antracómetro porque mide la cantidad de ácido carbónico contenido en la atmósfera (Humboldt 1905, 221-222).[23]

La presencia de Humboldt en América inaugura una nueva mirada de Europa sobre ella. Esta vez, no era la mirada de los conquistadores, determinada por

libros como Il Milione de Marco Polo o El libro de las maravillas de Mandeville o por la amplia tradición popular del viejo mundo, la que describiría al nuevo continente. Con Humboldt –como también lo constata su pasaporte– llega la mediación del empirismo y el discurso científico:

Ni le impidan [a Humboldt] por ningún motivo la conducción de sus Instrumentos de Física, Química, Astronomía, y Matemáticas, ni el hacer en todas las referidas posesiones las observaciones y experimentos que juzgue útiles, como tampoco el colectar libremente plantas, animales, semillas, y minerales, medir la altura de los montes, examinar la naturaleza de estos, y hacer observaciones astronómicas (Humboldt 1956, 220).

Las descripciones de cuanto fenómeno natural se proponga estudiar el barón pasarán por el estrecho tamiz de una pretendida exactitud y objetividad científicas. Números, cálculos, correcciones, ajustes, acumulación y contraste de datos e, incluso, proyecciones suplantan, la mayor parte de las veces en el trabajo de Humboldt, las descripciones donde, otrora, se favoreciera la tiranía de las ideas a priori o la inercia de la metonimia. Es, pues, como afirman Leopoldo Zea y Mario Magallón: “El hombre ilustrado que carga sus instrumentos de medición por todos los rumbos de la Nueva España, es un ilustrado que busca la verdad a través de la empiria, del experimento, que investiga y descubre cosas nuevas impelido por la avidez de saber” (6).

Aunque haya en Humboldt una consciencia de su posible falibilidad en el manejo de los instrumentos científicos hay, también y sobre todo, una firme declaración de fe en lo que atañe a la utilidad de los resultados obtenidos a través de su expedición para el bien nacional, tal y como lo apuntara en el memorial que había presentado a Carlos IV y, asimismo, en la oración que cierra la dedicatoria del Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne a dicho soberano español: “¿Podría un trabajo como éste desagradar a un buen rey, cuando el mismo se refiere al interés nacional, al perfeccionamiento de las instituciones sociales y a los principios eternos sobre los cuales reposa la prosperidad de los pueblos?”.[24]

Más allá del valor científico contenido en la treintena de volúmenes que

conforman Le voyage aux régions equinoxiales du Nouveau Continent[25] sobre su estancia en Sudamérica, considero que es en Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne y en Essai politique sur l'ilê de Cuba,[26] donde la pluma de Humboldt traza un parteaguas para la historia literaria de la América española. En esos textos, el naturalista prusiano elabora mapas –no únicamente cartográficos–[27] para dar forma a la realidad americana de acuerdo con los modelos de la nueva épistème decimonónica. Tales mapas serían, a su vez, la matriz de otros mapas que, elaborados por los letrados, habrían de sucederse en una suerte de genealogía que definió y redefinió lo que era América. Lo anterior representó no sólo uno de los primeros pasos en la historia literaria de la América española y portuguesa en el siglo

XIX

, sino un consistente leitmotiv a través de toda ella.

Paradójicamente, en las páginas que Mary Louise Pratt dedica al estudio de la obra de Humboldt, tanto al Ensayo político sobre el reino de la Nueva España (

ENE

) como al Ensayo político sobre la isla de Cuba (

EC

) quedan relegados a un segundo plano por razones geográficas y, según aduce la propia Pratt, por la índole de su contenido:

Dado que estoy interesada en las representaciones de Sudamérica, no discutiré el famoso Ensayo Político de Humboldt sobre el reino de la Nueva España (México) y su compañero el Ensayo Político sobre la isla de Cuba. Estas obras se acercan a la sociedad humana a través de descripciones estadísticas y demográficas y de un análisis social basado en el determinismo ambiental. A diferencia de los textos sobre la naturaleza, no dan lugar a un mito; sin embargo, comparten dos aspectos con lo mítico: la ahistoricidad y la ausencia de la cultura.[28]

A diferencia de lo que afirma Pratt y debido a la naturaleza del campo en que ubico mi discusión, considero que ambas obras son fundamentales para entender el devenir de la literatura latinoamericana. Como veremos, la lectura de ambos ensayos no sólo dio lugar a una larga genealogía de obras que se extenderían hasta bien entrado el siglo

XX

,[29] sino que también inauguró no un mito, sino el arquetipo que grandes figuras actualizarían en el seno de las letras latinoamericanas: el del letrado al servicio del estado.[30] En lo que respecta a su supuesta ahistoricidad y ausencia de la cultura [absence of culture] es una obviedad necesaria anotar que es, quizás, en estos dos textos donde se aprecia un cambio más notable en lo referente a la concepción de América y su naturaleza con respecto al período colonial. Ni los datos estadísticos ni las precisiones demográficas, ni ninguna otra información que ofrece Humboldt en ambos ensayos pueden descalificarse –ya sea por su morosidad o la molestia que implica leerlos–, como claves valiosas que determinarían la reinvención de América no sólo en dichos textos, sino en los que en ellos se inspirarían.

Desde el prefacio que abre

ENE

, Humboldt subraya ya la peculiaridad de la Nueva España –que, de hecho, lo hace dedicarle una obra aparte– con respecto a las otras dependencias españolas que había visitado en Sudamérica. En especial, llama la atención, en este preludio, la oposición que se sugiere ya entre civilización o cultura y naturaleza y que habrá de convertirse años más tarde en la dicotomía estructural del Facundo de Sarmiento:

Tras de haber llevado a cabo algunas investigaciones en la provincia de Caracas, en las riberas del Orinoco, del río Negro y del Amazonas, en la Nueva Granada, en Quito y en las costas del Perú, debí sorprenderme por el contraste que existe entre la civilización de la Nueva España y la poca cultura de las porciones de la América meridional que acababa de recorrer. Este contraste me excitaba a la vez al estudio particular de la estadística de México y a investigar las causas que más han influido en los progresos de la población y de la industria nacional.[31]

Así, en

ENE

se adjudica, en parte, a la naturaleza el secreto de la prosperidad de una región. Sin embargo, no se trata solamente, como afirma Pratt, de un mero determinismo ambiental puesto que Humboldt expone a conciencia en los cuatro volúmenes de los que consta

ENE

una compleja red de factores que lo ayudan a explicar la supremacía de la Nueva España en el concierto de toda la América española. No hay, pues, un determinismo ambiental, sino una mente que intenta sistematizarlo todo para, así, explicarlo. En ese sentido, en

ENE

, Humboldt inaugura y anticipa una línea interpretativa que culminará en Facundo, del cual Doris Sommer, señala una vocación de totalidad que ya se advierte en Humboldt: “El exceso es precisamente lo que caracteriza la escritura de Sarmiento sobre ello en su texto exorbitante, mitad ficción [sic], mitad biografía, mitad historia política, mitad manifiesto, un libro genéricamente excesivo que obviamente es mucho más que uno”.[32]

La novedad e importancia de este texto de Humboldt dentro de la producción literaria sobre la América española radica en su orientación bidireccional y en su carácter no conclusivo. Humboldt lo entiende como un tratado que tanto intenta remediar el desconocimiento que privaba en Europa sobre las cosas de la Nueva España, que como una invitación a los novohispanos mismos para completar su trabajo a través del rigor de la ciencia y auxiliado por la objetividad de sus instrumentos. Es decir, presupone la existencia de lectores americanos además de los europeos, al tiempo que deja abierta la puerta a nuevos estudios que pudiesen corregir sus planteamientos. A pesar, pues, de las actitudes de imperialismo cultural que, tradicionalmente, han solido enfatizarse en su obra,[33] en

ENE

, Humboldt contempla a los americanos como lectores de sus investigaciones. A contramano de una larguísima tradición colonial donde emisor y receptores sobre las cosas de América era el letrado de la metrópoli, Humboldt delega en las plumas americanas la labor de esclarecer bajo el auxilio de la ciencia las imprecisiones que existían sobre su tierra, a la que denomina ya “patria”, en el más puro espíritu romántico de la época en Europa:

[P]odría ser acogida con interés, en una época en la que América, más que nunca, llama la atención de los europeos […] A pesar de la atención extremada que puse en la verificación de los resultados obtenidos, quizá haya podido cometer algunos errores bastante graves, que serán corregidos a medida que mi obra excite en los habitantes de la Nueva España el estudio sobre la situación de su patria.[34]

El énfasis de Humboldt en la medición científica como base de su ensayo, lo hace incluir en

ENE

, bajo el título de “Introducción geográfica”, un largo apartado donde detalla una serie de consideraciones sobre los instrumentos, materiales y la metodología utilizados en la elaboración de su ensayo. Son alrededor de ciento cincuenta páginas en las que se detiene el autor para subrayar tanto la novedad como la precisión de sus observaciones:

Debo revelar a los astrónomos y a los físicos los materiales de los que me he servido para la ejecución de este trabajo [...] Es siguiendo este camino que las diferentes partes de mi obra, las Estadísticas de México, la Relación Histórica del Viaje a los Trópicos y los volúmenes astronómicos, todos servirán, me jacto, para demostrar que el deseo de precisión y el amor a la verdad me guiaron durante el transcurso de mi viaje.[35]

El proceder de Humboldt da cuenta de lo que José Miranda identifica como el característico entusiasmo inquisitivo del espíritu ilustrado hacia la ciencia que, al someterlo todo al escrutinio de la verdad y la exactitud, hacía posible tanto su sistematización como su entendimiento:

No faltaban razones para tan arrebatado optimismo. Ahí estaban los frutos recogidos bajo la rectoría espiritual de la Ilustración: la ciencia se había constituido en gran parte de sus ramas –física, química, botánica, etcétera–, y se desenvolvía con sorprendente rapidez; la economía entraba por la puerta grande de las disciplinas del saber; la técnica creaba medios mecánicos, las máquinas hidráulicas y de vapor principalmente, que comenzaban a revolucionar la industria; y las exploraciones geográficas y científicas por remotos mares e ignorados continentes dilataban enormemente las esferas de los conocimientos humanos y las posibilidades de los pueblos civilizados (13).

Es, precisamente, este haz de disciplinas aludidas por el crítico hispano-mexicano la base sobre la cual se construye

ENE

. Humboldt entiende su ensayo como una gran disquisición que se propone dilucidar o echar luz sobre las tinieblas –para servirse de la retórica ilustrada– que se cernían sobre la Nueva España: “¡Ojalá que estos insignificantes trabajos puedan contribuir algún tanto a disipar las espesas tinieblas que hace siglos oscurecen la geografía de una de las más hermosas regiones de la tierra!”.[36]

Para convocar la luz, el método de Humboldt recurre al mapeamiento de cuanto existía en la imprecisión. Frente a la necesidad que imperaba en la Nueva España de un mapa que reuniese la ubicación de todos los centros mineros que se explotaban, Humboldt hace suyo el desafío de producir uno de la totalidad del territorio novohispano previendo, al mismo tiempo, los efectos que ello significaría para su administración y mejoramiento:

Una obra de esta naturaleza era realmente necesaria, tanto para la administración

de este país como para aquellos que desean conocer la industria nacional [...] Habiendo calculado en la misma Ciudad de México la mayoría de mis observaciones astronómicas para tener puntos fijos sobre los cuales apoyar otros, viendo a mi disposición una cantidad considerable de materiales y mapas hechos a mano, concebí la idea de ampliar el plan que originalmente me había trazado.[37]

Es por ello que en Humboldt el maridaje entre la investigación geológica y la dirección del estado es esencial en la nueva mirada que, entiende, debe dirigirse hacia América: “La constitución geológica de estas tierras es un objeto de estudio de igual importancia tanto para el estadista como para el naturalista viajero”.[38] En el marco de los beneficios que derivarían de este consorcio entre la ciencia y el estado, Humboldt considera inconcebible el desconocimiento que priva sobre las tierras americanas tanto en la propia América como en Europa y urge, por lo tanto, a posar una mirada científica sobre ella. Así, en una parte de la “Introducción geográfica”, el naturalista observa, con sorpresa, que la cuantía de las remesas que enviaba la Nueva España a la península no era directamente proporcional a las representaciones cartográficas que se hacían de tales tierras en el viejo continente:

En vano se busca en la mayoría de los mapas publicados en Europa el nombre de la ciudad de Guanaxuato, la cual tiene 70 000 habitantes, tampoco allí pueden encontrarse las famosas minas de Bolaños, Sombrerete, Batopilas y de Zimapán. Ninguno de los mapas que hasta ahora se han publicado, muestran la posición de Real de Catorce, en la intendencia de San Luis Potosí, una mina de donde se ha obtenido plata anualmente por el valor de veinte millones de francos.[39]

Al referir y singularizar –a través de la mención de sus nombres– los orígenes geográficos de la riqueza mineral de la Nueva España, Humboldt reclama un espacio para dichos sitios en la mente europea y, al mismo tiempo, esgrime el gran valor de América para Europa. No es difícil imaginar, entonces, el beneplácito que posteriormente con el que se leyeron las letras de Humboldt entre los lectores americanos; entre ellos, el propio Simón Bolívar. Nombrar en Humboldt es traer a la existencia y, por ende, (re)crear la imagen de lo

americano tras siglos de imprecisión y poco conocimiento del continente por parte de los europeos.[40] Así, podría decirse que el acto de Humboldt sigue los postulados empiristas de John Locke para quien “Tener la idea de una cosa en nuestro espíritu no prueba su existencia” (1). Humboldt prueba la existencia de América, la reinventa, a través de operaciones de mapeamiento que se fundamentan en observaciones bajo el auxilio de mediciones científicas. Al llamar la atención sobre la importancia de estos pueblos ignorados por la cartografía en Europa –a pesar a su importancia en tanto productores de metales preciosos–, el prusiano crea para lo americano un espacio en el universo europeo desde el ámbito de la valoración de la naturaleza y, también, renueva in loco –en el plano de la enunciación–[41] el debate de lo que era América. Tal vez es el hecho de que dicha reivindicación tenga lugar desde el plano económico lo que ha provocado que mucha de la crítica –como ocurre con el estudio de Pratt– haya centrado su lectura de esta obra en las supuestas implicaciones imperialistas que tiene, para los lectores de nuestra época, su visión de la naturaleza americana.[42] Desde el punto de vista literario, la afirmación de Humboldt inaugura la búsqueda por definir la identidad americana desde la propia América y bajo las lentes de la ilustración y el sentir romántico. Es en la escritura de Humboldt donde nace la fértil idea de fundar lo americano en la naturaleza del continente.

La renovación que supuso la escritura de Humboldt para la gestación de una identidad literaria americana no sólo descansa sobre el planteamiento de una ecuación que vinculaba la naturaleza con las señas de identidad de América. Hay también en

una autorización y alineamiento con los productores de saber locales; es decir, el aparato argumentativo del ensayo refrenda el trabajo de los letrados novohispanos que escriben sobre la materia que ocupa a Humboldt. El prusiano no sólo admite ser lector de tales fuentes producidas por los súbditos de la Corona en América –otros tantos en la península–, sino que las utiliza en la elaboración del gran mapa que es

:

En vez de poner en mi mapa solamente los nombres de trescientos lugares conocidos por sus considerables operaciones mineras, me propuse reunir todos los datos que pude obtener y discutir las diferencias de posición que a cada instante presentaban tantos materiales heterogéneos.[43]

Humboldt va más allá al colocar a los americanos en una posición de igualdad como interlocutores[44] y, como hemos dicho, continuadores de su labor y depositarios de sus instrumentos:

La escuela de minas de México, en la que se estudian sólidamente las matemáticas, esparce también en la extensión de su vasto territorio gran número de jóvenes animados del mejor celo y capaces de servirse de los instrumentos que se pusieren en sus manos.[45]

Así, antes de proponer sus coordenadas geográficas para determinar la localización exacta de la Ciudad de México, Humboldt entabla un diálogo bibliográfico con científicos no sólo europeos (entre ellos españoles), sino también americanos. Los resultados que arrojan sus instrumentos lo hacen subrayar, sobre todo, la labor y la exactitud de los científicos novohispanos Velásquez y Gama entre una multitud de expertos tanto locales como europeos o norteamericanos. La lista de las fuentes que consulta es extensa. Entre ellos cita otros nombres como Galeano, Espinosa, Oltmanns, Bürg, Delambre, Jeffereys, Arrowsmith, Diego Rodriguez, Gabriel López de Bonilla, Carlos de Sigüenza, Martínez, Alzate, Bonaventura Suárez, Ramirez, Roberedo, Castillo, Anville, Covens, Doz, entre otros. Al leer dicha lista salta a la vista del lector de

el lugar que Humboldt otorga al saber americano en la medición de su propia tierra.[46]

Siguiendo un proceso similar al utilizado para la localización de la capital de la Nueva España, Humboldt ofrece las coordenadas geográficas de los puertos de Veracruz y Acapulco (los otros dos centros de importancia estratégica en el

virreinato), al tiempo que hace un detallado reporte –apoyado en tablas– de los accidentes geográficos más relevantes en el resto de las provincias. El territorio novohispano es, pues, redibujado en el mapa europeo según la nueva épistème y es en ello el primero en toda la América Latina en serlo:

Por primera vez, una gran región americana es contemplada a través de los prismas científicos e históricos labrados por la Ilustración. Todo lo que el saber fundado en la observación y en la experimentación había ido alumbrando, y todo lo que había ido revelando e insinuando la Historia basada en el estudio integral del hombre, nutrirá e informará el largo inventario de Humboldt sobre la Nueva España (Miranda 118).

Frente al esmero de los mapas en algunos litorales de la Nueva España, Humboldt apuesta por una marcha para reconocer el interior. Esa arenga de Humboldt de emprender el conocimiento del interior será el estandarte o bandeira que adopten los letrados en la configuración de la identidad literaria tanto en Hispanoamérica como en el Brasil:

Los detalles minuciosos de la historia natural descriptiva no pertenecen a la estadística; no se tener una idea precisa de la riqueza territorial de un estado sin conocer la estructura de sus montañas, la altura a la que se elevan las grandes mesetas del interior y la temperatura que es propia de aquellas regiones en las que los climas se suceden como si fuesen estratos, uno encima del otro.[47]

Ahora bien, aunque, tal vez, recurriendo al recurso de la falsa modestia, Humboldt haya revelado la imperfección de lo producido por su cuidadosa labor en la elaboración del mapa de Nueva España – “Pude prever que, a pesar de un arduo trabajo de tres o cuatro meses, mi mapa de México sería aún muy imperfecto, si lo comparásemos con los de las partes civilizadas más antiguas de Europa”–[48] es el gesto de la consulta rigurosa de la biblioteca sobre y en América así como la inclusión de una variedad de fuentes antiguas y contemporáneas lo que siembra precedente para lo que será el acopio

bibliográfico –sui generis, en algunos casos– de obras posteriores como Facundo u Os Sertões. En cierta manera, dichas obras habrán de proponerse llenar las lagunas dejadas por Humboldt:

La mayoría de los mapas de América, hechos en Europa, están llenos de nombres de lugares cuya existencia se desconoce en el propio país. Estos errores se perpetúan y, a menudo, es difícil adivinar la fuente. Preferí dejar muchos espacios vacíos en mi mapa, antes que abandonarme a fuentes sospechosas.[49]

La renovación que entrañó la escritura de Humboldt en la gestación de una identidad literaria americana no sólo supuso la superación de los modelos anteriores, sino, también, el diálogo con ellos y, al lado de todo eso, el depósito en manos americanas de la tarea de expandir su labor. En

ENE

, Humboldt se construye como un lector de todo cuanto se había escrito sobre el territorio de la Nueva España y América. La escritura del ensayo está respaldada por una lectura que abarca desde los primeros exploradores y cronistas que escribieron sobre la Nueva España hasta los científicos que se ocupaban del mareamiento del territorio en aquel momento. Así, aparecen menciones y alusiones a Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Bartolomé de Las Casas, Francisco Clavijero, José de Acosta, entre otros. Humboldt es, pues, utilizando la retórica de Roberto González Echevarría, un lector del archivo y, a la vez, iniciador del patrón que aludimos arriba, el cual dominó la literatura latinoamericana a lo largo del siglo

XIX

y parte del

XX

. Ese arquetipo que inaugura Humboldt en nuestra literatura no habría de consolidarse sin la lectura que los americanos –especialmente los criollos– hicieron de textos como

ENE

y

EC

.

Frente a los libros que, hasta entonces, se habían escrito sobre América, los ensayos de Humboldt sobre la Nueva España y Cuba representan una reflexión sobre la validez de la información contenida en textos producidos al calor de un viaje o producto de una breve estancia en las regiones en cuestión: “¿Cómo puede un viajero, después de haber llegado a una isla, después de haber permanecido durante un tiempo en un país distante, atribuirse el derecho de pronunciar sobre las diversas facultades del alma, sobre la preponderancia de la razón, del espíritu y la imaginación de los pueblos?”.[50]

Tanto en

ENE

como en

EC

, Humboldt tiene especial cuidado en deslindar sus ensayos de la superficialidad característica –según él mismo apunta– de esa mirada extranjera y, a la vez, subraya la condición autónoma de su escritura con respecto al poder colonial español. Ésta no estaba determinada por el ejercicio de ningún cargo conferido por la metrópoli, sino amparada en el discurso de la ciencia. Humboldt, pues, legitima sus ensayos al entenderlos como productos de un proceso opuesto al que critica en la cita anterior. El contenido de sus textos está apoyado en su estancia prolongada en ambos territorios, en su investigación de campo avalada en el rigor de los instrumentos, en su documentación y, sobre todo, en el nivel de profundidad con la que mira tanto a la Nueva España como a Cuba.

Es en este sentido que

ENE

destaca con respecto a otros textos sobre tales territorios. Si bien el espíritu ilustrado y la vena romántica que lo anima representan un cambio estilístico con respecto a la forma en que otros tratados se acercaban a estas posesiones de la Corona española, es la visión de totalidad que ofrece y su grado de profundidad lo que explica su trascendencia en la gestación de las señas de identidad de la literatura latinoamericana. Hay en la escritura de Humboldt una voluntad de aleph borgesino avant la lettre que intenta ofrecer una visión de todo el conjunto, de observarlo todo, de explicarlo e, incluso, de hacer prospecciones, pues como afirma Miranda, "[E]sa obra [

ENE

] parece escrita tanto para mostrar el presente como para iluminar y encaminar el futuro; tanto para explicar lo ya hecho como para aleccionar sobre lo que se debía hacer" (Miranda 164). Así,

ENE

está configurado por una amplia y variada suma de información sobre el territorio novohispano. Allí se encuentran consideraciones territoriales –tanto del interior como de las costas–, estudios de las actividades agropecuarias, reflexiones sobre el comercio y la minería, análisis sobre la pigmentocracia que era la compleja sociedad de Nueva España, explicaciones sobre la distribución desigual de la población y la riqueza, acercamientos a los pormenores de la producción e industria en el virreinato, así como también, cavilaciones y reportes sobre áreas tan importantes como la tesorería y la defensa del territorio. Todo ello va acompañado y, en ocasiones, fundamentado con digresiones y precisiones históricas provenientes del extenso acervo bibliográfico que había consultado.[51]

La escritura de Humboldt se mueve en un radio que no sólo se circunscribe al presente, sino que incorpora los acontecimientos del pasado y, como decíamos más arriba, se adentra en el terreno del futuro al hacer predicciones y sugerir proyectos que deberían realizarse para el progreso de la Nueva España. Dicho futuro es casi siempre expresado en términos hipotéticos –hay una profusión en el uso del condicional y el subjuntivo–, en el marco de frases condicionales que involucran recomendaciones, cuya puesta en marcha, el prusiano consideraba imperativa para el progreso de la Nueva España. Veamos un ejemplo que no recuerda poco al Facundo Sarmiento:

[S]ería fácil probar que si México tuviese una administración sensata; si abriese sus puertos a todas las naciones amigas; si recibiese colonos chinos y malayos para poblar sus costas occidentales, desde Acapulco hasta Colima; si aumentase las plantaciones de algodón, café y caña de azúcar; y si, en fin, estableciese un justo equilibrio entre los trabajos agrícolas, la explotación de las minas y su industria manufacturera, podría por sí solo, en pocos años, ofrecer al fisco español un producto neto que doblase al que actualmente suministra toda la América española.[52]

Es, pues, entendible y, a la vez, paradójico, el entusiasmo que la lectura de

generó entre las élites criollas si consideramos la poca experiencia que éstas tenían en el gobierno al momento de la independencia y, además, el desconocimiento que privaba en el mismo virreinato sobre grandes porciones territoriales (especialmente el interior). A dichas élites el texto de Humboldt se les presentó como una visión totalizadora para entender el país que, años más tarde, regirían; como un manual para mejorar su administración y, al mismo tiempo, como una prefiguración y garantía –olvidando, en muchos casos, las condiciones que, antes, habían de cumplirse–[53] de la grandeza a la que estaba destinada la Nueva España:

La situación física de la Ciudad de México ofrece ventajas inestimables cuando se la considera en términos de comunicación con el resto del mundo civilizado. Situado entre Europa y Asia en un istmo que está bañado por el Mar del Sur y el Océano Atlántico, México parece destinado a ejercer un día una gran influencia en los acontecimientos políticos que sacuden a los dos continentes. Un rey de España, con residencia en la capital de México, enviaría sus órdenes en cinco semanas a la península, en seis semanas a las Filipinas. El vasto reino de Nueva España, cultivado con cuidado, produciría por sí mismo todo lo que el comercio reúne en el resto del mundo, azúcar, cochinilla, cacao, algodón, café, trigo, cáñamo, lino, seda, aceites y vino. Suministraría todos los metales, sin excluir el propio mercurio.[54]

En la construcción de la Nueva España como una cornucopia, Humboldt hace ocupar a la naturaleza un lugar preponderante pues la concibe como elemento central para el esplendor futuro de esa colonia e, incluso, para el de todo el imperio español. Es sumamente reveladora la sugerencia de Humboldt sobre los beneficios de la mudanza del rey y su corte a la Ciudad de México. A pesar de que dicha mudanza jamás se llevó a cabo –como sí ocurrió en el caso brasileño–, el apuntar la posibilidad debió calar hondo en la mente de los letrados criollos pues no sólo colocaba en posición de igualdad a una colonia americana –su patria– con la metrópoli, sino por encima de ésta. Así, pues, al combinar la mención de la singularidad geográfica del territorio novohispano con la abundancia de recursos naturales o la posibilidad de su explotación industrial, Humboldt sentó las bases de la primera estética con la que representó a América independiente aquella generación de criollos que se puso al frente de la administración de las antiguas colonias. El influjo de los textos de Humboldt hizo que los criollos entendieran que el futuro de las recién formadas naciones estaba cifrado en el aprovechamiento de la naturaleza que las constituía y que, en la mayoría de los casos, se extendía más allá de las urbes donde se asentaba el poder colonial, es decir, en el interior. La escritura de Humboldt representa, así, el inicio de una genealogía de textos que pretendían ser aleph y brújula en la comprensión de una América que comenzaba su vida independiente al amparo del influjo cultural francés, lengua en la cual Humboldt escribió todos sus libros sobre su expedición americana.

Es en una misiva de 1824 que Lorenzo de Zavala, como Secretario de Relaciones Exteriores de México, dirige a un Humboldt ya avecindado nuevamente en Europa, donde mejor pueden apreciarse los efectos que tuvo la lectura de

ENE

entre los criollos novohispanos que consiguieron la emancipación política de la Nueva España en 1821. Alamán era uno ellos:[55]

[L]os luminosos escritos de

V.S.

relativos a América, fruto de sus talentos y de sus viajes a esta parte del globo, han sido recibidos con aquella estimación que reclaman sus interesantes materias, y las noticias de que abundan. Ellas hacen formar un cabal concepto de lo que podrá ser México, bajo una buena y liberal constitución, por tener en su seno los elementos todos de la prosperidad, y su lectura no ha contribuido poco a avivar el espíritu de independencia que germinaba en muchos de sus habitantes, y a despertar a otros del letargo en que los tenía una dominación extranjera (Alamán 1823-1828, s/p).

Inclusive, de acuerdo con críticos como Pereyra y Miranda, la obra de la generación de letrados constituida por Lorenzo de Zavala, Lucas Alamán, José María Luis Mora y Fray Servando Teresa de Mier se dio a la tarea–tal y como lo había deseado y externado el mismo Humboldt al inicio de

ENE

– de completar los mapas sobre la Nueva España que el naturalista trazara en el ensayo. Zavala, Alamán, Mora y Teresa de Mier elaboraron proyectos de nación o propusieron ajustes al plano en boga que conversaban de alguna u otra manera con el ensayo político de Humboldt. El perfil de letrados al servicio del estado que actualizaban estos hombres obedecía a su vez a aquel delineado por Humboldt en

ENE

y

EC

.

El

EC

sigue muy de cerca los procedimientos discursivos que ya hemos señalado en

ENE

en medio de “un gran número de temas que van desde el clima de la isla, su flora y fauna hasta su población, agricultura y comercio exterior”.[56] Sin embargo, su publicación tardía[57] frente al ensayo sobre la Nueva España y a la obra de Humboldt sobre América, aunado a la peculiar senda histórica que recorrió la isla con respecto a las otras colonias españolas del continente,[58] determinó algunas particularidades –tanto en su escritura como en su recepción– que vale la pena destacar.

La primera de ellas, como bien apunta Vladimir Acosta, es el grado de compromiso que la escritura del prusiano manifiesta frente a la Corona española y sus súbditos en América. En efecto, a diferencia de

ENE

, en

EC

no hay dedicatoria ni mención alguna a los monarcas españoles:

Es en el caso de Cuba donde Humboldt, más maduro y menos comprometido con los criollos y con los españoles, se explaya en un largo y documentado análisis de la esclavitud en la isla caribeña, comparando el sistema cubano con los que imperaban entonces en las Antillas francesas e inglesas y en el sur de los Estados Unidos (Acosta XXVII).

Si bien los tres lustros que median entre la publicación de

ENE

(1811) y de

EC

(1826) pudieron haber diluido el compromiso de Humboldt con la Corona de España, no pasó así con el diálogo que –como se veía ya en

ENE

–, entabla el naturalista con sus lectores; entre ellos no pocos criollos. Lejos, pues, de cualquier tipo de obligación hacia la monarquía española, en

EC

Humboldt no tiene empacho alguno en diferenciar de manera contundente a quienes, presumiblemente, serían criollos o indianos de la autoridad colonial ibérica, a la cual caracteriza como una entidad anquilosada en su indiferencia y pertinacia. Los criollos, en contraste, son figurados en términos de su probidad moral y de su relación con la isla determinada por el conocimiento profundo de la tierra y un interés sincero en sus asuntos internos. A lo largo de

EC

prima una distinción entre un allí (Cuba) y un más allá (España) que es en la mayoría de las veces contrario y hasta irreconciliable:

[M]uchos hombres juiciosos y vivamente interesados en la tranquilidad de las islas de azúcar y de esclavos son del sentir que se puede, por medio de un acuerdo libre entre los propietarios, y de medidas que dimanen de los que conocen las localidades, salir de un estado de crisis y de malestar, cuyos peligros se aumentarán con la indolencia y la obstinación. Procuraré dar al final de este capítulo algunas indicaciones acerca de la posibilidad de estas medidas, y probaré con citas sacadas de documentos oficiales, que mucho antes que la política exterior hubiese podido influir en las opiniones, las autoridades locales de La Habana, más afectas a la metrópoli, han manifestado de tiempo en tiempo disposiciones favorables para mejorar la situación de los negros.[59]

La principal disensión entre ambas esferas es el asunto de la esclavitud que se convierte en el centro de las reflexiones de Humboldt y a la cual le dedica todo un capítulo. Para acercarse a un asunto tan delicado en la Cuba de aquel tiempo, Humboldt se vale de comparaciones y alusiones a la realidad esclavista de la isla y las posiciona frente a la de otros países en la región en los que existía o había existido dicha práctica.[60] En ese sentido, la mención más poderosa, por ser la que

más temor entrañaba en la mente de los gobernantes y terratenientes cubanos, era el precedente ominoso que la revolución de independencia haitiana había sembrado. La memoria de la sangrienta insurrección de esclavos en Haití (1791-1804) que, para 1826, era un país que no sólo ocupaba la parte occidental de La Española sino que se extendía a lo largo y ancho de toda esa isla, es utilizada por Humboldt en

EC

como contra ejemplo o fábula de escarmiento [cautionary tale] de lo que debía evitarse a través de la abolición de la esclavitud en Cuba. La postura progresista de Humboldt con respecto a los esclavos no debe sorprender si consideramos la sensibilidad que ya mostraba en

ENE

hacia los indígenas mexicanos y el estado paupérrimo en el que vivían, despecho de las glorias pasadas:

Para dar una idea exacta de a los nativos de la Nueva España, no sería suficiente representarlos en su estado actual de degradación y miseria; sería, en cambio, necesario volver al período remoto cuando, gobernada por sus leyes, la nación podía desplegar su propia energía; deben consultarse las pinturas jeroglíficas, las construcciones de piedra tallada y las obras de escultura conservadas hasta nuestros días, las cuales, atestiguando la infancia de las artes, ofrecen sin embargo asombrosas analogías con varios monumentos de los pueblos más civilizados.[61]

Si ya es dolorida la descripción en

ENE

de los indígenas de la Nueva España, quince años después en

EC

, no lo es menos el pathos de la prosa humboldtiana al denunciar el comercio negrero:

Algún día no se querrá creer que antes de 1826 no había en ninguna de las Antillas mayores una ley que impidiese el vender los niños de corta edad y separarlos de sus padres, ni que prohibiese el método degradante de marcar los negros con un hierro caliente únicamente para reconocer con más facilidad el ganado humano.[62]

El énfasis de Humboldt en el esplendor del pasado indígena en

ENE

, así como el discurso abolicionista apoyado en la exacerbación del sentimentalismo en

EC

, anuncian el advenimiento de la literatura indianista en toda América Latina y de obras literarias abolicionistas como Sab (1841) de Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Los mapas que Humboldt traza en

ENE

se encaminan, por un lado, a denunciar la desigualdad social –"México es el país de la desigualdad. En ninguna parte existe una desigualdad más espantosa en la distribución de la fortuna del cultivo del suelo y de la civilización"–[63] mientras, por la otra, anuncia la posibilidad de una prosperidad futura si se lograba el conocimiento profundo del territorio, la modernización de las técnicas de explotación y el mejoramiento de la administración. En

EC

, por su parte, la abolición de la esclavitud es la condición sine qua non para el

progreso y la auténtica civilización en Cuba. Humboldt, incluso, insinúa mediante la mención del caso brasileño, la filiación entre el régimen esclavista y la continuidad de la circunstancia colonial. Abolir la esclavitud era, pues, dar un paso hacia la emancipación política:

En este archipiélago [las Antillas], así como en el Brasil (dos partes de la América que contienen casi tres millones y doscientos mil esclavos), el temor a una reacción por parte de los negros y a los peligros que amenazan a los blancos, han sido hasta ahora las causas más poderosas de la seguridad de las metrópolis y de la conservación de la dinastía portuguesa. ¿Puede esta seguridad, por su misma naturaleza, ser de larga duración? ¿Justifica acaso la inacción de los gobiernos que se descuidan en remediar el mal cuando aún es tiempo? Lo dudo.[64]

Por ende –razona Humboldt– el dar la espalda a la abolición de la esclavitud implicaba apostar por la propia ruina. En

EC

hay una escritura mucho más diáfana y menos empacho en la presentación de propuestas para el esbozo de un proyecto de nación:

[E]n los países de esclavos donde un hábito de mucho tiempo inclina a legitimar las instituciones más contrarias a la justicia, no se puede contar con la influencia de la Ilustración, de la cultura industrial, de la flexibilidad de las costumbres, sino en cuanto todos estos bienes aceleran el impulso dado por los gobiernos, y facilitan la ejecución de las medidas que una vez se adoptan. Sin esta acción directoria de los gobiernos y de las legislaturas no se debe esperar un cambio pacífico. El peligro se hace particularmente inminente cuando se apodera de los ánimos una inquietud general, y cuando en medio de las disensiones políticas que agitan a las naciones vecinas, se manifiestan los errores y las obligaciones de los gobiernos: entonces no puede renacer la calma sino por medio de una autoridad, que con el noble sentimiento de su fuerza y de su derecho, sabe dominar los acontecimientos, abriendo por sí misma el camino de las mejoras.[65]

En el

EC

, Humboldt termina el delineamiento –si bien indirecto– del perfil del letrado latinoamericano que había bosquejado en

ENE

. En el ensayo sobre Cuba, Humboldt sitúa al letrado a la vanguardia de los esfuerzos de modernización y civilización del país. Le otorga las riendas del gobierno por su tarea de legislador visionario y lo convierte en el rector par excellence de la patria, anunciando la escritura no sólo de Sarmiento, sino también la ensayística de José Martí.

A diferencia del eco de la postura abolicionista de Humboldt que encontramos en intelectuales como Martí, un importante sector del público –dentro y fuera de la isla– que leyó

EC

se manifestó en contra de esa visión. Éstos se sirvieron del texto mismo –mutilándolo, en algunos casos– para la consecución de fines opuestos a los propósitos que habían llevado a Humboldt a escribir

EC

. El ejemplo más destacado de este tipo de recepción involucra lecturas como la del norteamericano J.S. Trasher. Éste no sólo publicó su propia traducción al inglés del

EC

sin la autorización de Humboldt, sino que lo hizo eliminando el capítulo sobre la esclavitud, considerado por el prusiano como el centro mismo de su trabajo. En su versión del

EC

, Trasher añadió nuevos datos e incluyó información actualizada encaminada a inflamar el interés de la clase política norteamericana por la anexión política de la isla.[66]

Las reacciones adversas a los postulados de Humboldt también tuvieron eco dentro del ámbito isleño y peninsular. De hecho, aunque José Bustamante había traducido al castellano el texto de

EC

, el cual apareció en la península en 1826 –un año después de su publicación en el original francés–, la circulación del libro fue prohibida en la isla[67] por las autoridades coloniales debido al revuelo que causara su postura abolicionista y "debido a la terrible, aunque exacta, representación de la situación de la población de color y de su inmensa fuerza en la isla".[68] A diferencia de la unanimidad en el entusiasmo que caracterizó la recepción de

ENE

por parte de sus lectores criollos, la lectura de

EC

generó un debate alrededor del futuro de Cuba en esa misma esfera que terminó por polarizarla: mientras que unos apostaban por la incorporación de la isla a Estados Unidos, otros apoyaban la independencia total y algunos más propugnaban por la preservación de los vínculos coloniales con España.[69]

No obstante, las disensiones que las separaban, cada una de las agendas coincidían en la consideración de la naturaleza como eje del proyecto nacional al que entendían en términos de progreso y civilización. Así como en

ENE

, en

EC

la naturaleza ocupa un lugar preponderante en el porvenir de los territorios descritos puesto que se la concibe no sólo como el eje del proyecto nacional,

sino como la razón de ser del letrado, el arquitecto de dichos planos. El mismo Humboldt lo había comentado en

ENE

de la siguiente forma: “[S]i las obras que he publicado han hecho algún bien, sólo deben tal ventaja a mi amor a la verdad, a la ingenuidad de mis sentimientos y a la admiración por un país que la naturaleza ha llamado a elevados destinos” (Carta a Lorenzo de Zavala). De allí, habrían de derivar, posteriormente, nociones de identidad nacional y nacionalismo que, en el marco de la estética romántica, contribuiría a darle una fisonomía distinta a los textos literarios latinoamericanos.

Como hemos visto, la genealogía de textos que la escritura de Humboldt anuncia en

ENE

y

EC

fue determinante en la definición de la

identidad literaria y nacional en la América española. En el Brasil dicha definición se dio en circunstancias distintas y motivada por actores inusitados. Enterada del paso de la expedición de Humboldt por tierras de la vecina Capitanía General de Venezuela, la Corona lusitana, a través de una carta de don Domingos de Souza Coutinho a Bernardo Manuel de Vasconcelos, gobernador de la Capitanía de Ceará (2 de junio de 1800), prohibió cualquier incursión del naturalista prusiano en los dominios portugueses bajo amenaza de apresarlo:

[D]ado que en tan críticas circunstancias y en el actual estado de cosas se hace sospechoso el viaje de tal Extranjero [Humboldt] que bajo especiosos pretextos tal vez quiera conseguir, en coyunturas tan rebuscadas y atrevidas, sorprender y alentar con nuevas ideas y capciosos principios los ánimos de los Pueblos vasallos existentes en esos vastos dominios; además de que por las leyes existentes de S.A. Real, ordena muy expresamente el muy augusto Señor que S.

Señoría haga examinar con la mayor exactitud y escrúpulo si efectivamente el susodicho Barón de Humboldt o cualquier otro viajero Extranjero ha viajado o actualmente viaja por los territorios interiores de esa Capitanía, pues sería perjudicial a los intereses de la Corona de Portugal que se llevaran a cabo semejantes actos, y confía Su Alteza Real que Su Señoría, por su celo y eficaz desvelo emplee en un asunto de tanta importancia toda aquella destreza y sagacidad que es dable esperar de las luces y circunspección de su Señoría por el bien del Real Servicio, precaviendo esto y haciendo cesar tales investigaciones que, por las Leyes, son vedadas no sólo a los Extranjeros sino también a los Portugueses que se tornan sospechosos cuando no están autorizados por órdenes reales o las debidas licencias de los gobernadores de las respectivas Capitanías, mandándolos capturar.[70]

El celo de Portugal con respecto a la divulgación de los recursos naturales con los que contaba el Brasil –como había acontecido con España y sus colonias antes de Carlos III– databa de antiguo. Por ejemplo, un texto tan importante como lo es Cultura e Opulência do Brasil por suas Drogas e Minas escrito por el jesuita André João Antonil[71] e impreso en Lisboa en 1711, fue inmediatamente recogido por orden expresa de las autoridades lusitanas[72] al considerar que su lectura podría despertar la codicia de intereses extranjeros en la América portuguesa. Para el historiador Capistrano de Abreu el verdadero peligro del texto radicaba en las ideas que la exposición de tal opulencia podía tener entre los brasileiros:

El gobierno metropolitano le dio al libro una respuesta fulminante: lo confiscó y lo hizo con tanto rigor que aún ahora son rarísimos los ejemplares de la edición princeps que pueden encontrarse. El pretexto para esta desmesura era que el libro divulgaba el secreto del Brasil a los extranjeros. No se entiende bien cómo era éste el caso: se cultivaba caña y se elaboraba azúcar en colonias de otras naciones; se plantaba también tabaco, se criaba ganado, se trabajaban las minas. ¿Qué novedad podría revelarles la Cultura e opulência do Brasil por suas drogas e minas? La verdad es otra: el libro mostraba el secreto del Brasil a los brasileños, revelándoles toda la pujanza de aquella tierra, justificando todas sus ambiciones y esclareciendo toda su grandeza.[73]

Aunque en plenos albores del siglo

XIX

, Portugal logró evitar la entrada de Humboldt y Bonpland a sus territorios americanos, casi doscientos años antes,[74] la invasión neerlandesa en el nordeste brasileño y el establecimiento de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales (1624-1654) ya habían abierto la puerta a una producción científica y artística que divulgó la riqueza natural del Brasil en Europa.[75]

A petición de Mauricio de Nassau –en el gobierno entre 1637 y 1645– habían llegado al Brasil pintores como Frans Post y Albert Eckhout, botánicos, médicos como Piso, zoólogos como Georg Markgraf que darían cuenta en sus respectivas obras de las particularidades del territorio conquistado a la Unión Ibérica: "Mauricio envió a sus hombres hacia el interior para que le reportasen lo que encontraban, para recolectar, describir, dibujar y pintar. En el verdadero espíritu de Plinio, todo era de interés, geografía, herramientas y molinos de azúcar, indios, paisaje, plantas y animales".[76] Esa fiebre inquisitiva de lo holandeses, tal y como explica D. J. Struik, era característica del espíritu mercantilista de la Europa contemporánea:

Una pasión por recoger curiosidades de todo tipo, incluyendo objetos exóticos de América, existía en muchas partes de Europa; sólo en Amsterdam había cientos de dichas colecciones, todas en posesión de particulares. Pero había algo más profundo que la mera curiosidad en esta pasión. Había un ferviente deseo por acceder al conocimiento de plantas, animales y minerales útiles y especialmente de hierbas con poderes curativos. Debido a las epidemias recurrentes causadas por las guerras sin fin y la aparición de nuevas enfermedades como la sífilis, la búsqueda de nuevas medicinas se acentuó; especialmente de las medicinas exóticas de América o la India.[77]

El legado que para las ciencias naturales representó el mecenazgo de Nassau no se interrumpió con la extinción del mandato holandés sobre el Brasil. Tras la reconquista de dichos territorios por un Portugal que recién salía del cativerio

babilónico disminuyó la producción de obras que versaban sobre la naturaleza brasileña. A pesar de lo prolongado de este receso que se extendería hasta finales del siglo

XVIII

, el interés que despertaba la riqueza natural del Brasil no desapareció pues, al igual que sus vecinos hispánicos, “el estudio de la naturaleza del Brasil por científicos europeos y exploradores comenzó otra vez a finales del siglo

XVIII

y principios del siglo

XIX

, al mismo tiempo que España lo permitió en su imperio”.[78]

En efecto, fue la mudanza de la corte portuguesa a Rio de Janeiro la que precipitó el fin de ese paréntesis. Así, en 1810, a una decena de años de la carta que impedía la entrada de la expedición de Humboldt al Brasil, la monarquía portuguesa, desde su nueva sede en la Bahía de Guanabara, extendía un convite a otro barón alemán –Wilhelm Ludwig von Eschwege– nombrándolo director del Real Gabinete de Mineralogía. Se quería que Eschwege realizase investigaciones sobre la extracción minera en el territorio brasileño, encaminadas a remediar la caída en la producción aurífera en Minas Gerais y, al mismo tiempo, que fortaleciese la industria siderúrgica que se hallaba en ciernes.

Hay dos razones que prueban que la invitación hecha a Eschwege resarció de manera oblicua el agravio en que, años atrás, había incurrido Portugal al evitar la labor de Humboldt en sus dominios americanos y que, por ende, subrayarían la influencia del prusiano en el ámbito literario brasileño. La primera de ellas es la cercana relación entre Humboldt y Eschwege. Tal y como lo corrobora la correspondencia entre ambos, Eschwege y Humboldt eran amigos y convivían en el mismo círculo intelectual en Europa. La segunda razón gira en torno a la influencia que vincula la obra de uno con la producción del otro. El autor de

ENE

y

EC

tuvo un gran influjo sobre la obra de Eschwege. A semejanza de Humboldt, Eschwege entendía su labor como la escritura de un tratado que había de reunir una amplia y diversa colección de datos como: “el estado de las poblaciones e indagar su historia, religión, costumbres, artes, economía, comercio, alimentos, medicina, indumentaria, habitaciones, armas, guerras, funerales”[79] con miras a esclarecer la utilidad de la naturaleza y sus recursos para el progreso nacional. De allí que en su Pluto Brasiliensis –publicado en alemán en Berlín en 1833–, Eschwege revisite muchos de los elementos y procedimientos que ya subrayamos en la obra de Humboldt. Entre ellos destacan la visión utilitaria de la naturaleza y la consideración de las ventajas que representaba el trabajo humano en su aprovechamiento. No obstante, en Eschwege, la valoración del carácter industrioso del hombre llega a concebirse como factor indispensable para otorgarle al paisaje silvestre una dimensión estética:

El paisaje intacto [en la obra de Eschwege es] sinónimo de desperdicio y ausencia de trabajo. Eschwege subraya la necesidad de la ocupación humana de los espacios vacíos con la introducción no solo de personas “capaces” sino también de las más diversas formas de explotación económica, pues, de acuerdo con él, el estado natural de una región, por más bello que fuese, nunca tendría el encanto de un campo ennoblecido por el trabajo humano.[80]

El texto de Eschwege no es la única obra donde habrá de apreciarse la huella de Humboldt en textos escritos sobre el Brasil. Si no fueron pocos los lazos de afinidad y filiación intelectuales que establecieron algunos artistas y letrados brasileños y brasilianistas con la obra de Humboldt, tampoco lo fue el grado de influencia que sobre sus plumas ejercieron los textos del prusiano pues fue él se convertiría en el “mentor intelectual de los naturalistas que recorrieron el Brasil, durante el siglo

XIX

”[81] a pesar de que “nunca puso un pie en tierras brasileñas debido a que le fue negada el permiso de entrada por el gobierno portugués que sospechaba se trataba de un espía”.[82] Los libros que sobre el Brasil y su naturaleza produjeron

tales naturalistas lo probarían.

La oleada de naturalistas y viajeros europeos que recorrieron la geografía brasileña fue sólo una parte de un grande y ambicioso plan de don João VI para modernizar y abrir el Brasil al mundo.[83] Con la importación del saber europeo, João VI intentaba subsanar el atraso y provincialismo culturales que la política de la monarquía había contribuido a instaurar en un Brasil que, desde 1815, dejó la circunstancia colonial y había sido elevado a reino autónomo en el seno del Imperio Portugués:[84]

A partir de 1809, los intereses internos y externos concurrieron en las investigaciones como una forma de conocer las potencialidades del país, con el propósito de poder explotarlo mejor. Don João necesitó de técnicos, cartógrafos, geólogos, minerólogos, geógrafos, botánicos, zoólogos, etnólogos; en resumen, de personas con formación especializada que le proveyesen conocimientos y pudiesen, a través de sus estudios, crear argumentos científicos necesarios y capaces de, al nivel de la exigencia de los europeos y en la lengua de las principales potencias, revelar la importancia del país.[85]

El nombramiento de Eschwege era, pues, parte importante de ese plan. Al lado de sus contribuciones en Pluto Brasiliensis figuran la de muchos otros letrados y artistas europeos que, a través de sus obras arrojaron luz –para usar la expresión de Humboldt– sobre las riquezas naturales del país en términos del saber más contemporáneo y en el marco de la nueva épistème decimonónica.

Entre los principales aportes que contribuyeron a expandir el conocimiento del interior brasileño destacan los realizados por las expediciones del príncipe germano Maximiliano de Wied-Neuwied, la del francés Auguste de Saint-Hilaire, la del barón ruso-prusiano Langsdorff y aquélla de Von Martius y von Spix , integrantes –a su vez– de la Missão Austríaca que, al lado de la Missão Artística Francesa –en cuya organización Humboldt había jugado un papel muy destacado–,[86] constituyeron, asimismo, piedras angulares en la documentación y divulgación de la naturaleza del Brasil. Las experiencias de estos viajeros y sus hallazgos produjeron textos fundamentales (que conjugaban narraciones y descripciones con imágenes), entre los que se cuentan la extensísima obra

botánica de Saint-Hilaire, el Viagem ao Brasil 1815-1817 del príncipe Maximiliano y el igualmente intitulado Viagem ao Brasil 1817-1820 publicado por Von Martius y von Spix en 1823. Otra parte del legado visual, no menos importante, lo conforman las láminas, grabados e ilustraciones que se pintaron durante la expedición del barón Langsdorff del pincel de J.M. Rugendas, Aimé-Adrien Taunay y Hércule Florence y, al lado de ellas, son esenciales los trabajos visuales de Debret, integrante de la Missão Artística Francesa.

El diálogo que suscitaron estas obras –en lo concerniente a la representación de la naturaleza y el paisaje y a la descripción de los indígenas y sus costumbres– coadyuvó no sólo en la gestación de los primeros trazos de identidad nacional, sino que, a la vez, determinó la que sería la fisonomía inicial de la literatura del Brasil. En todas esas obras, la huella de Humboldt es innegable: "Alexander von Humboldt fue también un referente para muchos artistas que viajaron por el Brasil, tal como Johann Moritz Rugendas, Thomas Ender y Carl von Martius, contribuyendo para determinar la forma en la que estos capturaron la naturaleza brasileña en sus obras".[87]

Una de las expediciones que ya hemos señalado había sido encabezada por el bávaro Carl Friedrich Philipp Von Martius, cuya aportación posterior –"Como se deve escrever a História do Brasil" (1845)– sería determinante en la conformación de ambas identidades: tanto la nacional como la literaria.

Von Martius había llegado al Brasil como parte de la Missão Austríaca que acompañaba a la futura Emperatriz María Leopoldina de Austria: "[Von Martius] fue elegido por el emperador austríaco para unirse a la expedición científica y acompañar a la archiduquesa austriaca Leopoldina, que tenía que viajar hacia el Brasil para casarse con el futuro emperador brasileño, Don Pedro I".[88]

Fue, tal vez, el recorrido de proporciones continentales que Von Martius había realizado al lado del zoólogo Johann Baptiste von Spix –viajaron de extremo a extremo del Brasil–, lo que le otorgó al botánico bávaro una visión totalizadora del país que luego plasmó bajo la forma de una propuesta historiográfica dirigida al Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro[89] en 1844.

En "Como se deve escrever a História do Brasil", Von Martius postula que la historia del Brasil debería contarse desde una perspectiva racialmente incluyente que, sin embargo, privilegiase el papel rector de la herencia portuguesa sobre el crisol racial que estaba llamada a ser la nación. En la escritura de la historia

brasileña debían, pues, tomarse en cuenta las tres razas: “la cobriza o americana, la blanca o caucásica y finalmente la negra o etiópica”.[90] Al igual que Humboldt que condenaba la marginación de indios y negros del proyecto nacional en

ENE

y

EC

,[91] Von Martius aboga por su inclusión en tanto elementos esenciales en el mestizaje que entiende como un rasgo propio del ser brasileño: “sería un gran error para los principios de la historiografía-pragmática si se despreciasen las fuerzas de los indígenas y los negros importados, fuerzas estas que igualmente concurrieron para el desarrollo físico, moral y civil de la totalidad de la población”.[92]

Para Von Martius el mestizaje era una señal de la grandeza futura del Brasil. Ese mestizaje en aquel “país que tanto promete”[93] era la circunstancia inusitada de un fenómeno que Von Martius no considerada como algo accidental, sino como un hecho providencial e, incluso eugenésico:

Tanto la historia de los pueblos así como la de los individuos nos muestran que el genio de la historia (del mundo), que conduce al género humano por caminos, cuya sabiduría siempre debemos reconocer, no pocas veces echa mano del cruce las razas para alcanzar los más sublimes fines en el orden del mundo [...] Jamás se nos permitirá dudar que la voluntad de la providencia predestinó esta mezcla para el Brasil.[94]

Así, al detenerse en cada una de las tres razas, Von Martius realiza observaciones y recomendaciones que, más tarde, la literatura romántica al servicio del estado brasileño retomaría y desarrollaría en su alineamiento político con la agenda del imperio. Por ejemplo, en el apartado dedicado a los índios, Von Martius aboga por el esclarecimiento del estudio del pasado indígena –sumido en la oscuridad– como parte central para la escritura de la historia nacional: “Luego que hubiésemos hecho nuestra esta convicción, el pasado de la raza americana se

extiende hacia una época cubierta de oscuridad; y esclarecerla será algo tan espinoso como digno de interés".[95] Asimismo, demanda la realización de investigaciones en la lengua tupí: "como documento más general y significativo debe ser considerada la lengua de los indios".[96] La figuración idealizada de los indígenas, así como el lenguaje y sintaxis adornados con tintes indianistas –característicos de la prosa de José de Alencar– darán cuenta, en Iracema y O Guarani, del eco de Von Martius en el romanticismo literario. El botánico bávaro siembra, inclusive, el precedente de la novela modernista Macunaíma[97] de Mário de Andrade cuando pide el rescate, por parte del historiador, de la cosmovisión y cosmogonía de los pueblos indígenas brasileños: "a la lengua deben, en primer lugar, vincularse los estudios sobre la mitología, las teogonías y geogonías de las razas brasileñas".[98] Por otro lado, su narración de las expediciones de los bandeirantes anticipa la exaltación que Euclides da Cunha haría en À Margem da História de las incursiones de los prohombres paulistas en el interior brasileño. Asimismo, su descripción de los colonos portugueses preludia la idealización de los habitantes de la región del Río São Francisco que se presentan en Os Sertões:

El portugués al establecerse en el Brasil abandonó, en cierta manera, los derechos que en Portugal poseía para con el monarca, por lo que, en vez de

rey, recibía a un señor (Dominus Brasiliae). Allí radicó el motivo por el cual los colonos jamás deponían las armas, estaban listos para combatir y se dirigían siempre armados desde los diferentes lugares del litoral –donde al principio se estableció la civilización europea– más y más hacia el interior donde no reconocían a nadie por encima de ellos, vencían a los indios a fuerza de las armas o los inducían con artimañas a servirlos.[99]

Leopoldo M. Bernucci ha apuntado ya la deuda de Euclides con el modelo totalizante de Von Martius en cuanto a la arquitectura de su relato de la guerra de Canudos y de las concepciones historiográficas que lo sustentan: "el autor [Euclides] construyó una historia que combina diversidad temática con pluralidad discursiva siguiendo el esquema historiográfico prescrito por Martius. Todo indica, entonces, que en el concepto de una escritura de la Historia reservada para Os Sertões hayan entrado las ideas del escritor bávaro".[100]

En su texto, Von Martius, va pasos más allá con respecto a Humboldt en lo referente a la trascendencia que se le otorga a la naturaleza. La gestación de la nacionalidad en el Brasil –una vez consolidados la emancipación política de Portugal y el establecimiento del imperio– requería la escritura de una historia que configurase la propia identidad. Rescatando la senda trazada por el escritor griego Herodoto[101] y, además, en el más puro espíritu de heredero de Humboldt, Von Martius coloca al centro de dicha escritura histórica, a la descripción de la naturaleza: "no estimulará ningún interés vivo, ni les podrá revelar las relaciones más íntimas del país, sin ser precedidos los hechos históricos por la descripción de las particularidades locales de la naturaleza".[102] La naturaleza contenía, pues, la semilla de la nacionalidad brasileña y, grosso modo, la de la identidad literaria en América Latina.[103] El poema "Canção do exílio" que escribiera en Portugal, Gonçalves Dias, corroboraba la tendencia de fincar en la naturaleza la identidad nacional:

Nuestro cielo tiene más estrellas,

Nuestras vegas tienen más flores,

Nuestros bosques tienen más vida,

Nuestra vida más amores.[104]

La descripción de la naturaleza presenta varias funciones dentro del texto del bávaro. En la primera de ellas, Von Martius concibe a la naturaleza como elemento de unidad nacional. La descripción de la naturaleza se convierte, pues, en un medio para convocar la idea de la unión al interior del imperio que no sólo la extensión y dispersión geográficas impedían, sino las numerosas revueltas que habían tenido lugar en los primeros años de vida independiente:[105]

Con respecto a los lectores en general, debe recordarse que no estimulará ningún interés vivo, ni les podrá revelar las relaciones más íntimas del país, sin ser precedidos los hechos históricos por la descripción de las particularidades locales de la naturaleza. Tratando su asunto, de acuerdo con este sistema, lo cual

admiramos en el padre de la historia, Herodoto, encontrará muchas ocasiones para pinturas encantadoras de la naturaleza. Estas imprimirán a su obra un atractivo particular para los habitantes de las diferentes partes del país, pues en estas descripciones locales reconocerán el lugar donde residen y se encontrarán, por así decir, a sí mismos.[106]

Von Martius propone redibujar el mapa brasileño buscando afinidades de acuerdo con el paisaje para contar una historia conjunta –"debían ser tratadas de manera conjunta aquellas porciones del país que, por analogía de su naturaleza física, guardaban relación unas con las otras"–[107] y descartar, así, el uso de anales y crónicas en tanto modelos mutuamente excluyentes. La naturaleza, pues, se torna una categoría clasificatoria –por encima de cualquier tradición histórica– para hacer a un lado los regionalismos que obstaculizaban la unidad del imperio y la idea de un Brasil orgánico que compartía, si no la misma naturaleza, sí la misma diversidad racial.

La segunda función que Von Martius otorga a la naturaleza –consecuencia, a su vez, de la primera– entiende su descripción como un medio que conduce al conocimiento de la patria. A través de la descripción de sus particularidades en la construcción de la historia oficial, se adquiría la posibilidad de concebir aquella unidad diversa que muy pocos habían atestiguado –"Esta diversidad no es suficientemente reconocida en el Brasil porque hay pocos brasileños que han estado en todo el país"–[108] y, a la vez, sentirse parte de ella. Describir, pues, era incorporar las distintas regiones al seno de lo nacional con un sentido de unidad y pertenencia que habían sido prácticamente desconocidos durante la época colonial.

Finalmente, tanto la idea de unidad nacional como la del conocimiento o visión de su diversidad natural desembocan en la tercera función concedida a la descripción de la naturaleza en el marco de la escritura de la historia. Ella es, de hecho, el corazón mismo de la propuesta de Von Martius: la creación de la identidad nacional para el Brasil. Para el botánico bávaro, describir la naturaleza al forjar la historia brasileña posibilitaba la integración al seno de la nación de toda la inmensidad territorial que se extendía hacia el interior y, con ello, de su población misma, pues como afirmara Humboldt, "el conocimiento del carácter natural de cada región del mundo está íntimamente imbricado con la historia y cultura humanas".[109] Si se poseían ya los territorios, la cuestión era, entonces,

apropiarlos, reivindicar la soberanía simbólica sobre ellos mediante la descripción de su medio ambiente natural.

La écfrasis humboldtiana de la naturaleza reinventó América a la luz de la Ilustración, con la vena romántica y en lengua francesa. Esta écfrasis que en

ENE

y

EC

, adquiere la forma de mapa o proyecto nacional, de brújula e, incluso, de aleph que delinea el arquetipo del letrado al servicio del estado y preludia la alianza entre éste y la ciencia, desembocará, años más tarde –a través de la expedición de Von Martius al interior del Brasil siguiendo y redibujando los mapas de Humboldt–, en la consagración de la naturaleza como directriz y simiente de la identidad nacional y literaria de América Latina.

En el siguiente capítulo veremos como la obra de escritores posteriores se distancia del modelo de Humboldt y Von Martius (tradiciones literarias sarmentinas y alencarianas, respectivamente) para favorecer, en su lugar, una representación de la naturaleza como un ente autónomo y amenazante para el hombre. La naturaleza, en las obras que analizaremos en el capítulo siguiente, se despojará de los tintes románticos e iluministas para ser reivindicada en su wilderness.

Notas del capítulo

---

[1] Me apego a la cronología propuesta por Eric Hobsbawn en su delimitación del siglo XIX, para el que sitúa su comienzo en 1789 y su fin en 1914. Hobsbawn subdivide al que denomina largo siglo XIX en tres etapas: 1) era de la revolución (1789-1848), 2) era del capital (1848-1875) y 3) era del imperio (1875-1914).

[2] Mención aparte merece el caso de los holandeses y su precocidad republicana.

Durante su corta estadía en el nordeste brasileño (1624-1654) se produjeron estudios notables en botánica y zoología de la región que, al difundirse por Europa, convocaron una continua oleada de viajeros que recibiría el país a lo largo de todo el siglo XIX.

[3] Me refiero a los textos a los que Mary Louise Pratt llama “Edenic edifice of the Sixteenth Century Chroniclers” [“edificio edénico de los cronistas del siglo XVI”] (Pratt, 124).

[4] [“The discoverer sees only a fragment and then imagines the rest in the act of appropriation. The supplement that imagination brings to vision expands the perceptual field, encompassing the distant hills and valleys or the whole of an island or an entire continent, and the bit that has actually been seen becomes by metonymy a representation of the whole”] (Greenblatt 1991, 122).

[5] Al respecto, es importante considerar el precedente que sembró para los futuros viajes a América la Misión Geodésica a la Real Audiencia de Quito entre 1735 y 1739 integrada por españoles y franceses, entre quienes destacan los nombres de Antonio de Ulloa y Charles Marie de La Condamine. Sin embargo, tal vez debido a la naturaleza del objetivo de la misión –hacer mediciones del arco de un meridiano para determinar la forma de la tierra–, así como los textos que, a partir de ella, se produjeron no tuvieron la trascendencia –tanto en América como en Europa– que sí tuvieron aquéllos que escribiría Humboldt en la materia que nos ocupa.

[6] Foucault la define en Les mots et les choses como un histórico a priori que define el conocimiento y sus discursos y, por lo tanto, representa la condición de la posibilidad de éstos en una época determinada.

[7] Al identificar como una épistème a la Ilustración, me adhiero a los postulados de José Miranda: “La Ilustración no debe ser considerada como un sistema de pensamiento o una amplia escuela filosófica, sino como una concepción del orbe natural, o propiamente humano, con un sustrato místico y una proyección político-social; una concepción del mundo que acuciaba al individuo y que, colocando a éste en el centro de la vida, lo impelía hacia metas de superación y redención” (Miranda 12).

[8] Las citas provienen de dos cartas escritas en octubre de 1823. Sus destinatarios eran, respectivamente, el Doctor Francia, dictador vitalicio de Paraguay, y la

esposa de Bonpland, el acompañante de Humboldt en la expedición americana. Gaspar Rodríguez de Francia y su régimen habían capturado a Bonpland –bajo sospecha de conspiración– e impedirían su salida del país durante diez años.

[9] En Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation, Mary Louise Pratt estudia los textos de Humboldt y algunos otros que integran lo que ha venido a denominarse "literatura de viaje" desde la perspectiva de la formación ideológica y la crítica poscolonialista en el marco del imperialismo cultural y económico europeo. Mi estudio, por otra parte, se ha de servir de aportaciones –como la de Pratt– realizadas desde el campo de otras disciplinas –historia política, historia económica, historia de las ideas–, restringiendo su preocupación al ámbito literario. Por lo tanto, a pesar de que las coordenadas de su investigación y mi trabajo en este capítulo se aproximen en momentos, ambos se realizan desde espacios diversos, aunque no excluyentes.

[10] En los capítulos siguientes hablaremos de su huella en Bello, Sarmiento, Euclides da Cunha, Quiroga, Gallegos e, incluso, Borges.

[11] Se dice que el perfil ilustrado y la educación progresista de don Mariano Luis de Urquijo le acarrearon a Humboldt su favor y un salvoconducto que lo autorizaba a viajar por los dominios del rey de España en América. En este respecto, la intercesión del barón de Forell frente al gobierno español fue fundamental para que se autorizase el viaje de Humboldt ya que fue él quien puso en contacto al prusiano con el ministro Urquijo en Aranjuez.

[12] La ascensión de los Borbones al trono español supuso una serie de reformas políticas y económicas (1780) que tenían como propósito la modernización y eficientización de la maquinaria del imperio que los Habsburgo habían consolidado. Uno de dichos propósitos era incrementar las remesas americanas de plata que eran el motor de la economía peninsular. Curiosamente, Mary Louise Pratt llega a afirmar que el viaje de Humboldt a América fue financiado por la Corona española (Pratt 114); sin embargo, no menciona fuentes documentales que apoyen su afirmación, la cual contradice la afirmación del propio Humboldt que en el memorial y en su obra asienta continuamente que es su fortuna la que provee los fondos para su viaje.

[13] Hay que considerar la época en que se publica el resultado de la investigación y quiénes tuvieron acceso a él y cómo leyeron. Me refiero a los criollos y su destacado papel en la emancipación americana.

[14] Este memorial –fechado el 11 de marzo de 1799– se conoce como “Notice sur la vie littéraire de Mr. de Humboldt”. Utilizo la edición de E.T. Hamy en Lettres américaines d’Alexandre de Humboldt (1798-1807).

[15] [“J’appris la pratique des mines à Freiberg et au Harz. Ayant fait quelques expériences utiles pour l’épargne du combustible à la cuite du sel et ayant publié un petit ouvrage relatif à cet objet (traduit en français par Coquebert), le roi m’envoya en Pologne et dans le midi de l’Allemagne pour étudier les mines de sel gemme de Vieliecza, Hallein, Berchtusgaden. Les plans que je dressai servirent pour les nouveaux établissements des salins de Magdebourg”] (Humboldt 1905, 220).

[16] [“Quoique je n’eusse alors servi que pendant huit mois, Sa Majesté ayant réuni à la couronne les Margraviats en Franconie, me nomma directeur des mines de ces provinces dans lesquelles l’exploitation avait été négligée depuis des siècles. Je restai voué à la pratique des mines pendant trois ans et le hasard favorisa tellement mes entreprises, que les mines d’alun, de cobalt, et même celles d’or de Golderonach, commencèrent à devenir bientôt profitables aux caisses du roi. Content de ces progrès, on m’envoya une seconde fois en Pologne, pour donner des renseignements sur le parti que l’on pourrait tirer des montagnes de cette nouvelle province qu’on nomma dès lors la Prusse méridionale. Je dressai en même temps les plans pour l’amélioration des sources salées situées aux bords de la Baltique. C’est pendant ce séjour continuel dans les mines que je fis une suite d’expériences assez dangereuses sur les moyens de rendre moins nuisibles les mofettes souterraines et de sauver les personnes asphyxiées. Je parvins à construire une nouvelle lampe antiméphitique, qui ne s’éteint dans aucun gaz et la machine de respiration; instrument qui sert en même temps au mineur militaire, lorsque le contre-mineur empêche ses travaux par des camouflets. Cet appareil eut l’approbation du Conseil de guerre et sa simplicité l’a fait répandre très rapidement dans l’étranger”] (Humboldt 1905, 220).

[17] Al respecto, Ignacio Bocanegra Yáñez afirma que: “No obstante, en nuestro país [España] se dieron determinados factores que impidieron que calara adecuadamente el espíritu experimentador que surgió en otras naciones. En ello pudo influir de forma especial una coyuntura decisiva: la falta de profesores bien preparados y la carencia de libros de filosofía natural actualizados. En una de sus Cartas Eruditas, el padre Feijoo resume la situación en España en los siguientes puntos: el corto alcance de algunos de los profesores de entonces. La preocupación que reina en España contra toda novedad. El errado concepto de

que cuanto nos presentan los nuevos filósofos se reduce a curiosidades inútiles. Un vano temor a que las doctrinas nuevas en materia de filosofía traigan un perjuicio a la religión" (Bocanegra Yáñez 61).

[18] Desde la ascensión de los Borbones, el influjo de la ilustración se hizo más evidente en España gracias al espíritu reformista y el interés por la ciencia que mostraba la nueva dinastía de origen francés. A pesar de haberse fundado academias científicas y escuelas que enseñaban de acuerdo a los aires iluministas que soplaban en el norte de Europa, el espíritu científico era más bien endeble en la península.

[19] ["Ayant un désir ardent de voir une autre partie du monde et de la voir sous des rapports de physique générale, d'étudier non seulement les espèces et leurs charactères (études auxquelles on s'est voué trop exclusivement jusqu'ici), mais l'influence de l'atmosphère et de sa composition chimique sur les corps organisés, la construction du globe, l'identité des couches dans les pays les plus éloignés les uns des autres, enfin les grandes harmonies de la nature, je formai le souhait de quitter pour quelques années le service du Roi et de sacrifier une partie de ma fortune aux progrès des sciences"] (Humboldt 1905, 221).

[20] José Miranda da noticia de otros expertos en minería –alemanes, precisamente– que llegaron a la Nueva España contratados por la monarquía para mejorar la extracción minera: "Otro recurso de que echaron mano los monarcas para promover la explotación minera fue el de enviar a México técnicos extranjeros de reconocido valer y probada experiencia. De Alemania, país donde los métodos de beneficiar la plata eran muy diferentes de los seguidos en la Nueva España, vino en 1780 el mayor contingente de expertos pagados por la Corona. Constituíanlo nada menos que once: tres facultativos (Sonneschmid, Fischer y Lidner) y ocho operarios. Traían el encargo de ensayar aquí las nuevas técnicas europeas y en especial el método de amalgamación del barón de Born, que tan buen éxito había tenido en diversos Estados alemanes. Sonneschmid, quien como primer facultativo capitaneaba el grupo, hubo de reconocer que para México no era adecuado aquel método y que, en general, el país no tenía que aprender de otros en lo tocante a la explotación de las minas.

Algunos frutos se recogieron, sin embargo, de esa expedición de mineros alemanes, pues Sonneschmid dejó escrito, como resultado de sus observaciones y estudios, un precioso Tratado de la Amalgamación de la Nueva España, que fue publicado en 1805, y Lidner, el tercero de los facultativos, engrosó las filas,

no muy consistentes, del profesorado del Seminario de Minería, colegio en que enseñó materias tan fundamentales como la química y la metalurgia" (Miranda 62-63).

[21] Como consecuencia de toda la evidencia textual que he discutido anteriormente, coincido con la conjetura que hace Mary Louise Pratt en Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation al afirmar que "Quizás Carlos IV esperaba que Humboldt y Bonpland lo ayudasen a recuperar el control de sus convulsas colonias. Definitivamente él estaba dispuesto a usar la experiencia minera de Humboldt y le pidió reportes centrados específicamente en los hallazgos mineralógicos" ["Perhaps Charles IV hoped Humbodlt and Bonpland would help him regain control of his restless colonies. Certainly he was eager to make use of Humboldt's mining experience, and asked him to report back in particular on mineralogical findings"] (Pratt 116).

[22] ["{T}he farther man went out to sea, the less the opportunity or the temptation to be seduced by literary sources"] (Boorstin 148).

[23] ["J'ai ramassé une collection choisie d'instruments d'astronomie et de physique pour pouvoir déterminer la position astronomique des lieux, la force magnétique, la déclinaison et l'inclinaison de l'aiguille aimantée, la composition chimique de l'air, son élasticité, humidité et température, sa charge électrique, sa transparence, la couleur du ciel, la température de la mer à une grande profondeur […] je trouvai, pendant mon séjour de Salzbourg, une nouvelle méthode d'analyser l'air atmosphérique, méthode sur laquelle j'ai donné un mémoire avec Vauquelin. Je finis en même temps la construction de mon nouveau baromètre et d'un instrument que j'ai nommé anthracomètre, parce qu'il mesure la quantité d'acide carbonique contenue dans l'atmosphère"] (Humboldt 1905, 221-222).

[24] ["Comment pourrait-on déplaire à un bon Roi, lorsqu'on Lui parle de l'intérêt national, du perfectionnement des institutions sociales et des principes éternels sur lesquels repose la prospérité des peuples?"] (Humboldt 1825, X).

[25] De los cuales, como ya he aludido anteriormente, Mary Louise Pratt ya ha hecho un valioso estudio enfocándose en su dimensión ideológica en el marco de la literatura de viaje en Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation.

[26] A partir de este momento, me refiero a estos textos utilizando la traducción de

su título al castellano: Ensayo político sobre el reino de la Nueva España y Ensayo político sobre la isla de Cuba.

[27] En este sentido, entiendo mapa no literalmente en tanto proyección cartográfica, sino como el trazado de un proyecto, cuyas estructuras y conceptos intentan no sólo aprehender y representar una realidad, sino dirigirla a determinado propósito. En este caso, la construcción de la nación.

[28] ["Since I am concerned with the representations of South America, I will not be discussing Humboldt's well-known Political Essay on the Kingdom of New Spain (i.e. Mexico) and its companion Political Essay on the Island of Cuba. These works approach human society through statistical and demographic description and a social analysis based on environmental determinism. Unlike the nature writings, they do not give rise to a myth, yet they share two aspects of the mythic: ahistoricity and the absence of culture"] (Pratt 131).

[29] En Mito y archivo, González Echevarría afirma que esta genealogía "[E]s el modelo hegemónico en la narrativa latinoamericana hasta el decenio de 1920 y aparece como un relevante vestigio en ficciones del archivo desde Los pasos perdidos hasta Cien años de soledad y Yo el Supremo" (152).

[30] Prueba de ello es, como veíamos anteriormente, la figuración que de sí hace Humboldt en el memorial que escribe a Carlos IV. Julio Ramos ha hecho un excelente estudio al respecto del papel de los intelectuales en el convulso devenir político latinoamericano en su libro Desencuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX.

[31] ["Après avoir fait des recherches dans la province de Caracas, sur les rives de l'Orénoque, du Rio Negro et de l'Amazone, dans la Nouvelle-Grenade, à Quito et sur les côtes du Pérou […] je devais être frappé du contraste qu'offre la civilisation de la Nouvelle-Espagne, avec le peu de culture des parties de l'Amérique méridionale que je venais de parcourir. Ce contraste m'excitait à-la-fois et à l'étude particulière de la statistique du Mexique, et à la recherche des causes qui ont le plus influé sur les progrès de la population et de l'industrie nationale"] (Humboldt 1825, 1).

[32] ["Excess is precisely what characterizes Sarmiento's writing about it in this exorbitant text, half fiction [sic], half biography, half political history, half manifesto, a generically immoderate book that obviously adds up to much more

than one”] (63).

[33] Varia de la crítica concentra su análisis en un enfoque poscolonialista en descalificar las contribuciones de Humboldt por considerarlas imperialistas ya que representan la visión de un europeo sobre América y para lectores europeos o de formación europea.

[34] [“Pourrait être accueilli avec intérêt, à une époque où l’Amérique fixe plus que jamais l’intérêt des Européens […] Malgré le soin extrême que j’ai pris pour vérifier les résultants auxquels je me suis arrêté, je ne doute pas d’avoir commis plusieurs erreurs assez graves, et qui seront relevées à mesure que mon ouvrage excitera les habitants de la Nouvelle-Espagne à étudier l’état de leur patrie”] (Humboldt 1825, 2-4).

[35] [“Je dois rendre compte aux astronomes et aux physiciens des matériaux qui ont été employés pour ce travail […] C’est en suivant cette marche que les différents parties de mon ouvrage, la Statistique du Mexique, la Relation historique du voyage aux tropiques et les volumes astronomiques, serviront toutes, je m’en flatte, à prouver que le désir de l’exactitude et l’amour de la vérité m’ont guidé pendant le cours de mon voyage”] (Humboldt 1825, 5-6).

[36] [“Puissent ces faibles travaux avoir contribué en quelque chose à dissiper les ténèbres qui couvrent depuis des siècles la géographie d’une des plus belles régions de la terre!”] (Humboldt 1825, 6).

[37] [“Un travail de cette nature était en effet bien nécessaire, tant pour l’administration de ce pays que pour ceux qui veulent en connaître l’industrie nationale […] Ayant calculé à Mexico même la plupart de mes observations astronomiques pour avoir des points fixes auxquels d’autres points pourraient être appuyés, voyant à ma disposition un nombre considérable de matériaux et de cartes manuscrites, je conçus l’idée d’étendre le plan que j’avais formé d’abord”] (Humboldt 1825, 7-8).

[38] [“La constitution géologique de ces contrées est un objet d’étude également important pour l’homme d’état et pour le naturaliste voyageur”] (Humboldt 1825, 142). Este fenómeno lo veremos expresado en Os sertões de Euclides da Cunha bajo la proposición determinista que, a partir de la geología, intenta explicar el perfil racial del pueblo levantado en Canudos.

[39] [“On cherche en vain sur la plupart des cartes publiées en Europe, le nom de la

ville de Guanaxuato, qui a 70 000 habitants; celui des mines célèbres de Bolaños, de Sombrerete, de Batopilas et de Zimapan. Aucune des cartes qui ont paru jusqu'ici ne présente la position du Real de Catorce, dans l'intendance de San-Luis Potosi, mine dont on a retiré, par an, des minerais d'argent pour la valeur de vingt millions de francs"] (Humboldt 1825, 7).

[40] No obstante, la política progresista que, en este respecto iniciara Carlos III, comenzó tarde y se encontró con la desafortunada coyuntura histórica –para España– en la que las colonias americanas por las que se habían conducido expediciones de reconocimiento iniciaban poco después su lucha por la emancipación política. Recuérdese, por ejemplo, la expedición realizada alrededor de todas las colonias españolas en América y Asia por Alejandro Malaspina y José Bustamante en 1789.

[41] Sin embargo, significativamente, la redacción y la edición de ENE fueron hechas en Francia (París) que habría de convertirse en el patrón cultural de América Latina a lo largo de todo el siglo XIX. Volviendo a la redacción y edición de ENE, de acuerdo con Miranda, en la Nueva España "obtuvo la mayor parte de los datos estadísticos y de la información sobre el territorio, la producción y el estado social de la colonia […] en Europa, principalmente en París, reunió Alejandro materiales de orden histórico e informativo. Allí consultó, a lo que parece la obra de Lorenzana y de Clavijero, de las que sacó apoyos para sus observaciones sobre el pasado novohispano. Allí obtuvo los abundantes datos que utilizó con fines comparativos y generalizadores. Y allí logró agenciarse, por varios conductos, información de última hora, la referente a los años que precedieron a la salida de su obra" (Miranda 123).

[42] La descripción que Humboldt hace de ENE –"El propósito de este libro es, mejor dicho, describir la riqueza territorial más que la constitución geológica de la Nueva España..." ["Le but de cet ouvrage soit plutôt de décrire les richesses territoriales que la constitution géologique de la Nouvelle-Espagne…"] (Humboldt 1825: 160)– contribuye aún más a reafirmar esta lectura que impone concepciones actuales a textos forjados bajo otras muy distintas.

[43] ["Au lieu de ne placer sur ma carte que le noms de trois cents endroits connus par des exploitations considérables, je me proposai de réunir toutes les notions que je pouvais me procurer, et de discuter les différences de position que tant de matériaux hétérogènes présentaient à chaque instant"] (Humboldt 1825, 8).

[44] Esta operación de inclusión de Humboldt satisfaría las demandas que, desde Lima, en 1662, Juan de Espinosa Medrano “El Lunarejo” había expuesto en su Apologético en favor de Luis de Góngora. En él desmitificaba la imagen supersticiosa de los americanos y, sobre todo, asentaba y defendía la competencia de los letrados de América frente a sus contrapartes peninsulares.

[45] [“L’école des mines de Mexico, dans laquelle l’étude des mathématiques se fait d’une manière solide, répand aussi sur la surface de ce vaste empire un grand nombre de jeunes gens animés du plus beau zèle, et capables de se servir des instruments que l’on placerait entre leurs mains”] (Humboldt 1825: 25).

[46] De allí que, en el pórtico de esta obra, como decíamos más arriba, hable de “patria” para referirse a ese espacio sobre el cual tenían sus científicos y letrados oriundos el derecho de continuar estudiando.

[47] [“Les détails minutieux de l’histoire naturelle descriptive n’appartiennent pas à la statistique; mais on ne saurait se former une idée précise de la richesse territoriale d’un état sans connaître la charpente des montagnes, la hauteur à laquelle s’élèvent les grands plateaux de l’intérieur et la température qui est propre à ces régions dans lesquelles les climats se succèdent comme par étages les uns au-dessus des autres”] (Humboldt 1825, 249-50).

[48] [“Je pouvais prévoir que, malgré un travail assidu de trois ou quatre mois, ma carte du Mexique ne serait encore que très imparfaite, si on la compare à celles des parties de l’Europe les plus anciennement civilisées”] (Humboldt 1825, 8-9).

[49] [“La plupart des cartes de l’Amérique, faites en Europe, sont remplies de noms d’endroits dont on ignore l’existence dans le pays même. Ces erreurs se perpétuent, et il est souvent difficile d’en deviner la source. J’ai mieux aimé laisser beaucoup d’espace vide sur ma carte, que de me livrer à des tâtonnements incertains”] (Humboldt 1825, 98-9).

[50] [“Comment un voyager, après avoir abordé dans une île, après avoir séjourné pendant quelque temps dans un pays lointain, s’arrogerait-il le droit de prononcer sur les diverses facultés de l’âme, sur la prépondérance de la raison, de l’esprit et de l’imagination des peuples?”] (Humboldt 1825, 380).

[51] A este respecto el libro Humboldt y México es fundamental. Miranda logró determinar las principales fuentes bibliográficas en las que se apoyó Humboldt al momento de escribir ENE.

[52] ["Il serait facile de prouver que, si le Mexique jouissait d'un sage administration; s'il ouvrait ses ports à toutes les nations amies; s'il recevait des colons chinois et malays, pour peupler ses côtes occidentales, depuis Acapulco jusqu'à Colima; s'il augmentait les plantations du cotonnier, du cafier et de la canne à sucre; si, enfin, il établissait une juste balance entre les travaux de l'agriculture, l' exploitation de ses mines, et son industrie manufacturière, il pourrait seul, et en peu d'années, offrir au fisc d'Espagne un profit net double de celui que fournit à présent toute l'Amérique espagnole"] (Humboldt 1825, 249-50).

[53] Dichas condiciones eran tres: 1) el conocimiento profundo del territorio; 2) la modernización de las técnicas de explotación; y 3) el mejoramiento de la administración.

[54] ["La situation physique de la ville de Mexico offre des avantages inappréciables, si on la considère sous le rapport des communications avec le reste du monde civilisé. Placé entre l'Europe et l'Asie sur un isthme qui est baigné par la Mer du Sud et par l'Océan Atlantique, Mexico paraît destiné à exercer un jour une grande influence sur les évènements politiques qui agitent les deux continents. Un roi d'Espagne, fixé dans la capitale du Mexique, ferait transmettre ses ordres en cinq semaines à la Péninsule, en six semaines aux îles Philippines. Le vaste royaume de la Nouvelle-Espagne, cultivé avec soin, produirait à lui seul tout ce que le commerce rassemble sur le reste du globe, le sucre, la cochenille, le cacao, le coton, le café, le froment, le chanvre, le lin, la soie, les huiles et le vin. Il fournirait tous les métaux, sans en exclure le mercure même"] (Humboldt 1825, 285).

[55] Zavala atestiguó el decreto oficial por el cual el gobierno mexicano concedía la ciudadanía honoraria a Humboldt y Bonpland el 29 de septiembre de 1827.

[56] ["Multitude of topics ranking from the island's climate, flora, and fauna to its population, agriculture, and foreign trade"] (Martínez-Fernández 8).

[57] Al respecto, Luis Martínez-Fernández aclara que: "veintidós años transcurrieron entre el regreso de Humboldt a Europa y la publicación de su ensayo sobre Cuba" ["twenty-two years elapsed between Humboldt's return to Europe and the publication of his essay on Cuba"] (Martínez-Fernández 5).

[58] A diferencia del resto de las colonias españolas de tierra firme que ya habían

logrado independizarse de España hacia 1826 –año en que Humboldt publicó EC– Cuba y Puerto Rico continuaron su circunstancia colonial. La de Cuba terminó en 1902 de manos de Estados Unidos.

[59] ["Beaucoup d'hommes sages et vivement intéressés à la tranquillité des îles à sucre et à esclaves sentent qu'on peut, par un libre accord entre les propriétaires, par des mesures émanées de ceux qui connaissent les localités, sortir d'un état de crise et de malaise dont l'indolence et l'obstination augmenteront les dangers. Je tâcherai de donner à la fin de ce chapitre quelques indications sur la possibilité de ces mesures, et je prouverai, par des citations tirées de pièces officielles, qu'à la Havane, long-temps avant que la politique extérieure eût pu influer en rien sur les opinions, les autorités locales les plus attachées à la métropole ont montré de temps en temps des dispositions favorables à l'amélioration de l'état des noirs"] (Humboldt 1826, 309).

[60] El sur de Estados Unidos, Haití y el Brasil.

[61] ["Pour faire connaître les indigènes de la Nouvelle-Espagne, il ne suffirait pas de les dépeindre dans leur état actuel d'abrutissement et de misère; il faudrait remonter à l'époque reculée où, gouvernée par ses lois, la nation pouvait déployer sa propre énergie ; il faudrait consulter les peintures hiéroglyphiques, les constructions en pierres taillées et les ouvrages de sculpture qui se sont conservés jusqu'à nos jours, et qui, attestant l'enfance des arts, offrent cependant des analogies frappantes avec plusieurs monuments des peuples les plus civilisés"] (Humboldt 1825, 354-355).

[62] ["On aura de la peine à croire un jour qu'il n'existait, avant 1826, dans aucune des Grandes Antilles, une loi qui empêchât qu'on ne pût vendre les enfants en bas âge et les séparer de leurs parents, qui défendît la méthode avilissante de marquer les nègres avec un fer chaud, simplement pour reconnaître plus facilement le bétail humain"] (Humboldt 1826, 313).

[63] ["Le Mexique est le pays de l'inégalité. Nulle part peut-être il n'en existe une plus effrayante dans la distribution des fortunes, de la civilisation, de la culture du sol, et de la population"] (Humboldt 1825, 390).

[64] ["Dans cet Archipel [las Antillas], comme au Brésil (deux portions de l'Amérique qui renferment près de trois millions deux cent mille esclaves), la crainte d'une réaction de la part des noirs, et celle des périls qui entourent les

blancs, on été jusqu'à ce jour la cause la plus puissante de la sécurité des métropoles et du maintien de la dynastie portugaise. Cette sécurité, par sa nature même, peut-elle être de longue durée? Justifie-t-elle l'inaction des gouvernements qui négligent de remédier au mal quand il en est encore temps ? J'en doute" (Humboldt 1826, 316-317).

[65] ["Dans les pays à esclaves, où une longue habitude tend à légitimer les institutions les plus contraires à la justice, il ne faut compter sur l'influence des lumières, de la culture intellectuelle, de l'adoucissement des mœurs, qu'autant que tous ces biens accélèrent l'impulsion donnée par les gouvernements, autant qu'ils facilitent l'exécution de mesures une fois adoptées. Sans cette action directrice des gouvernements et des législatures, un changement paisible n'est point à espérer. Le danger devient surtout imminent lorsqu'une inquiétude générale s'est emparée des esprits, lorsqu'au milieu de dissensions politiques dont se trouvent agités des peuples voisins, les fautes et les devoirs des gouvernements ont été révélés: alors le calme ne peut renaître que par une autorité qui, dans le noble sentiment de sa force et de son droit, sait maîtriser les événements en ouvrant elle-même la carrière des améliorations"] (Humboldt 1826, 335-336).

[66] La agenda esclavista del sur de Estados Unidos buscaba convertir a Cuba en un estado más de la Unión Americana por causa de la gran cantidad de población esclava que la habitaba y por su pujante economía de plantaciones de azúcar y café.

[67] Hasta 1914.

[68] ["because of the terrible, albeit accurate, picture it presents about the population of color and its immense strength on this island"] (Martínez-Fernández 10).

[69] No resulta del todo extraña la postura que apoyaba la continuidad de la circunstancia colonial en Cuba si consideramos los avatares históricos que atravesaba la República Dominicana en esa época. Después de declarar su independencia de España en 1821, los dominicanos se enfrentaron a una invasión haitiana que se prolongó hasta 1844 en que recobraron su independencia. Sin embargo, en 1861, a solicitud del presidente Pedro Santana y la clase terrateniente, ante la inminencia de un nuevo ataque haitiano, el país volvió a convertirse en colonia española. Dicha circunstancia se prolongó hasta

el año de 1865.

[70] ["Porque em tão criticas circunstâncias, e no estado actual das coisas se faz suspeita a viagem de um tal estrangeiro, que debaixo de especiosos pretextos talvez procura em conjunturas tão melindrosas e arriscadas, surpreender e alentar com novas ideias e capciosos princípios os ânimos dos Povos seus fieis vassalos existentes nesses vastos domínios, além de que pelas leis existentes de S. A. Real, ordena muito expressamente o mesmo Augusto Senhor, que V. Sa faça examinar com a maior exação e escrúpulo se com efeito o dito Barão de Humboldt ou outro qualquer viajante estrangeiro tem viajado ou actualmente viaja pelos territórios interiores d'essa capitania, pois seria sumamente prejudicial aos interesses políticos da Coroa de Portugal se se verificassem semelhantes factos, e confia S.A. Real que V.SA pelo seu zelo e eficaz desvelo, empregara em um negocio de tanta importância, toda aquela destreza, e sagacidade que he de esperar das luzes e circunspecção de V. SA pelo bem do Real Serviço, precavendo V. SA sendo assim, e atalhando a continuação de tais indagações que pelas leis são vedadas não só a estrangeiros mas até aqueles portugueses que se fazem suspeitos quando não são autorizados por ordens régias ou com as devidas licenças dos governadores das respectivas capitanias, mandando os capturar"] (Bruhns 461-462).

[71] Las investigaciones de Capistrano de Abreu determinaron que André João Antonil era el pseudónimo del jesuita italiano João Antonio Andreoni.

[72] La primera reedición, aunque parcial, fue realizada en la imprenta Arco do Cego en 1800. La reedición completa no vería la luz sino hasta 1837.

[73] ["O governo metropolitano deu ao livro uma resposta fulminante: confiscou-o, e com tamanho rigor que ainda hoje raríssimos exemplares se encontram da edição princeps. Pretextou para esta violência, estar divulgado nele o segredo do Brasil aos estrangeiros. Não se vê bem como podia fazê-lo: cultiva-se cana e fabricava-se açúcar em colônias de outras nações; plantava-se também fumo, criava-se gado, trafegavam-se minas. Que lhes poderia ensinar de novo a Cultura e opulência do Brasil por suas drogas e minas? A verdade é outra: o livro ensinava o segredo do Brasil aos brasileiros, mostrando toda a sua possança, justificando todas as suas pretensões, esclarecendo toda a sua grandeza"] (Capistrano de Abreu 164).

[74] Y, de hecho, mucho antes si consideramos la obra del alemán Hans Staden –

Duas viagens ao Brasil 1557–; de los franceses André de Thevet –Les singularitez de la France Antarctique de 1557–; Jean Léry –Histoire d'un voyage fait en la terre du Brésil de 1578–; y Claude d'Abbeville (Histoire de la mission des pères capucins en l'isle de Maragnan et terres circonvoisines de 1614).

[75] Ésta es quizá una de las grandes diferencias entre la América española y la América portuguesa en lo que a la representación de la naturaleza se refiere. Aunque desde fecha temprana en ambas Américas se escribieron textos encaminados a la descripción del medio ambiente de dichos territorios, la producción concerniente al Brasil presentó desde siempre una dimensión cosmopolita. En otras palabras, debido a las particularidades históricas que enfrentó el Brasil, los autores que produjeron libros u obras plásticas sobre su naturaleza no serían sólo portugueses o brasileños, sino también ingleses, holandeses, franceses, austríacos y alemanes.

[76] ["Mauricio sent his men out into the interior to report on what they found, to collect, describe, draw and paint. In the true Pliny spirit, everything was of interest, geography, tools and sugar mills, Indians, Landscape, plants and animals"] (Struik 23).

[77] ["A passion for collecting of curiosa of all kinds, including exotica from America, existed in many parts of Europe; in Amsterdam alone there existed several hundreds of such collections, all in private homes. But there was more to this passion than curiosity alone. A burning desire existed for a knowledge of useful plants, animals and minerals, and especially of herbs with curative powers. With the unending wars the recurring epidemics, the appearance of new sicknesses as syphilis, the search was on for new medicines, and especially exotic ones from America or India"] (Struik 22).

[78] ["study of Brazil's nature by European scientists and explorers started again in the later years of the 18th and the beginning of the 19th Century, in the same period that Spain allowed it in its Empire"] (Struik 24).

[79] ["o estado das povoações e indagar sua história, religião, costumes, artes, economia, comércio, alimentos, medicina, indumentária, habitações, armas, guerras, funerais"] (Míriam Leite 201).

[80] ["A paisagem intocada [en la obra de Eschwege es] sinônimo de desperdício e ausência de trabalho. Eschwege ressaltava a necessidade de ocupação humana

dos espaços vazios com a introdução não só de pessoas “capazes”, como também das mais diversas formas de exploração econômica, pois, segundo ele, o estado natural de uma região, por mais belo que seja, nunca tem o encanto de um campo enobrecido pelo trabalho humano”] (Doula 8).

[81] [“mentor intelectual dos naturalistas que percorreram o Brasil, durante o século XIX”] (M. Leite 165).

[82] [“nunca pisou em terras brasileiras, pois foi-lhe negada a licença de entrada pelo governo português, que suspeitou que se tratasse de um espião”] (165).

[83] De hecho, el 28 de enero de 1808, al llegar a Salvador, procedente de Lisboa, don João VI decretó la apertura de los puertos del Brasil a las naciones amigas; es decir, a Inglaterra, el aval del estado portugués.

[84] Al respecto, Sheila Maria Doula comenta que era “necesario que se crease en el Brasil un medio cultural desarrollado para que la corte continuase teniendo acceso a determinados medios de información tal como en Europa. No interesaba más continuar enviando a los brasileños a estudiar en Europa y por eso se promovió la creación en el mismo Brasil de instituciones como escuelas y bibliotecas y la fundación de periódicos que cumpliesen el papel de garantes del nivel cultural de esa población que había llegado de Europa. A partir de entonces, Don João hizo suyo el propósito de promover estudios sobre el Brasil y les dio oportunidad a científicos extranjeros de viajar por el país, para explorarlo, revelarlo, lo cual rompió así el sigilo territorial que hasta ese momento la metrópolis había impuesto. Al contrario de la política de cautela que había sido impuesta antes, la visita y el relato de los extranjeros sobre el Brasil asumía, entonces, un carácter propagandístico, de mucho interés para una colonia que acababa de convertirse en Imperio” [“preciso que se criasse no Brasil um meio cultural desenvolvido, para que a Corte continuasse tendo acesso a determinados veículos de informação, tal como na Europa. Não era mais interessante continuar enviando brasileiros para estudar na Europa e por isso promoveu-se a criação, no próprio país, de instituições como escolas e bibliotecas, e a fundação de jornais, que cumprissem o papel de mantenedores do nível cultural dessa população que chegara da Europa. A partir de então, D. João assumiu o propósito de promover estudos sobre o Brasil e concedeu a oportunidade a cientistas estrangeiros que viajassem pelo país, explorando-o, desvendando-o, rompendo o sigilo territorial que até então era imposto pela Metrópole. Ao contrário da política de sigilo que havia sido imposta antes, a

visita e o relato dos estrangeiros sobre o Brasil assumia então um caráter propagandístico, de interesse para uma colônia que acabava de se tornar Império"] (5).

[85] ["A partir de 1809, os interesses internos e externos convergiram para as pesquisas, como uma forma de conhecer as potencialidades do país, com o intuito de poder melhor explorá-lo. D. João precisou de técnicos, cartógrafos, geólogos, mineralogistas, geógrafos, botânicos, zoólogos, etnólogos, enfim, de pessoas com formação especializada que lhe fornecessem conhecimentos e pudessem, através de seus estudos, compor argumentos científicos necessários e capazes de, ao nível da exigência dos europeus e na língua das principais potências, revelar a importância do país"] (I. Leite 50).

[86] Lúcia Maria Bastos Pereira das Neves señala que "En Francia, como intermediarios en las discusiones, actuaron el embajador portugués junto a Luis XVIII, el marqués de Marialva, el encargado de negocios en París, Francisco José Maria de Brito y hasta el famoso Alexander von Humboldt, considerando una de las mayores autoridades en asuntos del Nuevo Mundo [...] Consultado sobre las intenciones del Conde da Barca, Humboldt indicó el nombre del francés Joaquim Lebreton, secretario recién despedido de la Clase de Letras, del Instituto de Francia, debido a sus conexiones políticas con el gobierno de Bonaparte. Lebreton propuso la venida de un pequeño grupo de artistas, interesados en ir al Brasil, siempre y cuando contase con una ayuda del gobierno portugués para los pasajes y los gastos de instalación" ["Na França, como intermediários nas discussões, atuaram o embaixador português junto a Luís XVIII, o marquês de Marialva, o encarregado de negócios em Paris, Francisco José Maria de Brito, e até o famoso Alexander von Humboldt, considerado uma das maiores autoridades em assuntos do Novo Mundo […] Consultado sobre as intenções do Conde da Barca, Humboldt indicou o nome do francês Joaquim Lebreton, secretário recém-demitido da Classe de Belas Letras, do Instituto de França, devido a suas ligações políticas com o governo de Bonaparte. Lebreton propôs a vinda de um pequeno grupo de artistas, interessados em passar para o Brasil, desde que tivessem uma ajuda do governo português para as passagens e as despesas de instalação"].

[87] ["Alexander von Humboldt was also a reference figure to many artists who travelled through Brazil, such as Johann Moritz Rugendas, Thomas Ender and Carl von Martius, contributing to determine the form in which they captured the Brazilian nature in their work"] (Mattos 154).

[88] ["{Von Martius} was chosen by the Austrian emperor to join the scientific expedition and to accompany the Austrian archduchess Leopoldina, who was to travel to Brazil to marry the future Brazilian emperor, D. Pedro I"] (Fioravanti 11).

[89] El Instituto Histórico e Georgráfico Brasileiro fue creado el 21 de octubre de 1838 en el período de regencia durante la infancia de don Pedro II como una entidad cuya aspiración era la preservación de la memoria histórica de la joven nación brasileña.

[90] ["a de côr de cobre ou americana, a branca ou caucasiana, e emfim a preta ou ethiopica"] (Von Martius 390).

[91] En EC Humboldt afirma que los hombres de color libres (negros, mulatos y mestizos) han abrazado con entusiasmo la causa nacional; y la raza cobriza ha permanecido en su desconfianza tímida y en su impasibilidad misteriosa, sin tomar parte en los movimientos de que ella, a pesar suyo, se aprovechará algún día. Los indios, mucho antes de la revolución, eran agricultores pobres y libres; aislados por la lengua y las costumbres vivían separados de los blancos. Si con menosprecio de las leyes españolas, la codicia de los corregidores y el régimen enredador de los misioneros ponían muchas veces trabas a su libertad, había gran distancia entre este estado de opresión y de malestar y una esclavitud personal como la de los negros, o con una servidumbre como la de los labradores en la parte eslava de Europa. El corto número de negros y la libertad de la raza indígena, de que ha conservado más de ocho millones y medio la América sin mezcla de sangre extranjera, caracterizan las antiguas posesiones continentales de la España, y hacen su situación moral y política del todo diferente a la de las Antillas, donde por la desproporción entre los hombres libres y los esclavos, se han podido desenvolver con más energía los principios del sistema colonial ["Les hommes de couleur libres (noirs, mulâtres, et mestizos) ont embrassé avec chaleur la cause nationale; et la race cuivrée, dans sa méfiance timide et sa mystérieuse impassibilité, est restée étrangère à des mouvements dont elle profitera malgré elle. Les Indiens, longtemps avant la révolution, étoient des agriculteurs pauvres et libres; isolés para la langue et les mœurs, ils vivoient séparés des blancs. Si, au mépris des lois espagnoles, la cupidité des corregidores et le régime tracassier des missionaires entravoient souvent leur liberté, il y avoit loin de cet état d'oppression et de gêne à un esclavage personnel comme celui des noirs, à un servage comme celui des paysans dans la partie slave de l'Europe. C'est le petit nombre de noirs, c'est la liberté de la race

aborigène dont l'Amérique a conservé plus de huit millions et demi sans mélange de sang étranger, qui caractérisent les anciennes possessions continentales de l'Espagne, et rendent leur situation morale et politique entièrement différente de celle des Antilles, où par la disproportion entre les hommes libres et les esclaves, les principes du système colonial ont pu se développer avec les plus d'énergie"] (Humboldt 1826, 315-316).

[92] ["seria um grande erro para os principios da historiographia-pragmatica se se desprezassem as forças dos indígenas e dos negros importados, forças estas que igualmente concorreram para o desenvolvimento physico, moral e civil da totalidade da população"] (390).

[93] ["paiz que tanto promete"] (Von Martius 380).

[94] ["Tanto a historia dos povos quanto a dos individuos nos mostram que o genio da história (do mundo), que conduz o genero humano por caminhos, cuja sabedoria sempre devemos reconhecer, não poucas vezes lança mão de crusar as raças para alcançar os mais sublimes fins na ordem do mundo […] Jámais nos será permitido duvidar que a vontade da providencia predestinou ao Brasil esta mescla"] (Von Martius 391).

[95] ["Logo que nós tivermos penetrado d'esta convicção, estende-se o passado da raça americana para uma época encoberta de escuridão; e esclarecel-a será tão espinosa quão cheia de interesse"] (Von Martius 393).

[96] ["como documento mais geral e significativo debe ser considerada a língua dos indios"] (394).

[97] La filiación entre la obra de Von Martius y Mário da Andrade no se da, sin embargo, de manera directa, sino por intermediación de los textos del también alemán y etnólogo Theodor Koch-Grünberg. El estudio de Koch-Grünberg sobre los grupos indígenas que vivían en zonas meridionales de Venezuela y sus limítrofes brasileñas, había sido influenciado, a su vez, por los trabajos de otros alemanes integrantes de la Missão Austríaca que llegaron con Von Martius al Brasil. Entre ellos J. Natterer: "J. Natterer fue el que estuvo más tiempo entre indios y hasta se casó con una brasileña de Río Negro y supuestamente lo hechizó la diversidad cultural. Natterer subió por el río a hasta el Vaupés, el Içana y también entró al canal Casiquiare. Le atrajeron los indígenas de estos territorios. Algunos de sus manuscritos fueron leídos por Koch-Grünberg, y

tuvieron tal impacto en el alemán que, en consecuencia, decidió visitar esos grupos étnicos. Desafortunadamente, mucha de la obra de Natterer se perdió" ["J. Natterer stayed the longest among Indians and even married a Brazilian in the Río Negro and apparently he was enchanted by cultural diversity. He went up the river to the Vaupés, the Içana and also entered the Casiquiare channel. He was attracted by the indigenous peoples of these territories. Some of his manuscripts were read by Koch-Grünberg, and they made such an impression on the German that he decided to visit these ethnic groups. Unfortunately much of Natterer's writings were lost"] (Forero Larrañaga 114).

[98] ["a' lingua devem em primeiro lugar ligar-se os estudos sobre a Mithologia, as Theogonias e Geogonias das raças brasileiras"] (395).

[99] ["O português estabelecendo-se no Brasil, abandonou de certo modo os direitos que em Portugal possuia para com o monarca, por quanto, em lugar de rei, recebia um senhor (Dominus Brasiliae). N'isso mesmo existia o motivo para os colonos de jamais depôrem as armas, estarem em cada momento prontos a combater, e dirigirem-se sempre armados dos diferentes pontos do litoral, onde ao principio se estabeleceu a civilização européia mais e mais para o interior aonde ninguém reconheciam acima de si, venciam aos índios à força d'armas, ou induziam-os com astucias para servi-los"] (Von Martius 398).

[100] "o autor [Euclides] construiu uma história que combina diversidade temática com pluralidade discursiva, seguindo o esquema historiográfico prescrito por Martius. Tudo leva a crer, então, que no conceito de uma escritura da História reservada para Os Sertões tenham entrado as ideiás do escritor bávaro" (Bernucci 2002, 10).

[101] En "Pressupostos Historiográficos para uma Leitura de Os sertões", Leopoldo M. Bernucci realiza valiosas puntualizaciones con respecto a la influencia de la tradición historiográfica clásica en lo referente a la descripción de la naturaleza. El crítico contextualiza la propuesta de Von Martius en el marco de las aportaciones de Herodoto, Tucídides y Plinio.

[102] ["não excitará nenhum interesse vivo, nem lhes poderá desenvolver as relações mais íntimas do país, sem serem precedidos os fatos históricos por descrição das particularidades locais da natureza"] (Von Martius 408).

[103] No es coincidencia la importancia que en poemas fundacionales como "Silva

a la agricultura de la zona tórrida" (1826) de Andrés Bello u oda al "Niágara" (1824), "En el teocalli de Cholula" (1820) y "En una tempestad" (1822) de José María Heredia la naturaleza detente un papel central en el forjamiento de la identidad americana.

[104] ["Nosso céu tem mais estrelas,/ Nossas várzeas têm mais flores,/ Nossos bosques têm mais vida,/ Nossa vida mais amores"] (Gonçalves Dias 1959: 5-8).

[105] Me refiero, entre otras, a la Confederação do Equador, Guerra da Cisplatina, Cabanada, Cabanagem, Revolta dos Malês, Revolução Farroupilha, Sabinada y Balaiada.

[106] ["No que diz respeito aos leitores em geral, devera lembrar-se em primeiro lugar que não excitará nenhum interesse vivo, nem lhes poderá desenvolver as relações mais intimas do paiz, sem serem precedidos os factos historicos por descripção das particularidades locaes da natureza. Tratando o seu assumpto, segundo este systema, o que já admiramos no pai da historia, Herodoto, encontrará muitas occasiões para pinturas encantadoras da natureza. Ellas imprimirão á sua obra um attractivo particular para os habitantes das differentes partes do paiz, porque nestas diversas descripções locaes reconhecerão a sua propria habitação, e se encontrarão, por assim dizer, a si mesmos"] (Von Martius 409).

[107] ["deviam ser tratadas conjunctamente aquellas porções do paiz que por analogia de sua natureza physica, pertencem umas ás outras"] (Von Martius 408).

[108] ["Esta diversidade não é suficientemente reconhecida no Brasil, porque ha poucos brasileiros que tenham visitado todo o país"] (Von Martius 408).

[109] ["the knowledge of the natural character of each different region of the world is intimately tied to human history and culture"] (Mattos 153).

El llamado de la tierra:

la paradoja de Euclides da Cunha y Alberto Rangel

O progresso envelhece a natureza, cada linha do trem de ferro é uma ruga e longe não vem o tempo em que ela, sem seiva, minada, morrerá […]

Tudo isto me revolta, me revolta vendo a cidade dominar a floresta,

a sarjeta dominar a flor.

"Em Viagem".

Euclides da Cunha

Realmente, no levante, transmontada a segunda cadeia dos Andes, desdobra-se a natureza estável –sem catástrofes e sem ruínas– guardando intactas as forças criadoras, à espera da componente prodigiosa do trabalho, e oferecendo, no remanso das culturas, na disciplina da atividade adstrita a longos esforços consistentes, e na sugestão permanente da própria harmonia natural, a situação de parada que sempre faltou aos peruanos para que se lhes despertassem os notáveis atributos, até hoje suplantados por uma combatividade, que é uma fraqueza e é um anacronismo.

Contrastes e confrontos.

Euclides da Cunha

El período que siguió a la consumación de la independencia de las naciones latinoamericanas, según Shawn W. Miller, estuvo caracterizado por la incertidumbre con respecto a la adopción de modelos políticos y de las directrices económicas que debían seguir los nuevos estados:

Mientras batallaban para lograr una apariencia de legitimidad política y estabilidad, se aventuraron en un camino proyectado hacia el avance nacional y la prosperidad material, esperando que una vez libres de las barreras metropolitanas para comerciar, para la producción, y la inmigración, podrían entonces, seguir los avances económicos logrados por el norte industrializado.[1]

Así, pues, aunque la emancipación política fuese, en teoría, un hecho, no lo era, en cambio, la viabilidad económica de las antiguas colonias ibéricas. Al momento de su surgimiento como países independientes, ni las naciones hispanoamericanas ni el Brasil tenían posibilidades de competir en la producción de bienes industriales. Los monopolios y las restricciones económicas que España y Portugal dictaran durante la colonia, provocaron una atrofia en la esfera tecnológica e industrial que no habría de subsanarse hasta ya bien entrado el siglo

XX

. La solución que abrazaron las élites rectoras, tanto en el Brasil como en Hispanoamérica, fue la de perpetuar la inercia de la lógica económica colonial. Así, dado que no podían convertirse en productoras de manufacturas y bienes industrializados, continuaron siendo proveedoras de materias primas. Los cargamentos no se destinaron más a España o Portugal directamente y sí a las sociedades industriales de Estados Unidos y Europa Occidental:

La ruta más clara de la región hacia la prosperidad fue una que conocían bien: la

exportación de productos agrícolas, minerales y forestales [...] Casi un siglo antes de que hubiese repúblicas bananeras, había repúblicas de cobre, repúblicas ganaderas y repúblicas cafetaleras. Afortunadamente el norte industrializado necesitaba entonces aquello que Latinoamérica ofrecía. Los industrialistas del norte reclamaron los recursos naturales de Latinoamérica –algodón, estaño, caucho y cuero– para alimentar sus máquinas voraces, y recurrieron a la agricultura de la región –azúcar, café, carne y plátano– para alimentar una fuerza laboral en rápido crecimiento que estaba abandonando la actividad agrícola a larga escala a un ritmo sorprendente.[2]

En este respecto, "Silva a la agricultura de la zona tórrida" (1826) de Andrés Bello probó ser un texto profético, al situar entre los surcos de las parcelas arrancadas a la tierra virgen el origen de la riqueza (o su espejismo) de las nuevas naciones a través del modelo export for greatness[3] [grandeza por la exportación] que se privilegió y, por ende, primó en toda la región. Como ya veíamos en el capítulo anterior, la construcción de la identidad nacional y literaria en América Latina se cimentó, precisamente, en la pretendida prodigalidad de la naturaleza en cada una de las regiones del subcontinente. La escritura de Humboldt, Alfred Wallace y otros viajeros europeos, además de destacar dichas riquezas, había sido determinante en el proceso de romantización que la naturaleza americana experimentó en el ámbito de la literatura.[4]

En la base de dicha romantización latía un afiebrado impulso para intensificar la explotación de la naturaleza pues de su expolio dependía el progreso nacional. Ello se refleja en los romances fundacionales de los que habla Doris Sommer:

La ideología de los imaginarios formulados en los romances nacionales emana del grupo hegemónico y plantean una solución simbólica a su problemática histórica. El romance en Latinoamérica expresa los ideales del liberalismo, de las élites dirigentes de la época y de los intelectuales que formularon el programa liberal para las naciones americanas (Unzueta 77).

Facundo (1845) de Domingo Faustino Sarmiento y Bases y puntos para la organización política de la República Argentina (1852) de Juan Bautista Alberdi

son, quizá, el epítome, de ese pensamiento. Tanto para Sarmiento como para Alberdi, el aprovechamiento de la naturaleza no acarrearía únicamente prosperidad económica, sino que conllevaría, a la vez, el triunfo de la civilización sobre la barbarie atávica de la tierra americana:

La Europa del momento no viene a tirar cañonazos a esclavos. Aspira sólo a quemar carbón de piedra en lo alto de los ríos, que hoy sólo corren para los peces. Abrid sus puertas de par en par a la entrada majestuosa del mundo, sin discutir si es por concesión o por derecho; y para prevenir cuestiones, abridlas antes de discutir. Cuando la campana del vapor haya resonado delante de la virginal y solitaria Asunción, la sombra de Suárez quedará atónita a la presencia de los nuevos misioneros, que visan empresas desconocidas a los Jesuitas del siglo

XVIII

. Las aves, poseedoras hoy de los encantados bosques, darán un vuelo de espanto; y el salvaje del Chaco, apoyado en el arco de su flecha, contemplará con tristeza el curso de la formidable máquina que le intima el abandono de aquellas márgenes. Resto infeliz de la criatura primitiva: decid adiós al dominio de vuestros pasados. La razón despliega hoy sus banderas sagradas en el país que no protegerá ya con asilo inmerecido la bestialidad de la más noble de las razas (Alberdi 104-5).

Paradójicamente, tanto la adquisición de la prosperidad económica como la de la civilización habrían de tener un alto costo para América Latina puesto que supusieron su adhesión a dos corrientes de pensamiento que abominaban de la realidad y circunstancias del Brasil y sus vecinos hispánicos. Me refiero al racismo científico[5] y al determinismo ambiental[6] que dejaron una impronta indeleble en su literatura a través de la importación de los preceptos de la escuela naturalista francesa.[7] Dominaron, entonces, el panorama literario –en una lógica esquizofrénica– una serie de obras literarias obsesionadas por hacer de la urbe latinoamericana –en propósito, materialización americana de París– el espacio sinecdótico de la nación dando, por ello, la espalda a la realidad eminentemente rural y agreste de la región.[8] Se renegaba de la naturaleza aunque se la sabía la

única vía para sobrevivir como naciones. En otras palabras, si América Latina era el horreum romanum del occidente industrializado, en el plano literario muchas de sus obras eludieron reflexionar sobre esta condición de proveedor de materias primas y, en cambio, privilegiaron una figuración europeísta centrada en el protagonismo de la vida urbana y el devenir de la burguesía. América Latina era solamente Buenos Aires, Bogotá, Caracas, La Habana, México y Río de Janeiro, pero nada más allá. Era el afán de reproducir Europa en los trópicos, como lo señaló Miguel Cané, figura de primer orden de la generación del 80 en la Argentina: "De la Europa nos viene la vida intelectual y la vida material. Ella y sólo ella puebla nuestros desiertos, compra y consume nuestros productos, reemplaza las deficiencias de nuestra industria, nos presta dinero, su genio y su ciencia, es en una palabra, el artífice de nuestro progreso" (312).

Sin embargo, existe un grupo de textos que, aunque producidos alrededor de este periodo, ni comulgaron del todo con los preceptos naturalistas del racismo científico y del determinismo ambiental (aunque no por ello lograron librarse del todo de ciertos influjos y resabios de dichas escuelas) ni reivindicaron, tampoco, de manera integral o sin pocos cuestionamientos su papel de herederos de lo que denominamos en el capítulo precedente como tradición sarmentina-alencariana. Constituyen parte de este grupo los autores de las obras que analizaré en este capítulo y el siguiente: Euclides da Cunha, Alberto Rangel y Horacio Quiroga. Estos escritores se caracterizaron por figurar una nueva visión de la naturaleza americana en el marco del prestigio que detentaba la dicotomía civilización y barbarie, cénit de la estética alencariana de la romantización del paisaje y medio ambiente propiciada –como hemos visto– por la lectura de los textos de Humboldt y Von Martius. ¿Cuál fue el alcance que en el plano literario tuvieron las discusiones que se dan en los textos de Euclides, Rangel y Quiroga con respecto a la validez y vigencia de la dicotomía civilización y barbarie? ¿Qué implicaciones tuvo la figuración de la naturaleza –entonces directriz y simiente de la identidad nacional y literaria de América Latina– que estos textos proponen? Ésas son sólo algunas de las

cuestiones que intentaré resolver en este capítulo y en el siguiente.

La escritura de Euclides, Rangel y Quiroga acontece en un momento histórico crítico para el Brasil e Hispanoamérica. Si al promediar el siglo

XIX

la economía de exportación de materias primas ya se había consolidado a lo largo y ancho de la región según las particularidades del clima y el medio ambiente de cada zona, en el ocaso de esa misma centuria no sólo eran notables sus frutos más visibles –sobre todo en el espacio urbano y entre las élites–, sino también comenzaban a vislumbrarse sus efectos más sórdidos. Las islas de desarrollo[9] que habían emergido a lo largo del subcontinente lo hacían a costa de la explotación tanto del hombre como del medio ambiente.[10]

Los mismos rectores del estado habían trazado una agenda encaminada a sostener el progreso nacional expandiendo la frontera de aquellos espacios donde se generaba la prosperidad. En Argentina, por ejemplo, se impulsó la llamada conquista del desierto para que las tierras meridionales que, entonces, pertenecían a los indígenas se otorgaran a inmigrantes europeos y, en general, fuesen destinadas a fomentar las actividades agropecuarias con miras a la exportación. El Imperio Brasileño, por su parte, centró toda su fuerza diplomática en la consolidación de su hegemonía política en la cuenca del Amazonas, espacio en el cual ya había comenzado la época dorada del ciclo da borracha mientras en el sur barruntaba el auge cafetalero. En México, por otro lado, las políticas liberales del estado favorecieron la eliminación de la propiedad comunal de las tierras[11] y, así, inauguraron una nueva era de servidumbre campesina –en su mayor parte indígena– al servicio de las haciendas en lo que, más tarde, constituiría la pax porfiriana.

Esa continua expansión de la frontera que posibilitaba el enriquecimiento de la región ni se dio en términos orgánicos siempre ni se apoyó la mayor parte de las veces en los procedimientos más ortodoxos y legítimos. En su lugar, América Latina presentó el fenómeno que Preston E. James denominara hollow frontier [frontera hueca] en el marco de la economía agrícola de exportación:

[H]abía sido costumbre de la civilización empujar hacia nuevas fronteras, bosques caídos y convertir paisajes ecológicamente diversos en regímenes monoculturales que alojaron y apoyaron a los seres humanos [...] absorbiendo y convirtiendo paisajes salvajes en los paisajes de asentamientos humanos.

La frontera hueca de exportación agrícola era muy diferente. Ahora, en lugar de

convertir a la naturaleza en civilización, la civilización devoraba a la naturaleza y la escupía. En cuestión de décadas la frontera pasó de ser un estado de naturaleza a uno de ruinas. Esto era la civilización como Blitzkrieg, una en la cual los humanos dejaban de tener una conexión con un lugar llamado hogar, pero donde se unían con la máxima fidelidad al beneficio.[12]

Aunque sea bastante problemático entender "civilización" tal y como lo esboza Miller –en tanto proceso doble y simultáneo: aprovechamiento tecnológico de la naturaleza y asentamiento ordenado y definitivo del hombre en ella–, no deja de ser atinada la observación con respecto a la extenuación del medio ambiente y los pocos beneficios que conllevó aquel furor exportador en América Latina.

Es justamente en los textos de Euclides, Rangel y Quiroga donde por primera vez en la historia literaria del Brasil e Hispanoamérica, aparece una visión que se aparta del entusiasmo representado por el binomio que conformaban la tradición literaria sarmentino-alencariana y el modelo económico del export for greatness. Así, a través de la escritura, las obras de Euclides, Rangel y Quiroga enfocan las zonas grises de aquel régimen basado en la exportación de materias primas, y legitimado en la importación de bienes culturales. Dichas zonas constituían el espacio de la hollow frontier, es decir, el vasto interior donde la selva, el bosque y el sertão [desierto] eran el locus donde chocaban los ideales positivistas de modernización con el estatismo del agreste americano, donde se manifestaba la explotación y marginación de los seres humanos y de la naturaleza y donde, al mismo, tiempo emergían proyectos que contestaban o, incluso –como veremos en Quiroga– planteaban alternativas a la agenda de las élites en el poder.

Son dos los locus a los que hace referencia el grueso de la producción narrativa de Euclides da Cunha: el sertão[13] y la selva amazónica.[14] Aunque aludidos –tanto el sertão como la selva– con no poca frecuencia por el autor como o deserto,[15] las ideas que surgen tras la estadía del autor en ambos espacios liminares representan, paradójicamente, no sólo el punto neurálgico de su obra, sino también reivindican su condición central en lo referente a la cuestión de la identidad literaria y nacional. Euclides las implica en el término nacionalidade, en cuyo corazón localiza el debate alrededor de la dicotomía civilización y barbarie.

Así, al contrario de lo que rezaban los postulados de Alberdi con respecto a la

procedencia europea de la identidad de las naciones latinoamericanas tanto en lo material como en lo ideológico –“la patria no es el suelo [...] Europa, pues, nos ha traído la patria”–, Euclides enfatiza la dimensión telúrica de la nacionalidad brasileña al enaltecer su filiación bandeirante a través de metáforas y analogías relacionadas con el suelo y las rocas.[16] Esos hombres de la tierra y hechos por la tierra son para Euclides el cimiento racial donde debe fundarse el ideal del progreso y la civilización en el Brasil.

Así, la mención en Os sertões de conceptos tales como el de superioridad racial –encarnada, precisamente, por los bandeirantes paulistas–, el de subrazas, así como la abominación que se hace de cierto tipo de mestizaje, además de manifestar el influjo de la épistème determinista de la época[17] y constituir parte del variado y ecléctico aparato retórico[18] del que se vale Euclides, pone de relieve el diálogo que establece el autor con aquéllos cuyas plumas lo precedieron en lo referente a la construcción de la identidad nacional brasileña, donde la representación de la naturaleza desempeña un papel capital.

Como veíamos en el capítulo anterior, Von Martius en “Como se deve escrever a História do Brasil” (1845) inició el debate sobre el de-

lineamiento de la identidad de la recién formada nación. Lo hizo desde el plano historiográfico al ganar el concurso auspiciado por el Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro (

IHGB

). En dicho texto, el germano entendía la historia del país como la suma de las tres historias que habían convergido en aquella porción de suelo sudamericano: la de los portugueses, la de los indígenas y la de los africanos.[19] En tanto fenómeno providencialista y eugenésico, Von Martius concebía este mestizaje racial como señal para el Brasil de su grandeza futura. La historiografía nacional, según proponía, debía enfatizar la condición central del elemento portugués como raíz y custodio de los avatares de Brasil hacia el progreso y, a la vez, mostrar una convicción monarquista puesto que concebía a esta institución como la única garantía de cohesión para aquella inmensidad geográfica. La naturaleza, asimismo, constituía en la propuesta del viajero bávaro no sólo un elemento de unidad nacional, sino también un medio para el conocimiento de la patria y, al mismo tiempo, una fuente de lo que habría de constituir la identidad del Brasil.

Algunas ideas de Von Martius –si bien radicalizadas y llevadas al extremo– encontraron su eco en la História Geral do Brasil (1854-1857)

de Francisco Adolfo de Varnhagen, socio emérito del

IHGB

.[20] Siguiendo a Von Martius, Varnhagen resalta la centralidad de la herencia portuguesa en la historia brasileña, pero relega de su texto –contrario a lo recomendado por el naturalista alemán– a indígenas[21] y africanos[22] en medio de no pocos comentarios desafortunados.[23] Los cinco volúmenes que conforman su História geral son, pues, una gran apología de la conquista y colonización lusas, así como una celebración de la continuidad de dicho patrimonio bajo la forma de la monarquía de Pedro I y Pedro II y la élite que se agolpaba a su alrededor, cuya legitimidad, de paso, reforzaba la vehemencia monarquista de su escritura:

Una historia del Brasil al gusto de los intereses imperiales de la élite dominante. Élite centralizadora y esclavista [...] se alaba la colonización portuguesa, su obra expansionista, su ímpetu civilizador; y se elogia más a la dinastía Braganza –a la cual pertenecía D. Pedro II– que a la de Avís. Es una historia elitista, laudatoria de los “vencedores”, que desprecia al indio, apenas dice algo sobre el negro, y desconfía siempre de las rebeliones, descalificándolas.[24]

A despecho de la simpatía que mostró la historiografía imperial hacia el proyecto de Varnhagen, la História geral do Brasil no hizo mella alguna en el fenómeno de indianización cultural que, por influjo del romanticismo francés, las élites habían adoptado poco después de la independencia para contener la amenaza que representaba la confirmación de cualquier tipo de filiación con el componente racial africano. Así, el indianismo se consolidó como la estética de la monarquía puesto que posibilitaba una interpretación unívoca del Brasil fundada sobre un sentido de continuidad que conectaba el pasado precabralino, la colonia y el imperio a través del mestizaje (sólo entre indígenas y portugueses) y la aclimatación tropical de la cultura portuguesa:

Desde la década de 1830 las élites letradas tratan –mediante una apropiación simbólico-nacionalista del indígena– de romper con la imagen negativa que el principio africano, las tesis deterministas de la Ilustración y el estigma del mestizaje imprimían en una sociedad esclavista como el Brasil […] El indianismo brasileño procedió a la exhumación nacionalista del indio cuyo exterminio había sido la condición necesaria de la na(rra)ción del Brasil (Jáuregui 289).

A pesar de que su triunfo en el imaginario nacional se había manifestado en los planos literario,[25] pictórico,[26] plástico, dramático e, incluso, monumental[27] durante los reinados de los Braganza brasileños, la indianización cultural no poseía una vigencia eterna. Con la abolición del régimen monárquico en 1889, esta visión monárquico-indianista atestiguó su ocaso del que, no obstante, ya se mostraban atisbos desde la década de 1870 cuando se inició "un proceso de revalorización de la figura del bandeirante, mediante dos vías: la primera representada por la producción historiográfica del entonces joven Capistrano de Abreu y la segunda llevada a cabo por intelectuales paulistas, en su mayoría republicanos".[28] Tras la promulgación de la república en 1889, la reconfiguración nacional, de la que no quedaron exentos los campos de la historiografía y la literatura, fue una de las primeras grandes labores que emprendió el estado brasileño. Así, pues, frente a la romantización de los indígenas y la valorización de los jesuitas –en tanto defensores de la libertad de los indígenas y agentes civilizadores cristianos– se resignificó la figura del bandeirante paulista como el arquetipo, primero, de la paulistanidade y, posteriormente, de la brasileiridade.

Es en esta coyuntura histórica –al abrigo de la obra de Oliveira Martins,[29] Capistrano de Abreu[30] y Teodoro Sampaio,[31] entre otros– donde se inserta la aportación de Euclides da Cunha con respecto al debate sobre la nacionalidad y la tierra. Abolida la centralización de la idea de la identidad a través de la estética indianista que había sostenido la monarquía, el debate se reanudó nuevamente. Los intelectuales paulistas –alrededor del Instituto Histórico e Geográfico de São Paulo–[32] se dieron a la tarea de reinterpretar la historia regional que habría de tener alcances nacionales:

En el contexto de la propaganda republicana, los intelectuales vinculados a la nueva propuesta política federalista pasaron a redimensionar el pasado regional paulista, basándose en una idea fragmentaria de la nación. El Brasil era visto como un cuerpo escindido en ambientes y poblaciones diferenciados y mal unidos, lo que llevaba también al cuestionamiento de la existencia de una historia brasileña unívoca, posibilitando, así, la afirmación de una historia paulista original y propia.[33]

La vuelta a la tierra que representó la consolidación de la figura del bandeirante en tanto arquetipo de la nacionalidad, evidenciaba, además, la carrera por la expansión territorial hacia el interior, motivada por el cultivo del café y la infraestructura utilizada para transportar este cultivo: el ferrocarril. Hasta aquí se ha visto, entonces, el recuento de las ideas que constituían la atmósfera intelectual y política en la cual Euclides gestaría su obra.

Aunque es de sobra conocido y harto citado en sus resúmenes biográficos el incidente que dio notoriedad pública a Euclides da Cunha,[34] me animan a traerlo a colación las implicaciones que tuvo para el desarrollo de su obra: la primera tiene que ver con la ya temprana convicción política de nuestro autor y la segunda concierne a la esfera de influencia a la que este hecho lo acercó: “Poco después de un mes del incidente, era recibido en fiesta por los republicanos paulistas y continuaba su prédica política en las páginas del diario A Província de São Paulo (actualmente, O Estado de S. Paulo), para el cual escribió una serie de artículos candentes” (Fressia y Faria 571).

La vehemencia republicana de Euclides facilitó, pues, su entrada a este círculo de intelectuales paulistas abocados a reconfigurar el arquetipo del bandeirante en el marco del cada vez más evidente peso político y económico de São Paulo en el Brasil. Su influencia en la escritura de Os Sertões sería decisiva:

Su cambio de residencia a la capital paulista ocurrió en 1895, motivado no solamente por las buenas relaciones con el grupo de O Estado de S. Paulo (OESP), sino también por las oportunidades que São Paulo, en pleno auge cafetalero, ofrecía a un ingeniero recién graduado. De 1895 a 1904, Euclides vivió en São Paulo, trabajando como ingeniero civil de la Superintendencia de

Obras del Estado, construyendo la infraestructura necesaria para la ocupación del interior paulista y compartiendo un ethos característico del grupo territorialista, marcado por el empeño en la construcción de la nacionalidad a través de la ocupación efectiva del interior despoblado, como se hace patente en diversos artículos que publicó [...] El republicanismo y el ethos territorialista, concebido a través de la ingeniería, fueron, de esa manera, algunos elementos que acercaron a Euclides a la élite [cafetalera] paulista, también esta última marcada por ese afán de ocupar el territorio expresado de manera tan exacta en la figura del bandeirante (Zioni Ferreti 270).[35]

En 1897, Euclides escribe un texto decisivo para la génesis de la obra que nos ocupa. Ese año O Estado de S. Paulo publica su artículo[36] "A nossa Vendeia" en dos entregas. En estos textos, que le valdrían la invitación para cubrir el frente de guerra en Canudos entre el 7 de agosto y el 1 de octubre de 1897, Euclides hace una interpretación inexacta del fenómeno que lideraba Antônio Conselheiro en el sertão baiano. Se lee en ellos una motivación política de restauración monarquista al equipararlo con la rebelión de Vandea durante la revolución francesa. La analogía de Euclides no sólo revela su formación europea,[37] propia de la época, sino que confirma, a la vez, su papel de heredero de aquel discurso que, originándose en los textos de Humboldt, propugnaba por la medición de la realidad americana a partir de los instrumentos europeos. La perspectiva de ese primer Euclides –del Euclides antes de Canudos– es la del positivista americano en su "condición de letrado iluminado de la élite"[38] que busca en el repertorio europeo la explicación de América:

Identificados con la misma aspereza del suelo en que nacieron, educados en una escuela rudimentaria de dificultades y peligros, esos patricios nuestros del agreste, de tipo aún etnológicamente indefinido, reflejan naturalmente toda la inconstancia y toda la dureza del medio en que se rebelan.

El hombre y el suelo justifican así de algún modo, bajo el punto de vista general, la aproximación histórica expresa en el título de este artículo. Como en la rebelión de Vandea el fanatismo religioso que domina las almas ingenuas y

simples de estos hombres es aprovechado hábilmente por los propagandistas del imperio.

El mismo valor bárbaro y singular y el mismo terreno intransitable se aunaron, se complementaron. El chouan fervorosamente creyente o el tabaréu fanático, precipitándose impávidos hacia la boca de los cañones que toman el pulso, hacen patente el mismo heroísmo mórbido difundido en una rebelión desordenada e impulsiva de hipnotizados.

La precisión del paralelismo se extiende a los mismos reveses sufridos. La Revolución francesa que se preparaba para luchar contra Europa, casi se sintió impotente para combatir a los adversarios incorpóreos de la Vandea –héroes intangibles que escurriéndose ligeros a través de los brezales sitiaban a las fuerzas republicanas en una red inextricable de emboscadas…

En nuestro caso, el terreno, como hemos visto, no obstante bajo otros aspecto, se presta a los mismos fines.

Este paralelismo será, sin embargo, llevado hasta las últimas consecuencias. La República saldrá triunfante de esta última prueba.[39]

Si bien en Os sertões –específicamente en A Terra y O Homem– no se diluye la consistencia del determinismo para explicar el carácter del sertanejo y los elementos que habrían propiciado la existencia de Canudos, Euclides se separa del espejismo del paralelo francés de “Nossa Vendeia” y elabora una compleja teoría para explicar no solo Belo Monte, sino al Brasil entero.[40] Su fervor republicano –apuntado en la frase que cerraba el fragmento arriba citado– también habría de experimentar un cambio de grado no poco significativo[41] durante su labor periodística en el sertão baiano. En otras palabras, las circunstancias que atestiguó en Canudos harán que el triunfo incontestable que

auguraba a la república se transforme en una afirmación irónica que

dará paso al escepticismo y crítica que lo llevan a denunciar en la Nota preliminar la acción de la república sobre los sertanejos como un crimen: “Aquella campaña recuerda un retroceso hacia el pasado. Y fue, en toda la extensión de la palabra, un crimen. Denunciémoslo”.[42] Ocurre una inversão de papéis –la expresión es del propio Euclides– en la que, según Frederic Amory ha explicado,

la victoria final de las fuerzas del gobierno sobre los sertanejos, donde no sobrevivió ningún prisionero hombre, transfiere la supuesta barbarie de estos hacia el seno de la civilización costera y la posibilidad de una verdadera civilización (o sea “las tendencias civilizadoras”) hacia el tronco “fuerte” del interior, del agreste”.[43]

Entre esa “página vibrante de abnegação e heroísmo” (3) que vislumbra para la cuarta expedición de la república contra Canudos en “Nossa Vendeia” y los “crimes da nacionalidade” (781) que señala en Os sertões hay una evolución ideológica fundamental en Euclides fundamentada en su visión de los acontecimientos de Monte Santo como un enfrentamiento contra el pasado y, específicamente, contra el espíritu bandeirante, representado en la condición retrógrada del sertanejo.[44] Dicha transformación es impensable entenderla sin el viaje hacia el sertão y la experiencia en éste que, ciertamente cambió su visión de la realidad. Al igual que como veremos en la obra de Quiroga, el viaje al interior americano marca un ajuste significativo en la obra de Euclides puesto que se constituye en terreno propicio para la gestación de una nueva sustancia poética. Del influjo de Oliveira Martins que afirmaba la existencia de dos Brasiles –septentrional y meridional–, de la valoración de las bandeiras hecha por Capistrano de Abreu que celebraba la experiencia histórica diferente de São Paulo hasta la identificación que Sampaio hacía del cafeicultor paulista como heredero del antiguo bandeirante y, por ende, constructor de la nacionalidad brasileña, Euclides realiza en el sertão una redefinición propia y sui generis del bandeirante que ayuda a entender las aparentes contradicciones que hay en Os Sertões que, como señala, Frederic Amory en este respecto es “en primer lugar, un tratado sobre la raza o sub-razas brasileñas y solamente en segundo lugar era

una narrativa de la “guerra” de Canudos (que concluye, haciendo honor a la verdad, en una protesta alta y sonora contra ella)”.[45]

Así, cuando Euclides, al describir el sertão, afirma que allí “la naturaleza se complace en un juego de antítesis”[46] parecería también aludir a otra gran contradicción. Me refiero a la naturaleza misma de Os Sertões al aglutinar en su interior una suma ecléctica de diversas disciplinas como “antropologia, geografia, filosofia e geologia” (Faccioli 109) plasmada a través de un lenguaje que –como lo define Leopoldo Bernucci– es “aturdidor y persuasivo”.[47] Un lenguaje forjado a través de esa misma lógica antitética y paradójica que el autor observaba en la región de Canudos:

Un estilo hiperbólico, fundamentado en las figuras de intensificación de efectos e imágenes, la preferencia por los superlativos, la combinación inusitada de sustantivos y adjetivos, muchas veces acercándose al pleonasmo y hasta lo tautológico […] y especialmente la práctica generalizada de las antinomias, de las paradojas, de los oxímoros, de las oposiciones y de las contradicciones retóricas.[48]

Este manejo y combinación librísima/contradictoria entre disciplinas científicas y recursos de la creación poética gestaron lo que el propio autor denominara consórcio da ciência e da arte que no es otra cosa que su poética. Ésta se estructura –como bien apunta Bernucci– sobre el eje mismo de una contradicción: la fusión de lo empírico con lo poético por cuyo contacto tanto un campo como el otro se resignifican:

[Está] en un terreno contiguo, por un lado al de las ciencias y, por el otro, al de las artes propiamente dichas. Es decir, el cientifismo euclidiano estaría entre el uno y el otro terreno, apropiándose de ambos y manteniéndose en esa zona intermedia y fronteriza, como lugar que privilegia tanto los modelos empíricos y cuantitativos así como las idealizaciones motivadas por el resplandor de la imaginación controlada [...] el método cientifista utilizado por Euclides tiene la ventaja de colocarlo en un nivel filosófico a partir del cual él ya no vería a las ciencias en la camisa de fuerza del cartesianismo, ni en la de la creación artística

concebida como delirio de la imaginación y de la subjetividad, ofreciéndole, por tanto, la ventaja de reconceptualizar ciencia y arte, dosificando sus partes lógicas y creativas, para formar un todo indivisible.[49]

Esta poética euclidiana y el diálogo que en Os sertões entabla el autor con sus precursores, convergen en la reconfiguración del perfil del bandeirante –a través de la figura del jagunço o sertanejo– que, considero, es uno de los centros neurálgicos del libro. En Os Sertões Euclides se adhiere a la concepción del determinismo geográfico de Capistrano de Abreu que reconocía en la lucha del hombre contra el medio la raíz de la idea del Brasil.[50] Euclides –en un proceder que rememora las recomendaciones de Von Martius– aboga por el estudio del clima y las distintas regiones que integraban el país para, así, comprender los diversos tipos raciales que integraban el mosaico poblacional brasileño. Sin embargo, a diferencia de Von Martius y en consonancia con Oliveira Martins, Capistrano de Abreu y Sampaio, Euclides reafirma la inexistencia de una idea de nacionalidad homogénea como la que la estética indianista (como en Iracema, O Guarani y Ubirajara de Alencar) había pretendido instaurar durante el imperio. Al lado de la simplificación sarmentina que identificaba la civilización y la barbarie como una oposición costa-interior, Os Sertões complejiza la ecuación al añadirle dos nuevas variables: el norte y el sur (según lo propusiera Oliveira Martins) que, de hecho, confluyen en Canudos:

“En “A Terra”, Canudos aparece como el centro que sintetiza todos los terrenos agrestes del norte [...], pero también como axis brasiliae en la cartografía euclidiana, trazada, como ya se dijo, a partir del mapa del Brasil en relieve, desde los confines del Altiplano Central hasta el mirador de Monte Santo.[51]

La escritura de Euclides hereda de Humboldt esa voluntad de aleph borgesino avant la lettre de la que hablamos en el capítulo anterior. En otras palabras, en Os Sertões, como en Ensayo político sobre el reino de la Nueva España y Ensayo político sobre la isla de Cuba, se intenta dar una visión de conjunto para explicar la nación. Sin embargo, los procedimientos para hacerlo son muy distintos. Mientras que la escritura de Humboldt soñaba con trazar ese mapa

ingente que Borges describe en “Del rigor en la ciencia” (1960),[52] Euclides hace uso de la sinécdoque y explica el Brasil a partir de Canudos al que identifica como el axis brasiliae. Así, en tanto “categoria geográfica que Hegel não citou” (133) el sertão –una especificidad de la naturaleza brasileña– constituye, sobre todo, un axis civitatis, es decir, el eje de la nacionalidad. Una nacionalidad que enfrenta, por un lado, el desafío de sintetizar cuatro fuerzas centrífugas: las del nortista y el sulista, las del interior y el litoral y, por el otro, consolidar su marcha hacia el progreso. A pesar de ser un ferviente convencido del ideario civilizatorio y del discurso del progreso, Euclides, significativamente, subraya la conexión entre el sertão y la nacionalidad frente a la sentencia “la patria no es el suelo” de Alberdi.

Es después de describir en “A Terra” la naturaleza y condiciones inhóspitas del sertão, cuando, en “O Homem” –luego de haber analizado la influencia que el medio ambiente ejerce sobre la configuración de la población que lo habita– Euclides singulariza esa identificación entre el suelo y la nacionalidad en las márgenes del río São Francisco. Apoyándose en documentación histórica, geográfica y geológica, nuestro autor identifica esa región interior como el eje donde se realizó el primer acto efectivo de unificación étnica del Brasil entre modelos distintos de relación con la tierra como era la de baianos, paulistas y pernambucanos:

El río de San Francisco, “el gran camino de la civilización brasileña” según reza el feliz dicho de un historiador, [...] fue, en sus altas nacientes, la sede esencial de la agitación minera; en su curso inferior, el teatro de las misiones; en la región media, la tierra clásica del régimen pastoril, único compatible con la situación económica y social de la colonia [...] tocaron por igual sus márgenes el bandeirante, el jesuita y el vaquero.

Su estructura geológica original crea formaciones topográficas donde las serranías, últimos espolones y contrafuertes de la cordillera marítima, tienen la circunstancia atenuante de los tableros vastos; su flora compleja y variable, en que se entrelazan selvas sin la vastedad y el trazado impenetrable de las del litoral, con la “suavidad” de las planicies y lo “agreste” de los altiplanos, desahogados, todos, discontinuamente, en los vastos claros de las caatingas; su

especial formación hidrográfica de afluentes que se ajustan, casi simétricos, para el occidente y el oriente ligándola, de un lado a la costa, de otro al centro de los altiplanos, fueron lazos preciosos para la fusión de esos elementos dispersos, atrayéndolos, entrelazándolos (183-7).[53]

Además de ser una síntesis histórica, geográfica y racial del Brasil –guiño, quizás, a la idea de mestizaje que Von Martius acariciara en su propuesta historiográfica–, la región por la que atraviesa el río São Francisco es, para Euclides, el hogar de la últimas gotas de sangre bandeirante en la figura de los jagunços y sertanejos. El aislamiento geográfico había provocado la conservación de su estirpe en pleno sertão nordestino:

Y no nos excedimos en una hipótesis osada al admitir que este tipo extraordinario del paulista, que surgió y luego decayó en el sur, en una degeneración completa al punto de declinar en el mismo territorio que le dio nombre, renaciese allí y, sin los peligros de las migraciones y del cruzamiento, se conservase prolongando, intacta, en nuestro tiempo, la naturaleza varonil y aventurera de los abuelos.

Puesto que allí se quedaron, divorciados completamente del resto del Brasil y del mundo, amurallados en el este por la Sierra, impedidos en el occidente por los amplios campos generales, que se extienden hacia el Piauí y que aún ahora el sertanejo cree que no tienen fin.

El medio los atrajo y los resguardó.[54]

Los bandeirantes –a quienes describe siguiendo el perfil que de ellos trazara Teodoro Sampaio– representan en Os sertões el cerne vigoroso de la nacionalidad brasileña, ese universo que embona perfectamente con el cronotopo brasiliense del último Quiroga. Sin embargo, disintiendo con los intelectuales

paulistanos que, como Sampaio, identificaban a la elite cafetalera y su agenda como herederos del espíritu bandeirante, Euclides figura a los sertanejos como los únicos descendientes legítimos de esa sangre que en el sur había decaído en "uma degeneração completa" (189). De allí que aquella primera postura de Euclides frente al fenómeno Canudos en "Nossa Vendeia" sea resignificada completamente en Os Sertões. Así, el avance de la civilización de manos del ejército republicano –expresado a través del campo semántico de la iluminación– es cuestionado por un discurso irónico que revela un profundo escepticismo con respecto a los métodos utilizados para integrar a los sertanejos a la modernidad:

Aislado en el espacio y en el tiempo, el jagunço, un anacronismo étnico, sólo podría haber hecho lo que hizo –enfrentar, encarar terriblemente a la nacionalidad que, tras abandonarlo cerca de tres siglos, intentaba entonces llevarlo a los deslumbramientos de nuestra edad en el marco de una multitud de bayonetas, mostrándole el brillo de la civilización a través de la luz de sus descargas.[55]

Lejos de identificarlo como un enfrentamiento entre monarquistas y republicanos o entre la civilización y la barbarie –dicotomía cuyos términos se intercambian y los contornos de estos se diluyen en "A Luta" hasta el punto de fundirse– Euclides lo concibe como un crimen de la nacionalidad puesto que el sertanejo –aquel "Hércules-Quasímodo" de la "Troia de taipa" que era Belo Monte– representaba el pasado mismo del Brasil que lo atacaba. Es decir, no era un enemigo en el sentido literal del término, sino las propias raíces expuestas al aire de las que había que aprender. Haciendo una analogía entre la tierra y el hombre, el autor compara a Canudos como un estadio primigenio de la sociedad brasileña:

Sólo sugería un concepto – y es que, de la misma forma en que los estratos geológicos frecuentemente se alteran, invertidos, quedando debajo una formación moderna de una antigua, la estratificación moral de los pueblos a su vez también se desordena y se invierte y ondula rizada en plegamientos sinclinales abruptos, estallando en fallas, por donde irrumpen viejas capas

recorridas hace mucho tiempo.[56]

Bajo ese aspecto era, antes que nada, una enseñanza y podría haber despertado una gran curiosidad. La misma curiosidad del arqueólogo al encontrarse con los palafitos de una aldea lacustre, junto a una ciudad industrial de Suiza...

En nuestro caso, de modo general, eso despertó rencores. No vimos el trazo superior del acontecimiento. Aquella exteriorización originalísima del pasado, haciendo patente todas las fallas de nuestra evolución, era una bella ocasión para estudiarlas, corregirlas o anularlas. No entendimos la lección elocuente.

Para entender lo anterior es necesario recordar que, páginas atrás en Os Sertões, Euclides ya había insinuado la inversión que se daba en Canudos de la consigna determinista que él mismo cita en "O Homem": "todo elemento étnico fuerte 'tiende a subordinar a su destino al elemento más débil ante el cual se encuentra".[57] Contrario a ello, la dinámica en el sertão entre sertanejos y el ejército republicano –al que Euclides denomina perspicazmente mercenários insconscientes (66)– es una tergiversación de la lógica determinista. El mestizaje, presente tanto en los soldados de la república como en los sertanejos, explica la inviabilidad de esa lógica determinista. Según la ciencia de la época, el mestizaje retardaba el darwinismo racial –"se atrasa solamente. No se extingue. La lucha se transfiere, agravándose"–[58] pero no lo eliminaba. Antes bien, cambiaban los términos de la batalla a través de la cual las razas fuertes prevalecían sobre las débiles; en lugar de lucha armada se requería una exposición a la civilización:

La naturaleza incoherente, desigual y tumultuosa del mestizo manifesta un íntimo e intenso esfuerzo de eliminación de los atributos que le impiden la vida en un medio más adelantado y complejo. Refleja -en círculo diminuto- ese combate sordo y formidable, que es la lucha misma por la vida de las razas, lucha conmovedora y eterna caracterizada por el bello axioma de Gumplowicz como la fuerza motriz de la historia [...] Y que en este caso la raza fuerte no

destruye a la débil por las armas, la aplasta a través de la civilización.[59]

En Os sertões ni los soldados republicanos constituían el elemento racial más fuerte (sí lo eran, en cambio, los sertanejos) ni eran tampoco el vehículo idóneo a través del cual la civilización habría de triunfar sobre la barbarie de los canudenses. Su civilización –la de los soldados– era, en palabras de Euclides, una "inversión extravagante [...] donde las funciones altamente complejas"[60] se habían impuesto sobre "órganos mal constituidos, comprimiéndolos y atrofiándolos antes del desarrollo pleno".[61] A la degeneración moral y física que Euclides observa en los soldados republicanos y, en general, en la población del litoral civilizado, se opone la representación propicia del cuerpo del sertanejo, heredera de la figuración del bandeirante construida por los intelectuales paulistas que citamos arriba:

En los sertões [desiertos] la integridad orgánica del mestizo surge entera y robusta, inmune de extrañas mezclas, capaz de evolucionar, diferenciándose, acomodándose a nuevos y más altos destinos, porque constituye la sólida base física del desarrollo moral posterior.[62]

Si bien al principio de Os sertões Euclides argüía que "no existe un tipo antropológico brasileño",[63] hacia el final del libro, será en los sertanejos en quienes identifique la "roca viva de nuestra raza"[64] estableciendo, así, la filiación entre identidad y nación con el interior; es decir con la tierra. Los sertanejos, producto de una estrecha relación con la tierra, son para nuestro autor el estadio más avanzado de mestizaje hacia el que se encaminaba el Brasil en su senda hacia la afirmación nacional:

Admitida la osada y emocionante conjetura de que estamos destinados a la integridad nacional, yo vi en aquellos vigorosos caboclos el núcleo de la fuerza en nuestra constitución futura, la roca viva de nuestra raza.

Roca viva… La expresión me sugiere un símil elocuente.

De hecho, nuestra formación como la del granito surge de tres elementos principales. Mientras quien asciende por un cerro granítico encuentra los más diversos elementos: aquí la arcilla pura, del feldespato descompuesto, variablemente colorida; más allá la mica fraccionada, fulgurando escasamente sobre el suelo; enfrente la arena desmoronable del cuarzo triturado; más lejos el bloque rizado, de apariencia errática, y por todo el lado la mezcla de esos mismos elementos con la adición de otros, adventicios, formando el poco característico suelo arable, altamente complejo. Al fondo, sin embargo, una vez removida la capa superficial, está el núcleo compacto y robusto de la piedra. Los elementos dispersos están allí, encima, en las más diversas mezclas puesto que el suelo expuesto guarda incluso los materiales extraños traídos por los vientos; abajo, fijos en una dosis segura y resistentes e íntegros.

Así, a medida que se ahonda en la roca, el observador se acerca a la matriz definida de todo el lugar. Por ende, nuestro caso es idéntico –si hiciésemos un recorrido desde las ciudades del litoral hacia las poblaciones del agreste.

Al principio una dispersión aturdidora de atributos que van de todos los matices del color a todos los aspectos del carácter. No se distingue el brasileño en medio de la intrincada mezcla de blancos, negros y mulatos de todas las sangres y de todos los matices. Estamos en la superficie de nuestra gens, o mejor dicho, siguiendo al pie de la letra la comparación de arriba, pisamos el humus indefinido de nuestra raza. Sin embargo, pareciéndonos extraño en la tierra vemos los primeros grupos fijos –el caipira, en el sur, y el tabaréu, en el norte– donde ya son extraños el blanco, el negro y el indio puros. El mestizaje generalizado produce, mientras tanto, todavía todas las variedades de las dosis dispares de los cruzamientos. No obstante, a medida que proseguimos, estas últimas se atenúan.

Se va notando más uniformidad de caracteres físico y morales. Por último, la

roca viva –el sertanejo.[65]

Así, en una sofisticada antítesis Euclides cifra la campaña de Canudos como un "retroceso al pasado"[66] y, también, a nivel racial, como una visión del futuro. En otras palabras, no sólo se asistía al espectáculo lastimero de una sociedad que vivía en una temporalidad anterior a la finisecular, sino que se estaba, al mismo tiempo, presenciando la cristalización del mestizaje que ya Von Martius había identificado como seña de identidad del Brasil. Sin embargo, Euclides hace la precisión de que los sertanejos eran sólo el cierne de una nacionalidad porque, a pesar de haberse convertido –gracias al influjo del medio–, en una raza fuerte, fueron privados del contacto con la civilización. Euclides, a diferencia de Quiroga, era un entusiasta del discurso del progreso y la modernización. Más que un regreso a la tierra en las condiciones que lo hacían los impasibles personajes quiroguianos, Euclides se inclinaba por una ocupación del interior por parte de un hombre racialmente facultado por la naturaleza que enarbolase, eso sí, los ideales de la civilización o, como en el caso del bandeirante en "Os caucheros" del póstumo À margem da história (1909), que los prefigurase:

No hay cómo compararla [la imagen del cauchero] con el modelo inigualable de nuestros bandeirantes. Antônio Raposo, por ejemplo, destaca de manera admirable entre todos los conquistadores sudamericanos. Su heroísmo es brutal, macizo, sin grietas, sin dobleces, sin disfraces. Avanza sin inteligencia, mecánicamente, inflexiblemente, como una fuerza natural desencadenada. La diagonal de mil quinientas leguas que trazó de São Paulo hasta el Pacífico, cortando toda Sudamérica, por encima de ríos, altiplanos, pantanales, remansos de aguas estancadas, de terrenos despoblados, de cordilleras, de páramos nevados y de litorales aspérrimos, entre el asombro y las ruinas por cien senderos recorridas, es una lucha aterradora, de epopeya. Sin embargo, se siente bien en aquella osadía individual la concentración maravillosa de todas las osadías de una época.

El bandeirante fue brutal, inexorable pero lógico. Fue el súper hombre de aquellos parajes solitarios.[67]

Euclides contrapone la ocupación territorial efectiva de la naturaleza de manos de los bandeirantes brasileños –que recuerda al cronotopo brasiliense en Quiroga– frente al avance desordenado y efímero del cauchero peruano al que singulariza en "su brutalidad elegante, en su gallardía sangrienta y en su heroísmo disoluto"[68] hasta llamarlo "hombrecillo de la civilización".[69] Mientras que el bandeirante es el conquistador del desierto, un heraldo de la inminencia de la civilización, los caucheros, en cambio, son propagadores de esa hollow frontier que iba extendiéndose por la fiebre del caucho y avanzaba por la selva en "luchas escandalosas"[70] haciendo de aquellos hombres, aventureros "construtores de ruínas" (263):

El aventureiro [el cauchero] va allí [a la selva] con la preocupación exclusiva de enriquecerse y volver; volver cuanto antes, huir a aquella tierra melancólica y empantanada que parece no tener solidez para aguantar el peso material mismo de una sociedad. Lo acompaña, en todas las coyunturas de su actividad nerviosa y precipitada, el espectáculo de las ciudades vastas, donde brillará un día, transformado en libras esterlinas el oro negro del caucho. Dominado por la nostalgia incurable del paraje nativo, que él dejó precisamente para volver a verlo dotado de recursos que le posibiliten mayores sumas de felicidades –se lanza a las selvas: aplasta y subyuga a los salvajes; resiste al paludismo y las fatigas; se agita, locamente, durante cuatro, cinco, seis años; acumula algunas centenas de millares de soles y desaparece, de repente [...] Se arruina elegantemente; y vuelve… riata la antigua faena: otros cuatro o seis años de trabajos forzados; nueva fortuna recientemente adquirida; nueva vuelta ansiosa en busca de la fortuna perdidiza, en una oscilación estupenda de las avenidas fulgurantes a las selvas solitarias.[71]

En "Os caucheros" Euclides da cuenta de la dinámica de destrucción que instauraba en las selvas americanas la economía orientada hacia las exportaciones de materias primas. Ambos, Euclides y Rangel, señalan la tragedia circular que era la vida de quienes trabajaban como peones en cauchales y todo tipo de obrajes. Sin embargo, la denuncia de Euclides, además de situarse en el plano de lo que Quiroga denominará la "cuestión social", lo hace también en el

marco del interés nacional en lo referente al deslinde territorial en la cuenca amazónica. Al frente, en 1905, de la misión oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores del Brasil que determinaría las fronteras con el Perú en el Alto Purús, Euclides, en Contrastes e confrontos, considera una necesidad asegurar el control del estado sobre aquellos territorios que, citando a Humboldt, deberían desempeñar un papel crucial en el futuro no sólo del Brasil sino del mundo entero:

Las nuevas circunscripciones del alto Purús, del alto Juruá y del Acre deben manifestar la acción tenaz del gobierno en una labor de incorporación, que, en la práctica, exige desde ya la facilidad de comunicaciones y la alianza de las ideas, al instante transmitidas y trazadas en la enervadura vibrante de los telégrafos.

Sin este objetivo firme y permanente, aquella Amazonia donde ahora tiene lugar una selección natural de energías y frente a la cual el espíritu de Humboldt se emocionó ante la visión de un deslumbrante palco, donde tarde o temprano ha de concentrarse la civilización del globo, la Amazonía, tarde o temprano, se separará del Brasil, naturalmente e irresistiblemente, como se despega un mundo de una nebulosa –por la expansión centrífuga de su propio movimiento.[72]

No obstante, la reivindicación de la soberanía brasileña sobre esas tierras amazónicas entrañaba desafíos para el estado. Por un lado, estaba la conquista fugaz de la selva que realizaba la industria de explotación del caucho –en contraposición a las sagas históricas de la expansión bandeirante– y, por el otro, según detalla Euclides, el riesgo que suponía la intrusión de nuevas sangres que pudiesen desplazar a la población local –mestiza y naturalmente facultada– en la cual el estado –sugiere Euclides– debía cimentar la afirmación de la soberanía política:

Aquellos lugares son hoy, en medio de nuestros desánimos, el palco agitadísimo de un episodio del encuentro vital entre los pueblos. Alfredo Marc encontró en las márgenes del Juruá a algunos parisinos, auténticos parisinos, que habían

dejado los encantos de los bulevares por la explotación ardua de un cauchal abundantísimo; y se cree que el viajante no exageró. Allá están todos los intrépidos convergentes de todos los cuadrantes. Sin embargo, superándolos en número, en robustez, en el mejor equilibrio orgánico de la aclimatación y en el garbo al enfrentarse con los peligros, los admirables caboclos del norte que los absorberán, que les podrán imponer nuestra lengua, nuestros usos y, al final, nuestros destinos, estableciendo en aquella dispersión de fuerzas el componente dominante de nuestra nacionalidad.[73]

En el fragmento anterior, al igual que lo expresara en Os sertões, Euclides admira la contribución que tendría la fortaleza de la sangre autóctona en la conformación de la nacionalidad brasileña. El forjamiento de la nacionalidad por influjo de la naturaleza es una de las cuestiones centrales que, en el mismo contexto amazónico de À margem da história y Contrastes e confrontos, llevó a Alberto Rangel a concebir Inferno verde. Cenas e cenários do Amazonas (1908). Rangel, ingeniero militar como había sido Euclides[74] y residente ocasional de la selva como lo fueron Quiroga y el autor de Os sertões, coincidía con ellos en la concepción del interior americano como germen de la identidad nacional:

El agreste (sertões) es el cierne, la pulpa, la carne, las reservas sustanciales de la nacionalidad. Planicies excelentes, aunque indomadas, a pesar de tanta sangre, de tanta vida, inscriben en la frente del Brasil las características de su grandeza providencial y orgánica, representadas en alguna cosa que ha de sobrevivir a los errores de los gobiernos, a las traiciones y confusiones de los partidos y al fallo de los programas religiosos o económicos, siendo la dote soberbia y el patrimonio inalienable de la Patria, la abundancia y la inmensidad de su corazón territorial, el agreste brasileño.[75]

Más que hablar de una influencia notoria de Euclides sobre Rangel –como podría evidenciarse en la cita anterior– es mucho más exacto denominar a aquella serie de coincidencias entre ambos autores como una comunión ideológica que se reflejó en el plano literario. Esto se hace patente cuando Euclides da Cunha, al escribir el prefacio para Inferno verde, destaca en el texto

de Rangel determinadas cualidades que refrendan su propia poética presente en Os sertões, À margem da história y Contrastes e confrontos: el consórcio da ciência e da arte:

Alberto Rangel tiene la apariencia perfecta de un poeta, bastante exuberante para la disciplina de la métrica, o de la rima, y es un ingeniero adicto a los procesos técnicos más fríos y calculados. La realidad sorprendente le entró por los ojos a través de la lente objetiva de un teodolito. Se le armaron los escenarios fantásticos en las redes de las triangulaciones. El soñador orientó su marcha, estimándola, por el rumbo de una brújula. Se le unieron los más emocionantes lances y los azimutes corregidos. Y sus poemas bravíos se escribieron en las últimas páginas de las libretas de levantamientos.[76]

El perfil de Rangel –a caballo entre la poesía y la ingeniería, entre la inspiración de la poesía y la exactitud de la ciencia– remite no sólo a la figura de Humboldt en medio de su expedición por la naturaleza americana, sino que subraya esa antítesis euclidiana cuyos términos lejos de eliminarse el uno al otro, se complementan en su contradicción. Y es, precisamente, esa sucesión continua de oposiciones –tropo fundante de Os sertões– lo que destaca Euclides en Inferno verde:

Pues, entre las magias de aquellos escenarios vivos, hay un actor agonizante, el hombre. El libro es, todo él, este contraste.

Así, el asunto se agrava. La actitud del escritor se delinea, forzosamente, en singularísimo relieve. Su aspecto anómalo, de fantasía se acentúa, en el ajustarse, línea por línea, a las apariencias terribles de la verdad.[77]

El drama que Rangel enfoca en Inferno Verde actualizaba con otros actores y en otros escenarios tanto el determinismo ambiental como el darwinismo racial

presente en Os Sertões. Como en el sertão baiano, en la profundidad de la selva amazónica, la explicación de la sociedad local está cifrada en el carácter de la naturaleza que la rodea y la acoge. La escritura de Rangel, además, reprueba la actitud de aquellos forasteros que remedaban el carácter de la naturaleza en beneficio de su expolio y la construcción de ruinas al equipararlos con la infestación del apuiseiro. Para Rangel, ese "mimetismo psíquico del hombre que se finge bárbaro para vencer al bárbaro"[78] del que hacían uso caucheros y demás advenedizos, lejos de manifestar su adaptación al medio y de contribuir a la conquista efectiva del espacio amazónico, evidenciaba una degradación y morbidez equivalente a aquélla que Euclides concebía como execrable en la civilización superficial de los mestizos degenerados de la costa:

De hecho, en el Amazonas tiene lugar, hoy, esta cruel antilogía: sobre la tierra abundante y creciente en la plenitud risueña de su vida, se agita, miserablemente, una sociedad que está muriendo… […]

La grey salvaje copia, en su agitación feroz, la lucha inconsciente por la vida de la que es testigo en el orden biológico inferior.

El hombre mata al hombre como el parásito aniquila al árbol. La Hylaea encantadora de Humboldt le da esta lección sobrecogedora.[79]

La sociedad en trance de muerte que retrata Alberto Rangel en los once relatos que conforman Inferno verde es la de los habitantes autóctonos de la selva –caboclos e indígenas– ante la oleada de nordestinos, caucheros y otros forasteros que se adentran en ella. Cada una de las once piezas son, como el título mismo del libro lo advierte –cenas, cenários–, cuadros a través de los cuales Rangel elabora una visión panorámica de la cuenca amazónica y da cuenta de la lucha entre naturales y forasteros en el marco del forjamiento de una nueva sociedad. Así como para Euclides, en Os sertões, Canudos representa todos los sertões, en Inferno verde, Rangel utiliza las once narraciones para dar una imagen totalizante de aquel último capítulo do Gênese [último capítulo del Génesis]. No

hay entre ellas una disparidad de visiones, sino una coherencia que apunta hacia una concepción consistente de la selva que es la verdadera protagonista del texto. Esa naturaleza espléndida caracterizada por una energía telúrica desbordante en continuo proceso de (re)creación que asiste, en una lógica especular, a la gestación de una nueva sociedad que –propone Rangel–, habrá de surgir y perfeccionarse durante el enfrentamiento racial que aludimos.

Así, en “O Tapará”, Rangel, cuya figuración benevolente de los caboclos frente a los nordestinos y otros foráneos es una constante en Inferno verde, afirma que el desaparecer de los caboclos será productivo en cuanto contribuya al mejoramiento de la mezcla racial brasileña a través del mestizaje. Se insinúa que es esencial la incorporación de la sangre de los caboclos en el crisol racial brasileño para que éste, además de lavar la mezcla ya existente –muy en los términos de la higiene racial del darwinista inglés Robert Galton–, la complete y se llegue, entonces, a la culminación del mestizaje, a la eugenesia final de la que también habla Euclides. De esa manera, razona Rangel, se obtendría un individuo de raza fuerte, no un meio desfallecido de transfusión de sangres:

Ese aniquilamiento, sin embargo, es la forma de manifestarse. Nada se destruye… Y en la sangre, que ha de lavar, un día, las venas del brasileño étnico normal, la sangre del paria tapuio verá argamasado su coeficiente molecular de mezcla a la sangre de tantos pueblos en un solo cuerpo, cocido en cáliz único, fundido en un solo molde. Cáliz, molde, cuerpo: aparato y residuo de transformación consumada, donde con el mameluco, el carafuz y el mulato y ese indoeuropeo, que va a prevalecer en la inmigración, se habrá convertido en el brasileño tipo definitivo de equilibrio etnológico. Dejará de ser, al final de cuentas, lo que ha sido: un medio débil para el tránsito transfusional de razas.[80]

Mientras tanto en “Conceito de Catolé” –como lo hiciera también Quiroga, aunque en distintas circunstancias en “Los inmigrantes”–, Rangel contrasta la incapacidad de los inmigrantes para adaptarse y aprovechar la feracidad del espacio amazónico a través de una escena emblemática. Así, asistimos a las querellas de un cearense que, renegando de la selva, idealiza el paisaje nordestino: “Es el diablo esta tierra... No da nada. Solamente marañón y piña. En nuestro Ceará es otra cosa, se dan legumbres... La cosa es difícil. Esto no vale la

pena...".[81] A esto el protagonista responde: "Pues, ¡la tierra! La tierra es buena, es el hombre el que no sirve".[82] Ese breve diálogo propicia la intervención del narrador que refrenda la postura del iluminado Catolé y subraya el valor del determinismo ambiental en la conquista de la selva: "La historia que se hará del proceso del Amazonas, como el del resto del mundo, puede retener en su epígrafe ese punto de vista sintético del infortunado Catolé".[83]

Es, precisamente en "Terra Cahida", donde Rangel establece una diferencia entre la improductividad que suponen los asentamientos de forasteros –como los retratados en "O conceito de Catolé"– y la explotacion cauchera –como en "Maibi"– para el proyecto de avance y conquista de la selva. En este sentido, el proceder de José actualiza ese espíritu que constituye un acto generador, un gesto de fecundidad, de fe en la generosidad de la floresta frente a la dinámica de la hollow frontier puesta en marcha por nordestinos y caucheros. Frente a ellos, José jamás concibe como un infierno el espacio amazónico. Por ello, el narrador cierra el texto aprobando y elogiando su perfil al que asocia con dos figuras de la mitología clásica: Atlas y Sísifo (invertido). Su alusión, por un lado, subraya la magnitud de la hazaña de José, y, por el otro, exalta su fortaleza y perseverancia y, sobre todo, la utilidad de sus acciones para el dominio de la selva:

Al final de cuenta, la "tierra caída" bien puede ser la definición del Amazonas […] Se cae la tierra aquí, más allá la tierra crece. Así, en ese juego de erosiones y de aterramientos, el esfuerzo del hombre es el de Atlas sosteniendo el mundo y su lucha es la de un Sísifo invertido.[84]

En "A decana dos muras" hay una continuidad en lo que respecta a la simpatía expresada a lo largo de Inferno Verde por los habitantes oriundos de la selva. Esta vez, el centro de la narración no es un individuo producto del mestizaje, sino una indígena mura. Rangel alaba su laboriosidad a despecho de su edad y las circunstancias que habían hecho de ella "um vegetal apenas" (1927, 129). La mura al igual que el caboclo José Cardulo de "Terra caída" presentan esa virtud de los amazonenses que se subraya a lo largo de Inferno verde; la tenacidad para arrebatarle el sustento a la tierra: "En su ancianidad, la vida era todavía una lucha que sostener y vencer".[85]

Figurada en términos de decrepitud biológica y como producto de un envilecimiento racial –del cual eran responsables los forasteros–, la indígena es también para la voz narradora “uma relíquia venerável” (1927, 130) a la cual, a modo de ofrenda, ha dejado antes de partir sus víveres:

Y, dejando al eterno esqueleto, restos de aquella su nación, el resto de mi merienda, volví abatido a la canoa. Me agitaba la reluctancia de alcanzar el río, fúnebre desde que el portugués Favela lo hizo llenarse de pavor en la masacre, reflejando las lenguas de fuego de trescientas chozas incendiadas y transportando –surco de la matanza histórica– la sangre de setecientos pechos y flancos brasileños pura sangre.[86]

El cierre del relato reafirma la concepción de superioridad racial de los habitantes oriundos de la selva (indígenas y caboclos) frente a los denominados cearenses y a los caucheros. Esta superioridad, sin embargo, no evita su exterminio. El narrador de “A decana dos muras” se conmisera, por un lado, de las desgracias de la mura y de su pueblo y, por otro lado, se lamenta de la pérdida de esa sangre –pura sangre– cuya aportación sería fundamental en el proceso de mestizaje en el Brasil. La extinción de su pueblo –producto de sucesivas carnicerías– es concebida como un sacrificio necesario en aras de la consolidación de la conquista del Amazonas y la gestación de la nacionalidad, si lo expresásemos en términos euclidianos.

En el último de los cuentos de Inferno verde presenciamos otro sacrificio propiciatorio aunque en términos muy distintos a aquellos de “A decana dos muras” y “Obstinação”.[87] Al darle su nombre a la colección, “Inferno verde”, como cuento homólogo, constituye la culminación de la visión totalizante que Rangel ambicionaba alcanzar de la selva a través del conjunto de los once relatos. En este texto el lector asiste a la llegada a la selva de un ingeniero –Souto– que pertrechado de conocimientos e instrumentos pretende incorporar la selva a la civilización. Sirviendo, quizá, como contrapunto a las demás narraciones donde el enfrentamiento entre la naturaleza y los forasteros era simbólico, en “Inferno Verde” ocurre lo opuesto. Souto penetra el espacio amazónico confiado en la superioridad de la ciencia y sus instrumentos para lograr su incorporación al cuerpo nacional a través de mediciones y precisiones

matemáticas que aliviasen su condición de tierra incognita. No obstante, la selva acaba por enloquecerlo y matarlo a través del contagio de paludismo. En las últimas líneas del cuento, tras apostrofar a la selva con el denuesto “Inferno!… Inferno… verde!” el protagonista muere y, en un gesto literario que habrá de repetirse en La vorágine (1924), será la propia personificación de la selva la que se encargue de cerrar no sólo el relato, sino el cuentario entero.

Lo hace mediante una arenga que es sumamente significativa en el marco de las obras que hemos analizado en este capítulo. En el discurso de la selva que cierra Inferno Verde, Rangel concentra la figuración ambivalente de la naturaleza que caracterizó a la literatura del Brasil e Hispanoamérica tras el deterioro de la tradición literaria sarmentino-alencariana. Es una estética de oscilación donde la ambigüedad frente a la representación de la naturaleza –paraíso e infierno– evidencia el peso de la economía del export for greatness[88] y, a la vez, da cuenta del enraizamiento del fenómeno de la frontera vacía [hollow frontier]. Así, pues, en la primera parte de la arenga, Rangel asienta la condición de paraíso del espacio amazónico para las razas autóctonas a quienes la propia naturaleza había facultado para vivir en su seno. Sin embargo, al mismo tiempo, predice el fin tanto de indígenas como de caboclos ante el avance de la ambición blanca. Apunta la necesidad de reconocer las hazañas ocultas de los naturales y, en general, la contribución de estos pueblos autóctonos que debieron inmolarse para dar paso a las nuevas oleadas inmigratorias:

Te perdono y entiendo el estigma que me lanzas. Fui un paraíso. Para la raza local ninguna patria mejor, más vasta e benevolente. Por mí erraban las tribus, en el sublime desahogo de los instintos de conservación, libres en las riberas por las cuencas fluviales abajo. Aún hoy, el caboclo, residuo viril y desvalido en los destrozos de la invasión, vive abnegado y silencioso, adorándome y bendiciendo: –su reposo edénico, su plaga bendita, su rincón pacífico en la herencia fetichista y venerativa de los pueblos autóctonos de donde provino. Frente a los fracasos de la avidez del “blanco”, el nativo murmurará: “A pesar de que aquí se sufre, aún así se aguanta...”, Si no paraíso, le seré un purgatorio, en el cual expia conforme su impotencia, en la dilación impiadosa de la Justicia, que lo había rehabilitado totalmente, recordando su historia de heroísmos oscuros, en la lucha con las fatalidades sociales que lo aplastaron completamente.[89]

En la segunda parte de la intervención de la selva, ésta, ante la invasión blanca, se pronuncia un infierno por la condición de desenraizados que hacía a los forasteros anteponer su condición de explotadores –de propagadores de la hollow frontier– a la posibilidad de afincarse en aquel espacio. Rangel desvela la incompatibilidad entre el proyecto blanco en la selva amazónica y la posibilidad de un asentamiento permanente en ella. Denuncia, asimismo, la violencia que rodea la industria de extracción del caucho: “Infierno es el Amazonas… infierno verde del explorador moderno, vándalo inquieto, con la imagen amada de las tierras de donde vino cariñosamente resguardada en el alma ansiosa de pasión por dominar la tierra virgen sobre la que barbaramente ejerce violencia. Yo resisto a la violencia de los violadores”.[90]

Posteriormente, se revela como la concepción que hacía de la selva, o bien un paraíso o bien un infierno, era sólo un estadio en el proceso de entronización definitiva de su espacio como locus de esperanza en el cual habría de materializarse la visión providencialista que Euclides rescatara de Humboldt. Es decir, aquélla que afirmaba que la cuenca amazónica estaba llamada a convertirse en la tierra del futuro gracias la civilización de una sociedad facultada por el medio. La fundación de una ciudad en su centro sería el símbolo de la culminación de la conquista de ese último capítulo del Génesis:

Para terminar, el infierno verde, si es la Gehena de las torturas, es la mansión de una esperanza: soy la tierra prometida a las razas superiores, tonificadoras, vigorosas, dotadas de firmeza, inteligencia y provistas de dinero; y que, un día, vendrán a asentar en mi seno la obra definitiva de civilización que los primeros inmigrados humildes y pobres pioneros del presente, esbozan confusamente entre blasfemias y rechinar de dientes. Aquel pobre jesuita vaticinó, en la oscuridad fría de una ergástula, que yo sería “delicia de los hombres, regalo de la vida y envidia del mundo”. Otros vendrán, los felices, en la tierra sembrada y desbravada, y echarán los cimientos profundos de la ciudad, donde otrora se construyeron las chozas de los settlers. Tanta lágrima y tanto sufrimiento son el abono del tiempo pasajero, que antecede a las victorias… No se me vence sonriendo… Exijo los sacrificios que los antiguos dioses reclamaban” sangre y muerte. La expiación vale, sin embargo, la apoteosis.[91]

El discurso de la selva concluye cuando ésta expresa su deseo de que un poeta cante la lucha por la cual se accedía a su conquista en medio de letanías que alaban su feracidad. Referencia metafictiva de Inferno verde, desiderata o reto de Rangel a otros escritores, la alocución de la selva resignifica la derrota de Souto. Su muerte se convierte en una inmolación ofrecida al suelo selvático; en un sacrificio propiciatorio al lado de aquellos registrados en “Obstinação” y “A decana dos muras” tal y como lo explica René Girard:

el sacrificio tiene una función real y el problema de la sustitución se plantea al nivel de toda la colectividad. La víctima no sustituye a tal o cual individuo especialmente amenazado, no es ofrecida a tal o cual individuo especialmente sanguinario, sustituye y se ofrece a un tiempo a todos los miembros de la sociedad por todos los miembros de la sociedad. Es la comunidad entera la que el sacrificio protege de su propia violencia, es la comunidad entera la que es desviada hacia unas víctimas que le son exteriores (15).

La inhumación del científico en medio de la naturaleza en tanto víctima sacrificial preludia la asimilación de la civilización por parte del suelo/seno mismo de la selva y, en otro nivel, la aclimatación americana del discurso europeo de la civilización tal y como Euclides lo reclama en el prefacio que escribió a Inferno verde cuando alude a la gestación de una nacionalidad literaria, de una identidad ligada a la tierra:

El que se dice escritor, entre nosotros, no es un espíritu que se fortalezca frente a la sugerencia vivificante de los materiales objetivos, que lo rodean, sino frente a la inteligencia, que se convierte en una disimulación sistematizada. Se instituye un tipo de mimetismo psíquico en esa cobardía de adherirnos, por la semejanza externa, a los pueblos que nos intimidan y nos encantan. De modo que, estudiando nuestras cosas, nos asalta el prejuicio de ser lo menos brasileños que nos fuese posible. Y nos traducimos, eruditamente en portugués, olvidándonos que nuestro orgullo máximo debiera constistir en que al portugués le costase traducirnos al leernos en la misma lengua. De cualquier modo, es tiempo de emanciparnos.[92]

Euclides demanda para la literatura brasileña a través de la valoración de la estética simbolista-naturalista de Rangel la búsqueda de una nueva vía sobre la cual afincar una identidad literaria que alejada de todo mimetismo psíquico frente a lo europeo se robusteciese en la realidad de la naturaleza americana. Una retórica calcada en la propia tierra, en la naturaleza. Sirva, pues, el espíritu de una de las cartas que Euclides dirigió a Alberto Rangel como corolario a esa trayectoria literaria a la tierra que hemos estudiado en este capítulo:

Pero ya estoy cansado de criticar a estos mestizos que me rodean. Ansío internarme otra vez en el agreste. El agreste es para mí el Brasil, el verdadero Brasil aún exento de daños, aún no ocupado por gente que no lo merece. Sin embargo no sé cuando tendré la fortuna de verme de nuevo en la compañía feliz de los ríos, de las constelaciones y de las montañas (79).[93]

Notas del capítulo

---

[1] ["While struggling to achieve a semblance of political legitimacy and stability, they embarked on a path projected toward national advancement and material prosperity, hoping that without metropolitan barriers to trade, production, and immigration, they might follow the economic leaps being made by the industrialized north"] (105).

[2] ["The region's clearest path to prosperity was one they already knew well: the export of agricultural, mineral, and forest products […] Almost a century before there were banana republics, there were copper republics, cattle republics, and coffee republics. Fortunately the industrializing north required just what Latin America had to offer. Northern industrialists demanded Latin America's natural resources –cotton, tin, rubber, copper, and leather– to feed their voracious machines, and called upon the region's agriculture –sugar, coffee, beef, and bananas– to fuel a rapidly expanding industrial workforce that was exiting temperate agriculture at an astonishing pace"] (Miller 105-6).

[3] Modelo económico que basa la prosperidad de una nación en sus volúmenes de exportaciones, véase An Environmental History of Latin America.

[4] Dicha idealización había alcanzado su punto culminante en textos como María (1844) de Jorge Isaacs e Iracema (1865) de José de Alencar.

[5] Miller explica el racismo científico y sus orígenes de la siguiente manera: "Desde el siglo XVIII, los filósofos europeos, racionalmente iluminados y con una motivación etnocentrista, habían llegado a la conclusión de que existían cuatro razas en el mundo –la blanca, la roja, la amarilla y la negra– y que cada una estaba desigualmente dotada al respecto de sus capacidades mentales, físicas y culturales para crear civilización, ciencia y orden político. No es de sorprender que la raza blanca, de la cual provenía esta teoría, quedó situada en la cima en lo referente a la posesión de dichas capacidades; las otras razas, aquellas a las que los blancos habían colonizado y esclavizado, o no eran aptas o eran menos aptos, para el avance civilizado. Aún más pernicioso fue el hecho de que algunos teóricos declararon que las mezclas raciales, tales como los mulatos y los mestizos que frecuentemente constituían la mayor parte de la población nacional en América Latina, eran menos capaces de evolución cultural que incluso sus incultos progenitores" ["From the eighteenth century, European thinkers, rationally enlightened and ethnocentrically motivated, had come to hold that there were four races in the world –white, red, yellow, and black– and that each was unequally endowed with the mental, physical, and cultural capacity to create civilization, science, and political order. Not surprisingly, white, whose theory this was, ranked themselves on top; the others, those whom white had colonized and enslaved, were unfit, or less fit, for civilized advance. More damning yet, some theorists avowed that mixed races, such as the mulattos and mestizos who frequently made up national majorities in Latin America, were less capable of cultural evolution than even their benighted progenitors"] (106).

[6] Miller expone el determinismo ambiental en estas palabras: "El determinismo ambiental arguía que la naturaleza, más que la raza, decidía el éxito cultural humano, algunos climas favorecían la civilización y progreso; otros, el barbarismo y la decadencia [...] La conclusión de la Ilustración europea en este respecto fue que una naturaleza degenerada condenaba todas las aspiraciones americanas a la civilización" ["Environmental determinism argued that nature, more than race, decided human cultural success, some climes fostering civilization and progress, others barbarism and decadence […] The European Enlightenment's conclusion on the subject was that a degenerate nature damned

all American aspirations for civilization”] (107-8).

[7] Sus ejemplos más visibles son las novelas O cortiço (1890) de Aluísio Azevedo y Sin rumbo (1885) de Eugenio Cambaceres.

[8] A este respecto, Miller asienta una anécdota de Machado de Assis al recibir a visitantes extranjeros en Rio de Janeiro: “[Machado] quería visitantes, extranjeros en particular, que reconociesen su lugar de nacimiento como el París de Sudamérica, un lugar de cultura, refinamiento y progreso, no un simple enclave humano instalado en una selva abrumadora y floreada selva. Machado de Assis, y muchos de sus contemporáneos, querían que la gente se diera cuenta del hombre y la labor de sus manos: edificios, monumentos, caminos y puentes. Y se esforzaron, por tanto, para que eso se llevase a cabo y, así, ser vistos, o, en la jerga de la época, para construir ‘para los ojos de los ingleses’” “[Machado] wanted visitors, foreigners in particular, to recognize his birthplace as the South American Paris, a place of culture, refinement, and progress, not a mere human enclave ensconced in an overpowering, flowered jungle. Machado de Assis, and many of his contemporaries, wanted people to notice man and the works of his hands: buildings, monuments, roads, and bridges. And they strove to make it happen, to get noticed, or, in the lingo of the day, to build ‘for the eyes of the English’” (Miller 136-7).

[9] Ver Leslie Bethell, tomo 10, 186.

[10] Los ejemplos donde se hacía más notable esta disparidad son quizás Manaos y Belém do Pará en el Brasil durante la llamada Belle Époque (1850-1920) del ciclo da borracha.

[11] El presidente Ignacio Comonfort promulgó la llamada Ley Lerdo o ‘ley de desamortización de bienes de manos muertas’ el 28 de junio de 1856 a través de la cual se privó a las comunidades indígenas de la capacidad legal para poseer y administrar bienes raíces puesto que se ordenó el fraccionamiento de sus tierras y la adjudicación individual de ellas. Si bien el objetivo original era colocar las tierras en manos de quienes pudiesen producir riqueza y que ello redundase en el beneficio de más, el resultado más que opuesto, fue contraproducente. Las tierras ‘rescatadas’ no tardaron en caer en manos de los señores latifundistas o hacendados, mientras que los indígenas se convirtieron en siervos de facto de sus antiguas tierras: “Como nota negativa, a este documento [Ley Lerdo] se le responsabiliza del despojo de tierras que sufrieron las comunidades indígenas y

de la formación de los grandes latifundios que caracterizaron al porfiriato [….] la ley de desamortización no consideró incluir candados o limitaciones para evitar algunos de los perjuicios que efectivamente ocasionó; esto es, no se pensó en poner límites a la cantidad de propiedades adquiridas por una persona, en imponer la división de las grandes propiedades o en reglamentar con mayor cuidado el sistema de denuncias y subastas que, al ejecutarse conforme a la ley, favoreció la acumulación de muchas propiedades en pocas manos, e incluso que se crearan compañías destinadas a la adquisición de dichos bienes. Todas estas omisiones, junto con la imposibilidad económica de muchos de los arrendatarios para hacer frente a los gastos del proceso, evitaron que la ley favoreciera efectivamente a aquellos más necesitados, que era a quien se deseaba beneficiar" (González Lezama).

[12] ["{I}t had been civilization's practice to push onto new frontiers, fell forests, and turn ecologically diverse landscapes into monocultural regimes that housed and supported human beings […] absorbing and converting wild landscapes into the landscapes of human settlement.

The hollow frontier of export agriculture was quite different. Now, rather than convert wilderness into civilization, civilization devoured wilderness and spit it out. In a matter of decades the frontier went from a state of nature to the status of the ruins. This was civilization as Blitzkrieg, one in which humans no longer tied themselves to a place called home but wedded themselves with utmost fidelity to profit"] (Miller 131).

[13] Particularmente en Os sertões de 1902 y Canudos, diário de uma expedição de 1939.

[14] Me apego a la selección de textos sobre la Amazonía que realizó el crítico Willi Bolle y que aparece enlistada al final de su artículo "O Mediterrâneo da América Latina: a Amazônia na visão de Euclides da Cunha". Respecto a esta narrativa sobre la Amazonía, Roberto Ventura afirma que: "Los ensayos amazónicos son el rostro menos conocido de su obra. Se encuentran dispersos en artículos y entrevistas de periódico, en crónicas y prefacios, en su correspondencia, más allá de los documentos de viaje que se reunieron en el reporte de la comisión brasileño-peruana de reconocimiento del Alto Purús. Reporte que se completa con el registro visual de la expedición: las fotografías de Egas Florence y los mapas que hizo como cartógrafo del Itamarati" ["Os ensaios amazônicos são a face menos conhecida de sua obra. Encontram-se

dispersos em artigos e entrevistas de jornal, em crônicas e prefácios, em sua correspondência, além dos documentos da viagem que foram reunidos no Relatório da comissão brasileira-peruana de reconhecimiento do Alto Purus. Relatório que se completa com o registro visual da expedição: as fotografias de Egas Florence e os mapas que fez como cartógrafo do Itamarati"] (64).

[15] Roberto Ventura explica atinadamente la semiología euclidiana del término deserto: "la imagen [la del deserto] acerca la selva tropical a la caatinga del territorio semiárido, el agreste baiano al agreste amazónico. Selva y agreste son vistos como desiertos por su aislamiento geográfico y poblamiento atomizado, y especialmente por ser territorios aún no explorados por la ciencia, que los viajeros evitaban y que los cartógrafos excluían de sus mapas" ["a imagen [la del deserto] aproxima a floresta tropical da caatinga do semi-árido, os sertões baianos dos amazônicos. Selva e sertão são vistos como desertos por seu isolamento geográfico e povoamento rarefeito, e sobretudo por serem territórios ainda não explorados pela ciência, que os viajantes evitavam e que os cartógrafos excluíam de seus mapas"] (65).

[16] Así, por ejemplo, en Perú versus Bolívia (1907), al hablar de la colonización española Euclides afirma que "ni un palmo de tierra los ligaba [a los españoles] al Nuevo Mundo [...] era una especie de anómalo inorganismo social, sin tendencias personales definidas, creciendo sólo mecánicamente, como las piedras crecen, por las superposiciones sucesivas de las multitudes que partían de Cádiz" ["nem um palmo de terra os prendia {a los españoles} ao Novo Mundo {…} era uma espécie de anômalo inorganismo social, sem tendências pessoais definidas, crescendo apenas mecanicamente, como as pedras crescem, pelas superposicões sucessivas das levas que partiam de Cádiz"] (332). Esta analogía entre la nacionalidad y las piedras es explicada con bastante claridad en Os sertões mientras Euclides expone su teoría de que los sertanejos son la rocha viva de la nacionalidad brasileña.

[17] El estudio de las fuentes alrededor de la cuestión del racismo científico en Os sertões ha sido, quizá, unas de las orientaciones teóricas más socorridas por la crítica de la obra de Euclides. Sin embargo, no es el propósito de este trabajo realizar un análisis detallado de las lecturas que realizara nuestro autor y que habrían determinado su concepción sobre la raza y temas alrededor de ésta en Os sertões.

[18] En el espíritu del determinismo ambiental en boga, el discurso cientificista de

Euclides apela a disciplinas tan variadas y disímiles entre sí como la "antropologia, geografia, filosofia e geologia" (Faccioli 109) para apoyar la explicación del Brasil en Os sertões.

[19] Este proyecto no sería completado sino hasta un siglo después con la aparición en 1933 de Casa-Grande e Senzala de Gilberto Freyre.

[20] De hecho, Varnhagen recibió el título de "visconde de Porto Seguro" de don Pedro II por la escritura de su História Geral do Brasil y sus contribuciones a la historiografía brasileña en 1874.

[21] Al respecto, Jáuregui afirma que: "[Varnhagen] traza una imagen negativa de los pueblos indígenas que califica de sodomitas, caníbales, supersticiosos, 'falsos e infiéis, inconstantes e ingratos' y en estadios primitivos del desarrollo humano; inclusive los desbrasileñiza alegando su origen asiático o invasor" (289).

[22] En lo referente al tratamiento de los africanos por Varnhagen, Valder Almeida comenta: "En relación con los negros, História Geral do Brasil presenta pocos comentarios. Varnhagen se dice 'obligado a consagrar algunas líneas a dicha pueblo de brazos vigorosos'. Él afirma que los africanos que llegaron como esclavos hicieron mucho daño al país, con sus 'costumbres pervertidas, sus hábitos indecorosos y sin pudor, sus abusos y vestuarios, comidas y bebidas inadecuados'. Mejor destino habríamos tenido si hubiésemos echado mano de la esclavitud indígena en vez de la africana. Fue eso por ejemplo lo que garantizó, por ejemplo, el éxito de las misiones jesuíticas, según afirma. En ese aspecto, los jesuitas ocasionaron un perjuicio a la colonización dado que con su pseudo filantropía impidieron que los bandeirantes cazasen y esclavizasen a los indios. En consecuencia, tuvimos que importar a los negros y sus 'males'" ["Com relação aos negros, História Geral do Brasil apresenta poucos comentários. Varnhagen se diz 'obrigado a consagrar algumas linhas a essa gente de braço vigoroso'. Afirma ele que os africanos vindos como escravos fizeram muito mal ao país, com seus 'costumes pervertidos, seus hábitos indecorosos e despudorados, seus abusos, vestuários, comidas e bebidas inadequados'. Melhor destino teríamos se utilizássemos a escravidão indígena ao invés da africana. Foi isso que garantiu, por exemplo, o sucesso das missões jesuíticas, afirma. Nesse aspecto, os jesuítas prestaram um desfavor à colonização pois com sua pseudofilantropia impediram que os bandeirantes caçassem e escravizassem índios. Tivemos então que importar os negros e seus 'males'"] (s/p). "Varnhagen argumentaba que los indígenas esclavizados por los portugueses vivían mejor en

dicha condición que entre la naturaleza (anarquía absoluta) y, también, que la vida del negro cautivo era mejor aquí que en la lejana y agreste África" ["Varnhagen defendia ainda que o índio escravizado pelo português vivia melhor que em estado de natureza (anarquia absoluta), assim como o negro cativo estava melhor aqui que na longínqua e rústica África"] (XXXI).

[23] Entre 1852 y 1857, por ejemplo, Varnhagen propuso en una serie de ensayos y memoriales la sustitución de la esclavitud de los negros por la de los indios, lo que "implicaba, claro, una renovación de la práctica colonial de las 'bandeiras'" (Jáuregui 303).

[24] ["Uma história do Brasil à feição dos interesses imperiais da elite dominante. Elite centralizadora e escravocrata {…} louva-se a colonização portuguesa, sua obra expansionista, seu ímpeto civilizatório; e louva-se mais a dinastia de Bragança –a que pertencia D. Pedro II– que a de Avis. É uma história elitista, laudatória dos 'vencedores', que despreza o índio, mal fala do negro, e desconfia sempre das rebeliões, desqualificando-as"] (Vainfas 175).

[25] En este plano destacan Gonçalves Dias, Gonçalves de Magalhães y José de Alencar.

[26] Destacan los pintores: Manuel de Araújo Porto-Alegre, Victor Meirelles, José Maria de Medeiros y Pedro Américo, entre otros.

[27] Jáuregui cita como ejemplo el monumento erigido en honor a don Pedro I en la Praça da Constituição en Rio de Janeiro: "se seleccionó el proyecto de João Maximiano Mafra y al escultor francés Louis Rochet, para la fundición de un monumento a Dom Pedro I, inaugurado en 1862. D. Pedro I aparece a caballo con el brazo derecho levantado, declarando la independencia. Los nombres de las provincias del Imperio están escritos circundando un pedestal en cuya base hay cuatro esculturas de indios que personifican la geografía brasileña: los ríos Amazonas, Paraná, Madeira y São Francisco" (290). A esa misma estatua Euclides da Cunha le escribe un poema –"A estátua equestre", cuya lectura recomendamos: Euclides da Cunha. Poesia reunida, editada por Leopoldo Bernucci y Francisco Foot Hardman.

[28] ["um processo de revalorização da figura do bandeirante, mediante duas vias: a primeira representada pela produção historiográfica do então jovem Capistrano de Abreu e a segunda levada adiante por intelectuais paulistas, na maioria

republicanos”] (Zioni Ferreti 266).

[29] Oliveira Martins desarticulaba la homogenización del discurso identitario del imperio. Afirmaba la existencia de dos experiencias históricas al interior del Brasil –la del nortista y la del sulista– que eran consecuencia de realidades coloniales disímiles y incompatibles entre sí. Su visión de la experiencia sureña lo hizo identificar en ella el germen de la brasileñidad: “[Para él] En su libro O Brasil e as colônias portuguesas, de 1880, habría dos historias diferentes: la del norte, centrada en los cañaverales de Pernambuco, opulenta, en el litoral, dependiente del esclavo africano y aferrada a la metrópolis; y la del sur, centrada en São Paulo, libre y semi-independiente, ocupando el interior del continente y desarrollando, en su opinión, el germen de la nación futura. Así, en la visión de Oliveira Martins, los colonos del sur, entre los que destacaban los paulistas, fueron los principales artífices de la futura nación” [“{Para él} No seu livro O Brasil e as colônias portuguesas, de 1880, haveria duas histórias diferentes: a do Norte, centrada nos canaviais de Pernambuco, opulenta, litorânea, dependente do escravo africano e atrelada à metrópole; e a do Sul, centrada em São Paulo, livre e semi-independente, ocupando o interior do continente e desenvolvendo, a seu ver, os germes da nação futura. Assim, na visão de Oliveira Martins, os colonos do Sul, com destaque para os paulistas, foram os principais artífices da futura nação” (Zioni Ferretti 264). Así, pues, Oliveira Martins desechaba el concepto de mestizaje racial para la historiografia brasileira que propusiera Von Martius para colocar, en su lugar, el del determinismo geográfico.

[30] La obra de Capistrano de Abreu, crítico tenaz de la historiografía de Varnhagen, concebía la luta territorial como la base para la formación de la idea de nacionalidad. El centro de este proceso lo ocupaba el enfrentamiento del hombre contra el medio en su marcha de ocupación del interior y la apertura de nuevos senderos para posibilitar ésta. La figura de las bandeiras gozó también en su discurso de prestigio. Así, según Zioni Ferretti, “Capistrano transponía al terreno historiográfico la preocupación de amplios sectores de la élite que veían, en la creciente expansión de la frontera agrícola y la consiguiente ocupación territorial por la agresiva política ferroviaria, los medios más adecuados para la construcción de la modernidad brasileña” [“Capistrano transpunha para o terreno historiográfico a preocupação de amplos setores de elite que identificavam, na crescente expansão da fronteira agrícola e conseqüente ocupação territorial por agressiva política ferroviária, os meios mais adequados à construção da modernidade brasileira”] (266).

[31] Teodoro Sampaio es uno de los intelectuales que más influyeron a Euclides. Ingeniero como Euclides y, además, amigo de éste, Sampaio estaba relacionado con la Comissão Geográfica e Geológica de São Paulo, un órgano creado en 1886 “para hacer viable la política territorialista de ocupación agrícola del oeste paulista, mediante el reconocimiento geológico de las áreas destinadas al avance del frente cafetalero” [“para viabilizar a política territorialista de ocupação agrícola do oeste paulista, mediante o reconhecimento geológico das áreas destinadas ao avanço da frente cafeeira”] (Zioni Ferretti 267-8). Sampaio, influenciado, a su vez, por Capistrano de Abreu, veía como el principal problema del Brasil la ineficacia en la ocupación del interior y la dificultad que representaba para el colono europeo el poder aclimatarse al suelo local. Sin embargo, veía en la historia de São Paulo una gran excepción a esta tendencia, pues identificaba al bandeirante como fruto de un mestizaje positivo, “como el héroe poblador por excelencia, como el agente principal de formación de la nación, exactamente por el carácter mestizo que lo habilitaba para dominar el territorio y conquistar el agreste bravío para la civilización” [“como o herói povoador por excelência, como o agente principal de formação da nação, exatamente pelo caráter mestiço que o habilitava a dominar o território e conquistar o sertão bravio à civilização”] (269). El éxito del bandeirante paulistano lo explicaba el determinismo geográfico en dos incisos: “a) la creación, bajo la égida de las misiones jesuíticas, de un tipo racial nuevo, el tipo bandeirante, fruto del mestizaje del indio y del blanco, adaptado al medio y dotado de un espíritu de acción, independencia y energía inigualables; b) la existencia, en las capitanías del Sur, de un medio natural propicio para la entrada hacia el interior del continente gracias a su relieve levemente ondulado, clima ameno y red fluvial, con ríos, como el Tietê, que corrían del este al oeste, sirviendo de vías de penetración territorial” [“a) a criação, sob a égide das missões jesuíticas, de um tipo racial novo, o tipo bandeirante, fruto da miscigenação de índio e branco, adaptado ao meio e dotado de espírito de ação, independência e energia inigualáveis; b) a existência, nas capitanias do Sul, de um meio natural propício à entrada para o interior do continente, devido ao seu relevo levemente ondulado, clima ameno e regime fluvial, com rios, como o Tietê, que corriam do leste para o oeste, servindo de vias de penetração”] (268).

[32] Zioni Ferreti apoyándose en la información de Antonio Celso Ferreira sostiene que “Una vez proclamada la República, la creación del IHGSP se hizo cargo del proyecto de institucionalizar la elaboración del discurso identitario regional y la nueva visión del bandeirante” [“Uma vez proclamada a República, a criação do IHGSP assumiu o projeto de institucionalizar a elaboração do discurso

identitário regional e a nova visão do bandeirante”] (267).

[33] [“No contexto da propaganda republicana, os intelectuais vinculados à nova proposta política federalista passaram a redimensionar o passado regional paulista, baseando-se em uma idéia fragmentária da nação. O Brasil era visto como um corpo cindido por ambientes e populações diferenciados e mal unidos, o que levava também ao questionamento da existência de uma história brasileira unívoca, possibilitando, assim, a afirmação de uma história paulista original e própria”] (264).

[34] El 4 de noviembre de 1888 frente al Ministro de guerra del Imperio y mientras se pasaba revista a la tropa, Euclides, en clara señal de rebeldía, tiró su sable al suelo en lugar de erguirlo. Alberto Rangel que lo atestiguó rememora el momento: “En el patio de la Escuela Militar de Praia Vermelha seguíamos en formación, marchando y ofreciendo el saludo militar a la suprema autoridad administrativa del ejército: –el señor Ministro de la Guerra. No recuerdo si el viejo Pedro, el convaleciente imperial, dormitaba en tierra patria o si aún su hija mandaba en São Cristovão. Gaspar Martins acompañaba al ministro. Íbamos marchando. A la perfección de los uniformes y a la impecabilidad de las bayonetas, la tropa de escolta seguía en una celebración al paso firme de la ordenanza. Yo iba en el pelotón de atrás. De repente, un alumno se distinguió de la formación, al frente del contingente que marchaba. Trató de romper su carabina con la rodilla y la arrojó, al final a los pies del sorprendido ministro. Más adelante a la señal de alto, el contingente se detuvo; a otra señal, se alineó, a otra más se dispersó” [“Era no pátio da Escola Militar da Praia Vermelha. Seguíamos em coluna, marchando em continência à suprema autoridade administrativa do exército: –o Senhor Ministro da Guerra. Não me lembro se o velho Pedro, o imperial valetudinário, dormitava em terra pátria ou se ainda sua filha despachava em São Cristóvão. Ao ministro acompanhava Gaspar Martins. Íamos marchando. Na correção dos uniformes e no polido das baionetas, a tropa de escolta seguia numa festa, no passo firme da ordenança. Eu ia no pelotão da cauda. De repente, um aluno destacou-se da forma, à frente da coluna de marcha. Tentou quebrar ao joelho a carabina e atirou-a por fim aos pés do surpreso ministro. Mas adiante ao toque de alto, a coluna parou; a outro toque, fez-se em linha, a outro, debandou”] (“O Movimento Euclidianista” XX). El incidente –como decíamos– le acarreó notoriedad pública y le valió, además, su expulsión de la Escola Militar da Praia Vermelha. Sin embargo, al triunfo de la república, unos meses más tarde, se lo reintegró al ejército. En 1891 concluía en la Escola Superior de Guerra su carrera de ingeniería militar.

[35] [“Sua mudança para a capital paulista ocorreu em 1895, motivado não somente pelas boas relações com o grupo de O Estado de S. Paulo {OESP}, mas também pelas oportunidades que São Paulo, em pleno surto cafeeiro, oferecia a um engenheiro recém-formado. De 1895 a 1904, Euclides viveu em São Paulo, trabalhando como engenheiro civil da Superintendência de Obras do Estado , construindo a infraestrutura necessária à ocupação do interior paulista e compartilhando um ethos característico do grupo territorialista, marcado pelo empenho na construção da nacionalidade pela ocupação efetiva de seu interior despovoado, como fica patente em diversos artigos que publicou {...} O republicanismo e o ethos territorialista, apreendido pela engenharia, foram, dessa forma, alguns elementos que aproximaram Euclides da elite {cafetalera} paulista, também ela marcada por esse afã de ocupar o território tão bem representado na figura do bandeirante”] (Zioni Ferretti 270).

[36] El texto fue publicado en dos partes. La primera de ellas apareció el 14 de marzo de 1897 y la segunda, el 17 de julio de 1897.

[37] Alfredo Fressia y João Roberto Faria comentan que la formación de Euclides estaba circunscrita a “las teorías cientificistas, al positivismo, al anticlericalismo, […] al liberalismo, al naturalismo literario, en fin, a las nuevas maneras de ver e interpretar el mundo que sedujeron a la juventud ilustrada de las décadas de 1870 y 1880” (571).

[38] [“condição de letrado iluminado de élite”] (Faccioli 114).

[39] [“Identificados à própria aspereza do solo em que nasceram, educados numa rude escola de dificuldades e perigos, esses nossos patrícios do sertão, de tipo etnologicamente indefinido ainda, refletem naturalmente toda a inconstância e toda a rudeza do meio em que se agitam.

O homem e o solo justificam assim e algum modo, sob um ponto de vista geral, a aproximação histórica expressa no título deste artigo. Como na Vendeia o fanatismo religioso que domina as suas almas ingênuas e simples é habilmente aproveitado pelos propagandistas do império.

A mesma coragem bárbara e singular e o mesmo terreno impraticável aliam-se, completam-se. O chouan fervorosamente crente ou o tabaréu fanático, precipitando-se impávido à boca dos canhões que tomam o pulso, patenteiam o mesmo heroísmo mórbido difundido numa agitação desordenada e impulsiva de

hipnotizados.

A justeza do paralelo estende-se aos próprios reveses sofridos. A Revolução Francesa que se aparelhava para lutar com a Europa, quase sentiu-se impotente para combater os adversários impalpáveis da Vendeia –heróis intangíveis que se escoando céleres através das charnecas prendiam as forças republicanas em inextricável rede de ciladas…

Entre nós o terreno, como vimos, sob um outro aspecto embora, presta-se aos mesmos fins.

Este paralelo será, porém, levado às últimas conseqüências. A República sairá triunfante desta última prova”] (2-3).

[40] Según Valentim Faccioli, esta intención explicativa de la nación fue desde el inicio destacada por los primeros críticos y lectores del libro: “Después les pareció a sus comentadores y lectores que se trataba de una escritura volcada a la comprensión y explicación del Brasil a través de la campaña de Canudos y, al mismo tiempo, a la conmoción, a través de la fuerza expresiva del arte literario, de las élites y de las clases letradas del país” [“Logo pareceu a seus comentadores e leitores que se tratava de uma escritura voltada para compreender e explicar o Brasil através da campanha de Canudos e, ao mesmo tempo, comover com a força expressiva da arte literária as elites e as camadas letradas do país”] (110).

[41] De hecho, Fressia y Faria comentan que a Euclides “los primeros gobiernos republicanos lo decepcionaron. El ideal positivista de orden y progreso, estampado desde entonces en la bandera del país, no se cumplió, derrotado por el caos económico, por la especulación desenfrenada, por el despotismo y por la miseria social. Euclides se alejó entonces de la militancia política y abandonó la carrera militar, pero no cesó de preocuparse por los destinos de la República” (571).

[42] [“Aquela campanha lembra um refluxo para o passado. E foi, na significação integral da palavra, um crime. Denunciemo-lo”] (67).

[43] [“a vitória final das forças do governo sobre os sertanejos, em que não sobreviveu nenhum prisioneiro homem, relega a suposta barbárie destes para o seio da civilização costeira e o potencial de uma verdadeira civilização (= ‘as tendências civilizadoras’) para o tronco ‘forte’ do interior”] (176).

[44] Según Roberto Ventura, Euclides “Consideró el agreste baiano como una zona con leyes climáticas propias y habitada por un tipo humano definido, el sertanejo, a quien idealizó como hombre fuerte, mezcla de caballero medieval y de vaquero romántico, “roca viva”, sobre la cual se podría crear al brasileño del futuro” [“considerou o sertão baiano como área com leis climáticas próprias e um tipo humano definido, o sertanejo, que idealizou como homem forte, mistura de cavaleiro medieval e de vaqueiro romântico, ‘rocha viva’, sobre a qual se poderia criar o brasileiro do futuro”] (65).

[45] [“em primeiro lugar, um tratado sobre a raça ou sub-raças brasileiras e somente em segundo lugar era uma narrativa da “guerra” de Canudos (culminando, a bem da verdade, num protesto alto e bom som contra ela)”] (171).

[46] [“a natureza compraz-se em um jogo de antíteses”] (135).

[47] [“estonteante e persuasivo”] (128).

[48] [“Um estilo hiperbólico, com fundamento en figuras de intensificação de efeitos e imagens, o gosto pelos superlativos, a combinação inusitada de substantivos e adjetivos, muitas vezes beirando o pleonasmo e até o tautólogico […] e especialmente a prática generalizada das antinomias, dos paradoxos, dos oximoros, das oposições e das contradições retóricas”] (Faccioli 111).

[49] [“{Está} num terreno contíguo, por um lado ao das ciências e, por outro, ao das artes propriamente ditas. Quer dizer, o cientifismo euclidiano estaria entre um e outro terreno, apropriando-se de ambos e mantendo-se nessa zona intermediária e fronteiriça, como lugar que privilegia tanto os modelos empíricos e quantitativos quanto as idealizações motivadas pelos fulgores da imaginação controlada {…} o método cientifista utilizado por Euclides tem a vantagem de colocá-lo num patamar filosófico a partir do qual ele já não enxergaria as ciências na camisa-de-força do cartesianismo, nem na da criação artística concebida como delírio de imaginação e da subjetividade, por tanto oferecendo a ele o ensejo de reconceituar ciência e arte, dosando suas partes lógicas e criativas, para formar um todo indissociável”] (24-5).

[50] Es importante subrayar que la noción del determinismo geográfico le viene a Euclides vía A. H. Taine.

[51] [“Em ‘A Terra’, Canudos aparece como o centro que sintetiza todos os sertões

do Norte {…}, mas também como axis brasiliae na cartografia euclidiana, traçada, como já ficou dito, a partir do mapa do Brasil em relevo, desde os confins do Planalto Central até o mirante de Monte Santo”] (Bernucci 19-20).

[52] Dada su brevedad, reproduzco “Del rigor en la ciencia” de Borges: “En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el Mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el Mapa del Imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, estos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el Tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Siguientes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y los Inviernos. En los Desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas. Suárez Miranda: Viajes de varones prudentes Libro Cuarto, cap. XLV, Lérida, 1658”.

[53] [“O rio de S. Francisco, ‘o grande caminho da civilização brasileira’ conforme o dizer feliz de um historiador, {…} foi, nas altas cabeceiras, a sede essencial da agitação mineira; no curso inferior, o teatro das missões; e na região média, a terra clássica do regime pastoril, único compatible com a situação econômica e social da colônia {…} bateram-lhe por igual as margens o bandeirante, o jesuíta e o vaqueiro.

”A sua estrutura geológica original criando conformações topográficas em que as serranias, últimos esporões e contrafortes da cordilheira marítima, têm a atenuante dos tabuleiros vastos; a sua flora complexa e variável, em que se entrelaçam florestas sem a vastidão e o trançado impenetrável das do litoral, com o ‘mimoso’ das planuras e o ‘agreste’ das chapadas, desafogadas, todas, salteadamente, nos vastos claros das caatingas; a sua conformação hidrográfica especial de afluentes que se ajustam, quase simétricos, para o ocidente e o oriente ligando-a, de um lado à costa, de outro ao centro dos planaltos –foram laços preciosos para a fusão desses elementos esparsos, atraindo-os, entrelaçando-os”] (183-7).

[54] [“E não nos demasiamos em arrojada hipótese admitindo que este tipo extraordinário do paulista, surgindo e decaindo logo no Sul, numa degeneração completa ao ponto de declinar no próprio território que lhe deu o nome, ali renascesse e, sem os perigos das migrações e do cruzamento, se conservasse

prolongando, intacta, ao nosso tempo, a índole varonil e aventureira dos avós.

”Porque ali ficaram, inteiramente divorciados do resto do Brasil e do mundo, murados a leste pela Serra, tolhidos no ocidente pelos amplos campos gerais, que se desatam para o Piauí e que ainda hoje o sertanejo acredita sem fins.

”O meio atraía-os e guardava-os”] (189).

[55] [“Insulado no espaço e no tempo, o jagunço, um anacronismo étnico, só podia fazer o que fez – bater, bater terrivelmente a nacionalidade que, depois de o enjeitar cerca de três séculos, procurava levá-lo para os deslumbramentos da nossa idade dentro de um cuadro de baionetas, mostrando-lhe o brilho da civilização através do clarão de descargas”] (502).

[56] [“Só sugeria um conceito –e é que, assim como os estratos geológicos não raro se perturbam, invertidos, sotopondo-se uma formação moderna a uma formação antiga, a estratificação moral dos povos por sua vez também se baralha, e se inverte, e ondula riçada de sinclinais abruptas, estalando em faults, por onde rompem velhos estádios há muito percorridos.

”Sob tal aspecto era, antes de tudo, um ensinamento e poderia ter despertado uma grande curiosidade. A mesma curiosidade do arqueólogo ao deparar as palafitas de uma aldeia lacustre, junto a uma cidade industrial da Suíça...

”Entre nós, de um modo geral, despertou rancores. Não vimos o traço superior do acontecimento. Aquele afloramento originalíssimo do passado, patenteando todas as falhas da nossa evolução, era um belo ensejo para estudarmo-las, corrigirmo-las ou anularmo-las. Não entendemos a lição eloqüente”] (502).

[57] [“todo o elemento étnico forte ‘tende subordinar ao seu destino o elemento mais fraco ante o qual se acha’”] (202).

[58] [“retarda-se apenas. Não se extingue. A luta transmuda-se, tornando-se mais grave”] (202).

[59] [“A índole incoerente, desigual e revolta do mestiço, como que denota um íntimo e intenso esforço de eliminação dos atributos que lhe impedem a vida num meio mais adiantado e complexo. Reflete –em círculo diminuto– esse combate surdo e formidável, que é a própria luta pela vida das raças, luta comovedora e eterna caracterizada pelo belo axioma de Gumplowicz como a

força motriz da História {…} É que neste caso a raça forte não destrói a fraca pelas armas, esmaga-a pela civilização”] (202-3).

[60] [“inversão extravagante […] onde funções altamente complexas”] (204).

[61] [“órgãos mal constituídos, comprimindo-os e atrofiando-os antes do pleno desenvolvimento”] (204).

[62] [“Nos sertões a integridade orgânica do mestiço desponta inteiriça e robusta, imune de estranhas mesclas, capaz de evolver, diferenciando-se, acomodando-se a novos e mais altos destinos, porque é a sólida base física do desenvolvimento moral ulterior”] (204).

Los rudes patrícios dos sertões, producto de un mestizaje positivo en medio del “mestizaje disímil” [“mestiçagem dissímil”] (175) que era el Brasil, y, por tanto, biológicamente más aptos que la población de la costa para recibir la civilización, habían sido, en cambio, exterminados por los soldados de ésta que, paradójicamente, “estadearam tão lastimáveis selvatiquezas” (784) en Canudos:

Es un retrógrado; no es un degenerado. Así como las vicisitudes históricas lo libraron en la fase delicadísima de su formación de las exigencias desproporcionadas de una cultura prestada, lo prepararon para conquistarla un día.

Su evolución psíquica, por más demorada que esté llamada a ser, tiene ahora la garantía de un tipo físicamente apto y fuerte. Aquella raza cruzada, surge autónoma y, de alguna manera, original, transfigurando a través de la propia combinación todo los elementos heredados; de tal modo que, liberada al final de la existencia salvaje, puede alcanzar la edad civilizada por no haberla alcanzado de repente.

[“É um retrógrado; não é um degenerado. Por isto mesmo que as vicissitudes históricas o libertaram, na fase delicadíssima da sua formação, das exigências desproporcionadas de uma cultura de empréstimo, prepararam-no para a conquistar um dia.

A sua evolução psíquica, por mais demorada que esteja destinada a ser, tem, agora, a garantia de um tipo fisicamente constituído e forte. Aquela raça cruzada surge autônoma e, de algum modo, original, transfigurando, pela própria combinação, todos os atributos herdados; de sorte que, despeada afinal

da existência selvagem, pode alcançar a idade civilizada por isto mesmo que não a atingiu de repente”] (203-4).

[63] [“não há um tipo antropológico brasileiro”] (175).

[64] [“rocha viva da nossa raça”] (766).

[65] [“Admitida a arrojada e animadora conjetura de que estamos destinados à integridade nacional, eu visse naqueles rijos caboclos o núcleo de força na nossa constituição futura, a rocha viva da nossa raça.

Rocha viva... A locução sugere-me um símile eloqüente.

”De fato, a nossa formação como a do granito surge de três elementos principais. Entretanto quem ascende por um cerro granítico encontra os mais diversos elementos: aqui a argila pura, do feldspato decomposto, variavelmente colorida; além a mica fracionada, rebrilhando escassamente sobre o chão; adiante a areia friável, do quartzo triturado; mais longe o bloco moutonné, de aparência errática; e por toda a banda a mistura desses mesmos elementos com a adição de outros, adventícios, formando o incaracterístico solo arável, altamente complexo. Ao fundo, porém, removida a camada superficial, está o núcleo compacto e rijo da pedra. Os elementos esparsos, em cima, nas mais diversas misturas, porque o solo exposto guarda até os materiais estranhos trazidos pelos ventos, aí estão, embaixo, fixos numa dosagem segura, e resistentes, e íntegros.

“Assim, à medida que aprofunda, o observador se aproxima da matriz de todo definida do local. Ora o nosso caso é idêntico - desde que sigamos das cidades do litoral para os vilarejos do sertão.

A princípio uma dispersão estonteadora de atributos que vão de todas as nuances da cor a todos os aspectos do caráter. Não há distinguir-se o brasileiro no intricado misto de brancos, negros e mulatos de todos os sangues e de todos os matizes. Estamos à superfície da nossa gens, ou melhor, seguindo à letra a comparação de há pouco, calcamos o húmus indefinido da nossa raça. Mas, entranhando-nos na terra vemos os primeiros grupos fixos –o caipira, no Sul, e o tabaréu, ao Norte– onde já se tornam raros o branco, o negro e o índio puros. A mestiçagem generalizada produz, entretanto, ainda todas as variedades das dosagens díspares dos cruzamentos. Mas, à medida que prosseguimos, estas últimas se atenuam.

”Vai-se notando maior uniformidade de caracteres físicos e morais. Por fim, a rocha viva -o sertanejo”] (788-9).

[66] [“refluxo para o passado”] (67).

[67] [“Não há ajustá-la [la imagen del cauchero] ao molde incomparável dos nossos bandeirantes. Antônio Raposo, por exemplo, tem um destaque admirável entre todos os conquistadores sul-americanos. O seu heroísmo é brutal, maciço, sem frinchas, sem dobras, sem disfarces. Avança ininteligentemente, mecanicamente, inflexivelmente, como uma força natural desencadeada. A diagonal de mil e quinhentas léguas que traçou de São Paulo até ao Pacífico, cortando toda a América do Sul, por cima de rios, de chapadões, de pantanais, de corixas estagnadas, de desertos, de cordilheiras, de paramos nevados e de litorais aspérrimos, entre o espanto e as ruínas de cem trilhos suplantadas, é um lance apavorante, de epopéia. Mas sente-se bem naquela ousadia individual a concentraçào maravilhosa de tôdas as ousadias de uma época.

”O bandeirante foi brutal, inexorável, mas lógico. Foi o super-homem do deserto”] (260).

[68] [“sua brutalidade elegante, na sua galanteria sanguinolenta e no seu heroísmo à gandaia”] (260).

[69] [“homúnculo da civilização”] (260).

[70] [“lides tumultuárias”] (263).

[71] [“O aventureiro {el cauchero} ali vai {a la selva} com a preocupação exclusiva de enriquecer e voltar; voltar quanto antes, fugindo àquela terra melancólica e empantanada que parece não ter solidez para agüentar o próprio pêso material de uma sociedade. Acompanha-o, em tôdas as conjunturas da sua atividade nervosa e precipitada, o espetáculo das cidades vastas, onde brilhará um dia, transformado em esterlinos o oro negro do caucho. Dominado de todo pela nostalgia incurável da paragem nativa, que êle deixou precisamente para a rever apercebido de recursos que lhe facultem maiores somas de felicidades – atira-se às florestas: enterreira e subjuga os selvagens; resiste ao impaludismo e às fadigas; agita-se, adoidadamente, durante quatro, cinco, seis anos; acumula algumas centenas de milhares de soles e desaparece, de repente {...} Arruína-se galhardamente; e volta... Reata a faina antiga: novos quatro ou seis anos de trabalhos forçados; nova fortuna prestes adquirida; nôvo volver ansioso em

busca da fortuna perdidiça, numa oscilação estupenda das avenidas fulgurantes para as florestas solitárias”] (259-60).

[72] [“As novas circunscrições do Alto Purus, do Alto Juruá e do Acre devem refletir a ação persistente do governo em um trabalho de incorporação, que, na ordem prática, exige desde já a facilidade das comunicações e a aliança das idéias, de pronto transmitidas e traçadas na inervação vibrante dos telégrafos.

”Sem este objetivo firme e permanente, aquela Amazônia onde se opera agora uma seleção natural de energias e diante da qual o espírito de Humboldt foi empolgado pela visão de um deslumbrante palco, onde mais cedo ou mais tarde se há de concentrar a civilização do globo, a Amazônia, mais cedo ou mais tarde, se destacará do Brasil, naturalmente e irresistivelmente, como se despega um mundo de uma nebulosa –pela expansão centrífuga do seu próprio movimento”] (71, el énfasis es del autor).

[73] [“Aqueles lugares são hoje, no meio dos nossos desfalecimentos, o palco agitadíssimo de um episódio da concorrência vital entre os povos. Alfredo Marc encontrou nas margens do Juruá alguns parisienses, autênticos parisienses, trocando os encantos dos boulevards pela exploração trabalhosa de um seringal fartíssimo; e acredita-se que o viajante não exagerou. Lá estão todos os destemerosos convergentes de todos os quadrantes. Mas, sobrepujando-os pelo número, pela robustez, pelo melhor equilíbrio orgânico da aclimação, e pelo garbo no se afoitarem com os perigos, os admiráveis caboclos do Norte que os absorverão, que lhes poderão impor a nossa língua, os nossos usos e, ao cabo, os nossos destinos, estabelecendo naquela dispersão de forças a componente dominante da nossa nacionalidade.

”É o que deve acontecer”] (70).

[74] Alberto Venancio Filho comenta que Euclides y Rangel eran compañeros en Escola Militar da Praia Vermelha cuando tuvo lugar el citado incidente en la biografía euclidiana: “Compañeros en la Escuela Militar, Alberto Rangel había atestiguado el episodio en que Euclides da Cunha, em 1888, se rebeló contra el Ministro de Guerra, Senador Tomás Coelho [...] Permaneció más tiempo en la vida militar que Euclides da Cunha” [“Companheiros na Escola Militar, Alberto Rangel assistira ao episódio em que Euclides da Cunha, em 1888, se rebela contra o Ministro da Guerra, Senador Tomás Coelho […] Permaneceu mais tempo na vida militar do que Euclides da Cunha”] (XX).

[75] [“Os sertões são o cerne, a polpa, a carne, as reservas substanciais da nacionalidade. Plainos opimos, mas indomados, ainda a tanto sangue, a tanta vida, inscrevem eles na fronte do Brasil os característicos de sua grandeza providencial e orgânica, representados em alguma cousa que ha de sobrar aos erros dos governos, às traições e confusões dos partidos e a falência dos programas religiosos ou econômicos, sendo o soberbo dote e o patrimônio inalienável da Pátria, a abundancia e a imensidade do seu coração territorial, –os sertões brasileiros”] (39). Esta conferencia fue dictada por Alberto Rangel en 1912 en la Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro en homenaje al ya entonces desaparecido Euclides da Cunha.

[76] [“Alberto Rangel tem a aparência perfeita de um poeta, exuberante demais para a disciplina do metro, ou da rima, e é um engenheiro adito aos processos técnicos mais frios e calculados. A realidade surpreendedora entrou-lhe pelos olhos através da objetiva de um teodolito. Armaram-se-lhe os cenários fantásticos nas redes das trianguladas. O sonhador norteou a sua marcha, balizando-a, pelos rumos de uma bússola. Conchavavam-se-lhe os mais empolgantes lances e os azimutes corrigidos. E os seus poemas bravios escreveram-se nas derradeiras páginas das cadernetas dos levantamentos”] (6-7).

[77] [“Ora, entre as magias daqueles cenários vivos, há um ator agonizante, o homem. O livro é, todo ele, este contraste.

”Assim, o assunto se engravesce. A atitude do escritor delineia-se, forçadamente, em singularíssimo destaque. O seu aspecto anômalo, de fantasia, acentua-se, no ajustar-se, linha por linha, às aparências terríveis da verdade”] (11).

[78] [“mimetismo psíquico de homem que se finge bárbaro para vencer o bárbaro”] (1927, 259).

[79] [“No Amazonas acontece, de feito, hoje, esta cruel antilogia: sobre a terra farta e a crescer na plenitude risonha da sua vida, agita-se, miseravelmente, uma sociedade que está morrendo... {...}

”A grei selvagem copia, na sua agitação feroz, a luta inconsciente, pela vida, que se lhe mostra na ordem biológica inferior.

”O homem mata o homem como o parasita aniquila a árvore. A Hylaea encantadora, de Humboldt, dá-lhe esta lição medonha”] (1927, 12-14).

[80] ["Esse aniquilamento, todavia, é forma de exprimir. Nada se destróe... E no sangue, que ha de lavar, um dia, as veias do brasileiro ethnico normal, o sangue do pária tapuio terá o seu coefficiente molecular de mistura ao sangue de tantos povos, argamassado num só corpo, cozido em cadinho único, fundido num só molde. Cadinho, molde, corpo: aparelho e residuo de transformação consummada, onde com o mameluco, o carafuz e o mulato e esse indo-europeu, que preponderar na immigração, ter-se-ha tornado o brasileiro typo definitivo de equilíbrio ethnologico. Deixará de ser, afinal, o que tem sido: um desfallecido meio para o transito transfusivo de raças..."] (1927, 47-8).

[81] ["É o diabo esta terra... Não da nada. Só caju e abacaxi. No nosso Ceará é outra cousa, tem-se legume... A questão é de inverno. Aqui não vale a pena..."] (1927, 71).

[82] ["Ora, a terra! A terra é boa, o homem só é que não presta"] (71).

[83] ["A Historia que fará o processo do Amazonas, como o do resto do mundo, póde reter em epigraphe esse conceito synthetico do infortunado Catolé"] (71).

[84] ["Afinal de conta, a "terra caída" bem pode ser a definição do Amazonas {...} Cai a terra aqui, acolá a terra se acresce. Resulta que nesse jogo de erosões e de aterros, o esforço do homem é o de Atlas sustentando o mundo e a sua luta é a de um Sísifo invertido"] (1927, 92).

[85] ["Na sua ancianidade, a vida era ainda uma luta a sustentar e a vencer"] (128).

[86] ["E, deixando á eterna carcassa, sobejo de sua nação, o resto de meu farnel, meti-me sôfrego na canoa. Empolgava-me a relutância de atingir o rio, taciturno desde que o português Favela o fez apavorar-se na chacina, refletindo as labaderas de trezentas malocas incendiadas e carreando –rego de matadouro histórico– o sangue de setecentos peitos e flancos brasileiros puro sangue"] (1927, 131).

[87] En "Obstinação" un caboclo se entierra vivo en el pedazo de tierra que le había robado un latifundista forastero recién afincado en la Amazonía.

[88] Modelo económico que basa la prosperidad de una nación en sus volúmenes de exportaciones.

[89] ["Perdôo-te e compreendo o estigma que me lanças. Fui um paraíso. Para a

raça íncola nenhuma pátria melhor, mais farta e benfazeja. Por mim as tribos erravam, no sublime desabafo dos instintos de conservação, livres nas marnotas pelas bacias fluviais afora. Ainda hoje, o caboclo, sobra viril e desvalida nos destroços da invasão, vive renunciado e silencioso, adorando-me e bendizendo: – seu repouso edênico, sua plaga abençoada, seu recanto pacifico na herança fetíchica e venerativa dos povos autóctones de onde proveio. Diante os insucessos da avidez do 'branco', o nativo murmurará: 'Contudo aqui se sofre, mais ainda se agüenta...', Si não paraíso, ser-lhe-ei um purgatório, no qual ele expia conformado a sua impotência, na dilação impiedosa da Justiça, que o reabilitara em suma, rememorando a sua historia de heroísmos obscuros, na luta com as fatalidades sociais que o esmagarão completamente"] (280-1).

[90] ["Inferno é o Amazonas... inferno verde do explorador moderno, vândalo inquieto, com a imagem amada das terras d'onde veio carinhosamente resguardada na alma ansiada de paixão por dominar a terra virgem que barbaramente violenta. Eu resisto à violência dos estupradores"] (281).

[91] ["Mas enfim, o inferno verde, si é a Geena de torturas, é a mansão de uma esperança: sou a terra prometida ás raças superiores, tonificadoras, vigorosas, dotadas de firmeza, inteligência e providas de dinheiro; e que, um dia, virão assentar no meu seio a definitiva obra de civilização, que os primeiros imigrados, humildes e pobres pionnniere [sic] do presente, esboçam confusamente entre blasfêmias e ranger de dentes. Pobre jesuíta vaticinou-me, na escuridão fria de um ergástulo, que eu seria "delicias dos homens, regalo da vida e inveja do mundo". Outros virão, os felizes, na terra semeada e desbravada, meter o alicerce fundo da urbs, onde foi o abarracamento do settler. Tanta lágrima e tanto sofrimento são o apanágio do passageiro tempo, que antecede ás vitórias... Não se me vence a sorrir... Exijo os sacrifícios que os antigos deuses reclamavam: sangue e morte. A expiação vale, porém, a apoteose"] (281-2).

[92] ["O que se diz escritor, entre nós, não é um espírito a robustecer-se/ ante a sugestão vivificante dos materiais objetivos, que o rodeiam, senão/ a inteligência, que se desnatura numa dissimulação sistematizada. Institui-se uma sorte de mimetismo psíquico nessa covardia de nos forrarmos, pela semelhança externa, aos povos que nos intimida e nos encantam. De modo que, versando as nossas coisas, nos salteia o preconceito/ de sermos o menos brasileiro que nos for possível. E traduzimo-nos, eruditamente em português, deslembrando-nos que o nosso orgulho/ máximo devera consistir em que ao português lhe custasse o traduzir-/ nos, lendo-nos na mesma língua./ De qualquer modo, é tempo de nos

emanciparmos”] (20-1).

[93] [“Mas já estou fatigado de farpear estes mestiços que me rodeiam. Anseio por outro mergulho no deserto. O deserto é para mim o Brasil, o verdadeiro Brasil ainda indene, ainda não ocupado por gente que não o merece. Mas não sei quando terei a ventura de ver-me outra vez na sociedade feliz dos rios, das constelações e das montanhas”] (79).

El regreso a la tierra:

la trayectoria narrativa de Horacio Quiroga

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida

alzáis sobre el atónito occidente

de tempranos laureles la cabeza!

honrad el campo, honrad la simple vida

del labrador, y su frugal llaneza.

Así tendrán en vos perpetuamente

la libertad morada,

y freno la ambición, y la ley templo.

"Silva a la agricultura de la zona tórrida".

Andrés Bello

Recordemos a nuestro pueblo que la patria no es el suelo.

Tenemos suelo hace tres siglos, y sólo tenemos patria desde 1810.

La patria es la libertad, es el orden, la riqueza, la civilización

organizados en el suelo nativo, bajo su enseña y en su nombre.

Pues bien; esto se nos ha traído por Europa: es decir, Europa

nos ha traído la noción del orden, la ciencia de la libertad,

el arte de la riqueza, los principios de la civilización cristiana.

Europa, pues, nos ha traído la patria, si agregamos que nos trajo

hasta la población, que constituye el personal y el cuerpo de la patria.

Bases y puntos de partida para la organización

política de la República Argentina.

Juan Bautista Alberdi

A la representación de la naturaleza contenida en la obra de Euclides da Cunha y Alberto Rangel –emanada del consórcio da ciência e da arte– y su paradójico posicionamiento frente a la dicotomía civilización y barbarie, se oponen los textos –cronológicamente posteriores– que constituyen el corpus analizado en este capítulo. La narrativa de Horacio Quiroga (1878-1937) es especialmente significativa puesto que, por un lado, constituye un puente en el plano estético –abrazando el romanticismo con el naturalismo–[1] y, por el otro, supone un punto de quiebre fundamental con respecto a las variables ya mencionadas anteriormente: la concepción de la naturaleza y, por ende, la estabilidad del enunciado civilización y barbarie.

La primera precisión con respecto a Quiroga no está ligada de manera directa a los textos que nos detendremos a analizar[2] ni a la obra en conjunto del uruguayo. Antes bien, es sólo un detalle que, no obstante, se torna bastante significativo a la luz del propósito que nos ocupa. Me refiero a la filiación entre Horacio Quiroga y el caudillo Juan Facundo Quiroga (1788-1845) en cuya vida Sarmiento se basara para explicar en Facundo la realidad americana. Si bien colateral y un tanto lejano, el vínculo de consanguinidad entre Quiroga y el Facundo histórico merece una reflexión más allá de la simple curiosidad que supone en tanto anécdota debido a su fuerte carga simbólica. Así, pues, si la biografía que Sarmiento escribe de Juan Facundo Quiroga lo hace figurar en "el tigre de los llanos" –como era conocido el riojano– la materialización de las fuerzas que impedían el progreso de la Argentina –entre ellas la prevalencia de lo telúrico–, la escritura de Quiroga invertirá –como veremos más adelante– los polos del espectro sarmentino para otorgarle a la naturaleza el espacio opuesto al que le había asignado Sarmiento e, incluso, ir más allá.

Ello, sin embargo, no se dio de manera repentina en la obra de Quiroga. Fue, en cambio, un proceso gradual que puede rastrearse a lo largo de su narrativa e, inclusive, mucho antes que su misma carrera literaria comenzase. De hecho,

críticos como Abelardo Castillo (79-81) y Eduardo Romano (1323) se inclinan por situar en la niñez “salteña-cordobesa” de Quiroga el origen de su fascinación por la naturaleza bajo la forma de la selva de Misiones. El primer hito, pues, en ese descubrimiento se sitúa al final de su volátil etapa modernista decadentista –que culminaría con la publicación de Los arrecifes de coral (1901)–, y lo constituye su viaje a París en 1900. Sobre el mismo, Quiroga escribió lo siguiente:

¿Por qué he de decir yo que no hay como París, si no me divierto? Quédense en buena hora con él los que gozan; pero yo no tengo ninguna razón para eso, y estoy en lo verdadero diciendo que Montevideo es mejor que París, porque allí lo paso bien; que el Salto es mejor que París, porque allí me divierto más. ¿Qué da que otros digan lo contrario, porque aquí lo han pasado bien? Cada cual vive la vida que le es posible; y el cazador que vive en su bosque, el rural que goza con su escopeta y sus soles, tiene razón cuando afirma que el monte ó el pueblo es mejor que París. ¿Qué tenemos que decir a eso? Gócese en buena hora, ya sea donde sea. El lugar que nos ha visto felices y contentos, es el mejor de todos. En París se divierten los demás; yo en Salto. ¿Diré por lo tanto que esto es mejor que aquello? Sería una estupidez (1950, 7).

Unos pocos años después de su regreso del esclarecedor viaje al París finisecular, idealización y fantasía de su generación,[3] Quiroga se encarrila, por invitación de Leopoldo Lugones, en el segundo hito que marcaría definitivamente su carrera literaria: la expedición, en junio de 1903, a las ruinas jesuíticas de Misiones,[4] en la cual fungía como fotógrafo. Sus biógrafos José María Delgado y Alberto Brignole en Vida y obra de Horacio Quiroga, enfatizan la transformación que el medio ambiente del norte argentino urgió en la vestimenta que el escritor –entonces un dandy porteño– había, ingenuamente, llevado consigo:

Los atavíos del equipo de Quiroga, ya señalados someramente, fueron quedando poco a poco por el camino. Primero las botas hiperbólicas, buenas para representar el ogro de Pulgarcito, pero no para aquellos bregares. Las sustituyó

por las de estilo militar, usadas por el resto de los expedicionarios. Luego le tocó el turno a los pantalones demasiado estrechos y que, maturrango como era, se le iban subiendo al galopar del caballo, dejando en exhibición unas pantorrillas ridículamente delgadas y peludas. Cansado al fin de las risas socarronas que este espectáculo producía y del trajín a que lo obligaba el tener que andar bajando continuamente aquel terco arrezagar de sus bragas, se decidió, aunque a regañadientes, por las bombachas. Después hubo de trocar los sombreros de brin, que el viento le arrancaba continuamente de la cabeza, así como las espinas y ramajes cuando andaba entre la selva, por un jockey al que sus propias manos, con hilos de arpillera, armaron de barbijo (

VIII

).

Ambos viajes de los que había vuelto, o bien decepcionado o bien maltrecho, enmarcaron el advenimiento de una transformación definitiva en su quehacer literario. Después de la desilusión de París y de las penurias que experimentara en el paisaje de Misiones, a la pluma de Quiroga habrán de moverla otras inquietudes. Prueba de ello es su cuento “El haschich” publicado en 1903 y del cual el mismo Quiroga, en una carta a Alberto Brignole –que, de hecho, comparte nombre y apellido con uno de los dos personajes principales del cuento–, comentó su importancia dentro de la propia producción cuentística: “Ahora que recuerdo, ‘El haschich’ gustó bastante, siendo el cuento que más llamó la atención cuando lo publiqué. Es el que me reveló” (865). Es, precisamente, una revelación en el plano de la trama la que me hace considerar este cuento como crucial y simbólico para la obra posterior del autor. En “El haschich” Quiroga reproduce la experiencia de un individuo –el narrador de la historia– que se aventura en un viaje a su subconsciente inducido por la ingestión de una fortísima dosis de hachís. Las notas de Alberto Brignole, el otro personaje del cuento, detallando las reacciones del narrador así como los recuerdos de éste conforman “El haschich”. Son sus alucinaciones la revelación que anuncia y, en cierta forma, prefigura el descubrimiento de la naturaleza y, para ser específicos, la entrada de la pluma de Quiroga en el espacio narrativo de la selva que habrá de ser una constante en su cuentística:

Pasaron cinco minutos. Y recuerdo que estaba ejecutando un acompañamiento en mi y fa, cuando de pronto y de golpe los dedos de la mano izquierda se abalanzaron hacia mis ojos, convertidos en dos monstruosas arañas verdes. Eran de una forma fatal, mitad arañas, mitad víboras, qué sé yo; pero terribles […] Todas las cosas entonces se transformaban, una animalidad fantástica con el predominio absoluto del color verde; continuaban abalanzándose sobre mí. Cuando un animal nos ataca, lo hace sobre un solo punto, casi siempre los ojos. Los del haschich se dirigían intensamente a todo el cuerpo, con tanta importancia al pie como los ojos. El salto era instantáneo, sin poderlo absolutamente evitar (866-7).

En este cuento, Quiroga alude, quizá, por primera vez en su obra al enfrentamiento entre el hombre y la naturaleza. Sin embargo, esa animalización del hachís, figurado como una bestia al acecho, y, en general, la mención de la fauna salvaje tradicionalmente asociada al dominio selvático (víboras y arañas monstruosas) aparecen en una circunstancia textual muy distinta a como habrán de hacerlo en cuentos posteriores como “La miel silvestre” (1911) o “Anaconda” (1918). Estamos –no hay que olvidarlo–, frente a un cuento decadentista en el espíritu de De sobremesa (1925) de José Asunción Silva.[5] La importancia de “El haschich” radica, entonces, en el encuentro estético que tiene lugar en sus líneas: el de la herencia decadentista con los primeros atisbos de un naturalismo que, años más tarde, Quiroga hará suyo reinterpretándolo. Asistimos, pues, a la irrupción de la naturaleza salvaje en la mente de un dandy latinoamericano del fin de siècle como resultado de una experiencia mórbida mediada por narcóticos. Así a semejanza de la escritura de Quiroga, aunque en el plano de la ficción, el personaje de “El haschich” se desplaza de la novedad parisina a la expedición a la naturaleza.

Dicho tránsito no fue del todo insólito. Ya críticos como Jean Pierrot[6] y Eduardo Romano[7] han estudiado la estrecha convivencia que se daba en los cenáculos parisinos entre simbolistas, parnasianos y naturalistas. De allí que no sea difícil imaginar la proximidad estética que había entre ambas escuelas a despecho de sus discrepancias. Por su parte, en América Latina, debido a la usual circunstancia de descompasamiento y superposición de escuelas literarias, esta cercanía habría de llegar hasta el punto de fundirlas. En este respecto, el valor que tuvo la contribución de la obra de Quiroga se sitúa más allá del reclamar para sí una condición de pionera en la integración de ambas doctrinas artísticas.

El mérito del uruguayo, en cambio, se dio en el plano estético y consistió en haber encontrado en esa fusión el vehículo adecuado para la materia y propósito de las historias que contó, enmarcadas por una nueva actitud hacia la naturaleza.[8] Por ende, su obra cuentística al erigirse en puente que hizo posible la integración del romanticismo más tardío (bajo las formas simbolistas y parnasianas) y la escuela naturalista, anuncia y, en cierto grado, prefigura la producción literaria del siglo

XX

: la novelas de la tierra y, posteriormente, la narrativa que Carlos Fuentes llamó la nueva novela hispanoamericana.

A pesar de que “El haschich” barruntaba ya trazos del interés de Quiroga por el espacio de la selva y, en general, por el de la naturaleza salvaje, no será sino hasta la aparición de Los perseguidos (1905), cuando esa presencia se consolide ya como una obsesión. De hecho, la trama de esta nouvelle está edificada en torno a la obsesión misma: un hombre intrigado por la locura de otro que, a su vez, finge no estarlo. Significativamente, el narrador-protagonista se apellida Quiroga, a cuyo lado aparece una ficcionalización homónima –nada gratuita, como veremos– de Leopoldo Lugones, quien fuera mentor y modelo a seguir del uruguayo en los inicios de su carrera literaria.

El relato comienza con una charla alrededor de la locura en la casa de Lugones entre éste y Quiroga. Al llegar y unirse a la conversación, Díaz Vélez –otro asiduo de la compañía de Lugones– captura la atención del narrador por sus “ojos, sobre todo, de fijeza y brillo arsenical” (2003, 885) y, además, por la historia que narra: la de un hombre de provincias –un amigo de Díaz Vélez, según se refiere– que desarrolló la locura a consecuencia de una enfermedad pulmonar. El narrador resume así la anécdota:

Se trataba de un muchacho provinciano que al salir del marasmo de una tifoidea halló las calles pobladas de enemigos. Pasó dos meses de persecución, llevando así a cabo no pocos disparates. Como era muchacho de cierta inteligencia, comentaba él mismo su caso con una sutileza tal que era imposible saber qué pensar, oyéndolo. Daba la más perfecta idea de farsa; y ésta era la opinión general al oírlo argumentar picarescamente sobre su caso –todo esto con la

vanidad característica de los locos (2003, 885-6).

Conforme avanzan las acciones en la nouvelle, el lector advierte que el amigo loco de Díaz Vélez no es otro sino él mismo. Quiroga figura el delirio de persecución en Díaz Vélez a través de la articulación de una arista donde hace converger el desorden mental con una supuesta esencialidad animal que lucha por manifestarse: “Me observaba, nada más, como se observa sin pestañear la actitud equívoca de un felino” (2003, 887). De allí que la mirada felina y la instantaneidad de los reflejos de Díaz Vélez se antojen ya como preludio de la presencia continúa de la wilderness en la obra posterior de Quiroga:

Hace una semana, por ejemplo, lo hallé en una farmacia; estaba recostado de espaldas en el mostrador, esperando no sé qué. Pusímonos a charlar. De pronto un individuo entró sin que lo viéramos, y como no había ningún dependiente llamó con los dedos en el mostrador. Bruscamente mi amigo se volvió al intruso con una instantaneidad verdaderamente animal, mirándolo fijamente en los ojos. Cualquiera se hubiera también dado vuelta, pero no con esa rapidez de hombre que está siempre sobre aviso […] Parece que hubiera conservado un oscuro recuerdo de algo terrible que le pasó en otro tiempo y contra lo que no quiere más estar desprevenido (2003, 886).

Contrastando el fragmento anterior con “El haschich” es advertible la progresión quiroguiana de un decadentismo, en momentos puramente formal, hacia un internamiento en el terreno de lo psicológico –“A la deriva” (1912), “El hombre muerto” (1920), “El desierto” (1923) o “El hijo” (1928)– que parece incorporar tanto nociones científicas[9] como recuperar presupuestos naturalistas. Así, pues, en Los perseguidos, como señala Romano, lo decadente y el naturalismo se dan la mano para “enhebrar dimensión humana y animal […] para describir y significar una presencia otra de animales inscritos psicológicamente en el hombre” (2003, 1336).

Asimismo, la presencia de Leopoldo Lugones en la trama es sumamente emblemática debido a que la disolución de su peso, en tanto modelo literario para el Quiroga escritor, parece encontrar eco en el momento en que el Quiroga-

narrador-personaje de la nouvelle desoye su consejo –“¡Tenga cuidado! Los perseguidos comienzan adorando a sus futuras víctimas” (2003, 888)– para internarse, por su propia cuenta, en una selva narrativa donde la naturaleza agreste y la psicología se mimetizan y el protagonista caza y es cazado por la locura/animalidad de Díaz Vélez: “Durante el tiempo que empleé en llegar a su lado su respiración suspendióse y sus ojos clavados en los míos adquirieron toda la expresión de un animal acorralado que ve llegar hasta él la escopeta en mira” (895).

Esta transición estética hacia el dominio de la wilderness se reafirma con la mención en la nouvelle de la invitación de Lugones al viaje de cuatro meses por la selva de Misiones, que probó ser de gran trascendencia en la carrera de Horacio Quiroga, como señalábamos más arriba. Significativamente, la expedición a Misiones aparece en el texto como una alternativa a la locura de Díaz Vélez. Ésa es la última aparición del Lugones ficcional en el relato; no así la obsesión por el universo de Díaz Velez. Inmediatamente después de su regreso de Misiones, el narrador-personaje tiende, de nuevo, un cerco tenaz sobre Díaz Vélez, ya entonces recluido en un instituto de salud mental: “Durante dos meses volví con frecuencia, sin que acusara jamás la menor falla” (2003, 897). Al final, el narrador se da cuenta no sólo de que la locura de Díaz Vélez seguía allí, sino que él era el único que parecía propenso a una fascinación obsesa ante ella: “tenía la sensación vertiginosa de que antes, millones de años antes, yo había hecho ya eso” (888). Por lo tanto, ello lo hacía no sólo perseguidor de Díaz Vélez y su mundo, sino también un perseguido de esa obsesión. Quiroga, el autor, a partir de allí lo fue.

Ya en 1904 Quiroga había dado muestras de esa fascinación al alistarse en una aventura en el Chaco donde –como detallan en su biografía Delgado y Brignole– intentó convertirse, sembrando algodón, en un pioneer. Del viajero que había sido en el corazón de la selva misionera, buscaba convertirse en habitante de la llanura subtropical del Chaco. Quería la experiencia del vecino, no la del visitante:[10]

La empresa tenía desde luego ciertos visos de novedad muy a propósito para estimular su innato amor por lo azaroso. Además le prometía la reanudación de un género de existencia al que, después de su peregrinación por las Misiones, había cobrado extraordinario afecto. Y, por último, le ofrecía la reconquista

segura y rápida de su fortuna casi agotada ya […] Quiroga se armó de cuantos pesos pudo obtener, liquidando los restos de la herencia paterna, y volvió a subir el Paraná, esta vez en guisa de colono (

VIII

).

A pesar de su rotundo fracaso, la estancia chaqueña culminó de manera definitiva en la escritura de Quiroga un proceso[11] a través del cual –como hemos visto– el escritor eligió la zona de contacto entre la naturaleza virgen y el hombre –quien intenta ora subsistir ora sacar provecho de ella– como el espacio y materia de las historias que constituirían su obra narrativa: "cuanto el derrumbe [de la empresa algodonera en el Chaco] le sustrajo al agricultor, el escritor se lo sustraería al derrumbe, tomándolo como precioso venero de argumentos originales para sus cuentos" (Delgado y Brigone

VIII

). La influencia de la temporada en el Chaco y los recuerdos de Misiones favorecieron la opción de Quiroga por la selva. Entre todos los emplazamientos naturales que pudo haber elegido, se inclinó por ese espacio cuyo descubrimiento no sólo transformó su producción literaria, sino que acabaría "fermentando la narrativa siguiente hasta la […] que se produce a partir de los años cincuenta [del siglo

XX

]" (Canfield 1361), como Los pasos perdidos (1953) de Alejo Carpentier.

En tanto espacio natural de la obra quiroguiana, la selva –observó Martha L. Canfield– experimentó también una evolución referencial a través del tiempo. De ser, en sus primeros relatos, un lugar más bien calcado en geografías ajenas, la selva de Quiroga alcanzará, posteriormente, la especificidad de los bosques tropicales americanos –los de Misiones– para culminar, luego, según Canfield, en una espacialidad arquetípica:

[La selva] se va definiendo, cada vez más, como selva americana y misionera –con sus ríos Paraná y Yabebirí– y ya no hindú o africana [está] cargada de significación simbólica, distinta de la mera referencia regionalista, entonces predominante en la narrativa hispanoamericana, para configurarse finalmente en lugar arquetípico (1361).

En efecto, la escritura de Quiroga evita caer en notas pintoresquistas, costumbristas o trazos regionalistas en su representación de la selva. En su lugar, ésta se torna el microcosmo de una naturaleza desrarificada de toda sublimación esteticista precedente. Si bien formalmente y en momentos, Quiroga conserva matices románticos a la hora de describirla, no por ello insiste en su domesticación esteticista. Al contrario, en su prosa, a la selva le es vindicada su dimensión hostil y agreste lo que constituye el paso del "color local" al "terror local", según propuso César Tiempo. Sin embargo, esta selva en tanto microcosmos de la naturaleza no podría entenderse sin una clara referencialidad americana que Quiroga se negó a disimular. La selva es, pues, en Quiroga no sólo un lugar arquetípico –como afirma Canfield–, sino un lugar arquetípico americano sin ser por ello un locus de convención literaria regionalista. Quiroga se sirve de la selva como espacio simbólico donde deslinda la validez de la consigna sobre la que descansaban los cimientos de la identidad literaria y el proyecto nacional en la América Latina de la época: "civilización y barbarie".[12]

Es sobre esta precisión que hago –la selva quiroguiana en tanto lugar arquetípico americano– desde donde valoro la contribución de Quiroga en el marco del diálogo, que su obra entabla con la reflexión de todos aquéllos que la precedieron y escribieron sobre la naturaleza americana: Humboldt, Von Martius, Sarmiento, Alencar, entre otros. Así, pues, frente a las reflexiones de sus precursores sobre la naturaleza del continente que habían determinado la figuración literaria de la misma, la postura de Quiroga se erige revolucionaria y marca el advenimiento de una literatura sobre y desde la naturaleza cuyo alcance se extendería hasta promediar el siglo

XX

. Sirvan, pues, los siete relatos que analizo a continuación como un recorrido a través de la obra quiroguiana para asistir al desarrollo de la entonación que la selva tuvo en la pluma de Quiroga en tanto espacio arquetípico de la naturaleza

americana donde la estabilidad de los presupuestos de la dicotomía civilización y barbarie se erosiona hasta desintegrarse.

En “La miel silvestre” (1911), “Gloria tropical” (1911) y “Los inmigrantes” (1912), Horacio Quiroga cuestiona la tesis sarmentina de la prevalencia de la civilización sobre la barbarie. A pesar de las obvias diferencias en el nivel del argumento, todos esos cuentos –cuya selección abarca en su mayor parte el espectro temporal en que produjo Quiroga– coinciden en la restitución a la naturaleza de su carácter indómito y combativo. La pluma de Quiroga contesta la figuración que de ésta popularizaron los textos de la tradición romántica, donde la idealización y exotización del medio ambiente americano lo había convertido en un cándido vergel hiperbólico. En la escritura del uruguayo, la naturaleza es, en cambio, reivindicada en su wilderness y se subraya su capacidad de resistencia a la invasión de la carrera civilizatoria o, bien, de los proyectos emanados desde ella.

Escrita en clave irónica, “La miel silvestre” es la historia de dos fracasos cuyo común denominador es, precisamente, la inexactitud de la concepción romántica de la naturaleza americana y sus efectos perniciosos. El primero de esos fracasos sirve como preámbulo del otro que constituye la historia principal. Se trata de la quimera de dos señoritos citadinos de doce años que, por mero influjo libresco de Verne, emprenden una aventura en lo que el narrador llama bosque dominguero –quedaba “a dos leguas de la ciudad” (2003, 122)– que los tentaba “con su libertad como fuente de dicha, y sus peligros como encanto” (122). El narrador, como puede apreciarse, no escatima ingenio para burlarse del resultado de esta expedición: “Desgraciadamente, al segundo día fueron hallados por quienes los buscaban. Estaban bastante atónitos todavía, no poco débiles, y con gran asombro de sus hermanos menores –iniciados también en Julio Verne–, sabían aún andar en dos pies y recordaban el habla” (122).

La burla que supone la ocurrencia de los dos primos del Salto Oriental o “los dos robinsones” (2003, 122) –como los llama el narrador– trasciende la ingenuidad juvenil en el nivel más anecdótico del relato. Es, a la vez, la demostración de la falibilidad del libro europeo en el espacio americano. Más que brújulas para el conocimiento de América –como pretendían serlo los textos de Humboldt– los libros de Verne o de Defoe son mirados con desconfianza por Quiroga. Son en este cuento símbolo de la inexactitud del conocimiento europeo y de su incompatibilidad con la realidad de la región.

La otra historia –la de Gabriel Benincasa– confirma lo anterior. Hastiado de la seguridad de su existencia burguesa, Benincasa, otro señorito, por haber sentido "fulminante deseo de conocer la vida de la selva" (2003, 122) remonta el río Paraná para trabajar en el obraje de su padrino y encuentra la muerte, a sólo dos días de su llegada, en circunstancias que rayan en lo ridículo.

Descrito por el narrador como "lo suficiente cuerdo como para preferir un té con leche y pastelitos, a quién sabe qué fortuita e infernal comida del bosque" (2003, 122), el narrador modela la presencia de Benincasa en la selva y el obraje en términos del paseo de un flâneur –calzado, eso sí, en "el orgullo de sus stroomboot" (122)– por un sitio que el protagonista equivocadamente lee como un manso jardín botánico. El narrador detalla, incluso, cómo el avistamiento presencial de ese jardín exótico decepciona a Benincasa desde el primer momento:

Fue hasta la vera del bosque y se detuvo. Intentó vagamente un paso adentro, y quedó quieto. Metióse las manos en los bolsillos, y miró detenidamente aquella inextricable maraña, silbando débilmente aires truncos. Después de observar de nuevo el bosque a uno y otro lado, retornó bastante desilusionado (123).

Su desencanto frente a la selva real vis-à-vis aquélla que había conocido a través de los libros, hace que el narrador puntualice la apatía que se apoderó de Benincasa ya desde el principio: "la observación no tenía ya ningún valor" (2003, 124). La ineptitud para lograr la supervivencia y la falta de precaución del protagonista ante los riesgos que implicaba la vida en la selva-no-libresca son los elementos que el narrador esgrime para, por un lado, enfatizar la dimensión ridícula de esos "dos o tres choques de vida intensa" (122) que buscaba en Misiones y, por el otro, hacer cumplir la ley naturalista del determinismo ambiental:

Al día siguiente se fue al monte, esta vez con un machete, pues había concluido por comprender que tal utensilio le sería en el monte mucho más útil que el fusil. Cierto es que su pulso no era maravilloso, y su acierto, mucho menos. Pero de todos modos lograba trozar las ramas, azotarse la cara y cortarse las botas –todo

en uno– (123).

El papel que desempeña el narrador en este cuento de Quiroga está lejos de ser marginal. En otras palabras, la voz que cuenta la historia no es la de un simple proveedor de información; es, al contrario, la de un narrador-testigo que –además de estar emparentado con los chicos citadinos de la historia que abre el relato–, se encuentra afincado en la selva misionera y desde allí imprime de ironía el recuento de la suerte de Benincasa. Su valor, no obstante, no radica sólo en relatar la historia de Benincasa desde la selva,[13] sino en su acto de posicionamiento externo con respecto a la civilización y, sobre todo, por su condición de crítico vehemente de la misma. La relación que hace el narrador de las historias que conforman el cuento es surcada, continuamente, por el desprecio tanto hacia sus primos de la ciudad como hacia el propio Benincasa que constituían el perfil opuesto de hombre que él, en su narración, asoma ser.

Al final, Benincasa, a quien el narrador alude, una y otra vez, como "el contador" para enfatizar, quizá, cuán ajena e incongruente era su presencia en medio de aquella naturaleza, muere a causa de su ignorancia de la selva. Tras juzgar erróneamente a unas abejas como "¡Maravillosos y buenos animalitos!" (125) y consumir toda su miel, queda paralizado debido a una propiedad narcótica presente en ésta y es devorado vivo por un ejército de hormigas carnívoras:[14]

Tuvo aún fuerzas para arrancarse a ese último espanto, y de pronto lanzó un grito, un verdadero alarido en que la voz del hombre recobra la tonalidad del niño aterrado: por sus piernas trepaba un precipitado río de hormigas negras. Alrededor de él la corrección devoradora oscurecía el suelo, y el contador sintió por bajo del calzoncillo el río de hormigas carnívoras que subían (126).

El final de Benincasa no es enaltecedor puesto que busca ser aleccionador. La ironía y el desprecio con las que el narrador caracteriza el paso de estos señoritos –los primos y Benincasa– por la naturaleza americana sirve a Quiroga para realizar una crítica al fracaso al que está destinada la extrapolación de los saberes europeos –siendo los libros de Verne y Defoe su símbolo– en la realidad

americana.

Si frente a la herencia romántica de idealización de la naturaleza “La miel silvestre” restablece a ésta su dimensión salvaje, en “Gloria tropical”, Quiroga expone la inviabilidad del proyecto civilizatorio subrayando la tenacidad de la naturaleza y la facultad ilusoria de la ciencias y el hombre. En la primera frase emerge tanto la materia del relato como la identidad de la voz narradora: “Un amigo mío se fue a Fernando Póo y volvió a los cinco meses casi muerto” (2003, 374). Quiroga se inclina por un narrador-testigo, cuya relación con el protagonista –Málter–, permite al lector conocer de cerca las circunstancias alrededor del fracaso de su incursión africana.

“Cuando aún titubeaba en emprender la aventura” (2003, 374) Málter escucha de boca de dos hombres muy distintos entre sí –un agente comercial y un arboricultor– opiniones igualmente discordantes. El agente comercial “encanecido de fiebres y contrabandos coloniales” (374) le advierte de las poquísimas probabilidades de volver con vida de la isla de Fernando Poo ante la amenaza que supone la naturaleza salvaje aún y cuando Málter se rebele creyente de la superioridad que le confiere el ser americano:

Si va, no vuelve, se lo aseguro […] Primero, si yo no he muerto allá, sólo Dios sabe por qué, pues no faltó mucho. Segundo, el que usted sea americano no supone gran cosa como preventivo. He visto en la cuenca del Níger varios brasileños de Manaos, y en Fernando Póo infinidad de antillanos, todos muriéndose. No se juega con el Níger. Usted, que es joven, juicioso y de temperamento tranquilo, lleva bastantes probabilidades de no naufragar en seguida. Un consejo: no cometa desarreglos ni excesos de ninguna especie; ¡usted me entiende! Y ahora, felicidad (2003, 374).

Málter ignora la terminante precaución del agente –“No se juega con el Níger”– y, en cambio, presta oídos a un arboricultor, cuyo discurso se cimentaba en el mito de la prodigalidad incesante de la naturaleza y en la pretendida superioridad de la ciencia frente a cualquier riesgo o desafío –en este caso, el paludismo– que supusiese la vida en el trópico africano:

¡Cómo lo envidio, amigo! ¡Qué dicha la suya en aquel esplendor de naturaleza! ¿Sabe usted que allá los gusanos prenden de gajo? ¿Y los damascos? ¿Y los guayabos? Y aquí, enloqueciéndonos de cuidados… ¿Sabe que las hojas caídas de los naranjos brotan, echan raíces? ¡Ah, mi amigo! Si usted tuviera gusto para plantar allí […] ¡Qué paludismo! ¡Eso no es nada! Una buena plantación de quina y todo está concluído… ¿Usted sabe cuánto necesita allá para brotar un poroto? (2003, 375).

Al final, el americano, de quien el narrador sostiene que "gustaba mucho de sembrar" (374), parte como dactilógrafo de una factoría colonial en Santa Isabel, la capital de Fernando Poo. Al igual que en "La miel silvestre", Quiroga elige una profesión absurda para el personaje que se interna en la naturaleza con el desdén y autoconfianza del hombre civilizado en medio de un espacio que considera o bien inofensivo o bien fácilmente sometible. El narrador reflexiona además sobre el dispendio y la necedad que implicaba la existencia de un cargo como el que se le había conferido a Málter:

Iba con el más singular empleo que quepa en el país del tse-tse y los gorilas: el dactilógrafo. No es posiblemente común en las factorías coloniales un empleado cuya misión consiste en anotar, con el extremo de los dedos, cuántas toneladas de maní y de palma se remiten a Liverpool. Pero la casa, muy fuerte, pagábase ese lujo (2003, 375).

A pesar de que las advertencias de los empleados de la factoría intentan –como el agente comercial en Montevideo– poner bajo aviso a Málter sobre los peligros que lo acechan, éste no abandona su trabajo. Un día decide poner en prácticas las recomendaciones del arboricultor que en Montevideo había inflamado su imaginación con la fertilidad de la naturaleza africana. Decide plantar una huerta de porotos en la franja costera:

El primer domingo bajó a tierra y comenzó su huerta. Terreno no faltaba, desde luego, aunque por razones de facilidad, eligió un área sobre toda la costa misma.

Con verdadera pena debió machetear a ras del suelo un espléndido bambú que se alzaba en medio del terreno. Era un crimen; pero las raicillas de sus futuros porotos lo exigían. Luego cercó su huerta con varas recién cortadas, de las que usó también para la división de los canteros, y luego como tutores. Sembradas al fin sus semillas, esperó (376).

La naturaleza responde a la acción de Málter –que Quiroga califica de crimen– boicoteando la huerta del americano a través de su prodigalidad. Así, no sólo crecen los porotos, sino que el bambú que había sido arrancado nunca deja de brotar –ya sea por medio de sus ramas o sus raíces– y ocasiona el naufragio de su proyecto horticultor y, al mismo tiempo, a consecuencia de la exposición de Málter a la tierra, de su contagio de paludismo.

El regreso del protagonista del cuento a Montevideo podría ser leído como la materialización de la derrota de la civilización en una batalla, caracterizada como ingenua y absurda, contra la naturaleza. Málter vuelve hecho "una quisicosa trémula que no sirve para nada" (2003, 375) sólo para constar en el pasaje que cierra el cuento la irreductibilidad de la naturaleza en el marco del enfrentamiento contra ella:

Poco después, el arboricultor dio con Málter, y su pasmo ante aquella ruina fue grande.

–Pero allá –interrumpió, sin embargo– aquello es maravilloso, ¿eh? ¡Qué vegetación! ¿Hizo algún ensayo, no es cierto?

Málter, con una sonrisa de las más tristes, asintió con la cabeza. Y se fue a su casa a morir (2003, 378).

La figuración romántica del medio ambiente es, nuevamente, descalificada con

no poca ironía. La gloria –como reza el título del cuento– no es del hombre, sino del trópico y su naturaleza.

Desde su título, el cuento “Los inmigrantes” (1926) alude ya a uno de los grandes pilares del credo del Facundo: la inmigración europea para poblar y desbravar el territorio virgen rioplatense. Sin embargo, lejos de adherirse al postulado de Sarmiento, en este cuento, Quiroga echa por tierra la falacia que suponía como efecto de la llegada de colonos europeos un mejor aprovechamiento de la naturaleza y, por ende, la consolidación de la ruta hacia el desarrollo nacional:

¿Por qué no emigrarían a la República Argentina cien mil [inmigrantes europeos] por año, si la horrible fama de Rosas no los amedrentase? Pues bien: cien mil por año harían en diez años un millón de europeos industriosos diseminados por toda la República, enseñándonos a trabajar, explotando nuevas riquezas, y enriqueciendo al país con sus propiedades; y con un millón de hombres civilizados la guerra civil es imposible, porque serían menos los que se hallarían en estado de desearla. La Colonia escocesa que Rivadavia fundó al sud de Buenos Aires lo prueba hasta la evidencia; ha sufrido de la guerra, pero ella jamás ha tomado parte, y ningún gaucho alemán ha abandonado su trabajo, su lechería o su fábrica de quesos para ir a corretear por la Pampa (Sarmiento

XV

).

En “Los inmigrantes” Quiroga utiliza, precisamente, al medio ambiente para invalidar el postulado de Sarmiento expuesto en la cita anterior. De clara raigambre naturalista, el cuento narra la derrota de la inmigración europea ante el influjo hostil del interior americano. El relato refiere la jornada a pie de un matrimonio de inmigrantes europeos que se encamina a laborar en una colonia agrícola del Chaco –Makallé–[15] del tipo que Sarmiento ensalzaba en el fragmento citado. En el texto se indica que el sitio al que se dirigen los esposos no sólo está muy lejos, sino que también se aproximan a él con retraso con respecto a un contingente mayor de colonos del cual parecen haber quedado rezagados. La razón se explica desde el principio. Además de estar encinta, la

mujer padece una enfermedad –eclampsia– que le causa constantes ataques convulsivos:

Es demasiada fatalidad... –murmuró [el hombre] otra vez, esforzándose entretanto por precisar lo que había pasado. Venían de Europa, sí; eso no ofrecía duda; y habían dejado allá a su primogénito, de dos años. Su mujer estaba encinta e iban a Makallé con otros compañeros... Habían quedado retrasados y solos porque ella no podía caminar bien... Y en malas condiciones, acaso... acaso su mujer hubiera podido encontrarse en peligro (2003, 219).

La fatalidad en el cuento está ligada, en todo momento, al influjo de la naturaleza americana sobre los incautos y débiles colonos europeos. La naturaleza que describe aquí Quiroga –a la que personifica en numerosos momentos– es siempre un ente adverso que conspira y determina una suerte trágica para quienes se internan en su espacio: “El hombre y la mujer caminaban desde las cuatro de la mañana. El tiempo, descompuesto en asfixiante calma de tormenta, tornaba aún más pesado el vaho nitroso del estero. La lluvia cayó por fin, y durante una hora la pareja, calada hasta los huesos, avanzó obstinadamente” (2003, 218).

Cuando la mujer sucumbe ante el rigor de la “demasiada fatalidad” (2003, 219) que esa naturaleza asediante desencadena contra ellos, el marido emprende su propio camino hacia el exterminio. En Quiroga no hay horizonte posible que vislumbre la victoria de la empresa inmigrante –por lo menos no en los términos que la agenda sarmentina la proponía– si no es el del fracaso. Habiendo enfardado el cadáver de la muerta para “arrancar al país hostil y salvaje el cuerpo adorado de su mujer” (220), se pone en marcha hasta que una “fiebre perniciosa” (220) termina por arrebatarle la vida. La muerte del hombre, no sólo sepulta el sueño del matrimonio inmigrante, sino que, también, le sirve a Quiroga para mostrar su profundo escepticismo con respecto a la cruzada inmigratoria que favoreció el estado argentino en las últimas dos décadas del siglo

XIX

y en las primeras del

XX

. Por ello es especialmente significativo el fragmento que finaliza el cuento. En él, el protagonista moribundo asaltado por las visiones que convoca el último episodio de fiebre que habrá de llevarlo a la muerte, avista la villa silesia de la cual había emigrado y a la que se ve regresando al lado de su difunta esposa:

El hombre echó una ojeada a la horrible masa blanduzca que yacía a su lado, y cruzando sus manos sobre las rodillas quedóse mirando fijamente adelante, al estero venenoso, en cuya lejanía el delirio dibujaba una aldea de Silesia a la cual él y su mujer, Carlota Phoening regresaban felices y ricos a buscar a su adorado primogénito (220).

Las líneas anteriores revelan los endebles cimientos de una idea de progreso apoyada en la inmigración como panacea y subrayan la dificultad del afincamiento europeo en una tierra que, por otra parte, distaba mucho de ser aquel sitio ideal que la propaganda oficial creaba en la fantasía de los inmigrantes. Con no poca ironía, el uruguayo finaliza el cuento mencionando la reproducción del paisaje urbano europeo en pleno estero sudamericano –meta del proyecto inmigratorio– como resultado, no de la laboriosidad de los recién llegados, sino de los padecimientos con que la naturaleza americana los diezmaba. Sin embargo, la ironía no acaba allí: al final, Quiroga revela que el plan de los inmigrantes muertos no era establecerse en América, sino hacerse ricos para regresar a Europa al lado de su hijo.

Así, frente al brío de las corrientes migratorias que tanto Alberdi en sus Bases como Sarmiento en Facundo avizoraban como condición sine qua non del progreso de la región, Quiroga, echando mano de la estética naturalista, figura una inmigración golondrina,[16] enferma[17] y endeble que, además de fallar en su reproducción biológica se muestra incapaz de controlar un medio ambiente que la rebasa, a pesar de que la ciencia de la época afirmaba la supuesta superioridad de sus facultades.

Si bien algo exacerbados, los rasgos naturalistas que se advierten en “Los inmigrantes” son, como hemos dicho, una presencia constante en la cuentística quiroguiana. Es precisamente esa herencia naturalista la que llevó al escritor

uruguayo a incursionar en los terrenos del relato fantástico a través de su interés por los avances de la ciencia.[18] Ello explica, en parte, la naturaleza de la primera parte de "El salvaje"[19] donde, debido al cruce ingente de temporalidades –legítimo en un relato fantástico– un hombre –el protagonista– puede habitar tanto en la contemporaneidad del narrador como, también, existir en la era prehistórica al lado de un dinosaurio. La importancia que advierto en este cuento va más allá de su condición pionera como relato fantástico; tiene que ver, en cambio, con la evolución que en él se presenta en lo referente a la figuración de la selva en la escritura de Quiroga. En la primera parte de este texto –"El sueño"–, Quiroga cristaliza en la selva una mística de la vida salvaje y figura su espacio como una geografía espiritual para el hombre a través de un protagonista que es el más vehemente crítico de la civilización, de la cual huye: "porque estaba cansado del comercio de los hombres y de la civilización, que todo se lo daba hecho; por lo que se aburría" (181). En "El sueño", no estamos ya frente al Quiroga iconoclasta de la selva y, por extensión, de la naturaleza cifrada en la clave del color local como el del cuento "Los inmigrantes", sino frente a un Quiroga que, además de enfatizar la dimensión hostil y agreste de la naturaleza, intenta recobrar a través de la vida en medio de ella el sentido de la existencia del hombre que la civilización desvirtuaba y desdibujaba:[20]

Durante meses y meses había deseado ardientemente olvidar todo lo que yo era y sabía, y lo que eran y sabían los hombres… Regresión total a una vida real y precisa, como un árbol que siempre está donde debe, porque tiene razón de ser. Desde miles de años la especie humana va al desastre. Ha vuelto al mono, guardando la inteligencia del hombre. No hay en la civilización un solo hombre que tenga un valor real si se le aparta. Y ni uno solo podría gritar a la Naturaleza; yo soy (2003, 183-4).

El protagonista quiere regresar a ser en la Naturaleza y rehúsa definirse en términos del enfrentamiento contra ella, tal y como los precursores de Quiroga –entre ellos Alberdi– habían propuesto en la dicotomía sarmentina. En este relato, Quiroga abole la visión de la naturaleza como enemigo y, en su lugar, la concibe como una parte imprescindible de la esencia perdida del ser humano pues llega a ella para "recuperarse [a sí mismo] a través del contacto con las propias raíces traicionadas y olvidadas" (Canfield 1374); "El tipo de nuestro hombre

sudamericano –lo dije en las BASES– debe ser el hombre formado para vencer al grande y agobiante enemigo de nuestro progreso: el desierto, el atraso material, la naturaleza bruta y primitiva de nuestro continente" (Alberdi 22).

En "El sueño", Quiroga no sólo opta por la naturaleza sino aspira a una metamorfosis que le permita mimetizarse con ella. En otras palabras, elige alejarse y destierra los presupuestos a través de los cuales la civilización ha separado al hombre del mundo natural del que había surgido y le negaban, además, la posibilidad de conocerse. En consecuencia, el protagonista se animaliza desechando la lengua y descartando el vestido: "No sé qué tiempo duró esto. Sólo sé que una noche grité, y no conocí el grito que salía de mi garganta. Y que no tenía ropa, y sí pelo en todo el cuerpo. En una palabra, había regresado a las eras pasadas por obra y gracia de mi propio deseo" (2003, 13). El pasaje en que le da muerte al dinosaurio al lado de quien andaba "horas y horas uno al lado del otro, como sombríos hermanos que se buscaban sin comprenderse…" (12), es sumamente significativo porque en ese momento el protagonista consuma su regresión a su ser más salvaje, más auténtico. El sacrificio del dinosaurio marca el fin de una relación amo-mascota –quizá el último resabio de la civilización– e instaura en su lugar, una relación de cazador-presa. De ese modo, el hombre consigue ver en aquel nothosaurio la bestia a la que debía cazar para conquistar la propia supervivencia y purificarse totalmente de la civilización: "Lo maté [..] Sí, a él. ¿No comprende? Él era un dinosaurio… un nothosaurio carnívoro. Y yo era un hombre terciario… una bestezuela de carne y ojos demasiado vivos… Y él tenía un olor pestilente de fiera" (13).

Entre "El sueño" y la segunda parte de "El salvaje", la cual se intitula "La realidad", opera una lógica de espejo, es decir, de mutuas correspondencias. Si en la primera parte del relato, el lector asistía a un proceso regresivo a través del cual un hombre optaba por la barbarie y abandonaba la civilización –usando los términos sarmentinos–, en "La realidad" atestiguamos el nacimiento de la civilización por medio del seguimiento de la cotidianidad de un "hombre terciario", como el narrador lo denomina.

En "La realidad", Quiroga hace un despliegue, inspirado tal vez en la técnica cinematográfica,[21] de sus lecturas científicas, entre las que se reconocen con mayor facilidad las de índole antropológica. De allí que el texto funcione como una dramatización del conocimiento y presunciones de la época con respecto al hombre prehistórico. Está conformado por una serie de cuadros –doce en su totalidad– que representan, por ejemplo, la vida sedentaria del hombre a la

intemperie, su preferencia por abrigarse en los árboles contra sus depredadores, su alimentación herbívora y su ritual de apareamiento. La columna vertebral del relato es una narración que contrasta, por un lado, la existencia de un hombre terciario que es herbívoro y nómada –"el arborícola"– y, por el otro, la vida de una familia que da muestras de haberse desplazado hacia un estado incipiente de sedentarización, amén de observar una dieta carnívora y practicar la caza. En esta segunda parte, al tiempo que acompaña la transformación del arborícola en un hombre de las cavernas, Quiroga testimonia el avance inevitable hacia la idea rudimentaria de la civilización: "La tiniebla animal, sin embargo, que anegaba el cerebro terciario comenzaba a romperse, y del primer rasgón había salido el golpe de luz que lanzó al hombre a la caverna" (200). Al final de la historia cuando el arborícola toma el lugar del hombre de las cavernas, muerto minutos antes por un león, el narrador contempla, no sin cierta nostalgia, la pérdida de la inocencia de la humanidad. A instancias de la razón, el hombre vislumbra, por vez primera, la posibilidad de someter a la naturaleza y de prevalecer sobre ella.

En "La realidad" la marcha hacia la civilización equivale a emprender una ruta de extravío, a través de la cual la naturaleza del ser humano languidece. La "conquista de la casa y el sueño" (203) encaminan al hombre a la civilización, pero sobre todo, parece decirnos Quiroga lo alienan de la naturaleza donde está el origen. Paradójicamente, en "El sueño", Quiroga confina en el universo onírico del narrador –ya de regreso al regazo de la civilización– el relato de regresión a la naturaleza: "Y mientras la canoa descendía por la costa, sintiéndome bajo el capote saturado de humedad, de selva y de diluvio, comprendí que aquel mismo hombre había vivido realmente, hacía millones de años, lo que ahora sólo había sido un sueño" (16). Contrastando las dos partes que constituyen el texto, su lectura parece indicarnos que, aunque por un lado, las conquistas de la casa y el sueño arrancaron al hombre del seno de la naturaleza y lo arrojaron a los brazos de la civilización, por otro lado, el sueño es quizá la única vía que tiene el hombre moderno para avizorar la posibilidad del viaje a la semilla. En este sentido, la selva –ese espacio arquetípico americano modelado a partir del bosque tropical de Misiones– se opone a los precursores de Quiroga que identificaban la raíz de América Latina en Europa: "Lo que llamamos América independiente no es más que Europa establecida en América […] Nosotros, los que nos llamamos americanos, no somos otra cosa que europeos nacidos en América" (Alberdi 82-3). Quiroga va más allá y establece los vínculos de filiación no con la cultura europea (la civilización), sino con la propia naturaleza americana (la barbarie). El viaje a la selva en Quiroga propicia, pues, la recuperación del origen que la tradición literaria sarmentina-alencariana

había desplazado a Europa.

Además de constituirse repositorio orgánico de la identidad americana, la selva, en Quiroga, es también vehículo desde el cual se denuncian los abusos del sistema de explotación de materias primas que predominaba en la región y que señalábamos ya en el preámbulo del capítulo. Habitante de la selva en distintas épocas de su vida, Quiroga presenció, al lado de la explotación de la naturaleza, aquélla del hombre por el hombre. Por entonces la esclavitud –cuya abolición se había concretado con la adhesión del Brasil a la prohibición en 1888– cobraba impulso y adquiría nueva fisonomía en las tierras inhóspitas del interior de América Latina motivada por la demanda de materias primas en el exterior y el consentimiento de los regímenes locales.

Quizá por el hecho de que Quiroga ya no formaba parte de aquella genealogía de escritores que producían desde las esferas del poder político o que establecían relaciones de mecenazgo o colaboración con la élite rectora[22] –como Humboldt, Sarmiento y Alencar–, una parte de su cuentística se alza como tribuna que expone lo que el mismo autor denominaba la “cuestión social”. En cuentos como “Los mensú”, “Una bofetada” y “Los desterrados”, el uruguayo muestra los abusos que acontecían en el espacio liminar de la nación que, paradójicamente era el centro nuclear de la economía de exportación que la sustentaba: el interior agreste y, específicamente, la selva. De esta manera, ese sector de la obra quiroguiana es claro antecedente de las ya citadas La vorágine y A selva no sólo temáticamente y en lo referente al tono de denuncia, sino también en cuestión estética, en lo que atañe a la manera en que se figura aquel universo.

En “Los mensú”, Quiroga plasma los pormenores de la vida de Cayetano Maidana y Esteban Podeley, dos peones de un obraje maderero en la profundidad de la selva de Misiones que un día intentan escapar de la cautividad en que son explotados. El cuento inicia con la vuelta de ambos mensús o mensualeros (por el sistema de pagos en el que percibían su sueldo) a la ciudad de Posadas –que simbólicamente es aludida como “Jerusalén y Gólgota de los mensús”– tras haber cumplido con sus contratos de entre nueve y dieciocho meses talando árboles. Es, precisamente, el pasaje de su corta estancia en Posadas el que utiliza el narrador para ilustrar –en la más pura tradición naturalista– la alienación que sufren estos hombres como consecuencia de un sistema que no sólo los hace endeudarse de por vida, sino que también les facilita el acceso a los medios que agudizan su degradación e impiden, por ende, cualquier tipo de autonomía. Entre ellos se mencionan el alcohol, las prostitutas y los juegos de azar:

De cien peones, sólo dos llegan a Posadas con haber. Para esa gloria de una semana a que los arrastra el río aguas abajo, cuentan con el anticipo de una contrata. Como intermediario y coadyuvante espera en la playa un grupo de muchachas alegres de carácter y de profesión, ante las cuales los sedientos lanzan su ¡ahijú! de urgente locuras (2003, 77).

Esta espiral descendente en la que están inmersos los mensús, además de consolidar su pérdida de consciencia, contribuye a eliminar toda alternativa distinta a ese sistema donde "el mayordomo prefería hombre muerto a mensú deudor" (2003, 83). Quiroga figura la existencia de los mensús en la selva como un encarcelamiento en el que pierden todo derecho sobre sus propias vidas, renuncian a su humanidad y del cual parecen tampoco tener la posibilidad de liberarse como consecuencia de un fatalismo aletargador que los priva de toda voluntad. La selva se convierte en una prisión, en un infierno para quienes llegan a ella por el expolio y bajo el yugo de la explotación. Es, pues, en este relato de Quiroga donde se trazan los signos de la gramática de lo que sería la novela de la selva tanto en Hispanoamérica como en el Brasil:[23] las jornadas inhumanas en medio de una naturaleza hostil, la ruindad de los patrones, las condiciones paupérrimas del trabajo, la cosificación y tráfico de las mujeres, la bestialización de los peones, el tedio de la existencia, la improbabilidad de la libertad, entre otros.

A pesar de que el escape de Cayetano y Podeley parece sugerir en la mente del lector la posibilidad del rompimiento de la lógica de inercia en que opera el circulo de explotación y envilecimiento en los obrajes de Misiones, el final es una confirmación del fatalismo que amordaza a los mensús. Camino a la libertad, Podeley muere por causa de la malaria que había contraído en su viga y Cayetano, a pesar de estar a poco de alcanzarla, restaura voluntariamente su esclavización. Opta por el regreso a la tala de maderas en la selva y reitera, desde la perspectiva de los explotados como él, la inexistencia de otro horizonte de vida: "El Sílex volvió a Posadas, llevando con él al mensú, empapado aún en pesadillas nocturnas. Pero a los diez minutos de bajar a tierra estaba ya borracho con nueva contrata y se encaminaba tambaleando a comprar extractos" (87).

El universo narrativo de "Los mensú" es trasladado por Quiroga a "Una

bofetada” para contar la venganza de un peón de obraje en contra de su patrón inglés. La violación de una norma de aquellos puestos de explotación maderera es el detonante de las acciones del cuento:

Por regla absoluta –con una sola excepción– que es ley en el Alto Paraná, en los obrajes no se permite caña. Ni los almacenes la venden, ni se tolera una sola botella, sea cual fuere su origen. En los obrajes hay resentimientos y amarguras que no conviene traer a la memoria de los mensús. Cien gramos de alcohol por cabeza, concluirían en dos horas con el obraje más militarizado (2003, 204).

Tras suministrar alcohol a una “bullanguera tropa de peones” (2003, 204) que provocan una gran confusión y escándalo a bordo, Acosta –mayordomo de una embarcación que surca el Paraná repartiendo peones en los puertos de cada uno de los distintos obrajes–, enfrenta la amonestación del británico Korner, el dueño del obraje “Puerto Profundidad”. Sin embargo, la reprensión más severa del inglés no es contra Acosta, sino contra un mensú de quien se afirma fue el “más levantisco que los demás” (205). A pesar de que Korner lo hace atar de pie contra el mástil del “Meteoro”, a sus ojos, el mensú parece continuar desafiándolo con un dejo de ironía burlona en su mirada a lo que el europeo responde con una bofetada:

El mensú, como si no oyera, continuó mirándolo con su minúscula sonrisa. Korner, entonces, ciego de ira, lo abofeteó de derecha y revés.

– ¡Tomá…, compadrito! ¡Así hay que tratar a los compadres como vos! (2003, 205).

El mensú amenaza a Korner con un lacónico y enigmático “Algún día” (2003, 206) que llega cinco años después cuando logra vengar su humillación en el “Meteoro”. Tras infiltrarse en el obraje del inglés, el mensú desarma a éste con

un golpe de machete que se lleva “al aire el revólver, con el índice adherido al gatillo” (209). Posteriormente, en un acto sumamente simbólico, se apropia del rebenque de anta de Korner y lo utiliza para azotarlo “sin tregua sobre la cabeza y la nuca […] arrancándole mechones sanguinolentos de pelo” (210) hasta darle muerte y arrojar su cadáver sobre una jangada en el cauce del Paraná. Mientras discurre en su canoa hacia “el Brasil, donde había de permanecer hasta el fin de sus días” (209), las palabras del mensú cierran el relato consumando su venganza con una declaración sentenciosa: “¡Pero ése no va a sopapear más a nadie, gringo de un aña membuí!” (209). Así, pues, el final del cuento no sólo constituye un acto de justicia poética que reivindica a los peones de los obrajes de Misiones al restituirles su agencia y la consciencia de la propia dignidad; sino que, también, y sobre todo, sanciona de manera simbólica la incursión de quienes llegaban a la selva a instaurar aquel régimen de explotación que ponía fin a la armonía natural de ese espacio –como sucede en “Anaconda” (1918) y “El regreso de Anaconda” (1925).

La denuncia de la cuestión social llevó al último Quiroga a aportar en las riberas de la nostalgia. En relatos como “Los desterrados” y aquéllos reunidos en el volumen Textos fronterizos, Quiroga reflexiona sobre el pasado legendario en tiempos de los primeros colonos en la selva de Misiones y contrasta la acometida de lo que considera una apocada inmigración contemporánea[24] con los últimos vestigios de una población precursora en la que resalta atributos legendarios. “Los desterrados” gira en torno a la nostalgia que provocan en Misiones los acontecimientos –incomprensibles a los ojos de los habitantes autóctonos– desencadenados por los inmigrantes recién llegados. El extrañamiento y la ignoracia de los naturales de Misiones ante dichos sucesos revelan la condición postiza de la civilización en una región ganada, según Quiroga, a fuerza de virilidad y el ejercicio del machete:

Iniciábase en aquellos días el movimiento obrero, en una región que no conserva del pasado jesuítico sino dos dogmas: la esclavitud del trabajo, para el nativo, y la inviolabilidad del patrón. Viéronse huelgas de peones que esperaban a Boycott, como a un personaje de Posadas, y manifestaciones encabezadas por un bolichero a caballo que llevaba la bandera roja, mientras los peones analfabetos cantaban apretándose alrededor de uno de ellos, para poder leer la Internacional que aquél mantenía en alto. Viéronse detenciones sin que la caña fuera motivo, –y hasta se vio la muerte de un sahib (2003, 632).

Frente al carácter ajeno de aquella modernidad sobrepuesta e ininteligible, Quiroga opone “los tiempos heroicos del obraje y la yerba mate” (2003, 626). A pesar de que los obrajes constituyen un ámbito del que abominaba en textos como “Los mensú” y “La bofetada”, en “Los desterrados” Quiroga los rescata para revalorar no la explotación que tenía lugar en ellos, sino la valentía de los primeros mensús que, al enfrentarse a la hostilidad de la naturaleza, gestaron todo un código de masculinidad ya en extinción:[25]

Naturalmente, ni aun en las regiones del oro o el caucho abundan tipos de este romántico color. Pero en las primeras avanzadas de la civilización al norte del Iguazú, actuaron algunas figuras nada despreciables, cuando los obrajes y campamentos de yerba del Guayra se abastecían por medio de grandes lanchones izados durante meses y meses a la sirga contra una corriente de infierno, y hundidos hasta la borda bajo el peso de mercancías averiadas, charques, mulas y hombres, que a su vez tiraban como forzados, y que alguna vez regresaron solos sobre diez tacuaras a la deriva, dejando la embarcación en el más grande silencio (2003, 627).

Del pasado que se añora en el cuento son símbolo dos personajes cuya circunstancia de vida da título a la historia: João Pedro y Tirafogo, dos viejos brasileños que habitan desterrados en Misiones: el uno por ser desertor del ejército y el otro por motivos de trabajo. La entrada de la región en el tráfago del progreso, hace a los brasileños soñar con la vuelta “al dulce calor de la madre patria” (2003, 632) ante el extravío que experimentan en aquel sitio que se divorciaba de la temporalidad legendaria que ellos mismos habían contribuido a inaugurar y a la que anhelan regresar:

Las costumbres, en efecto; la población y el aspecto mismo del país [Misiones], distaban como la realidad de un sueño, de los primeros tiempos vírgenes, cuando no había límite para la extensión de los rozados, y estos se efectuaban entre todos y para todos, por el sistema cooperativo. No se conocía entonces la moneda, ni el Código Rural, ni las tranqueras con candado, ni los breeches.

Desde el Pequirí al Paraná, todo era Brasil y lengua materna (2003, 631).

Es en este punto del cuento donde la idea del Brasil y el pasado por el que se siente nostalgia confluyen en una misma esfera espacio- temporal y constituyen un cronotopo[26] que se define a partir de la negación de todo cuanto implicaba la comunión con las premisas del progreso y la modernidad: “los primeros tiempos vírgenes”. Este cronotopo brasiliense encuentra su epítome en la figura del bandeirante, perfil que Quiroga alude al hablar de los pioneros de Misiones.

Su presencia no habrá de limitarse a este cuento, sino que seguirá apareciendo hasta el final de la carrera de Quiroga. Así, a dos años de su muerte, en “La lata de nafta” (1935), pieza contenida en Textos fronterizos, Quiroga defiende el método de desbravamiento de la selva que usaba el ya desaparecido “hombre montaraz” (2003, 1174) para abrir y mantener los caminos “constantemente salpicando de machetazos su avance con la picada” (1174). Con nostalgia, Quiroga refiere su sustitución por el “camión, instrumento de progreso urgente, que no aprecia su labor sino por el tiempo mínimo empleado en realizarla” (1174) y, enseguida, reflexiona sobre la estirpe brasileña de esos hombres, cuya fuerza y audacia lo hacia encarar impávidos los desafíos de la naturaleza:

Cuando el noventa por ciento de los moradores de Misiones eran brasileños, las picadas llevaban su hilo rojo a través del gran bosque con una nitidez hoy perdida. A pie, a caballo, el machete del brasileño iba incesantemente recortando el retoño montés a uno y otro lado de su hombro. Tras de cada tormenta la labor aumentaba. Era preciso recurrir al hacha para despejar la huella de los árboles tumbados. Si éstos eran muy voluminosos, se abría un desvío. Pero sólo en este caso se recurría a tal arbitrio.

Esta solicitud del brasileño hacia su senda nativa halla su raíz en las condiciones de vida impuestas por la gran selva que constituye en gran parte su país. Descendiente de exploradores del bosque, nieto de bandeirantes, bandeirante él mismo, ha heredado la vigilancia perpetua de su camino. En todas las naciones limítrofes con el Brasil, donde la selva impera, el brasileño ha avanzado con su machete hasta la línea de la estepa. Allí ha concluido su acción de bandeirante.

Más allá de ese límite comienza el reino de la pampa ganadera (2003, 1174).

En el final de “Los desterrados”, Quiroga simboliza la reintegración de los dos ancianos al cronotopo brasiliense a través de su entrada en el corazón de la selva virgen misionera. En su camino de regreso a la tierra que habían dejado ochenta años atrás, João Pedro y Tirafogo, contagiados de malaria, mueren en la profundidad de aquel bosque de Misiones creyendo divisar su patria, a la que significativamente denominan “la tierra”:

– ¡Don Joao! –murmuró, sosteniéndose apenas sobre los puños. – ¡Es la tierra lo que usted puede ver allá. Hemos llegado, don Joao Pedro!

[…]

– Yo vi la tierra… Está allá… –murmuraba.

–Llegué –respondió todavía el moribundo–. Usted vio la tierra… Yo estoy allá.

[…]

Joao Pedro no respondió esta vez. Ya había llegado.

Durante largo tiempo Tirafogo quedó tendido de cara contra el suelo mojado, removiendo de tarde en tarde los labios. Al fin abrió los ojos, y sus facciones se agrandaron de pronto en una expresión de infantil alborozo:

– ¡Ya llegué, mamacita!... Joao Pedro tenía razón… ¡Me voy con él!...[27]

Esta determinación quiroguiana de situar el origen de la nacionalidad en la tierra

misma –a despecho de la observación de Alberdi que abre este capítulo– probó también ser de gran fecundidad en el Brasil, donde se había consolidado en las obras de Euclides da Cunha y Alberto Rangel, no sin importantes matices.

A diferencia de Sarmiento y Alberdi, Quiroga proponía un regreso a la tierra en tanto origen al identificarla en sus textos como la selva, el espacio del bosque tropical de Misiones o, hacia el final de su carrera, como aquel cronotopo brasiliense. Esos tres escenarios eran materializaciones del lugar arquetípico americano que el uruguayo creó en su narrativa, la cual propugna por una marcha a la naturaleza à rebours de aquélla hacia la civilización, el progreso y la modernidad. Como veíamos en el segundo capitulo, en Os sertões, Quiroga coincide con Euclides da Cunha en su admiración por el cronotopo brasiliense. Sin embargo, mientras que este cronotopo representa para Quiroga el resplandor de un pasado que el progreso y el discurso civilizatorio extinguieron y sobre el cual vuelca su nostalgia, en Euclides el cronotopo brasiliense constituye tanto el germen de la nacionalidad brasileña (Quiroga lo barrunta en “La lata de nafta”) como los cimientos mismos, entre ellos los de tipo racial, donde fundar el edificio del progreso. En otras palabras, para Euclides la incorporación racial del espíritu bandeirante de dominio de la naturaleza no sólo prepararía el advenimiento y consolidación de la civilización en el Brasil, sino que, a la vez, aseguraría la adhesión al ideario del progreso.

A diferencia de Euclides, Quiroga era menos entusiasta del discurso del progreso y la modernización. Más que un regreso a la tierra en las condiciones que lo hacían los impasibles personajes quiroguianos, Euclides se inclinaba por una ocupación del interior por parte de un hombre racialmente facultado por la naturaleza que enarbolase, eso sí, los ideales de la civilización o, como en el caso del bandeirante en “Os caucheros” del póstumo À margem da história (1909), que los prefigurase.

Frente al cosmpolitismo de las élites que mencionamos al inicio del capítulo anterior, la naturaleza en Euclides, Rangel y Quiroga funge ya no sólo como una seña de identidad –como ocurría en la tradición sarmentino-alencariana– sino como la fuente de la nacionalidad en el marco de una complejización de la dicotomía civilización y barbarie. A despecho de lo recomendado por Alberdi y Sarmiento, América en las plumas de Euclides, Rangel y Quiroga reivindica su filiación con la tierra donde se asentaban sus estados y fija en ella, o bien el horizonte de progreso que se avizoraba para el futuro (Euclides y Rangel), o bien, en el caso de Quiroga, la nostalgia que suponía el regreso a la naturaleza

muy en el espíritu de Henry David Thoureau (1817-1862): “Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente, quería vivir profundamente y chupar toda la médula de la vida, desechar todo aquello que no fuera vida para no darme cuenta al morir que no había vivido”.[28] Así, tanto la obra de Euclides como las de Rangel y Quiroga trazan una trayectoria hacia lo telúrico que habría de ser seguida por las novelas de la tierra o romances regionalistas en el siglo

XX

en su reflexión sobre la identidad nacional y literaria sobre las cuales hablaremos en el capítulo siguiente.

Notas del capítulo

---

[1] Martha L. Canfield en “Verosimilitud y sacralidad de la selva” explica cómo María (1867) de Jorge Isaacs inaugura el género de la novela de la selva que, luego, entra en un proceso de redefinición al incorporársele elementos realistas a la naturaleza que se describía tales como fiebre, calor, insectos, epidemias, lluvias interminables y males sociales (1360).

[2] A continuación los enlistó de forma cronológica de acuerdo con la datación de Lafforgue: 1) “El haschich” (1903); 2) Los perseguidos (1905); 3) “La miel silvestre” (1911); 4) “Gloria tropical” (1911); 5) “Los mensú” (1914); 6) “Una bofetada” (1916); 7) “El salvaje” (1920); 8) “Los desterrados” (1925); 9) “Los inmigrantes” (1926); 10) Textos fronterizos (1932-1937).

[3] Ya en su Autobiografía Rubén Darío –a quien Quiroga conoció en París– comentaba al respecto: “Yo soñaba con París desde niño, a punto de que cuando hacía mis oraciones rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París. París era para mí como un paraíso en donde se respirase la esencia de la felicidad sobre la tierra. Era la Ciudad del Arte, de la Belleza y de la Gloria; y, sobre todo, era la capital del Amor, el reino del Ensueño” (71-2).

[4] Abelardo Castillo comenta al respecto que: “Misiones fue para Quiroga una revelación, su camino a Damasco” (XLIII). Eduardo Romano, por su parte,

añade que: “La experiencia decisiva de ese año es el descubrimiento del paisaje misionero, que ocurre cuando Lugones lo lleva como fotógrafo durante su excursión de varios meses, en 1903, y que realiza por encargo oficial para estudiar el tema” (1320).

[5] Otro buen ejemplo de novela decadentista es Sangre patricia (1916) de Manuel Díaz Rodríguez.

[6] En L’imagination decadente (1880-1900), Pierrot realiza un estudio valiosísimo de la atmósfera intelectual en la que surgió la estética decadentista en Francia.

[7] Para propósito de ver su excelente artículo “Del bosque interior a la selva misionera”.

[8] Romano afirma que: “[E]n este lapso inicial (1897-1904), Quiroga se desplazó desde una sensualidad decadente, bastante tópica, a una mucho más experimental, incierta, misteriosa, burlando de paso ciertas barreras entre lo animal y lo humano. De ahí que la vinculación de los excesos sensuales con tierras cálidas africanas y americanas, que en un principio lo atrajeron en D’Annunzio o Valle-Inclán, acabaran por decepcionarlo. Eran simples máscaras exóticas que no descendían a las catacumbas motivadoras del deseo. Eso fue lo entrevisto en otros autores. Como Dostoievski o Maupassant, sin menospreciar otras referencias del propio Quiroga a Sienkievikz, Sudermann, Flaubert, Turgueniev o Gorki. Tal gesto, a mi juicio, le otorga un lugar privilegiado en las letras rioplatenses, en cuanto nexo inadvertido entre el primer naturalismo decimonónico y las exploraciones de vanguardia, a través del puente decadentista” (1337-8).

[9] En “Horacio Quiroga y la ciencia”, Dario Puccini detalla que “las ciencias, sirvieron de marco o de material parcial a algunos de sus mejores relatos y a otros secundarios y menores, sin que faltara en ellos el sello inconfundible de su genuina sensibilidad […] Quiroga recurre a las ciencias y a sus múltiples aspectos primarios y secundarios a menudo para dar mayor fundamento a sus relatos, y esto según sus tendencias naturalistas y realistas iniciales y, de algún modo, persistentes, pero lo hace mucho más para buscar en ellas un anclaje o bien motivos para crear situaciones inéditas o extravagantes combinaciones físicas, químicas, psicológicas o metapsíquicas” (1340-1).

[10] En el nivel del argumento, en su cuento “El mármol inútil” hay un guiño a esta

estancia chaqueña. El cuento fue suprimido por el propio Quiroga del volumen Anaconda.

[11] Abelardo Castillo concibe dicho proceso como un continuum que enlaza “la infancia salteña-cordobesa y la experiencia chaqueña-misionera” (79-81).

[12] Martha Canfield afirma al respecto que, en efecto, “el conflicto entre la civilización y la barbarie es otro leit-motiv quiroguiano” (1373).

[13] La deíxis nos permite probar el afincamiento del narrador en la selva misionera gracias a pasajes como los siguientes: a) “Las escapatorias llevan aquí en Misiones a límites imprevistos” (2003, 122) o b) “Benincasa había sido ya enterado de las curiosas hormigas a que llamamos corrección” (125). De hecho, con respecto a la segunda frase, Quiroga, al realizar la edición definitiva del cuento, optó por el plural de la primera persona (“llamamos”) en vez del plural de la tercera persona (“llaman”), tal y como había aparecido en la primera publicación del cuento en Caras y caretas el 21 de enero de 1911.

[14] Significativamente, en el final de “La miel silvestre” y, de hecho, en su argumento, grosso modo, se percibe el advenimiento de La vorágine (1924) de José Eustasio Rivera y de A Selva (1930) de Ferreira de Castro.

[15] El fortín Makallé fue fundado por inmigrantes italianos en recuerdo de la batalla homónima que libró el ejército de Italia en su conquista de Etiopía. En la llamada “Conquista del Chaco” el gobierno argentino fomentó la ocupación del territorio a través de la desposesión de los indígenas, la ocupación militar y la construcción de ferrocarriles.

[16] Por inmigración golondrina entiendo aquélla en la cual el inmigrante no va a establecerse en otro país sino a trabajar en él para, luego, volver a su lugar de origen. Ello está sumamente imbricado con el fenómeno de la frontera hueca [hollow frontier] que señalábamos al principio del capítulo anterior.

[17] Quizá esté presente en Quiroga un viso de aquel fenómeno que Gabriela Nouzeilles observó en Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910). De acuerdo con ella, el naturalismo creó en la Argentina una literatura en la que se manifestaban las ansiedades de una élite criolla superada en número por una masa inmigrante a quien imaginaba depositaria de la mayoría de los males que aquejaban el país en esa coyuntura histórica. No era poco común asociar a los inmigrantes con la

enfermedad: “La transformación de la masa inmigratoria en una nueva fuerza social y económica en conflicto con la sociedad tradicional promovió el desarrollo de una inesperada xenofobia entre las clases pudientes […] Es posible notar un desplazamiento gradual del posicionamiento de la élite criolla desde un nacionalismo predominantemente liberal a un nacionalismo de tipo étnico” (17-8).

[18] Dario Puccini explica el surgimiento de la cuestión de lo fantástico no sólo en la obra de Quiroga, sino en la de muchos de escritores de su tiempo, a partir del entusiasmo por las ciencias que la filosofía positivista había sembrado en la mente de los hombres de la época: “el positivismo (“todo es materia”) y quizás el darwinismo no produjeron sólo naturalismo, sino también el relato fantástico modernista, o más bien que este fenómeno participa de cierta decadencia de una parte del positivismo (1358). Es decir, el entusiasmo que los alcances del conocimiento científico había generado en aquella sociedad, llevó a muchos autores a imaginar realidades –fundamentadas de manera sui generis en principios científicos o pseudocientíficos– que entraban en el terreno de lo puramente fantástico. El interés de Quiroga por la ciencia lo llevó, incluso, a convertirse –según Ezequiel Adamovsky y Gustavo Bombini– en inventor de una máquina para matar hormigas y “[Quiroga] no sólo hizo esas cosas: también fue capaz de inventar una maceta putrescible para el transplante de la yerba mate, de destilar naranjas, de fabricar maíz quebrado, mosaicos de bleck y arena ferruginosa, resina de incienso por destilación seca, carbón, cáscaras abrillantadas de apepí, tintura de lapacho y de otros vegetales, de extraer caucho, de regar flores de fibra textil de abajo hacia arriba para aprovechar el efecto de capilaridad, de construir canoas, chalanas y botes, de confeccionar su propia ropa y de apasionarse con la lectura de catálogos de herramientas de la “Ferretería Francesa”. Pero Quiroga nunca obtuvo un centavo por sus impredecibles invenciones” (8).

[19] Inicialmente, las dos partes que conforman “El salvaje” fueron escritas y publicadas por separado y en el orden inverso a como aparecen fundidas como bajo dicho título. La primera parte, “El sueño”, que inicialmente se llamaba “El dinosauro [sic]” fue publicada en 1919. La segunda, “La realidad”, que había llevado el título de “Cuento terciario” apareció en 1910. En 1920 Quiroga fundió ambos textos como parte de un mismo cuento al que intituló “El salvaje”.

[20] En este sentido, es casi innegable establecer una relación de filiación entre “El salvaje” y Los pasos perdidos (1953) de Alejo Carpentier.

[21] Su narración manifiesta una clara consciencia visual que críticos como Puccini atribuyen al entusiasmo de nuestro autor por el cine. De hecho, hay tres cuentos de temática cinematográfica: “Miss Dorothy Phillips, mi esposa” (1919), “El espectro” (1921) y “El vampiro” (1906).

[22] En Desencuentros de la modernidad. Literatura y política en el siglo XIX, Julio Ramos explica el fenómeno de la profesionalización del escritor en América Latina que tuvo lugar después de la segunda mitad del siglo XIX y que alcanzó su apogeo en las últimas dos décadas de dicho siglo. Quiroga fue uno de los primeros en actualizar el perfil de la escritura como profesión puesto que ni escribía desde la esferas del poder, ni combinaba su oficio de escritor con una carrera política que le asegurase una vida holgada. Al contrario, su única fuente de sustento era el dinero que su pluma lograba agenciarse a través de publicaciones periódicas. En este respecto, Adamovsky y Bombini han señalado la eclosión de publicaciones que presenciaron aquellos años de profundos cambios políticos y sociales en la Argentina. De muchos de esos periódicos y revistas, Quiroga fue frecuente colaborador: “las casi dos décadas que van desde el ascenso del radicalismo hasta el golpe de Estado de Uriburu contra el segundo gobierno constitucional de Yrigoyen, se caracterizarán por una inmensa producción: grandes empresas editoriales ofrecen a bajos costos grandes obras de la literatura y el pensamiento universal, proliferan las revistas de todo tipo y se leen masivamente los grandes periódicos nacionales. En el centro de este proceso se halla Quiroga y el año 1925 es el de la cúspide de su popularidad. Publica habitualmente en La Nación, La Prensa, Plus Ultra, Caras y Caretas y La Novela Semanal y por esta época ya había publicado o estaba por publicar sus mejores colecciones de cuentos. Quiroga no escribe en medios exclusivamente literarios: su público es masivo, es un escritor popular” (8).

[23] En lo referente al género novelesco Quiroga es, sin lugar a dudas, el pionero. Sin embargo, si hablamos de la narrativa de la selva, Euclides da Cunha ya se había adelantado.

[24] De la animadversión hacia la masa inmigrante europea manifiesta en muchas de las novelas ambientadas en la urbe, a las que Gabriela Nouzeilles denomina “ficciones somáticas”, parece haber atisbos en este texto de Quiroga: “[L]a sensación que caracterizó gran parte del fin de siglo fue la sospecha generalizada de un peligro inminente. En vez de incorporarse obedientemente a la sociedad que los recibía, los inmigrantes fundaban sindicatos y apelaban a la violencia para exigir mejores condiciones de trabajo, o convertidos en la nueva burguesía,

competían por el poder político y los mismos espacios de consagración social que hasta entonces habían pertenecido a las familias de la oligarquía criolla. La transformación de la masa inmigratoria en una nueva fuerza social y económica en conflicto con la sociedad tradicional promovió el desarrollo de una inesperada xenofobia entre las clases pudientes" (17-8).

[25] Horacio Quiroga coincide con la sensibilidad de la generación del 80 en Argentina con respecto a la añoranza de un pasado glorioso frente a un presente que se antojaba ruinoso y carente de la altura épica de aquél. Miguel Cané, uno de sus miembros más eminentes comenta: "Sé que todo lo bueno, noble y generoso se va; sé que las ideas elevadas no encuentran eco ya en nuestra sociedad mercachiflada. Nuestros padres eran soldados, poetas y artistas. Nosotros somos tenderos, mercachifles y agiotistas" (134).

[26] Entiendo por cronotopo lo que Bajtín definió como "la unión de elementos espaciales y temporales en un todo inteligible y concreto. El tiempo se condensa aquí, se comprime, se convierte en visible desde el punto de vista artístico; y el espacio, a su vez, se intensifica, penetra el movimiento del tiempo, del argumento, de la historia. Los elementos de tiempo se revelan en el espacio, y el espacio es entendido y medido a través del tiempo" (63).

[27] ["– ¡Seu Joao! –murmuró, sosteniéndose apenas sobre los puños.– ¡E a terra o que você pode ver lá! ¡Temos chegado, seu Joao Pedro! […] –Eu vi a terra… E lá…–murmuraba. –Eu cheguei –respondió todavía el moribundo–. Você viu a terra… E eu esto lá. […] Joao Pedro no respondió esta vez. Ya había llegado. Durante largo tiempo Tirafogo quedó tendido de cara contra el suelo mojado, removiendo de tarde en tarde los labios. Al fin abrió los ojos, y sus facciones se agrandaron de pronto en una expresión de infantil alborozo: – ¡Ya cheguei, mamae!... O Joao Pedro tinha razao… ¡Vou con ele!..."] (2003, 634). Reproduzco el texto original de Quiroga que se aparta de la norma ortográfica de la lengua portuguesa debido, tal vez, a que el conocimiento del portugués por parte de nuestro autor antes que formal era eminentemente fonético.

[28] "[I went to the woods because I wanted to live deliberately, I wanted to live deep and suck out all the marrow of life, to put to rout all that was not life and not when I had come to die discover that I had not lived"] (143).

La tierra como é[sté]tica continental:

Güiraldes, Rivera, Gallegos y Andrade

Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la Naturaleza.

Leen para aplicar, pero no para copiar.

Los economistas estudian la dificultad en sus orígenes.

Los oradores empiezan a ser sobrios.

Los dramaturgos traen los caracteres nativos a la escena.

Las academias discuten temas viables.

La poesía se corta la melena zorrillesca

y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado.

La prosa, centelleante y cernida, va cargada de idea.

Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.

Nuestra América.

José Martí

Um vício nacional, porém, impera: o vício da imitação.

Tudo é imitação, desde a estrutura política em que procuramos

encerrar e comprimir as mais profundas tendências da nossa

natureza social, até o falseamento das manifestações espontâneas do nosso gênio criador [...] Imitação quer dizer importação. Nesta terra, em que quase tudo dá, importamos tudo: das modas de Paris –idéias e vestidos–, ao cabo de vassoura e ao palito. Transplantados, são quase nulos os focos de reação intelectual e artística. Passa pelas nossas alfândegas tudo que constitui as bênçãos da civilização: saúde, bem-estar material, conhecimentos, prazeres, admirações, senso estético.

Retrato do Brasil.

Paulo Prado

En los albores del siglo

XX

, en Ariel (1900), José Enrique Rodó alerta a los jóvenes latinoamericanos –a quienes identifica como los “avizores vigías del destino de América” (17)– sobre el peligro que representaban los modelos literarios europeos entonces en boga.[1] Rodó argumenta que éstos, lejos de animar en aquella juventud el ejercicio de una agenda productiva y volcada a la acción en beneficio de las noveles repúblicas del subcontinente, instauraban en ella un aura de morbidez y decrepitud que llevaba a los jóvenes al pesimismo y a la suspensión de cualquier iniciativa:[2]

Cuando el dolor enerva; cuando el dolor es la irresistible pendiente que conduce al marasmo o el consejero pérfido que mueve a la abdicación de la voluntad, la filosofía que le lleva en sus entrañas es cosa indigna de almas jóvenes. Puede entonces el poeta calificarle de “indolente soldado” que milita bajo las banderas de la muerte (18).

Abominando de los trazos de lo que hoy en día la crítica conoce como modernismo en Hispanoamérica y como parnasianismo y simbolismo en el Brasil, Rodó arenga a la juventud a convertirse en “custodios de su tranquilidad [la de América]” (17) y, por ende, conmina a extinguir toda influencia literaria extranjera que prestigiase el ennui del fin de siècle; había que “sofocar, con temeroso recelo […] cualquiera resonancia del humano dolor, cualquier eco venido de literaturas extrañas, que, por triste o insano, ponga en peligro la fragilidad de su optimismo [el de la juventud]” (17-8). Para Rodó el dolor que producía la circunstancia del atraso de América –guiño, tal vez, al dolorosas republicas americanas de José Martí en Nuestra América– debía engendrar entre los jóvenes no el desánimo y desembocar, luego, en el spleen como acontecía en las literaturas europeas, sino, al contrario, impulsar una lógica varonil que se encaminase a la conquista del progreso, al que él significativamente llama evolución:

Pero cuando lo que nace del seno del dolor es el anhelo varonil de la lucha para conquistar o recobrar el bien que él nos niega, entonces es un acerado acicate de la evolución, es el más poderoso impulso de la vida; no de otro modo que como el hastío, para Helvecio, llega a ser la mayor y más preciosa de todas las prerrogativas humanas desde el momento en que, impidiendo enervarse nuestra sensibilidad en los adormecimientos del ocio, se convierte en el vigilante estímulo de la acción (18).

Rodó vincula la idea de evolución con la esfera de la masculinidad y la actividad para oponerla a todo cuanto se asociaba con la languidez y el estatismo de las narrativas importadas de Europa que entrañaban no sólo el ensalzamiento de la esterilidad como ideal, sino también la imposibilidad y el sin sentido del

progreso. Así, enfatizando el peligro que representaban esos ocio, y hastío, de importación, Rodó esboza un modelo literario deseable para América. Uno en el cual una fuerza creadora entendida siempre como un agente activo y, por ende, masculino fuese el motor de la fertilidad nacional; de su marcha al progreso como José Martí había afirmado en Nuestra América: “Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura del sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación” (59). Ese modelo literario que propone Rodó había sido ya delineado por Martí nueve años antes en el citado ensayo de 1891. En él, el escritor cubano propone un nuevo paradigma que sustituyese la dicotomía civilización y barbarie sarmentina: el de la falsa erudición y la naturaleza. Martí explica el atraso de América no como el enfrentamiento entre la civilización europea y la fuerza de la barbarie americana, sino como la consecuencia de un grupo de letrados que bebiendo en las fuentes de una erudición defectiva, ofrecían soluciones inapropiadas e, incluso, contraproducentes para los problemas del subcontinente. Martí suplanta la primacía del letrado sarmentino de saberes europeos por la del hombre natural en lucha no contra la barbarie, sino contra la naturaleza. Los letrados sarmentinos, a quienes Martí identifica con “criollos exóticos”, además de recordar la ácida crítica de Euclides da Cunha contra la condición impostada de la civilización de los mestiços degenerados en la costa brasileña, pone de relieve otro punto de contacto entre la tradiciones literarias del Brasil y de Hispanoamérica: el creciente peso del componente de autoctonía, del grado de ligazón a la tierra del hombre en el marco del engrandecimiento nacional al que apelaban estas literaturas en las primeras décadas del siglo

XX

:

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien

le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés (56).

Martí subraya la absoluta necesidad de incluir a los hombres naturales en la vida nacional cuando, leyendo a Facundo, corrige la lectura que Sarmiento hiciera de la vida del caudillo argentino y, en su lugar, afirma que los regímenes autoritarios son producto de una ignorancia deliberada de la periferia en la que vivían aquéllos a quien denomina hombres naturales. El ensayo de Martí funge, pues, como un llamado a la incorporación del campo, del interior y, al mismo tiempo, de sus habitantes en el seno de la nación. El perfil del letrado que Martí construye es el de un hombre que, al estar en contacto con los elementos verdaderos del país, es un profundo conocedor de ellos:

Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder; y han caído en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador (56).

Martí llama a estos nuevos letrados estadistas naturales por su “estudio directo de la Naturaleza” y les otorga la tarea de contribuir al buen gobierno de los países latinoamericanos y combatir el riesgo de regímenes tiránicos en ellos a través de su conocimiento profundo del país.

Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se administra en acuerdos con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana (57).

Si, como afirma Martí, “pensar es servir” el rol de los estadistas naturales era el

concebir nuevos tratados de la patria que fueran instrumento de su progreso dando la espalda a las influencias literarias extranjeras que Rodó veía como dañosas en la novela europea de la época según señala en Ariel. Así, pues, la materialización literaria de las propuestas tanto de Rodó como de Martí tiene lugar en las primeras décadas del siglo

XX

, de manera simultánea y gracias al auge del cosmopolitismo literario, ante el cual reacciona, tal y como señala Ángel Rama:

En América Latina la élite movible de "intelectuales no ligados al terreno", tuvo una inclinación universalista y cosmopolita que en los hechos consistió en una imitación de las más modernas corrientes europeas […] Enfrente, como respuesta histórica, se le opusieron las élites de la generación romántica que intentaron la adopción descriptiva y pintoresca de las realidades nacionales, o las de la generación regional de 1910 con su primera valoración social de la realidad zonal americana (43).

Las novelas que analizaremos en este capítulo –publicadas entre 1917 y 1929– marcan un regreso a la tierra que la obra de Euclides da Cunha, Alberto Rangel y Horacio Quiroga ya habían inaugurado. Las ideas presentes en los textos de dichos autores[3] son retomadas como base de los debates y las propuestas que se plantean en Raucho (1917), La vorágine (1924), Macunaíma (1927) y Doña Bárbara (1929) con respecto a la identidad literaria y nacional en el marco de la discusión de la antinomia entre la civilización y la barbarie en América Latina. En espíritu, estos textos se apegan a lo que Rodó y Martí proponían en Ariel y Nuestra América, respectivamente, al materializar el pensar es servir y apoyar la ficción literaria en los andamios de un pensamiento abocado a proponer soluciones a los grandes problemas nacionales y zanjar, de paso, el debate de la identidad literaria en términos telúricos y nacionalistas: "la naturaleza americana aparece como un espacio en blanco no codificado que ofrece al escritor […] todo un nuevo mundo por explotar y que coincide, además, con la renovada vocación nacionalista que se produce en esa misma época" (Pera, 182).

La articulación de este modelo literario –manifiesto en las novelas que se

analizan en este capítulo– coincidió en el tiempo con la instauración de regímenes totalitarios en casi todos los países de origen de los textos aludidos.[4] Ello convirtió tanto a sus autores como a los textos per se en una encarnación de los estadistas naturales y de esa literatura comprometida con la nación a la que apelaron, en su momento, Martí y Rodó.

Raucho (1917) figura entre los primeros textos escritos por Ricardo Güiraldes; de hecho, fue la primera novela que publicó. Sin embargo, en ella, lejos de advertirse trazos estilísticos inusitados al interior de lo que sería su obra o vislumbrarse un largo camino hacia su producción de madurez como lo es Don Segundo Sombra (1927), se aprecia ya una sólida consistencia en lo referente a la posición de Güiraldes frente a las cuestiones de la identidad literaria americana frente al influjo de las escuelas europeas. Si como afirma Ángel Rama:

Un novelista no se parece nada a Adán; no es aquél que, como imaginó el poeta romántico despertó y fue nombrando las cosas, haciendo palabras vírgenes para las cosas vírgenes. El novelista existe dentro de una literatura; si hablamos, en abstracto, diríamos que nace dentro de ella, en ella se forma y desarrolla, con ella y contra ella hace su creación. Y por lo mismo, es heredero de una tradición y creador de tradiciones" (49).

Es ineludible, pues, mencionar el diálogo que se establece entre la novela de Güiraldes y Sin rumbo (1885) del también argentino Eugenio Cambaceres.

El ennui y la esterilidad con que la juventud es retratada por Cambaceres en esa obra, los contesta Güiraldes en Raucho a través de la historia de otro personaje, cuyo perfil no sólo es un guiño al Andrés de Sin Rumbo –también es joven y descendiente de terratenientes–, sino, sobre todo, cuya trayectoria de vida es utilizada para desdecir las premisas pesimistas del determinismo europeo que encumbraba el texto de Cambaceres. Echando mano de una estructura que recuerda a aquélla de las novelas de tesis, Güiraldes escribe una historia que funciona al mismo tiempo como una bildungsroman a través de la cual el lector acompaña al protagonista –Raucho– por una serie de eventos que definen su relación con la tierra y, por ende, con la patria.[5] Al final de la novela, tras el

interludio europeo, Raucho no sólo alcanza su madurez psicológica y moral al tiempo que recobra su plenitud física, sino que se convierte en un ciudadano ejemplar al asumir la responsabilidad del progreso de su patria que es, a la vez, el suyo propio. Propongo, pues, leer Raucho como un tratado didáctico de ciudadanía para esa juventud que era el motivo de preocupación de Martí y Rodó,[6] es decir, una apuesta que difundiese entre los jóvenes la viabilidad de una patria americana fundada en una moral que había de hallar su inspiración en la fortaleza y sinceridad de la naturaleza americana en contraposición a la decadencia y encanijamiento que se percibían en la sociedad europea de la época.

La naturaleza en Raucho trasciende la mera condición de ornato que provee de tintes costumbristas la narración de la vida de Raucho Galván. Es, desde el primer momento, un elemento protagónico en la novela que supera el alcance de la falacia patética romántica y la mera personificación. En Raucho como en la narrativa de Quiroga la naturaleza –representada por el espacio rural o la pampa– establece una lógica de contrapunto frente a la civilización –bajo la forma de la gran urbe: Buenos Aires o París–. Sin embargo, a diferencia de lo que acontece en la obra del escritor uruguayo, para quien la naturaleza existe en sí y para sí, ajena, en consecuencia, a los avatares de la civilización y cuya lógica parece cruel y caótica ante los ojos de los seres humanos, en Raucho, Güiraldes, opera una domesticación de la naturaleza en el sentido más etimológico de la palabra: la hace el domus por excelencia del hombre; la convierte en hogar y en espacio maternal relacionado con el origen y la identidad nacional. La selva de Quiroga cede, pues, su lugar a la pampa de las estancias donde el hombre no está a merced de la naturaleza, sino la naturaleza es doblegada por la voluntad del hombre. En Raucho no hay como en Quiroga[7] una inversión total de la jerarquía al interior de la dicotomía civilización y barbarie, sino que, en su lugar, Güiraldes, siguiendo los pasos de Euclides y Rangel, apuesta por una civilización alimentada y legitimada por y desde las propias fuentes telúricas frente a los impostamientos de importación.

Aunque no terminaría de gestarse sino hasta diez años después con la publicación de Don Segundo Sombra (1927), ya desde Raucho, Güiraldes otorga a la naturaleza el rol de magistra vitae. No lo hace, sin embargo, a través de una figura arquetípica de la pampa que encarnase la sabiduría de la naturaleza (como lo es don Segundo que ya aparece como personaje en esta novela). En su lugar, en Raucho la naturaleza se vale, sí, de la seducción que provoca en el protagonista la vida de la tropa de gauchos que trabajan en la estancia pero,

sobre todo, del efecto que la experiencia de su presencia o ausencia tiene sobre el mismo. En otras palabras, si en Don Segundo Sombra, Güiraldes habría de echar mano de una materialización del espíritu de la pampa para derivar toda una relación de paternidad encaminada a la enseñanza, en Raucho, el autor se sirve del determinismo en el que se apoyaban textos como Sin rumbo para dinamitar dicho modelo y, de paso, subrayar el efecto favorable del medio natural en un joven que representa, por metonimia, a todos los jóvenes de la Argentina.

En Raucho, como luego habría de repetirse en Don Segundo Sombra, asistimos a un parto. El parto a la ciudadanía del protagonista gracias al influjo de la naturaleza. Narrada de manera lineal, la historia de Raucho Galván inicia con la llegada de éste al espacio rural. Tras la muerte prematura de su madre, don Leandro –su padre– se traslada con Raucho y sus hermanos a la estancia que poseían en el interior para que sus hijos pudiesen "¡vivir, vivir en la gran alma serena de la tierra!" (7). Desde el inicio de la novela se establece una distinción maniquea entre la esfera del campo y la de la ciudad donde la última representa la deformación de los ideales de los que es depositaria la vida rural. Esta distinción parte y se afianza desde el plano estético del texto donde la figuración de la ciudad es una materialización de la Babel deshumanizada que Rubén Darío aludiera en Canto a la Argentina (1910) para referirse a Nueva York, la que Cambaceres reprodujese en En la sangre al describir Buenos Aires (1887) o, bien, la imagen del Río de Janeiro del que Aluísio Azevedo da cuenta en O Cortiço (1890):

Vista de arriba, se amontonaba la ciudad-casillero, innumerablemente desolada en su repetición de muros, callados sobre millones de sufrimientos, subdivididos por paredes verticales.

Allí, un bando de cuadriláteros claros, que avanzan en el río lodoso. Allá cúpulas de mosaicos: esferas lúcidas, rematadas por cruces de forjado hierro.

Equitativamente repartidos, para respiraderos de la población, algunos parches de naturaleza: las plazas públicas.

Un humo brumoso flota, tal un desesperante pensamiento, siempre renovado, malgrado el manotón purificador del viento (52).

Junto al desorden y hacinamiento que caracterizan la Buenos Aires descrita por Güiraldes está la constante referencia al ruido que parece ser la dominante en el ambiente citadino. En continuo contraste, está el campo del alma serena, donde el gauchaje y "el personal formaba una especie de familia" (10) a la que Raucho se integra y, donde, según don Leandro, "los chicos crecerían como plantas" (14). El campo y en particular la vida alrededor de la estancia constituyen en Raucho el dominio de la virilidad y la pureza asediadas de manera constante por los artificios de la civilización que lo hacen siempre de mano de una figura femenina que compite y, a la vez, contrasta con la naturaleza.[8]

La primera de estas acechanzas tiene lugar durante la infancia de Raucho bajo la forma de su institutriz alemana. Extranjera como solían serlo entonces las mujeres que educaban a los hijos de la oligarquía latinoamericana, la mujer que se encarga de introducir a Raucho y sus hermanos en la civilización europea desempeña su labor –irónicamente– desde la pampa donde sus pupilos experimentan un desfase entre el universo del saber europeo que aprendían a través de los libros y el mundo del interior rural. Así, frente a la atracción hacia lo europeo que la institutriz buscaba despertar en los niños a través de fábulas y cuentos de hadas triunfa el universo de los cuentos "de aparecidos" del gauchaje y su código de la utilización a ultranza de la fuerza. Raucho desdeña, pues, en sus juegos de niño la tradición libresca europea y se inclina por la circunstancia real de la estancia:

Raucho era atento a los episodios fantásticos y le sugestionaban episodios de aparecidos, por el pavor contra el cual se erguía, ansioso de vencerlo en circunstancia real. Se hizo un mundo pueril de encarnaciones espirituales, dominadas por su personita invencible […] Como el padre, bromeando, le inventara alguna agresión, respondía:

–Entonces yo la mato (15).

No obstante, cuando, en momentos, la balanza se inclina hacia el lado de la fantasía siempre es por mediación de un libro cuya lectura lejos de tener efectos beneficiosos provoca en él un desconcierto que lo pierde en las ensoñaciones y lo llevan, por ende, a la suspensión: “Confundía la realidad con sus quimeras, y muchas veces, un libro abierto sobre las rodillas, absorbido en fantásticas ilustraciones, se soñó el héroe de tal o cual historia y cayó en largos ensueños, que hacían de su alma una vibración etérea, lejana, muy lejana” (16).

En oposición a ese efecto narcótico de los libros europeos –que recuerda los alegatos de Martí y Rodó– se encuentra la vida en la naturaleza al lado de los gauchos a la que Raucho decide regresar después de terminar sus estudios en la capital de la provincia pues, según se detalla en la novela, “el gran deseo de vida libre, allá en la estancia, le aclaraba el alma con un renacer viril y puro” (35). Su paso por la ciudad, a pesar de ser bastante breve en términos de las páginas que Güiraldes le dedica a la narración de dicha temporada, siembra un precedente fundamental para comprender los posteriores avatares que enfrentaría el protagonista en Buenos Aires y, luego, en París. Es en esa primera experiencia en el espacio urbano que Raucho entra en contacto con las mujeres teniendo como marco el mundo de la prostitución. Su primeros lances amorosos ocurren al lado de una mujer extranjera –una española llamada Emilia– que sobresale entre un ejército de otras prostitutas inmigrantes[9] que se congregan alrededor de un salón descrito en la más pura tradición naturalista:

Los vahos humanos y perfumes mareantes, la calidez del aire abombado, repugnaban a los satisfechos como un dejo de carnes asadas y salsas fuertes. Se tenía prisa por sorber aire, como un vaso de buena agua, para amortiguar las sofocantes reminiscencias de un copioso engurgitamiento de manjares gruesos.

En el patio, como en la sala, los hombres bestiales y ridículos, simulaban risas pastosamente imbéciles para disimular la apoplejía de sus urgencias burdas. Los más tímidos sudaban en torno por los rincones (34).

El prostíbulo es un microcosmos que expresa con justedad la visión de la ciudad presente en Raucho. La atmósfera enrarecida y la atrofia moral y física de los hombres en la urbe se convierten en un leitmotiv que permite, páginas más adelante, la descripción de Buenos Aires y París y su efecto pernicioso sobre Raucho.[10] Así, pues, la segunda acechanza o avance de la civilización a través del cuerpo de la mujer acontece por intermediación de las prostitutas con quienes Raucho entabla relaciones cuyo grado de dependencia irá en aumento hasta orillarlo a una vida como la de sus últimos días en París donde existía "sin horizontes, sin salidas, como un lodazal adherente" (108).

Antes de su residencia en Buenos Aires y, posteriormente, en París, Raucho decide habitar una temporada en la estancia, luego de su regreso de la capital de la provincia donde había terminado sus estudios y cerraba –según la voz narradora– "el paréntesis de una vida artificiosa" (29). Su "ilusión de salir de preso" (29) del espacio urbano se ve correspondida en el campo al serle posible la adopción de un modo de vida que había romantizado durante su niñez, pero al que había conocido también de cerca. A su llegada al campo, atestigua la sustitución del calendario civil por el de las estaciones y labores a las que se abocaba el gauchaje. Raucho, "ya un hombre en posesión de todos sus vigores corporales" (38) y "sediento de emplearse en las lindezas del macho" (29) se une a la tropa de gauchos buscando "como ellos, someter las dificultades más ásperas, sin temer peligros, tendido hacia el dominio absoluto sobre la bestia, el clima y las rudezas de una vida muscular" (38). No obstante, la dureza de la faena en el campo y el carácter cíclico con el que se la caracteriza empujan a Raucho a la lectura de "Lorrain, Maupassant, Verlaine, cantores y contadores de la vida parisiense en su perfume genuino de aventuras, vicios y anhelos" (51).

Es en este punto del texto cuando, nuevamente, el cuerpo de la mujer funge como vehículo a través del cual la vida urbana y la civilización confabulan para alejar a Raucho de la naturaleza, espacio que la voz narradora sugiere como el único hogar posible del protagonista. Así, pues, gracias a la intermediación libresca de una París idealizada, a la que se figura como una cortesana exquisita y complaciente, Raucho intensifica sus visitas a Buenos Aires, adonde termina por mudarse antes de su viaje a esa París en que los libros lo hacían soñarse. En Buenos Aires, sin embargo, sufre una transfiguración que lo convierte en uno de los personajes de las novelas europeas que leía con vehemencia. Adquiere el mal del siglo –el ennui– y, con ello, la suspensión de toda voluntad: en la novela se

habla de “modorra lasciva”, de “embrutecimiento”, de “abulia”, de “monotonía” para describir el estado de ánimo cuyo modelo encontraba Raucho en los protagonistas de los libros que se procuraba: “No saboreaba lo que tenía entre manos, pensando que en otras partes sería mejor; se sentía provinciano y ridículo, perdiendo el tiempo en monear la vida de Europa, donde podría estar gozando esa juventud que se iba tan pronto” (53).

Si bien los libros de fantasía a los que la institutriz alemana aproximó a Raucho, durante su niñez, no había logrado separarlo de la esfera de lo real gracias al contacto vigoroso con lo telúrico durante su vida en la estancia, sería muy distinto el efecto que en él ejercerían los libros europeos leídos en su juventud durante los días de hastío en el campo y, posteriormente, a lo largo de su temporada en Buenos Aires. Las lecturas no sólo lo sustraen de la realidad americana, sino que lo desrealizan convirtiéndolo en una proyección especular de las ficciones que leía. Su vida en Buenos Aires es un remedo de la vida que los protagonistas de los libros que devoraba llevaban en París: “El joven Galván vio abrirse una nueva era. No hubiese cambiado su entrada al paraíso por su ida a París, y devoró más libros y novelas, queriendo esponjarse en el ambiente soñado” (58). En Raucho, al igual, que en dichos entes literarios comienza a primar la sensibilidad sobre el músculo; avanza la feminización frente a lo que es figurado como el atrofiamiento de la virilidad por el influjo de lo femenino y, en general, por causa de las relaciones con las mujeres –todas ellas cortesanas.

La representación de la capital francesa en la novela constituye un catálogo de los clichés asociados con el París de los modernistas hispanoamericanos y de simbolistas y parnasianos brasileños: “El amplio bulevar, encajado entre sus edificios inmóviles, miraba la gente pasar a la luz de sus vidrieras. De sus vidrieras, que son como ojos a la inversa” (76). El narrador de la novela mantiene su consistencia en lo referente a su desaire de la esfera urbana que se acentúa al dar cuenta de la vida en la ciudad par excellence de aquella época: “¡París! ¡Ciudad del vértigo en que apenas se logran momentos de concentración, entre acciones que se suceden sin intervalos!” (73). Frente al silencio armónico del espacio rural, la voz narradora figura París como un espacio caótico que dista mucho de ser la ensoñación libresca de Raucho. Así, en una escena que evoca un pasaje de De sobremesa (1896) de José Asunción Silva, Raucho sufre una alucinación donde –a semejanza de la Santa Comparsa– un grupo de mujeres parisinas, materialización de sus ensoñaciones, se presentan ante él para satisfacer sus fantasías librescas al tiempo que lo vampirizan:

Invitaban sus voces a un tiempo la ciega impulsión de las pasiones sin freno, y Raucho sintió vencida su inercia, cayendo como un moscardón ebrio en la llama fulgente de aquel extraño ensueño; e hincó sus dientes en la fruta jugosa, que temblaba de risa juvenil, respondiendo a su fiereza. Y dejó el seno, por la cintura, que arrastra al placer, en su caída al través de todos los precipicios del goce; y desciñó sus brazos de la cintura hendida, para enrojecerse los labios, contra una boca carminada como una brasa, y alejó la boca, para volcarse como una urna en los ojos, la firmamental hondura de dos pupilas claras, y fue propulsado, y poseyó el fuego de los labios y las vulvas, y las acuáticas fluideces de las almas que se derraman por los ojos, y los delirios sobrehumanos de las vorágines corporales; y cayó sobrepasado de placer en la negrura de una total ausencia, como si la integridad del poder sensorio empleado le hubiese para siempre sorbido los sentidos (76).

Es, precisamente, una espiral de vorágines corporales la que arrebata toda agencia a Raucho y lo arrastra a la degradación moral y la ruina financiera. Su trayectoria descendente durante los años que pasa en Europa la determinan las relaciones que establece con Germaine y Nina, dos cortesanas de cuyos favores se hace Raucho intentando experimentar el París de sus libros. Es en París donde, aparentemente, parece triunfar las acechanzas de la civilización a través del cuerpo de las mujeres. La alienación que provoca en Raucho la convivencia con Nina lo hace perder su virilidad representada por la atrofia del músculo o la neutralización de su fortaleza física. Raucho, al igual que los hombres de aquella ciudad, parece contraer una enfermedad espiritual que el narrador describe como "satiriasis báquica, enervada al través de los años, por el uso de los pobres cuerpos gastados, modernizados, por el pulpo dominante del sistema nervioso, que va matando la simplicidad primaria del músculo" (80). Así, el vigor de la juventud del protagonista, que el narrador destaca durante la estancia en el campo, desaparece ante el avance de una vejez prematura que se explica como el producto de un ejercicio excesivo de la actividad sexual aludido a través de las referencias a los sátiros y a Baco. Convertido en un apéndice de Germaine, Raucho contrae una enfermedad que refleja su apocamiento espiritual. París, la ciudad donde "quería vivir a todo trance, atiborrarse de sensaciones hasta la saciedad" (53) lo lleva a las puertas de la muerte:

Mas no tenía energía para mantener su enojo; preso de un cansancio que le embotaba, siguió ese día su vida de siempre, marchando a impulso involuntario […] Volvía inmundo de sus degradaciones, cada vez más pálido, debilitado de físico, trayendo en su persona impresa una decrepitud prematura (100-1).

La vocación didáctica de la novela se completa cuando Raucho articula en su pensamiento una desmitificación de la París romantizada por la intermediación de su lecturas. La temporada europea es resignificada como un contagio canceroso posibilitado por el contacto del cuerpo femenino. Raucho accede, finalmente al aprendizaje: "Odió a París, pulsando su vida enferma; ese París que antes había imaginado como una ciudad hembra en espera, pero sin sus tumores. /Odió a Montmartre, que la noche enciende como sexo luminoso de ardores lúbricos insaciables, de quien había ignorado la lepra" (108).

Asegurado su regreso a la Argentina, luego de finiquitar su relación con Nina y su desesperada situación financiera, Raucho regresa a la vida. Valiéndose de una metáfora que restaura el vínculo del protagonista con el mundo natural, el narrador advierte que en el cuerpo de Raucho "vegetó un éxtasis de brote" (110) recordando, así, al lector el sueño de don Leandro Galván que abre la novela: el de que sus hijos crecieran como plantas tras llevarlos a vivir al campo (14).

La reincorporación de Raucho al espacio natural americano se produce al tiempo que tienen lugar tres acontecimientos simbólicos. El primero de ellos es el abrazo entre él y un gaucho que marca su reconciliación con la vida nacional de la cual había intentado distanciarse al vivir en el ensueño parisino en Buenos Aires y en la propia París. El segundo es la sugerencia que hace el narrador del compromiso matrimonial entre Asunción y Raucho. Asunción, a quien Raucho había conocido y de quien había quedado prendado antes de su viaje a París, es la única de las mujeres en la novela cuya unión no supone el descoyuntamiento de la relación telúrica entre Raucho y el campo. Descrita, significativamente, por el narrador como una "diosa salvaje" (62) –lo cual anuncia el advenimiento de figuras literarias posteriores como la doña Barbara de Rómulo Gallegos–, Asunción es la única mujer con quien Raucho puede establecer una relación productiva: su unión no sólo implica el enraizamiento definitivo de Raucho en el campo, sino su elevación moral, como sugiere incluso el nombre de aquélla. No

se la describe con los enfeites y oropeles de las cortesanas citadinas, sino como una mujer cuya fisonomía nacional y estampa saludable la hacen símbolo mismo de la prodigalidad de la naturaleza americana: “de cuerpo firme y bruna de aires abiertos” (113).

La novela se cierra con el que es, a mi parecer, el más simbólico de los acontecimientos: Raucho abandonando sus atuendos europeos, recupera su vestimenta de gaucho –su ser verdadero, según lo sugiere el narrador– y afirma su pertenencia a la tierra:[11]

Raucho piensa cómo quiso ser todo menos lo que era. Su chiripá, sólo desprendido de la faja, se habrá envilecido en el polvo de caminos extranjeros.

Raucho se sienta bajo un sauce, cerca de una tosca, donde el agua habla de misterios serenos. Un pato silbón pasa perforando la noche con gritos agudos.

Raucho inefablemente quieto, se duerme de espaldas, los brazos, crucificado de calma sobre su tierra de siempre (115).

Si la novela se abría con la muerte de la madre de Raucho, su cierre puede ser leído como una restitución simbólica del protagonista al vientre maternal de la naturaleza donde yace arrullado por los misterios serenos del agua. Al igual que en “Los desterrados” de Quiroga, Güiraldes desvela en Raucho, a través de una arquitectura didáctica, el sólido vínculo del hombre americano con la naturaleza, “su tierra de siempre” (115). Sin embargo, a diferencia de Quiroga, Güiraldes figura el regreso a la naturaleza como un compromiso con el desarrollo de la patria: Raucho vuelve a la pampa ya no con el desahogo de su antigua posición de terrateniente, sino dispuesto a trabajar en ella “aunque fuera de peón”[12] (114).

El regreso a la tierra en Raucho, la finalidad didáctica del texto, así como la trayectoria a la bildungsroman que recorre el protagonista encontrarán su eco en un proyecto literario aparentemente tan disímil pero que es, en sustancia, tan afín

a la novela de Güiraldes. Publicada en 1924, La vorágine de José Eustasio Rivera dialoga con el espíritu que anima la obra de Euclides da Cunha, Alberto Rangel y del mismo Horacio Quiroga. Éste, en una carta dirigida a Rivera, elogió su novela al encontrar en ella coincidencias estilísticas y sondear en su escritura el mismo interés por el espacio natural que lo había hecho habitar en la selva Misiones:

Tremenda sorpresa experimenté al hallar en su obra tan grande epopeya, y en descubrir en usted un hermano con gustos tan similares acerca de la naturaleza. No se puede dar una impresión mayor de ambiente, de fuerza o color que la lograda por usted con el juego de sus endiablados ríos […] Para gozar de tantas maravillas no se necesitan los geógrafos, existiendo un épico tan encumbrado como usted (256-7).

En su complejidad formal y su exceso retórico,[13] La vorágine coincide con la estética quiroguiana en su intención fotográfica de plasmar la naturaleza en su carácter hostil a través de la prosopopeya de la selva. De hecho, como veíamos en el capítulo anterior, el argumento de uno de los cuentos de Quiroga –"La miel silvestre" (1911)– preludiaba ya la génesis de la novela de Rivera. Así, al igual que hiciera Quiroga en su relato, en La vorágine, Rivera, da cuenta de la infortunada experiencia de sujetos citadinos incautos o, incluso, ingenuos ante las leyes de la naturaleza en el espacio interior americano.

El texto de Rivera, sin embargo, trasciende la ironía de "La miel silvestre" y resignifica la ruta descabellada de su protagonista en un marco estructural que recuerda una künstlerroman.[14] No obstante, a diferencia de otras künstlerromans, no se trata de una novela en la que se narre la maduración artística de un creador en una progresión convencional que parte del puñado de inquietudes de una tabula rasa. Al contrario, en La vorágine el lector atestigua ya desde un principio la crisis de la voz artística de Arturo Cova –un poeta colombiano cuyos versos patrióticos lo han consagrado y le han dado un gran renombre, según se alude a lo largo del texto– que, en un proceso discontinuo y apremiado por las circunstancias, va desaprendiendo y desprendiéndose de su antigua voz como creador modernista para dar paso a la gestación de una nueva poética.[15] Incluso, es bastante notable como a medida que se interna en el interior de Colombia, la

voz de Arturo Cova tiende a atenuarse para, primero, contaminarse y luego, mimetizarse con el ímpetu y las agendas de los otros narradores[16] frente a las situaciones de abuso e injusticia que atestigua.[17]

La condición de artiste manqué de Arturo Cova sirve a Rivera para llamar la atención sobre la necesidad de una nueva estética literaria comprometida con la denuncia y solución de los grandes problemas nacionales frente al modernismo decadentista que Cova encarna y que recuerda las ideas de Martí y Rodó que mencionamos al principio del capítulo. En su atropellada trayectoria por la geografía liminar colombiana –llanos y selva–, Cova y su historia son el vehículo para que Rivera exponga, por un lado, la esclavitud que tenía lugar en las caucherías de la selva amazónica[18] y, por el otro, para que subraye la urgencia de reivindicar la soberanía nacional y asegurar el funcionamiento de las leyes en aquella zonas donde cundía, entonces, la fiebre del caucho. Es Balbino Jácome quien denuncia esta situación en la novela por mediación de la voz de Clemente Silva plasmada en los escritos de Cova:

¿Y el Presidente de la República no dizque envió […] a licenciar tropas y resguardos en el Putumayo y en el Caquetá, como respuesta muda a la demanda de protección que los colonizadores de nuestros ríos le hacían a diario? ¡Paisano, paisanito, estamos perdidos! ¡Y el Putumayo y el Caquetá se pierden también! (277).

Este complejo mecanismo de polifonía –materialización del mise en abyme– constituye la base estructural de la novela: el lector se enfrenta a una serie de narraciones enmarcadas que, con frecuencia, acogen en su interior otras narraciones, las cuales son siempre relatadas desde la perspectiva de Cova. Es de este recurso que Rivera se vale para dotar a su texto de una apariencia de verosimilitud que refuerza, a su vez, la veracidad de cuanto en él se denunciaba. Grosso modo, el marco narrativo de La vorágine sugiere al lector que todo cuanto tiene ante sus ojos son los escritos que el propio Arturo Cova anotara en el libro de caja del Cayeno y que pusiera en manos del viejo Clemente Silva para relatar lo que ocurría en aquella región de Colombia ante el cónsul colombiano en Manaos. Para fortalecer esta estrategia narrativa encaminada a crear un aura de veracidad alrededor de lo que se denuncia en el texto, el mismo José Eustasio

Rivera se ficcionaliza. Se convierte en un fautor[19] del texto y aparece mencionado en su prólogo confesando haber preparado un glosario –que se encuentra al final del libro–, no haber alterado el cuerpo de los escritos de Cova, al tiempo que hace notar la intención de denuncia que los atraviesa:[20]

En estas páginas respeté el estilo y hasta las incorrecciones del infortunado escritor, subrayando únicamente los provincialismos de más carácter […] Creo, salvo mejor opinión de S. S., que este libro no se debe publicar antes de tener más noticia de los caucheros colombianos del Río Negro o Guainía; pero si S. S. resolviere lo contrario, le ruego que se sirva comunicarme oportunamente los datos que adquiera para adicionarlos a guisa de epílogo (75).

Esta estrategia de veracidad la completa la paráfrasis que el Rivera fautor de La vorágine hace del comunicado del cónsul colombiano en Manaos sobre la suerte de Cova y sus amigos: "El último cable de nuestro Cónsul, dirigido al señor Ministro y relacionado con la suerte de Arturo Cova y sus compañeros, dice textualmente […] '¡Los devoró la selva!'" (385). En este breve epílogo, José Eustasio Rivera se consolida como intermediario entre los textos de un personaje de ficción y el mundo no ficcional de los lectores validando, así, la denuncia que se realiza en La vorágine sobre la situación en la Amazonía en el contexto de poderosos intereses trasnacionales involucrados en la región.[21]

De esta región liminar, el texto de Rivera, además de denunciar los abusos de la explotación cauchera, propone –como Von Martius lo hiciera para el Brasil– su plena incorporación a la nación a través de un mapeamiento que va más allá del sentido cartográfico del término.[22] Esa visión totalizadora que busca compensar el desconocimiento de la geografía nacional a través de la escritura marca una coincidencia central de Rivera con Humboldt, Sarmiento y Euclides da Cunha en lo referente al elemento cartográfico sobre el que estos habían trazado la escritura de sus tratados nacionales. Sin embargo, a diferencia de todos ellos, Rivera utiliza la ficción como punto de partida para la construcción de una visión totalizante de la selva y los llanos colombianos, aunque lo hace a través de una estrategia narrativa que intenta erosionar, precisamente, los límites entre la realidad que intenta denunciar y la ficción literaria que le sirve como vehículo para ello.

Miembro de una comisión limítrofe como, en su tiempo, lo había sido Euclides, Rivera[23] –designado, en 1922, secretario de la comisión limítrofe colombo-venezolana– permaneció en la selva hasta, por lo menos, julio de 1923,[24] después de adolecer de paludismo,[25] mientras –según han demostrado investigadores como Neale-Silva–,[26] recopilaba documentos y testimonios que habrían de dar origen a no pocas de las páginas de La vorágine.[27] Como en el caso de Euclides, la llegada al espacio natural en Rivera se realiza bajo la forma de una expedición auspiciada por el estado que buscaba afirmar su legitimidad en aquellos territorios distantes y no, como en el caso de Quiroga, para materializar una utopía que contravenía los ideales civilizatorios. Así, pues, además de escribir los márgenes para incorporarlos, Rivera, al igual que Euclides, denuncia y critica el status quo en aquella región como un gesto de nacionalismo[28] frente a las incursiones venezolanas, peruanas y de los explotadores del caucho. Si la desaplicación de las leyes del estado colombiano en aquellas regiones ponía en entredicho su soberanía era como consecuencia –implica Rivera– del desconocimiento que se tenía sobre ellas y sobre su pertenencia a Colombia:[29]

Tal vez, [el cónsul colombiano en Manaos] al escuchar la relación de don Clemente, extienda sobre la mesa aquel mapa costoso, aparatoso, mentiroso y deficientísimo que trazó la Oficina de Longitudes de Bogotá, y le responda tras de prolija indagación: “¡Aquí no figuran ríos de esos nombres! Quizás pertenezcan a Venezuela. Diríjase usted a Ciudad Bolívar”.

Y, muy campante, seguirá atrincherado en su estupidez, porque a esta pobre patria no la conocen sus propios hijos, ni siquiera sus geógrafos (361).

Ante el desconocimiento que, en la práctica, hacía de aquel territorio una terra incognita, en La vorágine, Rivera entrega al lector una representación de la selva como un espacio amenazado por intereses extranjeros que ponían en riesgo la soberanía colombiana buscando, quizá, motivar una actuación del estado en la zona que remediase la situación.[30] En consecuencia, se figura a una selva poblada y transitada mayormente por extranjeros –venezolanos, brasileños, peruanos, judíos, italianos, sirios, libaneses, franceses y turcos– de quienes Cova

y sus compañeros son víctimas en su paso por aquella zona. Por ende, no es poco simbólico que el acto escritural de Cova –encaminado a denunciar y poner un remedio a aquella situación– se efectúe precisamente en uno de los cuadernos de los que se servía el Cayeno –un francés que es el epítome del colonialismo económico que sufría la región– para documentar la explotación del territorio nacional colombiano por medio de la esclavitud de sus propios ciudadanos.

El periplo de Cova es, al mismo tiempo, un pretexto para que, en la más pura tradición de Von Martius, Rivera inscriba en Colombia aquel espacio a través de una recreación literaria que se nutre de la visión etnográfica y antropológica para registrar el habla de la región, sus creencias y supersticiones (como en el caso del hechizo de la negra Bastiana y la leyenda de la indiecita Mapiripana[31]) e, incluso, el modus vivendi de unos de sus grupos indígenas –los guahibo– entre quienes el mismo Cova vive por un tiempo. De hecho, al documentar su estancia con los indígenas, Cova perpetúa una perspectiva de incomprensión que lo liga a los primeros europeos que escribieron sobre América en el siglo

XVI

.[32]

Procuraba yo halagarlo [al jefe de familia indio] en distintas formas, por el deseo de que me instruyera en sus tradiciones, en sus cantos guerreros, en sus leyendas; inútiles fueron mis cortesías, porque aquellas tribus rudimentarias y nómades no tienen dioses, ni héroes, ni patria, ni pretérito, ni futuro (207).

Esta perspectiva de insensibilidad en Cova ante los indígenas experimenta una transformación hacia el final de la novela cuando expresa su conmiseración ante la miseria en que vivían dos niñas indígenas que habían sido obligadas a servir como prostitutas en una cauchería:

Y cuando pasamos ante un caney, cercano al río, vi un grupo de niñas, de ocho a trece años, sentadas en el suelo, en círculo triste. Vestían todas chingues mugrientos, terciados en forma de banda y suspendidos por sobre el hombro de

un cordón, de suerte que les quedaban pecho y brazos desnudos. Una espulgaba a su compañera, que se le había dormido sobre las rodillas; otras preparaban un cigarrillo en una corteza de tabarí, fina como papel, ésta, de cuando en cuando mordía con displicencia un caimito lechoso; aquélla de ojos estúpidos y greñas alborotadas, distraía el hambre de una criatura que le pataleaba en las piernas, metiéndole el meñique entre la boquita, a falta del pezón ya exhausto. ¡Nunca veré un grupo de más infinita desolación! (331-2).

Así, pues, retrato y denuncia van de la mano en esta descripción pormenorizada y, a la vez, totalizante de la selva a la que Rivera –mientras subsana la condición de terra incognita de este espacio– enfrenta al lector y de la que Horacio Quiroga en su carta elogiara y definiera como una impresión mayor de ambiente. Para alcanzar esa impresión mayor de ambiente, Rivera continúa la apropiación paradójica que tanto Rangel como Quiroga y el mismo Güiraldes hacen de la estética del decadentismo finisecular –centrada mayormente en la descripción de joyas, piezas de museo e, incluso, de las llamadas nature morte– para retratar la naturaleza americana en un espectro que oscila entre el costumbrismo, el ufanismo y el tremendismo naturalista. Rivera acuña una retórica del exceso cuyo barroquismo y repertorio de imágenes recuerdan el estilo con el que Alberto Rangel describiera la Amazonía brasileña en Inferno verde (1907) y que, en cierta manera, son un reflejo de la espesura y el abigarramiento de la vida natural en la selva. De hecho, el título del texto de Rangel expresa la visión con la

que se concibe, en parte, el espacio selvático en La vorágine; es la cárcel verde:

Tú eres la catedral de la pesadumbre, donde dioses desconocidos hablan a media voz, en el idioma de los murmullos, prometiendo longevidad a los árboles imponentes, contemporáneos del paraíso, que eran ya decanos cuando las primeras tribus aparecieron y esperan impasibles el hundimiento de los siglos venturos. Tus vegetales forman sobre la tierra la poderosa familia que no se traiciona nunca[…] Tus multísonas voces forman un solo eco al llorar por los troncos que se desploman, y en cada brecha los nuevos gérmenes, apresuran sus gestaciones […] ¡Tú misma pareces un cementerio enorme donde te pudres y resucitas! (189-90).

La figuración de la selva a lo largo de la novela no es estable. Antes bien, pasa por una serie de transformaciones que acontece de manera paralela a la gestación de la nueva voz como creador –en el marco de la ya aludida künstlerroman– de Arturo Cova. Al principio de La vorágine y de cara a lo que se narra en De sobremesa y Raucho, la selva sustituye a París en tanto espacio a donde el joven protagonista marcha a curarse del ennui.[33] De ello son prueba las descripciones donde la jungla es referida como si se tratase de enormes templos o edificios delineados, a su vez, por amplias avenidas acuáticas. Estas naves ilusorias –que se antojan edificaciones góticas– reflejan ese espíritu de morbidez y malditismo tan caro a los modernistas: "aquel ambiente de pesadilla me enflaquecía el corazón, y era preciso volver a las tierras civilizadas, al remanso de la molicie, al ensueño y la quietud" (180). De hecho es precisamente en su primera pesadilla[34] que Cova realiza una conexión simbólica que se mantiene constante a lo largo del texto: me refiero a la relación entre la selva y la mujer, que era la misma que se daba entre la mujer y París en Raucho. En su pesadilla, Arturo se sueña persiguiendo a una Alicia huidiza que, al final, resulta ser el mismo árbol del que éste, a hachazos, intentaba extraer caucho: "¿Por qué me desangras?, suspiró una voz falleciente. Yo soy tu Alicia y me he convertido en una parásita" (112). El carácter agreste de la selva se transforma, entonces, en eco de la mujer figurada en términos de la femme fatale del decadentismo. Este perfil lo actualizan la propia Alicia –en momentos–, la niña Griselda, Zorayida Airam e, incluso, la indiecita Mapiripana. Sin embargo, la más trascendental de estas figuras femeninas es la selva misma que se convierte hacia el final, a despecho del reencuentro con Alicia, la protagonista de la novela al lado de Cova.

A diferencia del perjuicio espiritual que el viaje a París provocaba en sus ejecutantes –según lo detalla el narrador de Raucho– el viaje a la selva representa para Arturo Cova, como veníamos anticipando, una oportunidad para redefinir su identidad como escritor y corregir su estética frente a la naturaleza americana. Así, a pesar de la contradicción que implica su visión en los llanos cuando se sueña patriarca de un hato[35] –como sí lo será el Santos Luzardo de Doña Bárbara–, Cova experimenta una metamorfosis al entrar a la selva y conocer a Clemente Silva y el universo de los caucheros. Cuando esto ocurre, la figuración de la selva, en consecuencia, se realiza en términos que evocan la esclavitud y el régimen de opresión e injusticias en el que pasaban sus días los hombres con quienes Cova interactúa en su busca de Alicia. Así, la selva se transforma en cárcel verde, en prisión, en infierno, en cementerio, en la

materialización de “un abismo antropófago, la selva misma, abierta ante el alma como una boca que se engulle los hombres a quienes el hambre y el desaliento le van colocando entre las mandíbulas” (307).

Media, pues, una larga trayectoria entre el Arturo Cova megalómano, narcisista y víctima del ennui del principio de la novela y el protagonista que, hacia el final de la misma, oscurece su voz para dar paso al relato y la denuncia de los caucheros y de cuanto él mismo atestiguaba en su camino por la selva. La aserción pesimista –fragmento de su carta– que abre La vorágine, muestra a un Cova que confiesa el fracaso de su vida dada la improductividad con que la caracteriza. Utiliza, significativamente, una metáfora de índole vegetal para expresar su desaparición trágica en el agreste: “el destino implacable me desarraigó de la prosperidad incipiente y me lanzó a las pampas, para que ambulara vagabundo, como los vientos, y me extinguiera como ellos sin dejar más que ruido y desolación” (77).[36] Esta imagen de esterilidad se reafirma páginas más adelante cuando al hablar de la marcha de Alicia a su lado, se describe a sí mismo oblicuamente diciendo que “ella iba también, como la semilla en el viento, sin saber a dónde y miedosa de la tierra que la esperaba” (87). La imagen de la semilla al viento para resumir la vida de Cova es, a todas luces inexacta, si consideramos que es gracias a su trayecto en la selva que se cierra el ciclo de esta künstlerroman à rebours o, en otras palabras, que Cova logra recrearse y, a su vez, regenerar su voz como escritor. Del poeta del principio poco queda cuando páginas antes del final éste experimenta una epifanía y se pregunta sobre la trascendencia de la estética romántica en situaciones como la que atravesaba: “¿Cuál es aquí la poesía de los retiros, dónde están las mariposas que parecen flores translúcidas, los pájaros mágicos, el arroyo cantor? ¡Pobre fantasía de los poetas que sólo conocen las soledades domesticadas!” (296). Distanciándose, pues, de las fantasías de esos poetas de quienes había formado parte, Cova concibe para su escritura una finalidad: la de ayudar a resarcir los abusos que veía y contribuir, así, al mejoramiento de la nación:

¿Loco yo? ¡Qué absurdo más grande! Ya se me había ocurrido un proyecto lógico: entregarme como rehén en las barracas del Guaracú, mientras el viejo Silva ser marchaba a Manaos, llevando secretamente un pliego de acusaciones dirigido al cónsul de mi país con el ruego de que viniera inmediatamente a liberarme y a redimir a mis compatriotas (292).

Trazados con ánimo febril, los escritos que produce Cova sobre uno de los cuadernos de contabilidad del Cayeno, símbolo de aquel sistema de explotación esclavista[37], constituyen, a mi parecer, la fertilidad que el protagonista de La vorágine alcanza y por la que se redime a través de la escritura. Concebidos con la selva –cuyo protagonismo ya señalamos– estos escritos nacen al amparo de dicho espacio y, al igual que el ritual de paternidad que Cova describía entre los indios guahibo, es él quien, simbólicamente, da a luz a la criatura y deja de ser aquella semilla al viento a la que hacía referencia al inicio de La vorágine. La descendencia de Cova no la constituye, sin embargo, el hijo que pare Alicia en medio de la selva, sino el libro donde además de perpetuarse él mismo –a través de sus memorias–, presta un servicio ejemplar a su nación: "[Don Clemente] Cuide mucho esos manuscritos y póngalos en manos del Cónsul. Son la historia nuestra, la desolada historia de los caucheros. ¡Cuánta página en blanco, cuánta cosa que no se dijo!" (383-4).[38]

Al igual que en Raucho, el protagonista de La vorágine, comprueba su transformación y reconciliación con la tierra no sólo deshaciéndose de su ropaje previo, sino, sobre todo, identificándose y convirtiéndose en uno de aquéllos cuya situación relata en sus manuscritos. Cova muere tragado por la tierra, pero ese acontecimiento más que ser leído sólo como un hecho trágico debe ser entendido como una reconciliación, una reincorporación orgánica al suelo americano.

Es, también, la reconciliación con el suelo americano –como veíamos en Raucho y, posteriormente, en La vorágine– la senda que el protagonista de Doña Bárbara (1929) recorre a lo largo de esta novela que Rómulo Gallegos ambienta en otro espacio periférico: la región de los llanos en Venezuela. Aunque heredera del espíritu de Sarmiento –en lo referente al préstamo explícito que hace de los términos civilización y barbarie–, Doña Bárbara es, como veremos, una obra que se apega más a la posiciones de Martí en Nuestra América y de Rodó en Ariel en lo que respecta a la resolución de la problemática de América Latina o, para decirlo en la especificidad de la misma obra: de la "tragedia venezolana" (113).[39]

Consumación del género de las llamadas novelas de la tierra, Doña Bárbara conjuga la figuración amenazante de la naturaleza que tenía lugar en La vorágine al tiempo que inscribe los hechos relatados en clave alegórica dentro de la narrativa de tesis al modo de Raucho. La alegoría no sólo explica la génesis de

esta novela, sino que es también un elemento esencial para el entendimiento del plan que, a través de ella, Gallegos –en el más puro espíritu sarmentino–[40] expone para consolidar el desarrollo de Venezuela y conjurar las fuerzas retrógradas que dificultaban su avance concentradas en la figura de doña Bárbara. Es, de hecho, en el prólogo que antecede a la última versión preparada y revisada por el propio Gallegos[41] donde éste desvela la clave alegórica de la obra y establece dicha interpretación sobre cualquier otra que pudiere dársele. Es, asimismo, en el prólogo que Gallegos elabora un manifiesto donde cifra la postura ideológica que debían adoptar un escritor y su obra frente a los desafíos que enfrentara su nación en el espíritu de los ensayos de Martí y Rodó que aludimos arriba.

En el prólogo, Gallegos condena oblicuamente la literatura escapista y se decanta, en cambio, por una escritura que se interese y esté involucrada en los acontecimientos reales que rodeasen al escritor:

Tal vez no les agrade a todos los lectores de este libro que yo les diga que mis personajes existieron en el mundo real, pues si alguna función útil desempeña una novela es la de ser una puerta de escape de ese mundo, donde los seres humanos y los acontecimientos proceden y se producen de un modo tan arbitrario y disparatado que no hay historia de ellos que satisfaga la necesidad de ordenamiento lógico que experimenta el hombre cuando no tiene nada que hacer, o sea, cuando está parada la máquina de los disparates, cuando no la de las monstruosidades, mientras que aun en las peores novelas se descubre alguna inteligencia ordenadora (109).

Al reafirmar la dimensión lúdica que subyace la lectura de toda novela, sugiere que el escapismo de la ficción es legítimo sólo cuando las circunstancias externas lo posibiliten, es decir, cuando estén paradas las máquinas de los disparates y monstruosidades. Por eso, al tener en cuenta el momento histórico en que esta obra se escribió –la larga dictadura de Juan Vicente Gómez–,[42] es entendible que Gallegos subraye –como Rivera hiciera en La vorágine– el hecho de que los personajes que aparecen en su texto son reales implicando, así, que su novela es mucho más que un objeto lúdico y él, más que un escritor de ficciones:

Yo no podía limitarme a una pintura de singularidades individuales que compusieran caracteres puros, sino que necesitaba elegir mis personajes entre las criaturas reales que fuesen causas o hechuras del infortunio de mi país, porque algo además de un simple literato ha habido siempre en mí (113).

La escritura es resignificada como un servicio a la nación que trasciende cualquier afán literario. Gallegos confiesa haber abandonado la intención de escribir una novela de impresiones y paisajes de los llanos al experimentar de cerca los conflictos de Venezuela en quienes conociera en su viaje por las latitudes aludidas en Doña Bárbara: "Desistí de la novela que estaba escribiendo, definitivamente inédita ya. La mujerona se había apoderado de mí, como sería perfectamente lógico que se apoderara de Lorenzo Barquero. Era además un símbolo de lo que estaba ocurriendo en Venezuela en los campos de la historia política" (112).

Escribir es, pues, en Gallegos –como Martí lo ambicionara con su "pensar es servir" en Nuestra América– servir y, además hacer la patria. Con Doña Bárbara, Gallegos, en el marco de un optimismo nacionalista, ofrece un servicio a Venezuela al utilizar la escritura como vehículo para proponer soluciones al atraso nacional desde una ficción con pretensiones de ensayo político: "el espectáculo no era para reflexiones pesimistas, y mi venezolano deseo de que todo lo que sea tierra de mi patria alguna vez ostente prosperidad y garantice felicidad, tomó forma literaria" (110-1).

Así, al utilizar el espacio de la ficción como un campo de cultivo propicio para la generación de soluciones a la grandes cuestiones nacionales, Gallegos se distancia en Doña Bárbara de la tópica modernista de novelas como Ídolos rotos (1901) y Sangre patricia (1902) del también venezolano Manuel Díaz Rodríguez.[43] En dichos textos de Díaz Rodríguez los protagonistas son venezolanos desarraigados que acaban por huir a Europa dejando atrás la "tierruca" (41) –como es aludida Venezuela– pues, como afirma Alberto Soria, protagonista de Ídolos rotos, "el supremo deber de un artista es poner a salvo su ideal de belleza. Y yo nunca, nunca, realizaré mi ideal en mi país" (162). Contraponiéndose a lo anterior, la postura de Gallegos establece un vínculo estrechísimo entre el artista, su estética y el arte que éste habría de producir de

cara a lo que el autor denomina “ese desgraciado tiempo de mi país” (112).

Al principio de la novela, su protagonista –Santos Luzardo–, al igual que Alberto Soria y Tulio Arcos de Ídolos rotos y Sangre patricia, respectivamente, ambiciona finiquitar toda relación con Venezuela y mudarse a Europa a consecuencia de la intermediación libresca y la morigeración de su virilidad por influjo de la atmósfera feminizante con la que se asocia a la ciudad.[44] Tal y como se ve también en el Raucho de Güiraldes, a su llegada a la ciudad, Luzardo es seducido por la vida urbana que descoyunta sus lazos de pertenencia a la nación y, en consecuencia, elimina toda posibilidad de fertilidad en el ejercicio de su ciudadanía a la que parece querer renunciar. Santos adopta esa actitud que Martí condenaba en Nuestra América al calificar a hombres que encarnaban tal espíritu como sietemesinos “que no tienen fe en su tierra […], delicados que son hombres pero que no quieren hacer la labor de hombres” (54). Santos Luzardo, más que interesarse en la vida de Venezuela proyectando su regreso al solar de su familia en los llanos –microcosmos mismo de la patria–, vive anhelando el exilio en Europa:

La tierra natal ya no lo atraía, ni aquel pedazo de ella, ni toda entera, porque al perder los sentimientos regionales había perdido también todo sentimiento de patria. La vida de la ciudad y los hábitos intelectuales habían barrido de su espíritu las tendencias hacia la vida libre y bárbara del hato; pero, al mismo tiempo, habían originado una aspiración que aquella ciudad no podía satisfacer plenamente […] este ideal sólo parecía realizado en la vieja y civilizadora Europa, acarició el propósito de expatriarse definitivamente (Gallegos 117).

En oposición a la trayectoria del protagonista en Raucho, Santos Luzardo llega a la ciudad procedente de un espacio rural cifrado como locus del caos, la violencia e, incluso, del fratricidio. Esta interrupción de la armonía en el campo, provocada por la desintegración del linaje de los Luzardo, expresa el fin de una aurea aetas que Gallegos convierte en alegoría de la descomposición y las luchas intestinas que sufría la Venezuela de aquel tiempo. Buscando “salvarlo, educándolo en otro medio, centenares de leguas de aquellos trágicos sitios” (Díaz Rodríguez 135) la madre lo lleva a Caracas donde, paradójicamente, Santos ante el efecto nocivo de la vida citadina, manifiesta síntomas del ennui

libresco: adolece de un “adormecimiento”, “atrofia” y “abulia” espirituales. Así, pues, mientras que Raucho es trasladado al campo para que la naturaleza ocupase la figura maternal con la que su orfandad le impedía contar, Santos es alejado de ella porque se la concibe como un espacio amenazante que bestializa o, como la describe Lorenzo Barquero, una “tierra [que] no perdona […] la devoradora de hombres” (217). No obstante, la ciudad prueba representar una opción errónea para la salvación de Santos puesto que su ambiente y el espejismo libresco que lo envuelve invitan a la extinción de los vínculos con el hato y, por ende, con la patria misma. A la enfermedad simbólica de la patria, Gallegos añade el panorama poco halagüeño del contagio escapista de su protagonista evocando, quizá, las siguientes líneas de Martí:

¿Quién es el hombre? ¿El que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? (54-55).

A la pregunta retórica de Martí, Gallegos opone la trayectoria de regeneración de Santos a lo largo de Doña Bárbara. Su contacto con la tierra de sus antepasados lo cura del ennui y restituye en él su compromiso con la restauración de Altamira que es, a la vez, la de Venezuela misma.

Artífice de la separación de su hijo de la tierra, será la misma doña Asunción quien recuerde a Santos la importancia que detenta Altamira en tanto constituía el origo familiae de los Luzardo. Es, pues, su muerte el acontecimiento que posibilita la reconexión de Santos con la tierra. Su vuelta al hato es bastante simbólica puesto que representa un regreso al origen donde no sólo se reivindica su ligazón con la tierra en el sentido de conservación del solar familiar, sino también y, sobre todo, se reafirma compromiso con la patria que Santos elabora bajo la forma de su plan civilizador de la llanura durante su viaje fluvial rumbo a Altamira. A través de dicho plan y la derrota de doña Bárbara, el protagonista recupera ese territorio para la patria al reinstaurarlo al marco de la legalidad del estado, tal y como pretenden hacer las denuncias de Cova con la Amazonía colombiana en La vorágine.

Esta trayectoria a la tierra que lo hace retomar el mando de Altamira implica para Santos, además de una reconciliación con sus antepasados y un acto de fe hacia la nación, la resolución del enfrentamiento entre la civilización y la barbarie. Sin renunciar a su esencia llanera –"llanero es llanero hasta la quinta generación" (358)–, Santos decide acoplarla a los ideales que la educación en Caracas le había inculcado: "decidió lanzarse a la empresa con el ímpetu de […] los hombres de una raza enérgica; pero también con los ideales del civilizado, que fue lo que a aquéllos les faltó" (Gallegos 140). En ello radica la contribución de la obra de Gallegos; en reconciliar los términos de la dicotomía sarmentina sin desechar ninguno de ellos. Gallegos lo hace a través de la transformación de la figura de Santos Luzardo por el contacto telúrico[45] y de su unión con Marisela mientras desarticula, a la vez, la dictadura de la ignorancia y la superstición que doña Bárbara instaurara en los llanos.

Como veíamos, el deslinde que en el prólogo hace el autor de la estructura alegórica de la novela sitúa la problemática de lo que en ella se narra en el plano de la matriz antinómica sarmentina de civilización contra barbarie. Sin embargo, a diferencia del pesimismo y el racismo frente a lo americano que entrañan y en los que se fundan las aseveraciones del pensador y presidente argentino, la postura de Gallegos en Doña Bárbara supone una evolución con respecto al discurso determinista que venía arrastrándose desde el siglo

XIX

. Si bien explica que doña Bárbara es la representación de la barbarie americana y de las fuerzas de dicha naturaleza mientras que Santos Luzardo es la materialización de la civilización, Gallegos –más que pensar en una eliminación o sometimiento de la barbarie por parte de la civilización– propugna por una unión productiva entre ambos. La manera en que se realiza esa unión es a través de la síntesis erótica[46] de Marisela –hija de doña Bárbara– y de Santos Luzardo que, hacia el final de la novela, refundan, de manera simbólica la nación venezolana: "Santos Luzardo y Marisela […] son, respectiva y complementariamente, la empresa que hay que acometer, una y otra vez, y la esperanza que estamos obligados a acariciar con incansable terquedad; la obligación de hoy para la sosegada contemplación de mañana" (112).

La unión entre Santos y Marisela es consecuencia de un proceso mucho más crucial en el argumento del texto. De hecho, se trata de la línea principal de la novela. En ella se detalla el proceso a través del cual el obstáculo para el

progreso de la región –doña Bárbara; es decir, la naturaleza– es superado. La personificación de la naturaleza, su caracterización como doña Bárbara, revelan que, al igual que sucede en Raucho y La vorágine, la figura femenina detenta también en esta novela un rol central. Descrita como “marimacho” (154) o “mujer de pelo en pecho” (188), doña Bárbara encubre bajo la intensidad de su fuerza, de su condición hombruna el trauma de una mujer –evocación de la indiecita Mapiripana de La vorágine– que tras ser estuprada se ve impedida de la maternidad: “la trágica guaricha. Fruto engendrado por la violencia del blanco aventurero en la sombría sensualidad de la india, su origen se perdía en el dramático misterio de las tierras vírgenes” (141). El conflicto central en el texto de Gallegos es, pues, cómo doña Bárbara no sólo es derrotada por la prevalencia de la “obra patriótica” (171) que conlleva el plan modernizador de la llanura emprendido por Santos Luzardo desde Altamira, sino, sobre todo, cómo la naturaleza agreste –a quien doña Bárbara representa– es impulsada a generar, a producir, a ser maternal. Es ése, precisamente, el sentimiento que la unión entre Santos Luzardo y Marisela despiertan por primera vez en aquella mujer antes de su desaparición definitiva de los llanos: “Se quedó contemplando, largo rato, a la hija feliz, y aquella ansia de formas nuevas que tanto la habían atormentado tomó cuerpo en una emoción maternal, desconocida para su corazón” (464).

Así, pues, el estado indómito y salvaje que Santos Luzardo atestigua en la naturaleza, al principio de la novela, es sucedido por la inminencia de una visión donde se enfatiza la productividad del medio gracias a la victoria de su plan civilizatorio. Santos anuncia el advenimiento de los ferrocarriles al hasta entonces reducto geográfico de la barbarie y confirma, así, su propia fertilidad –en tanto ciudadano– hacia el proyecto de nación que Gallegos propone en la novela:[47] “la línea recta del hombre dentro de la línea curva de la Naturaleza, demarcaría en la tierra de los innumerables caminos, por donde hace tiempo se pierden, rumbeando, las esperanzas errantes, uno solo y derecho hacia el porvenir”. (234) Lo anterior marca un decisivo contraste con el pesimismo que caracterizaba la concepción de Venezuela en las novelas de Díaz Rodríguez y, en general, de la estética anterior a Gallegos. Habiendo asimilado el desahucio determinista presente en Sarmiento, en una de sus obras, Díaz Rodríguez llegó a comparar a la nación con un organismo vegetal contrahecho y malsano:

Creía adivinar una harmonía profunda entre la salud y suerte de su patria y la salud y suerte de aquella planta enfermiza, delicada, como una hebra, de altura

inferior a la de sus iguales del bosque, de hojas raras, amarillas, y de frutos escasos pequeñitos, que caían muy antes de llegar a la madurez perfecta. Y cada vez el lechoso enclenque despertaba […] innumerables reflexiones, a cual más irónicas y pesimistas (82).

A ello, Gallegos opone una lectura que, si bien se sirve de la terminología sarmentina, se distancia de su desconfianza y profundo escepticismo en el componente racial americano. El autor sugiere que la población es capaz de efectuar el desarrollo de la región guiada por un plan que recuerda las propuestas martinianas: una serie de medidas elaboradas sobre la realidad de la naturaleza americana misma y que involucrasen al hombre natural en el proceso de su propio progreso:[48] "¡Llanura venezolana! ¡Propicia para el esfuerzo, como lo fue para la hazaña! Tierra de horizontes abiertos, donde una raza buena, ama, sufre y espera!" (468). Doña Bárbara es una propuesta para remediar esa condición de espera del interior americano que Gallegos enfatiza como un desafío a la juventud americana a la que, Rodó se dirigiera en Ariel.

La reivindicación literaria de la naturaleza y de lo telúrico frente a la estética precedente –el modernismo– que tiene lugar en Raucho, La vorágine y Doña Bárbara, está cimentada sobre una paradoja. A pesar de que estos textos daban la espalda al espacio urbano y sospechaban de todo esteticismo que se apartase del carácter nacional –explicado siempre como una esencia ligada a la tierra y lo vernáculo–, el lenguaje y los tropos a través de los cuales cifran su nacionalismo provienen de las matrices estéticas que los modernistas utilizaran para describir las ciudades y atmósferas burguesas de sus flâneurs. Los recursos estéticos modernistas fueron incorporados por los autores de las novelas de la tierra que los resignificaron al recontextualizarlos y adaptar su utilización en narrativas de tintes didácticos (Raucho) o ejemplarizantes (La vorágine y Doña Bárbara) que se servían de los tonos del costumbrismo, del ensayo político, de la denuncia periodística, del diario para reposicionar a la naturaleza en el centro del debate sobre la nacionalidad. La publicación en 1928 de Macunaíma. O herói sem nenhum caráter, escrita por el brasileño Mário de Andrade, representa un giro de tuerca capital frente a la tendencia estética que manifestaban las novelas hispanoamericanas estudiadas anteriormente, las cuales –hay que decirlo– le eran contemporáneas.

Lejos ya del influjo esteticista del parnasianismo –modernismo en

Hispanoamérica– a través del cual pampa y selva habían sido descritas en Raucho, La vorágine y Doña Bárbara, Macunaíma manifiesta una filiación estética ligada al vanguardismo europeo que determina su deslinde de los últimos trazos de la retórica decimonónica[49] que aún se evidencia en los textos de Güiraldes, Rivera y Gallegos. En el libro de Andrade, a diferencia de los anteriores, el lenguaje no es sólo instrumento para construir una propuesta de identidad literaria y nacional a través de la descripción de la naturaleza, sino que, se convierte él mismo en el protagonista y fuente de la identidad en tanto se lo concibe como la naturaleza del pueblo brasileño. Así, en tanto locus de la identidad, el lenguaje materializa una idea totalizante de lo nacional a través de la superposición del habla y particularidades lingüísticas de todas las regiones del Brasil.[50] Esto es posible gracias a la narración de una historia proveniente de un ciclo mitológico amazónico[51] cuyos escenarios son, sin embargo, en el texto de Andrade, la geografía y la historia entera del Brasil.[52]

El viaje al interior y, por ende, el contacto decisivo con la naturaleza que acontecía en Raucho, La vorágine y Doña Bárbara tienen su equivalente en Macunaíma con una vuelta radical al mundo natural. El argumento de la obra no da cuenta de un periplo hacia el dominio de lo natural a través de los ojos de hombres educados en los ideales de la civilización. Andrade articula en Macunaíma una mirada que se proyecta en sentido contrario a las de Raucho, Arturo Cova y Santos Luzardo. Su protagonista –Macunaíma– es un aborigen amazónico, cuya historia constituye el argumento del texto. Es a través de una narrativa lineal y desde la perspectiva del mismo Macunaíma que el lector experimenta el desconcierto que supone su inserción en un universo ajeno que no le es descrito ya desde afuera, sino que se ve y se relata a sí mismo desde adentro. Es, pues, por mediación del discurso etnográfico –en el que se funda Macunaíma– y, en menor medida, del folclórico que desaparece la condición amenazante, misteriosa o idealizada de la naturaleza para dar paso a una visión de índole mitológica indígena que se combina, a su vez, con elementos de la vanguardia europea.

La estrategia de Andrade al convertir el discurso etnográfico en punto de partida de su ficción literaria lo lleva a reconfigurar la figura del indígena y de la naturaleza dentro de la tradición literaria brasileña. Lejos de conformar su figuración del indígena al radio que le permitía el repertorio folclórico o de incurrir en el indianismo esteticista de José de Alencar, en Macunaíma, Andrade concibe el cuerpo del indígena como un espacio donde situar una reflexión crítica sobre la identidad brasileña. Al contrario de la ejemplaridad moral y

sentimentalismo que caracterizaban a los personajes indígenas de Alencar como Iracema o Peri, el Macunaíma de Andrade es el epítome de lo que Antonio Candido denominara el malandro[53] –"como el pícaro, es una especie de un género más amplio de aventurero astuto, común a todos los folclores" cuya "malandragem tiende a fijarse casi siempre en el provecho o en un problema concreto, en cuya solución frecuentemente se afecta a terceros"–[54] que deambula en la esfera pública y la privada trascendiendo a través de su comportamiento conceptos como bonhomía y cinismo:[55] "que muestra al lector una relativa equivalencia entre el universo del orden y del desorden; entre lo que se podría llamar convencionalmente el bien y el mal".[56]

Oponiendo el relato de la vida de su malandro a personajes determinados por una trayectoria hacia la conquista de la altura moral en narrativas de maduración a lo bildungsroman o künstlerroman –como era el caso de los protagonistas de las novelas hispanoamericanas analizadas anteriormente–, Andrade critica en Macunaíma la idealización de la construcción identitaria brasileña precedente a través de la historia inconsecuente de un héroe paradójico: de su vida no es viable derivar ni ejemplaridad moral ni línea didáctica alguna. En su lugar, Andrade enfrenta al lector con una sátira corrosiva y escéptica que parodia e ironiza el repertorio cultural brasileño –convertido en pastiche– en el marco de una carnavalización donde conviven tanto el optimismo como el pesimismo de cara ala cuestión de la identidad nacional:[57]

Por un lado, el punto de vista "civilizado", "moderno" y racional de un Mário de Andrade forma una figura que funciona como sátira picante de todas las idealizaciones románticas del ethos nacional, por otro lado la mirada crítica también parte del ojo "primitivo", "arcaico" y "mitopoético" del otro Mário de Andrade para alcanzar de lleno la ciudad del progreso, lo ridículo de la burguesía paulista con sus nuevos ricos […] y su cultura vista como grosera y exhibicionista o en el caso de los quatrocentões, pedante y anticuada.[58]

Macunaíma no constituye un ideal, sino un estar em ser –utilizando la frase euclidiana para definir la selva– cuyas acciones se inscriben en una espiral descendente a la que determinan los estímulos freudianos del placer y los del miedo y que Paulo Prado denominara vícios en su Retrato do Brasil (1928).[59] En

su descripción de las supuestas taras psíquicas del pueblo brasileño, Prado elabora un diagrama psicológico que explicaría la dinámica de acción del protagonista de Macunaíma:[60]

Lujuria, codicia: melancolía. En los pueblos, así como en los individuos, es la secuencia de un cuadro de psicopatía: abatimiento físico y moral, fatiga, insensibilidad, abulia, tristeza. A su vez la tristeza, por el alentamiento de las funciones vitales, ocasiona el debilitamiento y altera la oxidación de las células, produciendo un nuevo engravecimiento del mal al que acompañan agitaciones, lamentos y convulsiones violentas.[61]

Esta lógica circular se observa en Macunaíma a pesar de la existencia de un móvil que actualiza la estructura mitológica de la búsqueda: la recuperación del muiraquitã de manos del gigante Piaimã o Venceslau Pietro Pietra "comedor de gente" (Andrade 49). Es, pues, a lo largo de

la narración de esta hazaña que el lector se enfrenta a la paradoja de la aparente ausencia de carácter heroico del protagonista. Sus iniciativas para recobrar el amuleto de Ci –diseñadas desde su condición de malandro y, por ende, de cuestionable altura moral– conviven con una serie de acciones que se revelan contrarias para la consecución de su objetivo. Durante su marcha a São Paulo y su estancia en la ciudad, Macunaíma se involucra en episodios que lejos de llevarlo a la recuperación del muiraquitã crean conflictos que le dificultan la recuperación del talismán. Casi todos ellos están determinados por la continua proclividad del héroe a involucrarse en aventuras sexuales con un amplio catálogo de mujeres, cuyo común denominador –como señala Luís Madureira– es el juego por el juego mismo y no –como se advertiría en un héroe o modelo para la patria– la procreación: "Lo que sorprende de la frenética actividad sexual de Macunaíma es precisamente que –en contraste con el romance fundacional entre las figuras de las madres amerindias y los patriarcas lusitanos– no sea 'reproductiva'",[62] blandiendo un lema como "¡Ay! ¡Qué pereza!"[63] y una lectura de la problemática nacional entre cómica y pesimista resumida en el "poca salud y muchas chicatanas, esos son los males del Brasil",[64] Macunaíma no es un héroe en términos de altura moral o ejemplaridad, sino en su acepción más narratológica: es el protagonista de una rapsodia;[65] la rapsodia tropical del

Brasil.[66] Andrade explicaría esta heroicidad al detallar la condición rapsódica de Macunaíma en una carta a Sousa da Silveira en 1935:

Un poema heroico-cómico mofándose del ser psicológico brasileño, envuelto en un aura de leyenda, a la manera mística de los poemas tradicionales. Lo real y lo fantástico fundidos en un plano. El símbolo, la sátira y la libre fantasía fundidos en uno solo. Ausencia de regionalismo por la fusión de las características regionales. Un Brasil únicamente y solo un héroe.[67]

Sin embargo, no todo es oposición entre el protagonista de Macunaíma y los de Raucho, La vorágine y Doña Bárbara. En el texto de Andrade hay, también, una profunda convicción con respecto a la condena de la dependencia al capital cultural europeo y la desvalorización del americano. Esto no sólo se manifiesta en el plano del argumento cuando Macunaíma decide no viajar a Europa –"No voy a Europa, no. Soy americano y mi lugar está en América. La civilización europea ciertamente estraga la integridad de nuestro carácter"–,[68] sino, sobre todo, en el plano lingüístico. En Macunaíma la consolidación identitaria brasileña comienza y se consolida en la lengua. Siguiendo los pasos de José de Alencar y trascendiendo su busca de una lengua nacional, Andrade reivindica la independencia lingüística de Brasil con respecto al portugués europeo. En capítulos como el de Carta pra as icamiabas, Andrade condena el hecho de que los escritores brasileños prefiriesen el portugués anquilosado de raigambre europea a la lengua hablada en el país al que el denomina brasileiro. En consecuencia, el libro se convierte en un espejo de la lengua hablada en todas y cada una de las regiones del país tanto en el espacio rural como en el urbano; una lengua desgeograficada que está:

Hecha de una amalgama de todos los regionalismos, mezcolanza de los modos de decir de los más diferentes rincones del país, con incrustaciones de indigenismos y africanismos, atravesada por los ritmos repetitivos de la poesía popular y desdoblada en efectos de sátira por la parodia estilística (19).

Macunaíma coincide con los textos de Güiraldes, Rivera y Gallegos en su visión crítica del espacio urbano. La temporada que el protagonista habita en São Paulo le da la oportunidad a Andrade de explicar desde los ojos de un aborigen los avances de la civilización en el Brasil. En esa carta a la barbarie desde la civilización que es la Carta pra as icamiabas, Macunaíma –entonces "Imperador do Mato Virgem"– entrega al lector una visión poco halagüeña del espacio citadino al que resume no sólo como un "grandioso país de enfermedades y de insectos de los cuales cuidarse",[69] sino un lugar donde se respiraba una atmósfera de imitación y sobrevaloración de los modelos extranjeros que tanto Güiraldes como Rivera y Gallegos condenan también en sus obras. Andrade llega, incluso, a afirmar con sorna por boca de Macunaíma que "en poco tiempo seremos una colonia de Inglaterra o de América del Norte".[70] En Macunaíma, a diferencia de los textos de los autores aludidos arriba, esta desconfianza hacia la importación de lo extranjero no redunda en un regreso a la tierra que se concibe como el repositorio de lo nacional; es decir, de la identidad. En Andrade no hay posibilidad de esa reconciliación con la patria a través de la naturaleza que acontece en la vida de Raucho, Arturo Cova y Santos Luzardo. No hay, por ende, la posibilidad de una resolución al problema de la identidad. Hay, al contrario, la certidumbre del cuestionamiento. Macunaíma decide dejar de existir porque no encuentra un sentido a su existencia. Desinteresado ante un nuevo extravío del muiraquitã, se va al cielo no sin antes afirmar que "este mundo no tiene remedio".[71] Más que interpretar el final de Macunaíma como profundamente desalentador –tal y como Bosi lo entiende– propongo leerlo como la cristalización de la crítica de Andrade a todo un proyecto literario y político basado en la esencialidad telúrica de la identidad americana presente, por ejemplo, en Raucho, La vorágine y Doña Bárbara que había nacido a principios del siglo

XIX

en los textos de Humboldt.[72] De hecho, la anécdota que cierra Macunaíma –el loro a quien Macunaíma había hecho aprenderse su historia la relata a un Mário de Andrade ficcionalizado– proviene de una anécdota proveniente de los escritos de Humboldt:

en aquellos tiempos en que viajábamos, nos mostraron en Maypures –y este hecho es digno de recordar– a un perico viejo al cual los habitantes decían no

comprender porque dicho animal hablaba la lengua de los Atures.[73]

Notas del capítulo

---

[1] Rodó puntualiza que en la literatura de aquella época se aprecia "una progresiva disminución de juventud interior y de energía en la serie de personajes representativos que se inicia con los héroes, enfermos, pero a menudo viriles y siempre intensos de pasión, de los románticos, y termina con los enervados de voluntad y corazón en quienes se reflejan tan desconsoladoras manifestaciones del espíritu de nuestro tiempo como la del protagonista de À rebours o la del Robert Greslou de Le Disciple" (16).

[2] José Fernández, el protagonista de De sobremesa (1896), encarna esta actitud aludida por Rodó: "¿Y eso qué me importa, si yo no vivo para los demás, sino para mí mismo […] qué me importan esas ideas sobre el amor, ni qué me importa nada, si lo que siento dentro de mí es el cansancio y el desprecio por todo, el mortal dejo, el spleen horrible, el tedium vitae que, como monstruo interior cuya hambre no alcanzara a saciarse con el universo, comienza a devorarme el alma?" (202).

[3] Así, mientras que la vuelta a la tierra en los textos de Euclides y Rangel consistía, principalmente, en una reflexión sobre la nacionalidad y la necesidad de asegurar la soberanía del estado y la afirmación de la agenda civilizatoria en los márgenes geográficos de la nación, la narrativa de Horacio Quiroga propugnaba por una inversión jerárquica de la dicotomía civilización y barbarie y la rendición del hombre frente a la naturaleza, en cuya dominación no concebía siquiera considerar viabilidad alguna.

[4] En la Argentina, Güiraldes –entre 1916 y 1922 el radicalismo populista del presidente Hipólito Yrigoyen, el primer presidente argentino en ser elegido por sufragio universal (aunque sólo masculino)– trató de subsanar el "enfrentamiento heredado entre un regimen que se juzgaba defensor del orden social amenazado y un movimiento de sindical de raíz urbana (y a menudo extranjera) que, pese a su predominante moderación, era presentado como extremadamente peligroso" (Halperin Donghi 340). Reelegido en 1928,

Yrigoyen asistió en aquel año al "punto más alto de la prosperidad argentina, con exportaciones de doscientos millones de esterlinas oro (dos veces las de 1913)" (342) y, posteriormente, debido a la crisis mundial de 1929 al inicio de su debacle. Mientras "la economía y las finanzas del país se derrumbaban" (342), en septiembre de 1930, un golpe militar comandado por el general José Félix Uriburu sepultaba el gobierno de Yrigoyen; y "con él parecía condenada la experiencia democrática que en Argentina había comenzado en 1912" (342).

La Colombia de Rivera –por lo menos de 1904 a 1930– pasó por una era de paz determinada por el auge en las exportaciones del café que hizo que se conozca a esta etapa como "la república del café". Entre la pérdida del entonces departamento de Panamá (1904) a la crisis económica mundial de 1929, Colombia experimentó "the longest period of internal political stability of its independent history" (Bushnell 155) en el marco de una relación conciliatoria entre liberales y conservadores que contrastaba con la historia precedente. Convertida en "an exemplary Latin American democracy" (155), Colombia, atestiguó en 1930 la transferencia pacífica de la banda presidencial de un presidente conservador a uno liberal (Enrique Olaya Herrera), quien, sin embargo, manifestaría en su mandato (1930-1934) una agenda conservadora de entreguismo frente a las multinacionales; entre ellas figuraban las petroleras. De hecho, hay que recordar que al sorprenderlo la muerte e incluso desde tiempo antes, José Eustasio Rivera contemplaba la idea de escribir una segunda novela, cuyo título –La mancha de aceite– aludía a la creciente importancia de la explotación del hidrocarburo en la economía colombiana de aquel tiempo. Por otro lado, hacia 1932 Colombia enfrenta al Perú en una guerra causada por la invasión peruana del trapecio amazónico colombiano. Ya mucho antes de 1913, habiéndosele permitido la explotación del caucho a la peruano-británica Casa Arana, ésta "no sólo aprovechaba estos convenios para adquirir el caucho, sino que trataba como esclavos a nuestros connacionales con la venia del estado colombiano" (Ricaurte 78). Lo anterior desencadenó la invasión del territorio por las tropas peruanas para resguardar los intereses de la cita-

da empresa y el desconocimiento, por parte del Perú, del tratado de límites Salomón-Lozano de 1922. La guerra terminó al año siguiente con una victoria colombiana y la ratificación del tratado de 1922 en Río de Janeiro en 1934.

La Venezuela de Gallegos asistió a la dictadura de Juan Vicente Gómez que se prolongó de 1909 hasta 1935, año de la muerte del caudillo y que, en palabras de Halperin Donghi constituyó el "ideal-typus de la dictadura latinoamericana"

(358) puesto que “nada faltaba en él, ni el respeto a las formas legales (Gómez abandonaba periódicamente la presidencia en manos de hombres sabiamente elegidos, y vigilados de cerca) ni la extrema ferocidad frente a los disidentes, ni una ferocidad análoga para custodiar el orden interno y la disciplina de trabajo, ni el espíritu servicial frente a potencias e inversores extranjeros, ni la corrupción del elenco gobernante, ni la fiebre del progreso traducida en carreteras y plantas de mejoramiento sanitario” (358-9). No pocas son las coincidencias que pueden trazarse entre la dinámica que doña Bárbara utiliza para hacerse del control de los llanos y las estrategias de la dictadura de Gómez en el plano nacional.

El Brasil de Mário de Andrade se encamina hacia el ocaso de lo que se conoce en la historiografía nacional como la República Velha (1889-1930) que, sucedió al período monárquico y que fue materialización de la denominada politíca café com leite. A través de ese sistema centralista, la oligarquía terrateniente, cafetalera e industrial de dos de las más influyentes entidades federativas –São Paulo y Minas Gerais– determinó el rumbo de la política nacional mientras en algunas regiones del país –el Nordeste, principalmente– se vivía el auge del coronelismo pues “la instauración de la república [en 1889] había significado un aumento de poder del ejército, protagonista de la revolución triunfante, y [cuya] gravitación se hizo sentir durante toda [aquella etapa de] la historia republicana de Brasil” (Halperin Donghi 359-60). Durante el período presidencial de Artur Bernardes (1922-1926) aparecen signos evidentes del agotamiento del sistema político de la República Velha. El más notable fue el movimiento que lideraron los oficiales más jóvenes del ejército en la Coluna Prestes que buscaba inspirar una revolución armada desde el interior pero que acabó por extinguirse al verse obligada a replegarse a Bolivia. Después del convulso período presidencial de Bernardes, en 1926 –un año antes de la publicación de Macunaíma–, asumía la presidencia del Brasil Washington Luís que habría de ser el último presidente de la República Velha. A pesar de su política conciliatoria y de la paz que disfrutó el país durante esos años, la depresión de 1929 complicó el horizonte de la política nacional. El apoyo de Washington Luís a otro candidato paulista para la sucesión presidencial –Júlio Prestes– que, en efecto, se hizo con la victoria en las elecciones presidenciales rompió no sólo el delicado equilibrio de la fórmula política del café com leite, sino que originó su deposición a través de un golpe de estado y el comienzo de la dictadura del caudillo sureño Getúlio Vargas: “Prestes venció; una revolución fue la respuesta de los derrotados; luego de quince días de desganada resistencia las fuerzas militares invitaron al presidente saliente a abandonar el país y colocaron en su lugar, como presidente provisional, a

Getúlio Vargas" (361). Getúlio Vargas se mantendría al frente del Brasil ininterrumpidamente hasta 1945 y luego de 1951 a 1954 año en que se suicidó. En este respecto, Boris Fausto subraya el precedente que sembró en el Brasil de 1930 el golpe de estado que ese mismo año había depuesto del poder al presidente Yrigoyen en la Argentina: "General Uriburu's September 1930 military coup in Argentina set the example for Brazil. It was hailed, among the opposition, as a model to emulate" (194-5).

[5] En De pronto, el campo, Graciela Montaldo reconstruye el contexto histórico y las ideas de la época en lo referente a la relación entre la argentinidad, la ciudadanía y el espacio rural: "La década del Diez, auspiciada por los festejos de los Centenarios, es testigo de la canonización del gaucho como figura que, perteneciendo de lleno al pasado, carga sobre sí el peso de la tradición argentina y es él mismo esa tradición; el campo es su marco. Al menos esto es así entre los letrados que han sido capaces de generar versiones acerca de la historia cultural argentina en el momento no sólo de la celebración de las fiestas, sino de la conmoción que producía en el país el progresivo asentamiento de la inmigración" (87).

[6] Cristóbal Pera comenta con respecto a la función didáctica en esta novela que: "Raucho podría considerarse una novela didáctica. El título de los capítulos es, de por sí, ilustrativo: "Infancia", "Colegio", "Trabajo", "Hastío", "París", "Nina", "Abandono", "Solución". La solución, en este caso, implica la superación de la dicotomía que consume al protagonista entre su tierra natal Americana, origen de su energía natural, y la imagen textual de una ciudad, París, tras cuyo contacto aparece la enfermedad (cáncer) que absorbe toda su vitalidad" (182).

[7] A pesar de las grandes diferencias que zanjan sus estéticas, tanto Quiroga como Güiraldes publicaron textos en el semanario argentino Caras y caretas. Los primeros textos de Güiraldes, al igual que los de Quiroga, vieron la luz en las páginas de esta revista. Reuniendo los cuentos que había publicado allí con otros que tenía inéditos, Güiraldes publica en 1915 sus Cuentos de muerte y de sangre, dos años antes de la aparición de la colección de Quiroga (1917) cuyo título –Cuentos de amor de locura y de muerte– evoca al dado por Güiraldes a su antología. Ambos autores colaboran juntos hacia 1918 en la revista El cuento ilustrado que dirigía Horacio Quiroga. En ella, Güiraldes publica Idilio de estación, una nouvelle que, al publicar de manera independiente en 1922, Güiraldes habrá de rebautizar como Rosaura.

[8] French aclara esta oposición estética: “para los regionalistas, sin embargo, el participar en las luchas edípicas entre generaciones literarias signficaba el diferenciarse conscientemente de los modernistas francófilos. Asi, las referencias a la cultura británica se conviertieron en un medio para anunciar su distanciamiento del movimiento al que frecuentemente ellos mismos describían como ‘decadente’ y ‘afeminado’” [“for the regionalists, however, taking part in the Oedipal struggles among literary generations meant self-consciously differentiating themselves from the Francophile modernistas, and invocations of British culture became a way to signal their distance from a movement they frequently represented as ‘decadent’ and ‘effeminate’”] (30).

[9] La amenaza que estas prostitutas representan para la integridad moral de Raucho se magnifica si consideramos su condición de extranjeras pues, como afirma Montaldo, la inmigración fue una de la razones que propiciaron la eclosión del ruralismo en la literatura argentina de finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX: “El campo, la tradición rural, pasó a ocupar los primeros planos de una escena intelectual de tiempos acelerados en la que paisajes, fisonomías, rumores y costumbres variaban y al hacerlo reclamaban la modernización de la vida. Sin duda, los inmigrantes fueron uno de los grandes activadores de este rumbo de la literatura argentina […] Los inmigrantes, en la ciudad, ayudan a dibujar la estampa de un campo argentino en la imaginación de muchos de nuestros intelectuales como lugar de origen de las diferencias” (22).

[10] Este fenómeno se da ya en el “Silva a la agricultura de la zona tórrida” (1826) de Andrés Bello donde la ciudad es descrita como un espacio que corrompe a la juventud: “¿Por qué ilusión funesta /aquéllos que fortuna hizo señores /de tan dichosa tierra y pingüe y varia, /el cuidado abandonan /y a la fe mercenaria /las patrias heredades, /y en el ciego tumulto se aprisionan /de míseras ciudades, /do la ambición proterva /sopla la llama de civiles bandos, /o al patriotismo la desidia enerva; /do el lujo las costumbres atosiga, /y combaten los vicios /la incauta edad en poderosa liga? /No allí con varoniles ejercicios /se endurece el mancebo a la fatiga; /mas la salud estraga en el abrazo /de pérfida hermosura, /que pone en almoneda los favores; /mas pasatiempo estima /prender aleve en casto seno el fuego /de ilícitos amores; /o embebecido le hallará la aurora /en mesa infame de ruinoso juego”.

[11] De hecho, ya en Nuestra América, Martí mencionaba el conflicto entre los letrados artificiales y los estadistas naturales desde el plano simbólico de la vestimenta. Martí criticaba el afán de la moda europea de aquéllos en medio de

la realidad americana: “Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España […] Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza” (59).

[12] Esa vuelta a la tierra sigue la recomendación que Andrés Bello hiciera a los jóvenes hispanoamericanos en su “Silva a la agricultura de la zona tórrida” (1826) cuando señalaba para ellos la vida en el campo como la única indicada de cara a aquélla de las urbes que los atría: “Id a gozar la suerte campesina; /la regalada paz, que ni rencores /al labrador, ni envidias acibaran; /la cama que mullida le preparan /el contento, el trabajo, el aire puro; /y el sabor de los fáciles manjares, /que dispendiosa gula no le aceda; /y el asilo seguro /de sus patrios hogares /que a la salud y al regocijo hospeda. /El aura respirad de la montaña, /que vuelve al cuerpo laso /el perdido vigor, que a la enojosa /vejez retarda el paso, /y el rostro a la beldad tiñe de rosa”.

[13] Cedomil Goic comenta cómo, en La vorágine, Rivera logró resolver la paradoja estética sobre la que está cimentada la novela: “[Rivera] resuelve espléndidamente, con una revelación de grotesco superior, trágico y demoníaco, las tensiones de lo real y lo misterioso, sin dejar –paradójicamente– de presentar el mundo novelístico con la aspereza aniquiladora con que el naturalismo, en general, narró los destinos caracterizados por sus errores o engaños imaginarios” (584).

[14] Una künstlerroman o novela del artista es un subgénero de la bildungsroman en el cual se asiste a la maduración de un artista. Así, el lector asiste a los primeros balbuceos del personaje en tanto artista hasta la consolidación de su voz como creador.

[15] Por ello es que críticos como Rafael Gutiérrez Girardot han llamado a La vorágine “la primera novela específicamente americana” (233).

[16] Eduardo Thomas identifica este recurso como la llamada estructura de mise en abyme y señala que ella es “la realización del proyecto estético mundonovista” que abre el espacio para que el proceso que conduce a Arturo Cova a la dignidad de héroe-poeta se complete, e influye en la recepción de la novela por parte del lector, que deberá recibirla como palabra nueva que aquél, como don, otorga a su pueblo: una literatura nueva, capaz de revelarle su identidad americana” (103).

[17] Coincido con Doris Sommer en lo referente a esta lenta y discontinua transformación de Cova a lo largo del texto que hacia el final del mismo lo hace llegar a una "cuasi identificación con aquellos que eran explotados" ["quasi-identification with those who are exploited"] (477).

[18] Ya en 1907 –diecisiete años antes de la publicación de La vorágine– Benjamín Saldaña Roca había denunciado desde las trincheras de la prensa y ante los tribunales correspondientes en Loreto, Perú, las atrocidades que la Casa Arana realizaba en la región del río Putumayo. Así, la denuncia de Saldaña Roca "inauguraría toda una cadena de investigaciones, viajes de exploración de reconocidos etnólogos, indagaciones a nivel nacional e internacional, y acusaciones de uno y otro lado, para encontrar los responsables, modificar las condiciones de trabajo, y establecer una correcta delimitación del territorio. Los informes que se escribieron acerca de lo que dio en llamarse el escándalo del Putumayo hacían hincapié en la tortura, la vejación, la miseria y absoluta arbitrariedad en el trato a que eran sometidos los contingentes de hombres que se usaban como mano de obra, principalmente indígenas –a los que se perseguía y acorralaba en la selva para ser sometidos al trabajo–así como en los métodos de extracción y sus consecuencias, humanas y naturales. Un nombre aparecía, en general, detrás de estas acusaciones y denuncias: Julio César Arana. Un peruano que, aprovechando la ausencia de límites territoriales y de una legislación efectiva en la zona, fue apoderándose progresivamente del negocio de comerciantes caucheros menores, hasta obtener un control total sobre la extracción y comercialización de esta material prima en el Putumayo" (Guaraglia 1).

[19] Por fautor entiendo lo que José R. Valles Calatrava releyendo a Oscar Tacca define como "un autor-transcriptor [que] corresponde al intento de objetividad y de conseguir verosimilitud de un autor que voluntariamente se oculta y no da muestras de su presencia; adquiriría distintas imágenes: compilador, redactor, depositario, traductor o editor" (236).

[20] Lector del Libro rojo (1912) de Norman Thomson que detallaba las operaciones de la Amazon Peruvian Company –presidida por Julio C. Arana– y su papel protagónico en el escándalo del Putumayo, Rivera narra y denuncia, a través de las distintas historias enmarcadas en La vorágine, alrededor de dieciséis años (los años que tenía Clemente Silva de deambular por la selva) de explotación cauchera en la zona.

[21] Ver el excelente estudio que realiza Jennifer L. French sobre las huellas del neocolonialismo británico en la zona a través de la Peruvian Amazon Company.

[22] A este respecto, French afirma que "La vorágine retoma el tropo del mapeo de la selva como un símbolo de la expansión de la soberanía territorial hacia la periferia problemática […] la novela presenta la falta de mapas adecuados del sur de Colombia como un símbolo del descuido generalizado, por parte del gobierno, de las fronteras, zonas en las cuales no había sistemas confiables de comunicación o de transporte, poca o nula presencia del gobierno y ninguna autoridad legal legítima" ["La vorágine picks up the trope of mapping the jungle as a figure for extending national sovereignty into the troubled periphery {…} The novel present the lack of inadequate maps of southern Colombia as a figure for government's general neglect of the borderlands, where there was no reliable system of communication or transportation, little or no government presence, and no legitimate legal authority"] (130).

[23] Hay una simetría casi borgesina entre las biografías y obras de Euclides da Cunha y José Eustasio Rivera que merecería un estudio detallado. Artículos periodísticos de Rivera como "La penetración peruana en el Caquetá" (1924) recuerdan el ciclo anti-peruano de la producción ensayística de Euclides en el que destaca el tratado Peru versus Bolívia de 1907.

[24] Con respecto a la expedición de 1922 al sur de Colombia en la que Rivera fue nombrado secretario en la comisión para estudiar el problema de deslinde territorial con Venezuela, Jennifer L. French detalla que acompañado por Larrazabal, ingeniero y jefe de la expedición, "Rivera bajó en dirección sudeste desde la capital […] a las densas selvas donde los límites territoriales de Colombia, Venezuela y el Brasil se encuentran" ["Rivera descended southeast from the capital to {…} the dense jungles where the territorial limits of Colombia, Venezuela, and Brazil meet"] (129). Posteriormente, llegaron a Belém pasando por Manaos, en el Brasil.

[25] "La expedición" –comenta French– "terminó en frustración y en un desacuerdo que continuó hasta algunos meses después: Rivera acusó a varios de los otros oficiales, incluyendo a su superior inmediato, Justino Garavito, y al director de la comisión, Julio Garzón Nieto, de descuido antipatriota al fracasar en cumplir con sus responsabilidades y la comisión se separó en dos grupos antes de regresar a Bogotá. Más tarde, Rivera afirmó que había contratado a dos guías indígenas y que había explorado en canoa los canales alrededor del río

Inírida, al tiempo que, se había perdido en la densa selva brevemente" ["The expedition" –comenta French– "ended in frustration and a disagreement that continued for months afterward: Rivera accused several of the other officials, including his direct superior, Justino Garavito, and the commission's leader, Julio Garzón Nieto, of unpatriotic negligence in failing to perform their duties and the commission separated into two groups before returning to Bogotá. Afterward, Rivera maintained that he had hired two Indian guides to and explored by canoe the little-known waterways surroundings the Inírida River, briefly losing their way in the dense jungle"] (128).

[26] Véase su Horizonte humano: vida de José Eustasio Rivera (1960).

[27] La inspiración para la parte que trata de los llanos la habría adquirido durante su trabajo como abogado de José Nieto, un terrateniente de la región de Casanare entre 1918 y 1920. En 1922 vuelve a Sogamoso (Casanare) donde comienza la escritura de La vorágine.

[28] En su obra amazónica, Euclides expresa su nacionalismo a partir de la oposición que realiza en sus textos entre el Brasil y el Perú. A través de sus contrastes y confrontos, Euclides opone la fortaleza de la senda histórica del pueblo brasileño –gracias, entre otras causas, a la vena bandeirante– frente a lo que el califica como avatares caóticos del Perú. Para Euclides, Brasil es la única nación facultada tanto por la historia como por la naturaleza para legitmar su soberanía sobre aquella región de la Amazonía. En textos como "Brasileiros" (1909), por ejemplo, ilustra cómo el origen del interés peruano en la Amazonía y de su presencia en ella provenían de la destreza natural de ciudadanos brasileños al servicio del gobierno peruano en la zona. La superioridad brasileña frente a la peruana se legitima, incluso, desde la naturaleza misma: Euclides subraya la preeminencia de la brasileña Heveas brasiliensis frente a la peruana Castiloa ulei ("Os caucheiros").

[29] Hilda Soledad Pachón Farías sostiene que "parte de su grandeza [de José Eustasio Rivera al escribir La vorágine] está en el haber contribuido a la unidad nacional al integrar a su país vastos territorios que permanecían en el olvido mediante el recurso de dárselos a conocer a sus compatriotas" (58).

[30] Hay que recordar que aún fresca en la memoria de aquella generación estaba la secesión de Panamá por intervención norteamericana en 1903.

[31] Es falsa la supuesta oriundez amazónica de la leyenda de la indiecita Mapiripana. Haciendo un pastiche de la variada mitología de la región, a la que, a su vez, amalgamó la figura de la femme fatale de la estética del fin de siècle, Rivera logró crear un relato que es sumamente significativo en el marco del argumento de La vorágine. La técnica del pastiche que funde mitos y leyendas indígenas habrá de ser retomada en el Brasil por Mário de Andrade en Macunaíma (1928).

[32] La aserción de Cova recuerdas las líneas de Gandavo en su Tratado sobre a Terra do Brasil (c. 1573) sobre los indígenas de la costa brasileña: “la lengua de esta gente por la costa es toda una: carece de tres letras; es decir, no se encuentra en ella F, ni L, ni R, lo cual es cosa digna de asombro puesto que, en consecuencia, no tienen Fe, ni Ley, ni Rey: y por tanto viven sin justicia y desordenadamente” [“a língua deste gentio toda pela Costa he, huma: carece de três letras –scilicet, não se acha nella F, nem L, nem R, cousa digna de espanto porque assi não têm Fé, nem Lei, nem Rei; e desta maneira vivem sem justiça e desordenadamente”] (52).

[33] A diferencia de Raucho, que casi es devorado por el espacio vampírico del París retratado en la novela, a Cova y sus compañeros sí los engulle la selva tropical. Sin embargo, propongo que en ambos casos hay una salvación/regeneración que acontece por mediación de la naturaleza. En Raucho tal salvación es más fácil de ser captada: el protagonista se salva al regresar a las pampas argentinas. En Rivera, por otro lado, la cuestión de la salvación ocurre de manera menos obvia. La muerte de Cova en la selva es el acto final de reconciliación con la tierra tras la epifanía que lo había hecho reorientar su voz, su escritura y prestar un servicio a la patria a través de la elaboración de los manuscritos denunciatorios entregados a Silva.

[34] Esta pesadilla y el final del relato que cierra la conexión Inferno verde de Alberto Rangel guardan estrechísimas correspondencias simbólicas y estéticas.

[35] Reproduzco aquí un fragmento de ese pasaje de raigambre romántica: “¿Para qué las ciudades? Quizá mi fuente de poesía estaba en el secreto de los bosques intactos, en la caricia de las auras, en el idioma desconocido de las cosas; en cantar lo que dice al peñón la onda que se despide, el arrebol a la ciénaga, la estrella a las inmensidades que guardan el silencio de Dios. Allí en esos campos soñé quedarme con Alicia, a envejecer entre la juventud de nuestros hijos, a declinar entre los soles nacientes, a sentir fatigados nuestro corazones entre la

savia vigorosa de los vegetales centenarios, hasta que un día llorara yo sobre su cadáver o ella sobre el mío" (161).

[36] Este fragmento recuerda uno de los parlamentos más memorables de De sobremesa, a cuyo protagonistas se le reprochada la manera en que dispendiaba su vida de la siguiente manera: "Todo lo que has hecho […] todos lo más perfecto de tus poemas es nada, es inferior a lo que tenemos derecho a esperar de ti los que te conocemos íntimamente, a lo que tú sabes muy bien que puedes hacer […] Te dispersarás inútilmente" (34-5). A lo anterior José Fernández responde de manera enfática con desenfado que "la razón íntima de la esterilidad que me echas en cara; tú sabes muy bien cuál es, es que como me fascina y me atrae la poesía, así me atrae y me fascina todo, irresistiblemente" (37).

[37] Tulio Halperin Donghi afirma que hay una diferencia capital entre la dialéctica de la explotación cauchera y su efectos en el Brasil y la que tuvo lugar en Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela: "En la Amazonia colombiana, ecuatoriana, peruana y venezolana, la explotación [cauchera] es aún más primitiva y destructiva; a falta de las reservas de mano de obra que el Nordeste ofrecía en Brasil, debe disciplinar mediante violencia y crueldad aún mayores las más escasa [mano de obra] efectivamente disponible; en la búsqueda de rápidos provechos se destruyen los árboles mismos, que en Brasil son sólo sangrados periódicamente, pues el mantenimiento del stock está en el interés del siringueiro, que no puede cosechar sino la zona que le ha sido asignada y sería la primera víctima de la desaparación de los árboles. La ola de explotación destructive avanza así sobre la Amazonia peruana, destruyendo las plantaciones naturales y también el modo de vida de poblaciones neolíticas, arrojadas a participar en la economía del siglo XX meadiante el doble estímulo del alcohol y el terror" (319).

[38] Asimismo, al poner este libro en manos de Clemente Silva, Cova le restituye simbólicamente al viejo los huesos de su hijo Luciano en cuya memoria había decidido arriesgarse a viajar a Manaos y denunciar los atropellos contra los caucheros en la selva. Las siguientes líneas pronunciadas por Silva ante Zoraida Airam apoyan lo anterior; la estrecha relación entre el libro y el hijo: "¡Colombia necesita de mis secretos! ¡Aunque muriera inmediatamente! ¡Ahí le queda mi hijo para luchar!" (281).

[39] Gallegos, según Jerry Hoeg, trata de"encontrar una nueva solución para los problemas generados por el comportamiento bárbaro que ve como algo

prevaleciente en América Latina, específicamente la anarquía, la guerra civil y el despotismo que surgieron poco después de la independencia política" ["orchestrate a new solution to the problems engendered by the barbarous behavior he sees as ubiquitous in Latin America, namely the anarchy, civil war, and despotism that had followed closed on the heels of political independence"] (118).

[40] Al igual que Sarmiento en la Argentina, Gallegos llegaría a ser presidente de Venezuela entre febrero y noviembre de 1948 antes de ser depuesto por un golpe de estado. Gallegos fue el primer presidente elegido democráticamente en Venezuela a su regreso de un exilio causado por sus críticas al entonces dictador Juan Vicente Gómez en la novela que analizamos.

[41] Publicada en México por el Fondo de Cultura Económica en 1954 para conmemorar los 25 años de la aparición de Doña Bárbara.

[42] Según Patricia Lapolla Swier, Gallegos evoca en el proceder de doña Bárbara las tácticas de las que se hizo Juan Vicente Gómez para llegar al poder y para mantenerse en él.

[43] Díaz Rodríguez y Gallegos se posicionaron en extremos opuestos frente a la dictadura de Juan Vicente Gómez. Según Morena Carla Lanieri "entre 1908 y 1920 Díaz Rodríguez será ministro del dictador Juan Vicente Gómez y hasta su muerte (1927) guardará silencio ante los crímenes de la tiranía, sin que su responsabilidad como escritor frente a la realidad de su país lo inste a denunciarlos" (277).

[44] De esta feminización es prueba la mirada inquisitiva y reprobatoria que uno de los trabajadores del hato despliega sobre Santos a su regreso de Caracas: "del concepto que tenía Carmelito de la hombría estaba excluido todo lo que descubrió en Santos Luzardo […] la gallardía, que le pareció petulancia; la tesura del rostro, la delicadeza del cutis ya sollamado por el resol de unos días de viaje, rasurado el bigote, que es atributo de machos; los modales afables, que le parecieron amanerados; el desusado traje de montar, aquel saco tan entallado, aquellos calzones tan holgados arriba y en las rodillas tan ceñidos, puños estrechos en vez de polainas, y corbata, que era demasiado trapo para llevar encima por aquellas soledades" (157).

[45] Luzardo abraza para sí la metáfora del centauro aludida a lo largo de la novela

como una materialización oprobiosa del espíritu de desenfreno y violencia que se apoderaba de los hombres que habitaban los llanos: “Es necesario matar al centauro que todos los llaneros llevamos por dentro […] El centauro es la barbarie y, por consiguiente, hay que acabar con él” (215). Sin embargo, esta metáfora es resignificada por Gallegos a través de la conciencia de propagador de la civilización que hay en Santos. El protagonista recupera su hombría a través del contacto con la barbarie mientras persevera desde su conciencia civilizatoria para instaurar el orden y allanar el camino hacia el progeso en los llanos.

[46] Una unión erótica que pasa por el proceso del tipo que detalla Doris Sommer: “Una vez que la pareja se enfrenta al obstáculo, el deseo se fortalece al igual que la necesidad de superar dicho obstáculo y consolidar la nación. La promesa de consolidación constituye otro nivel de deseo y subraya el fin erótico, el cual es una expresión microcósmica de la nacionalidad” [“Once the couple confronts the obstacle, desire is reinforced along with the need to overcome the obstacle and to consolidate the nation. That promise of consolidation constitutes another level of desire and underscores the erotic goal, which is also a microcosmic expression of nationhood”] (49).

[47] Al respecto, Hoeg comenta que “la civilización triunfa al ‘modificar la naturaleza’, es decir, al convertir ese medio ambiente natural en un campo civilizado, culto y legalmente demarcado” [“civilization triumphs by ‘modifying nature’, that is, by converting the natural environment into a civilized, cultured, and legally demarcated contryside”] (120).

[48] En este respecto, Lapolla Swier afirma que “Gallegos, por lo tanto, utilizó su novela como un medio para exponer y subvertir el status quo de aquel tiempo: una hegemonía machista que era representativa de la dictadura de Gómez [Juan Vicente Gómez] e intentó reemplazar su figura opresora con […] la de ‘un buen cacicazgo’” [“Gallegos, therefore. utilized his novel as a means of exposing and subverting the current status of a machista hegemony representative of the dictatorship of Gómez {Juan Vicente Gómez} and sought to replace this oppressive leader with {…} a ‘buen cacicazgo’”] (139).

[49] En lo que respecta a la naturaleza vanguardista de Macunaíma, Alfredo Bosi señala que: “todas las grandes aventuras literarias emprendidas en Europa desde principios del siglo iban en esa dirección: trascender el código llamado ‘realista’, o mejor dicho, positivista, ya venido a menos en un cliché de estilo y un

estereotipo de personaje. Futurismo, Dadaísmo, Surrealismo, Expresionismo se proponían captar las imágenes de una nueva era de la técnica y de la velocidad, o entonces de un eterno inconsciente, sin fijarlas en las categorías de tiempo y espacio tal como habían sido convencionalizadas por la práctica literaria del siglo XIX 'burgués'. El común denominador de las nuevas poéticas era el principio de la liberación: de los géneros fijos, de la psicología centrada en tipos, de la metrificación parnasiana, de la prosa en que la palabra adecuada era siempre lo que se encontraba en el 'punto medio'" ["todas as grandes aventuras literárias empreendidas em Europa desde o início do século iam nessa direção: transcender o código dito 'realista', ou melhor, positivista, já decaído a clichê de estilo e a estereótipo de personagem. Futurismo, Dadaísmo, Surrealismo, Expressionismo propunham-se captar as imagens de uma nova era da técnica e da velocidade, ou então de um eterno inconsciente, sem prendê-las nas categorias de tempo e espaço tal como as convencionalizara a prática literária do Oitocentos 'burguês'. O denominador comum das novas poéticas era o princípio da libertação: dos gêneros fixos, da psicologia centrada em tipos, da metrificação parnasiana, da prosa rente ao cotidiano domesticado, prosa em que o mot 'juste' era sempre o que se localizava no 'juste milieu'"] (173).

[50] Al respecto, Sérgio Milliet citado por Cavalcanti-Proença, afirma que es "la consciencia brasileña que lleva a Mário a hacer caber en un cuento que tiene lugar en São Paulo la sintaxis del Nordeste en conjunto con la del Brás, y servirse en sus imágenes del vocabulario amazónico al lado del vocabulario gaúcho […] intentó descubrir y cultivar el común denominador del portugués hablado en el Brasil" ["a consciência brasileira que leva Mário a encaixar num conto que se passa em São Paulo a sintaxe do Nordeste de permeio com a do Brás, e servir-se em suas imagens do vocabulário amazônico lado a lado com o vocabulário gaúcho {…} tentou descobrir e cultivar o denominador comum do português falado no Brasil"] (85).

[51] Este ciclo forma parte de las historias de la tradición oral de los yanomamos recogidas por el etnógrafo alemán Theodor Koch Grünberg en Vom Roraima zum Orinoco. II. Mythen und Legenden der Taulipang und Arekuná Indianer (1923) durante su expedición a la zona limítrofe entre la Amazonía venezolana y brasileña entre 1910 y 1913.

[52] Cavalcanti comenta al respecto de este efecto totalizante en el texto. Macunaíma es el héroe "de nuestra gente de todos los cuadrantes, hay hábitos, creencias, supersticiones, alimentación, lenguaje, excentos de cualquier rasgo

regional predominante. Incorpora sin orden ni jerarquía las características de cultura, diferenciadas en las varias regiones brasileñas. Es un héroe 'desgeografizado'" ["da nossa gente de todos os quadrantes, tem hábitos, crendices, alimentação, linguagem, isentos de qualquer traço regional predominante. Incorpora sem ordem nem hierarquia as características de cultura, diferenciadas nas várias regiões brasileiras. É um herói 'desgeograficado'"] (Cavalcanti 82).

[53] Candido estudia la novela Memórias de um sargento de milícias (1852) de Manuel Antonio Almeida en cuyo protagonista –Leonardo– identifica, coincidiendo con Walnice Nogueira Galvão, al predecesor del Macunaíma de Andrade.

[54] ["como o pícaro, é espécie de um gênero mais amplo de aventureiro astucioso, comum a todos os folclores" {...} "malandragem visa quase sempre ao proveito ou a um problema concreto, lesando freqüentemente terceiros na sua solução"] (71).

[55] Según constata Bosi, el "Makunaíma de las tribus de la Guayana y de la Venezuela amazónica es un ser peligroso, lleno de malicia y perversidad […] Ese Gran Malo vive en la ley del instinto, libremente, haciendo uso de la astucia para escapar de los deberes de la socialidad adulta" ["Makunaíma das tribos da Guiana e da Venezuela amazônica é um ser perigoso, cheio de malícia e perversidade {…} Esse Grande Mau vive no regime do instinto, às soltas, usando da esperteza para escapar aos deveres da socialidade adulta"] (178-9).

[56] ["que mostra ao leitor uma relativa equivalência entre o universo da ordem e da desordem; entre o que se poderia chamar convencionalmente o bem e o mal"] (78-9).

[57] En este sentido, Macunaíma, al igual que las obras de Paulo Prado, Gilberto Freyre y Sérgio Buarque de Holanda comparten un espíritu instrospectivo y reflexivo con respecto a la cuestión de la identidad brasileña: "[Macunaíma] se inscribe en el cuadro de perplejidades que llevan por nombre Retrato do Brasil, Casa Grande & Senzala, Raízes do Brasil, todas estas, obras pensadas en un tiempo desgarrado por el deseo de entender el país, señalar sus males pero, al mismo tiempo, de liberarse de la hipoteca de las teorías colonizadoras y racistas que hacía tantos años pesaba sobre nuestra vida intelectual" ["{Macunaíma} se inscreve no quadro de perplexidades que tem por nomes Retrato do Brasil, Casa

Grande & senzala, Raízes do Brasil, todas obras pensadas em um tempo dilacerado pelo desejo de compreender o país, acusar as suas malezas, mas remir a hipoteca das teorias colonizadoras e racistas que havia tantos anos pesava sobre a nossa vida intelectual" (Bosi 179).

[58] ["Por um lado, o ponto de vista 'civilizado', 'moderno' e 'racional' de um Mário de Andrade compõe uma figura que vale como sátira picante de todas as idealizações românticas do ethos nacional, por outro lado a flecha crítica também parte do olho 'primitivo', 'arcaico' e 'mitopoetico' de outro Mário de Andrade para atingir em cheio a cidade do progresso, os ridículos da burguesia paulista, com seus novos ricos {...} e a sua cultura tida por grosseira e exibicionista ou no caso dos quatrocentões, pedante e antiquada"] (Bosi 179).

[59] De acuerdo con Bosi, el ensayo de Prado era bastante conocido y leído en un Brasil de la época, cuyos intelectuales buscaban explicarlo: "Retrato del Brasil. Ensayo sobre la tristeza brasileña es hoy un libro casi olvidado. Sin embargo, cuando fue publicado, alcanzó un éxito excepcional: cuatro ediciones entre 1928 y 1931" ["Retrato do Brasil. Ensaio sobre a tristeza brasileira é hoje um livro quase esquecido. Quando saiu porém, alcançou êxito excepcional: quarto edições entre 1928 e 1931"] (178).

[60] Entre Paulo Prado y Mário de Andrade existía una relación de amistad que se fundaba en las mutuas lecturas. De hecho, es a Prado a quien Andrade, significativamente, dedica Macunaíma.

[61] ["Luxúria, cobiça: melancolia. Nos povos, como nos indivíduos, é a seqüência de um quadro de psicopatia: abatimento físico e moral, fadiga, insensibilidade, abulia, tristeza. Por sua vez a tristeza, pelo retardamento das funções vitais, traz o enfraquecimento e altera a oxidação das células, produzindo nova agravação do mal com o seu cortejo de agitações, lamúrias e convulsões violentas"] (Prado 103).

[62] ["What is striking about Macunaíma's frenzied sexual activity is precisely that –in contrast to the foundational romance between Amerindian mother figures and Lusitanian patriarchs– it is not 're-productive'"] (103).

[63] ["ai! que preguiça!"] (Andrade 5).

[64] ["pouca saúde e muita saúva, os males do Brasil são!"] (Andrade 92).

[65] La palabra rapsódia aparecía en la primera edición impresa de Macunaíma como parte del título del libro.

[66] La peculiaridad de la civilización brasileña habrá de ser estudiada por Gilberto Freyre en Casa Grande & senzala (1933) y Sérgio Buarque de Holanda en Raízes do Brasil (1936).

[67] ["Um poema herói-cômico, caçoando do ser psicológico brasileiro, fiado numa página de lenda, à maneira mística dos poemas tradicionais. O real e o fantástico fundidos num plano. O símbolo, a sátira e a fantasia livre fundidos. Ausência de regionalismo pela fusão das características regionais. Um Brasil só e um herói só"] (Fernandes 166).

[68] ["não vou na Europa não. Sou americano e meu lugar é na América. A civilização europeia de-certo esculhamba a intereza do nosso caráter"] (Andrade 114-5).

[69] ["grandioso país de doenças e insectos por cuidar"] (82).

[70] ["em breve seremos novamente uma colônia da Inglaterra ou da América do Norte"] (Andrade 82).

[71] ["este mundo não tem jeito mais"] (Andrade 164).

[72] Como bien afirma Fernando J. Rosenberg, "la desconfianza de Mario se dirige hacia el intelectual eurocéntrico de la periferia que regresa de la metrópolis para completar una narrativa del tipo Bildung y redescubrir así su fe en la tierra natal" ["Mário's suspiciousness is directed toward the Eurocentric peripheral intellectual who returns from the metropolis as a completion of a Bildung to rediscover faith in the native land"] (89).

[73] ["à l'époque de notre voyage, on montroit à Maypures, et ce fait est assez digne de remarque, un vieux perroquet dont les habitans disent 'qu'on ne comprend pas ce qu'il dit, parce qu'il parle la langue des Aturès'"] (599).

Conclusiones

La descripción humboldtiana de la naturaleza reinventó América a la luz de la Ilustración con la mirada romántica y desde la lengua francesa. Esta écfrasis que en el Ensayo político sobre el reino de la Nueva España y en el Ensayo político sobre la isla de Cuba, adquiere la forma de mapa o proyecto nacional, de brújula e, incluso, de aleph que delinea el arquetipo del letrado al servicio del estado y preludia la alianza entre éste y la ciencia, desembocará, años más tarde –a través de la expedición de Von Martius al interior del Brasil siguiendo y redibujando los mapas de Humboldt–, en la consagración de la naturaleza como directriz y simiente de la identidad nacional y literaria de América Latina. Este legado se aprecia en textos tan trascendentales como lo fueron las Bases de Juan Alberdi y el Facundo de Domingo Faustino Sarmiento en su lectura de la naturaleza que forjó la siempre omnipresente dicotomía civilización y barbarie a lo largo de la literatura del siglo

XIX

y de buena parte del

XX

.

La obra de escritores posteriores se distancia del modelo estético de Humboldt y Von Martius para favorecer, en su lugar, una representación de la naturaleza como un ente amenazante para el hombre. La naturaleza, en las obras que se analizaron en el segundo capítulo –Euclides da Cunha y Alberto Rangel–, se despoja de los tintes románticos e iluministas para ser reivindicada en su wilderness. Euclides demanda para la literatura brasileña a través de la valoración de la estética simbolista-naturalista de Rangel la búsqueda de una nueva vía sobre la cual afincar una identidad literaria que alejada de todo mimetismo psíquico frente a lo europeo se robusteciese en la realidad de la naturaleza americana, es decir, una retórica calcada en la propia tierra, en la naturaleza en el marco de una profunda fe en el progreso. A la representación de la naturaleza contenida en la obra de Euclides da Cunha y Alberto Rangel –

emanada del consórcio da ciência e da arte– y su paradójico posicionamiento frente a la dicotomía civilización y barbarie, se oponen los textos –cronológicamente posteriores– que constituyen la narrativa de Horacio Quiroga. Ella es especialmente significativa puesto que, por un lado, constituye un puente en el plano estético –abrazando el romanticismo con el naturalismo– y, por el otro, supone un punto de quiebre fundamental con respecto a la concepción de la naturaleza y, por ende, la estabilidad del enunciado civilización y barbarie.

La naturaleza en Euclides, Rangel y Quiroga funge ya no sólo como una seña de identidad –como ocurría en la tradición de Sarmiento y Alencar– sino como la fuente de la nacionalidad en el marco de una complejización de la dicotomía civilización y barbarie. A despecho de lo recomendado por Alberdi y Sarmiento, América en las plumas de Euclides, Rangel y Quiroga reivindica su filiación con la tierra donde se asentaban sus estados y fija en ella, o bien el horizonte de progreso que se avizoraba para el futuro (Euclides y Rangel), o bien, en el caso de Quiroga, la nostalgia que suponía el regreso a la naturaleza muy en el espíritu de Henry David Thoureau. Así, tanto la obra de Euclides como las de Rangel y Quiroga trazan una trayectoria hacia la tierra que habría de ser seguida por las novelas de la tierra o romances regionalistas en el siglo

XX

en su reflexión sobre la identidad nacional y literaria.

La aportación de las ideas de José Martí con respecto a la representación de la naturaleza tiene lugar en el marco de lo que se ha llamado la pérdida del reino o la nostalgia de la hazaña. Martí propone a la naturaleza como modelo de una estética continental que encontrase en el espacio natural la inspiración para delinearse una identidad tanto literaria como política a través de un retorno a lo que en sus propios términos llama el alma de la tierra. Si desde finales del siglo

XIX

la literatura había sido desterrada de la esfera de la ley y la política, novelas como Raucho de Ricardo Güiraldes, La vorágine de José Eustasio Rivera y Doña Bárbara de Rómulo Gallegos postulan una vuelta a la ficción estatal que había caído en desuso tras el interludio modernista o parnasiano. En todas ellas el motivo del viaje a Europa o al espacio urbano reaparecerá ya no como modelo para disciplinar el caos de la barbarie latinoamericana, sino como un contacto

necesario para afirmar la propia identidad afincándola en la naturaleza americana y no en la importación de bienes culturales que Rodó en Ariel concibe como estériles y mórbidos.

En Macunaíma de Mário de Andrade, a diferencia de los textos de los autores aludidos arriba, esta desconfianza hacia la importación de lo extranjero no redunda en un regreso a la tierra que se concibe como el repositorio de lo nacional; es decir de la identidad. En Andrade no hay posibilidad de esa reconciliación con la patria a través de la naturaleza que acontece en la vida de Raucho, Arturo Cova y Santos Luzardo. No hay por ende, la posibilidad de una resolución al problema de la identidad. Hay, al contrario, la certidumbre del cuestionamiento. Macunaíma es la cristalización de la crítica de Andrade a todo un proyecto literario y político basado en la esencialidad telúrica de la identidad americana presente en Raucho, La vorágine y Doña Bárbara que había nacido a principios del siglo

XIX

en los textos de Humboldt.

Nuestro estudio ha sido un intento de comparar y analizar un conjunto de textos producidos a lo largo del siglo

XIX

y en las primeras tres décadas del siglo

XX

con el propósito de contribuir a la comprensión del papel que ha desempeñado la descripción de la naturaleza en la formación y evolución de las literaturas del Brasil y las naciones hispanoamericanas. Sin embargo, la ruta de ese devenir no termina allí. Aún a principios del siglo

XXI

, la articulación de novísimas entonaciones de la representación de la naturaleza por parte de los escritores del subcontinente es una prueba fehaciente de su vigencia y virtudes proteicas. Hoy en día, tanto en el Brasil como en Hispanoamérica asistimos a su continua reinvención y reapropiamiento a

despecho de agendas políticas y de poéticas sumamente diversas entre sí.

Bibliografía

Acosta, Vladimir. “Humboldt en América”, en Alejandro de Humboldt, Ensayo político sobre la isla de Cuba. Trad. Amelia Hernández. Caracas: Ayacucho, 2005.

Alamán, Lucas. La Águila Mexicana. México: 1823-28.

Adamovsky, Ezequiel y Gustavo Bombini. “Horacio Quiroga. De los devaneos juveniles a la profesionalización del escritor”, La Mancha 8 (1999): 23-30.

Alberdi, Juan. Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina. Barcelona: Lingkua, 2009.

Almeida, Valder. “Varnhagen e a ‘invenção’ da história do Brasil”, A Nova Democracia 31 (2006): s/p.

Amory, Frederic. Euclides da Cunha. Uma odisseia nos trópicos. Trad. Geraldo Gerson de Souza. São Paulo: Ateliere, 2009.

Andrade, Mário de. Macunaíma. O herói sem nenhum caráter. Brasilia: Archivos, 1988.

Antonil, André João. Cultura e opulência do Brasil por suas drogas e minas. São Paulo: Editora Nacional, 1967.

Azevedo, Aluísio de. O cortiço. São Paulo: Martins, 1972.

Bajtín, Mijail. “El cronotopo” en Teoría de la novela. Antología de textos del siglo XX. Ed. Enric Sullà. Barcelona: Crítica, 2001.

Bastos Pereira das Neves, Lúcia Maria. “A missão artística francesa”, Rede da memória virtual brasileira. Marzo 2008. 15 marzo 2010. <http://bndigital.bn.br/redememoria/missfrancesa.html>.

Bello, Andrés. Antología poética. Buenos Aires: Estrada, 1945.

Bernucci, Leopoldo. “Cientificismo e aporias em Os sertões”, en Discurso, ciência e controversia em Euclides da Cunha. Ed. Leopoldo Bernucci. São Paulo: EdUSP, 2008.

_____. *“Pressupostos historiográficos para uma leitura de Os sertões”, Revista USP 54 (2002): 6-15.*

Bocanegra Yáñez, Ignacio. “La ciencia española durante el siglo XVIII”, Spin Cero 4 (1999): 59-61.

Bolívar, Simón. Obras completas. Caracas: Bloque Editorial Dearmas, 1986.

Bolle, Willi. “O Mediterrâneo da América Latina: a Amazônia na visão de Euclides da Cunha”, Revista USP 66 (2005): 141-55.

Boorstin, Daniel J. The Discoverers. Nueva York: Random House, 1983.

Borges, Jorge Luis. “Del rigor de la ciencia”, en Obras completas. Tomo II. Barcelona: Emecé, 1989.

Bosi, Alfredo. “Situação de Macunaíma”, en Macunaíma. O herói sem nemhum caráter. Ed. Telê Porto Ancona Lopez. Brasilia: Archivos, 1988.

Bruhns, Karl. Alexander von Humboldt. Eine wissenschaftliche biographie. Leipzig: Brockhaus, 1872.

Bushnell, David. The Making of Modern Colombia. A Nation in Spite of Itself. Berkeley, Los Ángeles y Oxford: University of California Press, 1993.

Cambaceres, Eugenio. Sin rumbo. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968.

Campos, Haroldo de. “Macunaíma. La fantasia estructural”, en Macunaíma. Trad. Héctor Olea. Barcelona: Seix Barral, 1977.

Candido, Antonio. O discurso e a cidade. São Paulo: Duas Cidades, 1993.

Cané, Miguel. En viaje (1881-1882). Buenos Aires: Biblioteca de la Nación, 1907.

Canfield, Martha L. “Transformación del sitio: verosimilitud y sacralidad de la selva”, en Horacio Quiroga. Todos los cuentos. Eds. Napoleón Baccino Ponce de León y Jorge Lafforgue. Madrid: Archivos, 2003.

Capistrano de Abreu, João. Capítulos de história colonial. Río de Janeiro: Binguiet & Ca, 1934.

Castillo, Abelardo. Liminar: Horacio Quiroga en Horacio Quiroga. Todos los cuentos. Eds. Napoleón Baccino Ponce de León y Jorge Lafforgue. Madrid: Archivos, 2003.

Cavalcanti Proença, M. Roteiro de Macunaíma. Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 1969.

Cunha, Euclides da. Obra completa. Rio de Janeiro: Nova Aguilar, 2009.

_____. *Os sertões. Ed. Leopoldo Bernucci. São Paulo: Ateliê, 2002.*

_____. *Poesía reunida. Eds. Leopoldo Bernucci y Francisco Foot Hardman. São Paulo: UNESP, 2009.*

Darío, Rubén. Autobiografía. La vida de Rubén Darío escrita por él mismo. Caracas: Ayacucho, 1991.

Delgado, José María y Alberto Brignole. Vida y obra de Horacio Quiroga. Montevideo: Rodó, 1939.

Díaz Rodríguez, Manuel. Narrativa y ensayo. Caracas: Ayacucho, 1982.

Doula, Sheila Maria y Maria Fernanda de Aguiar Costa. “Ciência, natureza e crítica ambiental na obra do Barão de Eschwege: O Brasil sob o olhar de um mineralogista do século XIX”, Revista del Instituto de Estudios Avanzados 5. Junio 2003. 28 marzo 2010 <http://www.usach.cl/revistaidea>

Eschwege, Wilhelm Ludwig von. Pluto Brasiliensis. Trad. Domício Figuereido Murta. São Paulo: Editora Nacional, 1944.

Faccioli, Valentim. “Os sertões: Consorcio de ciência e arte (a in/de-formação do Brasil)”, en Discurso, ciência e controversia em Euclides da Cunha. Ed. Leopoldo Bernucci. São Paulo: EdUSP, 2008.

Fausto, Boris. A Concise History of Brazil. Trad. Arthur Brakel. Cambridge y Nueva York: Cambridge UP, 1998.

Fernandes, Lygia. Mário de Andrade escreve cartas a Alceu, Meyer e outros. Río de Janeiro: Ed. do Autor, 1968.

Fioravanti, Carlos. Biodiversity At A Glance. São Paulo: FAPESP, 2006.

Forero Larrañaga, Óscar. Indigenous Knowledge And The Scientific Mind: Activism Or Colonialism? Tesis. University of London. Bogotá: Biblioteca Virtual del Banco de la República, 2002.

French, Jennifer L. Nature, Neo-Colonialism, and the Spanish American Regional Writers. Hanover y Londres: Darthmouth College Press, 2005.

Fressia, Alfredo y João Roberto Faria. “Los sertones de Euclides da Cunha”, La Jornada Semanal (571), 12 de febrero de 2006.

Foucault, Michel. Les mots et les choses. París: Gallimard, 1966.

Fuentes, Carlos. La nueva novela hispanoamericana. México: Joaquín Mortiz, 1969.

Gallegos, Rómulo. Doña Bárbara. Madrid: Cátedra, 2005.

Gandavo, Pero de Magalhães. Tratado da Terra do Brasil. São Paulo: Itatiaia, 1980.

Girard, René. La violencia y lo sagrado. Barcelona: Anagrama, 1983.

Goic, Cedomil. Historia y crítica de la literatura hispanoamericana. Barcelona: Crítica, 1991.

Gonçalves Dias, Antônio. Poesia completa e prosa escolhida. Río: Aguilar, 1959.

González Echevarría, Roberto. Mito y archivo: Una teoría de la narrativa latinoamericana. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.

_____. *The voice of the Masters: Writing and Authority in Modern Spanish American Literature. Cambridge: Cambridge University Press, 1995.*

González Lezama, Raúl. "La Ley Lerdo: un gran paso para la secularización de la sociedad mexicana", Expedientes digitales del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México. 15 de abril 2009. <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-ley-lerdo-articulo>

Greenblatt, Stephen. Marvelous Possessions. The Wonder of the New World. Chicago: University of Chicago Press, 1991.

Guaraglia, Malvina. "La vorágine: una lucha por el orden", en Actas del Congreso Internacional "El español y sus culturas". (2010): 1-13.

Güiraldes, Ricardo. Raucho. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968.

Gutiérrez Girardot, Rafael. “Locus Terribilis”, en La vorágine: textos críticos. Montserrat Ordóñez Vila (Ed.). Bogotá: Alianza Editorial Colombiana, 1987.

Halperin Donghi, Tulio. Historia contemporánea de América Latina. Madrid: Alianza, 1990.

Hobsbawn, Eric. The Age of Revolution: Europe 1789-1848. Londres: Abacus, 1962.

_____. *The Age of Capital, 1848-1875. Londres: Abacus, 1997.*

_____. *The Age of Empire, 1875-1914. Londres: Abacus, 1994.*

Humboldt, Alejandro de. Cartas americanas. E. T. Hamy (Ed.). París: Guilmoto, 1905.

_____. *Essai politique sur l’île de Cuba. París: Gide Fils, 1826.*

_____. *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle-Espagne. 2ª ed. París: Renaurd, 1825.*

_____. *Voyage aux régions équinoxiales du nouveau continent. Relation historique. Tomo 2. París: J. Smith, 1819.*

_____. *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, 1956.*

Jaurégui, Carlos A. Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina. Madrid: Iberoamericana, 2008.

Lafforgue, Jorge. Cronología de la obra de Horacio Quiroga. Horacio Quiroga. Todos los cuentos. Napoleón Baccino Ponce de León y Jorge Lafforgue (Eds.). Madrid: Archivos, 2003.

Lanieri, Morena Carla. "La decadencia del patriciado criollo en Sangre patricia", en Actas de la AISPI XXII (2004): 267-78.

Lapolla Swier, Patricia. Hybrid Nations. Gender Troping and The Emergence of Bigendered Subjects in Latin American Narrative. Madison y Teaneck: Fairleigh Dickinson University Press, 2009.

Leite, Ilka B. Antropologia da viagem – escravos e libertos em Minas Gerais no século XIX. Belo Horizonte: UFMG, 1996.

Leite, Míriam L. M. Livros de viagem 1803-1900. Río: UFRJ, 1997.

Locke, John. Ensayo sobre el entendimiento humano. Trad. Edmundo O'Gorman. México: Fondo de Cultura Económica, 1960.

López Cámara, Francisco. “La conciencia criolla en Sor Juana y Sigüenza”, en Historia mexicana 23 (1957): 351-73.

Madureira, Luís. Cannibal Modernities. Postcoloniality and the Avant-garde in Caribbean and Brazilian Literature. Charlottesville / Londres: University of Virginia, 2005.

Martí, José. Nuestra América. Barcelona: Lingkua, 2008.

Martínez-Fernández, Luis. “The Many Lives and Times of Hum-boldt’s Political Essay on the Island of Cuba”, en Alejandro de Humboldt, The Island of Cuba: A Political Essay. Princeton: Ian Randle, 2001.

Martius, Carl von. “Como se deve escrever a História do Brasil”, Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro VI (1844): 389-411.

Mattos, Claudia. “Landscape Painting Between Art and Science”, en Raymond Erickson, Mauricio A. Font y Brian Schwartz (Eds.), Alexander von Humboldt. From the Americas to the Cosmos. Nueva York: The Graduate Center y Bildner Center for Western Hemisphere Studies, 2004.

Miller, Shawn William. An Environmental History of Latin America. Nueva York: Cambridge University Press, 2007.

Milliet, Sérgio. “O poeta Mário de Andrade”, Revista do Arquivo Municipal 106

(1945): 55-68.

Miranda, José. Humboldt y México. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1962.

Montaldo, Graciela. De pronto, el campo. Literatura argentina y tradición rural. Buenos Aires: Beatriz Viterbo, 1993.

Montrose, Louis A. “Professing the Renaissance: The Poetics and Politics of Culture”, en The New Historicism. Harold Aram Veeser (Ed.). Nueva York: Routledge, 1999.

Nouzeilles, Gabriela. Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910). Buenos Aires: Beatriz Viterbo, 2000.

O’ Gorman, Edmundo. La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir. México: Fondo de Cultura Económica, 1958.

Oliveira Martins. O Brasil e as colônias portuguesas. Lisboa: Guimarães, 1978.

Pachón Farías, Hilda Soledad. Los intelectuales colombianos en los años veinte: el caso de José Eustasio Rivera. Bogotá: Colcultura, 1993.

Pera, Cristóbal. Modernistas en París. El mito de París en la prosa modernista hispanoamericana. Berlín: Peter Lang, 1997.

Pierrot, Jean. L'imagination decadente (1880-1900). París: PUF, 1977.

Prado, Paulo. Retrato do Brasil. Ensaio sobre a tristeza brasileira. Río de Janeiro: José Olympio, 1962.

Pratt, Mary Louise. Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation. Nueva York: Routledge, 2008.

Puccini, Dario. "Horacio Quiroga y la ciencia", en Horacio Quiroga. Todos los cuentos. Eds. Napoleón Baccino Ponce de León y Jorge Lafforgue. Madrid: Archivos, 2003.

Quiroga, Horacio. Diario de viaje a París. Montevideo: Número, 1950.

_____. *Todos los cuentos. Madrid: Archivos, 2003.*

Rama, Ángel. La novela en América Latina. 1920-1980. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1982.

Ramos, Julio. Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

Rangel, Alberto. Inferno verde (Cenas e cenários do Amazonas). Tours: Arrault, 1927.

_____. *Rumos e Perspectivas. São Paulo: Companhia Editora Nacional, 1934.*

Ricaurte, Alfonso, et. al. Colombia del siglo XX. Bogotá: Consuelo Mendoza Ediciones, 2001.

Rivera, José Eustasio. La vorágine. Madrid: Cátedra, 2006.

Rivera-Barnes, Beatriz y Jerry Hoeg. Reading and Writing the Latin American Landscape. Nueva York: Palgrave y Macmillan, 2009.

Rodó, José Enrique. Ariel. Barcelona: Lingkua, 2008.

Romano, Eduardo. “Trayectoria inicial de Horacio Quiroga: del bosque interior a la selva misionera”, en Napoleón Baccino Ponce de León y Jorge Lafforgue (ed), Horacio Quiroga. Todos los cuentos. Madrid: Archivos, 2003.

Rosenberg, Fernando J. The Avant-garde and Geopolitics in Latin America. Pittsburgh: University of Pittsburgh, 2006.

Saad, Gabriel. “Espaces baroques: quelques considérations épistémologiques”,

en Juliette Vion-Dury, Jean-Marie Grassin y Bertrand Westphal (Eds.), Littérature et espaces. Limoges: Pulim, 2001.

Sarmiento, Domingo Faustino. Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas. Buenos Aires: Sopena, 1952.

Schama, Simon. Landscape and Memory. Nueva York: Alfred A. Knope, 1995.

Schiavo, Flavia. Parigi, Barcelonna, Firenze, forma e racconto. Palermo: Palermo, 2004.

Schwartz, Jorge. “Abaixo Tordesilhas”, en Estudos Avançados 17 (1993): 185-200.

Silva, José Asunción. De sobremesa. Madrid: Hiperión, 2003.

Sommer, Doris. Foundational Fictions: the National Romances of Latin America. Berkeley: University of California, 1991.

Souza Andrade, Olímpio de. História e interpretação de Os sertões. São Paulo: Edart, 1966.

Stegagno-Picchio, Luciana. História da literatura brasileira. 2a ed. Río de Janeiro: Academia Brasileira y Lacerda Editores, 2004.

Struik, D.J. “Mauricio de Nassau, Scientific Maecenas in Brazil”, Revista Brasileira de História da Ciência 2 (1985): 21-6.

Thomas D., Eduardo. “La vorágine: el marco narrativo y el retorno del héroe”, Revista chilena de literatura 37 (1991): 97-104.

Thoureau, Henry David. Walden, or Life in the Woods. Boston: Houghton, Mifflin & Co., 1854.

Tiempo, César. Cartas inéditas de Horacio Quiroga. Montevideo: Biblioteca Nacional, 1970.

Todorov, Tzvetan. The Conquest of America. The Question of the Other. Nueva York: Harper & Row, 1984.

Trasher, J.S. The Island of Cuba by Alexander von Humboldt. Translated from the Spanish. Nueva York: Derby & Jackson, 1856.

Unzueta, Fernando. La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica. Lima-Berkeley: Latinoamericana, 1996.

Vainfas, Ronaldo. “Capistrano de Abreu. Capítulos de história colonial”, en Lourenço Dantas Mota (Ed.), Introdução ao Brasil. Um banquete no trópico. São Paulo: Senac, 2008.

Valle Calatrava, José R. Teoría de la narrativa. Una perspectiva sistemática. Madrid: Iberoamericana, 2008.

Venancio Filho, Alberto. “O movimento euclidianista”, Ciclo comemorativo do centenário da publicação de Os sertões, junio de 2001. Conferencia no publicada. Academia Brasileira de Letras, Rio de Janeiro, 2001.

Ventura, Roberto. “Visões do deserto: selva e sertão em Euclides da Cunha”, en Beth Brait (Ed.), O sertão e Os sertões. São Paulo: Arte e Ciência, 1998.

Zea, Leopoldo y Mario Magallón (Ed.). La huella de Humboldt. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia y Fondo de Cultura Económica, 2000.

Zioni Ferreti, Danilo. “Euclides da Cunha historiador: a reinvenção do bandeirante em Os sertões”, Revista de História 160 (2009): 262-84.

(Monclova, 1980) recibió su doctorado en Literatura y Culturas Latinoamericanas por la Universidad de California, Davis en 2011. Actualmente es profesor de planta en el departamento de español y portugués en el prestigioso Macalester College, donde funge, además, como director del programa de portugués. Sus áreas de especialización son el Brasil y el mundo luso-afrobrasileño. Además de dar cátedra de lengua portuguesa, imparte una amplia gama de cursos sobre literaturas y culturas hispanoamericanas y brasileñas. Su investigación se centra en los intercambios literarios y culturales, así como la mirada mutua, entre los escritores y pensadores de los países latinoamericanos de habla hispana y el Brasil durante el período colonial, el siglo

XIX

y la primera mitad del siglo pasado. Su trabajo ha sido publicado en prestigiosas revistas de los Estados Unidos, Europa y América Latina, lugares donde también ha sido invitado a presentar su investigación.

De la idealización estética al paisaje crítico:

la representación de la naturaleza en la literatura latinoamericana

editado por Bonilla Artigas Editores S. A. de C. V.

Edición ePub septiembre 2020

Teoría literaria

La crítica literaria sitúa los orígenes de la literatura latinoamericana en lengua española y portuguesa en los textos producidos durante los primeros años de la exploración europea de América. Al interior de esa amplia variedad de textos que, respondiendo a muy diversos propósitos, referían los pormenores de aquel contacto, encontramos, ya desde temprano, la reflexión sobre el espacio físico del nuevo continente, es decir, sobre su naturaleza. Aquellas reflexiones sobre el medio natural americano habrían de ser las primeras intervenciones en una larga historia de anotaciones, codas y comentarios que se han sucedido a lo largo de la historia de nuestras literaturas. En este libro, Ernesto Ortiz-Díaz, a despecho de las particularidades lingüísticas, políticas e históricas esgrimidas desde las dos *mitades* de América Latina –Hispanoamérica y el Brasil– propone un análisis cuidadoso que vincula a ambas tradiciones literarias en torno a de la reflexión sobre la naturaleza. ¿Cómo adquirió trascendencia la reflexión sobre la naturaleza en la configuración de las literaturas brasileña e hispanoamericana? ¿Cuál es el peso que ha tenido esa reflexión ya no solo en el nacimiento, sino también en el devenir de ambas tradiciones literarias? ¿De qué manera el forjamiento de las identidades nacionales y sus sucesivas actualizaciones han determinado el ir y venir de la reflexión sobre la naturaleza en el horizonte literario latinoamericano? Estas son solo algunas de las preguntas que este libro se propone responder a través de una disección cuidadosa de un amplio registro de novelas, poemas, ensayos y otros textos.

9 786078 636549

BONILLA ARTIGAS EDITORES